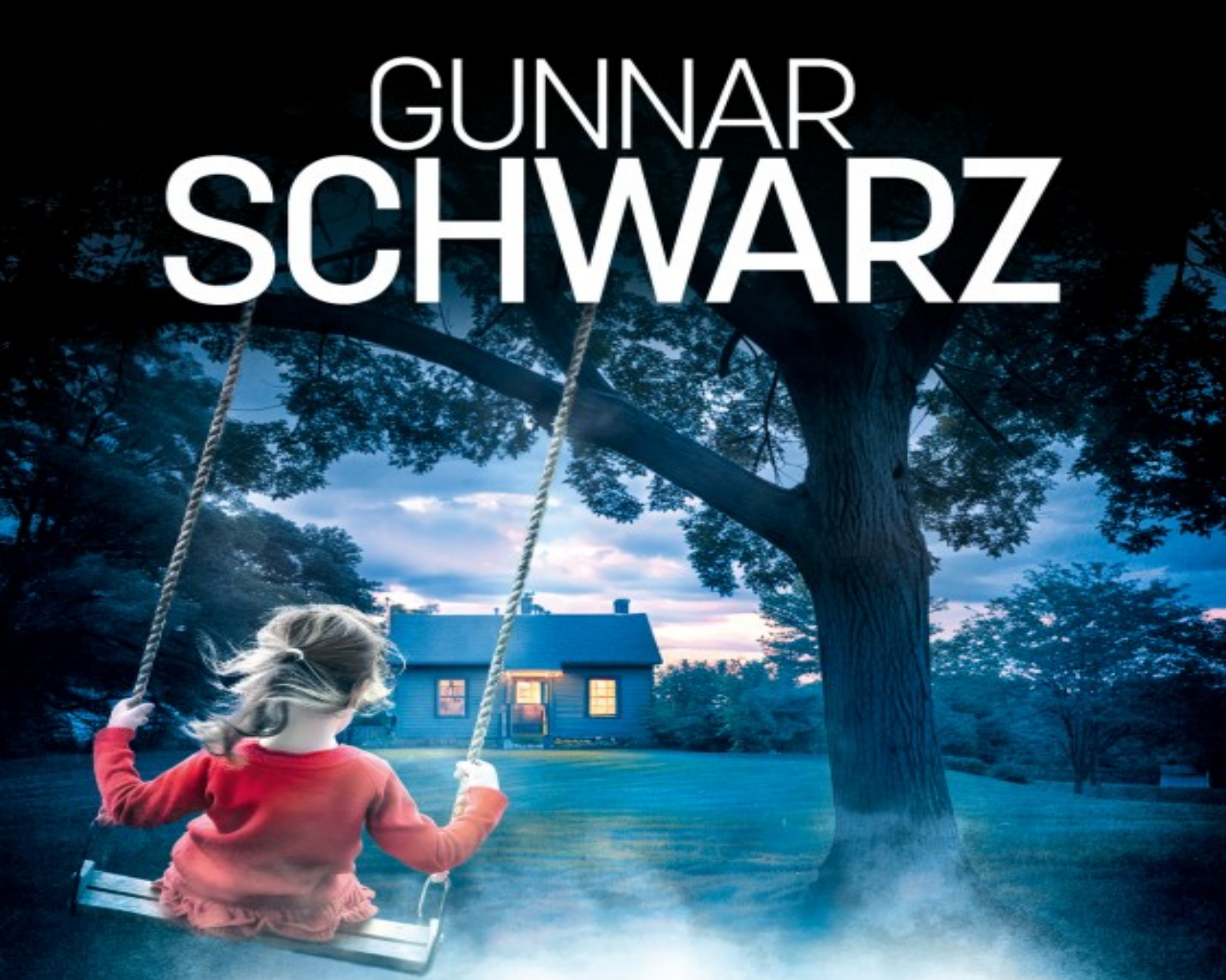
GUNNAR

SCHWARZ



EL COLECCIONISTA DE FAMILIAS

THRILLER

FEUERWERKE VERLAG

El libro

¡Quiere una familia... solo para él!

Cuando aparece el cadáver de una joven madre con el cuello degollado, los investigadores Emma Bajetzky y Alex Kuper se hacen cargo del caso. La víctima ha sido colocada minuciosamente en la mesa del comedor de su propia casa; a su lado, hay una misteriosa tarjeta con la frase: «No quería ser salvada». No hay ni rastro de los niños. ¿Estará el marido, que también ha desaparecido, detrás de semejante acto sangriento? ¿Y qué ha sido de los pequeños?

Poco tiempo después, aparece un segundo cuerpo. Dado que la víctima —de nuevo una madre— ha sido asesinada de la misma forma y colocada ante la mesa del comedor, los investigadores deben asumir que se enfrentan a un asesino en serie. Y este ya tiene a sus próximas víctimas en el punto de mira... incluida una pieza de coleccionista muy especial.

El autor

No podría haber sido de otra manera. Nací a finales de los setenta en una familia de escritores, así que mi camino hacia la literatura estaba, en cierto modo, predestinado.

Inspirado por mis padres y mis hermanas, empecé a escribir mis primeros relatos cuando era adolescente y desarrollé un estilo literario lleno de matices. El género en el que me siento más en casa es el thriller. El deseo de crear, con mis propias palabras, una tensión palpable me impulsa a trabajar en mis historias cada día.

Cuando dejo el escritorio, es para dar largos paseos con mi perro. La tranquilidad de la vida rural del norte de Alemania me inspira y deja espacio para nuevas ideas. Me gusta la calma y la soledad. Y aunque no soy precisamente tímido ni poco agraciado, he decidido mantener mi rostro en secreto… por ahora.

El coleccionista de familias

Un thriller de Bajetzky & Kuper

Libro 3

Gunnar Schwarz

Primera edición: julio de 2024
© FeuerWerke Verlag, todos los derechos reservados
Maracuja GmbH, Laerheider Weg 13, 47669 Wachtendonk, Alemania
info @ feuerwerkeverlag . de

Diseño de portada: Chris Gilcher (Buchcoverdesign.de)

Corrección de estilo: Ulrike Rücker, Leipzig

Traducción encargada por FeuerWerke Verlag

Revisión editorial a cargo de Gunnar Schwarz

Los personajes y sucesos representados en este libro son ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia y no ha sido intencionado. Todos los textos e imágenes de este libro están protegidos por derechos de autor y no pueden ser utilizados por terceros sin el permiso expreso del autor, el titular de los derechos y la editorial.

Índice

Antes de empezar a leer

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Antes de empezar a leer

Una historia cambia cuando viaja — pero su tensión permanece.

Esta nació en alemán y ahora habla español.

He hecho todo lo posible por conservar su filo, su ritmo y su pulso.

Si encuentras alguna frase que no suene del todo bien, por favor escríbeme a feedback@gunnarschwarz.de — tus comentarios marcan la diferencia.

Espero que disfrutes de la lectura.

Prólogo

Miro fijamente mis llaves, sin estar seguro de cuál de ellas encaja en la cerradura de mi puerta principal.

Tengo la persistente sensación de que tendré que probar todas y cada una de las llaves del llavero para averiguarlo. La primera no es la correcta. Quizá tenga más suerte con la siguiente.

—¡Papá! —oigo la voz de un niño que llama desde dentro. Al tercer intento, logro abrir la puerta. Entonces los veo. Están allí de pie, al pie de la escalera, como un comité de bienvenida, observándome con los ojos muy abiertos. Qué momento tan hermoso. Tom y Till están cogidos de la mano. Su madre, Leonie, está a su lado. Las canas de su larga melena castaña captan la luz de la lámpara del techo. Está preciosa. Como siempre. Pero, de un momento a otro, sus rostros expectantes se transforman en máscaras de horror. No estoy seguro de por qué; tal vez sea por la navaja ensangrentada que tengo en la mano, de cuya existencia solo soy consciente cuando me quedo mirándola, desconcertado.

Capítulo 1

—No es un buen comienzo de semana —dijo Bernd Meyer, el larguirucho colega de la Científica, cuando los dos inspectores jefes, Emma Bajetzky y Alex Kuper, entraron en la escena del crimen con trajes de protección blancos—. Y además llegáis tarde —añadió.

Dado el olor que golpeó las fosas nasales de Emma a pesar de la mascarilla, deseó haber llegado aún más tarde.

—Muy bien, vamos a ello —dijo Alex, subiéndose la cremallera del traje.

—Leonie Müller, treinta y dos años, casada, dos hijos. Tom tiene dieciocho meses, Till acaba de cumplir tres —dijo Meyer.

Emma se puso un par de guantes azules desechables mientras observaba más de cerca los alrededores.

Leonie Müller estaba sentada a una mesa de cocina puesta de forma romántica para dos. El flash de la cámara reveló a Emma la piel pálida de la víctima. Con la cabeza inclinada hacia atrás y la garganta cortada, miraba al techo con ojos lechosos. La herida se extendía de una oreja a la otra; la piel en ambos extremos estaba desgarrada unos milímetros, presumiblemente debido al peso de la cabeza.

Con el siguiente flash de la cámara, los livores eran claramente visibles, al igual que las finas venas azules bajo la piel ahora delgada. Debía de llevar muerta al menos tres días.

—¿Qué hay de su marido y de los niños? —preguntó Emma, esperando que los tres no hubieran aparecido también muertos. Una mujer joven asesinada ya era suficiente para una mañana de lunes.

—Ni rastro de los niños —dijo Meyer—. Tampoco hay rastro del marido, Paul Müller. La víctima es la única persona en la casa, pero los agentes todavía están registrando el jardín, y el equipo de la judicial de guardia está interrogando a los vecinos. Se ha iniciado

una búsqueda del marido y los niños. Hemos conseguido fotos del teléfono de Leonie Müller y las estamos usando para ayudar en la búsqueda.

Emma oyó a Alex soplar en sus guantes para que fueran más fáciles de poner. —Entendido —dijo él, moviéndose al otro lado de la mesa.

Silvia Wulle, la experimentada colega de Meyer, usó una sonda de plástico para levantar la mano derecha de la víctima, que, al igual que la izquierda, yacía plana sobre la mesa. Hubo un leve sonido de desgarro cuando la piel se despegó de la superficie. Había sangre debajo, lo que significaba que el asesino debía de haberla colocado así después de muerta.

La sangre se había extendido por todo su cuerpo, fluyendo por sus palmas hacia la comida y el suelo alrededor de la silla donde estaba sentada.

Apartando la vista de la herida abierta en su cuello, la mirada de Emma se movió del vestido de noche manchado de sangre a la comida estropeada. Guisantes, zanahorias, algo de carne en una salsa de color marrón rojizo. Junto al plato había una pequeña tarjeta doblada que parecía improvisada. «Estaba destinada a ser salvada», decía el texto escrito a mano. También allí se encontraron finas salpicaduras rojas de sangre.

—¿Ha sido el marido? —le preguntó a Alex, mirando un plato a medio terminar frente a la mujer muerta en el otro extremo de la mesa. Él miró de la tarjeta a Meyer, que seguía tomando fotos, mientras su colega anotaba algo en una carpeta portapapeles.

—Es muy posible —dijo Meyer simplemente.

—Podría haberla matado y haber secuestrado a los niños —continuó Emma, expresando su sospecha inicial.

—Pero si se trataba de los niños, ¿por qué la puesta en escena? —preguntó Alex.

—¿Quizá porque lo planeó? —razonó Emma—. Nada de esto parece un crimen pasional. La tarjeta por sí sola sugiere lo contrario.

—Aunque no parece que haya dedicado mucho tiempo al diseño —añadió Alex.

—Las salpicaduras de sangre sugieren que ya estaba delante de ella antes de que la matara. —Emma miró a Meyer buscando confirmación; él estaba tomando más fotos, pero pareció sentir su mirada—. Alguien que mata en un arrebato de ira no dispone a su víctima de esta manera. O bien la dejan ahí tirada o intentan hacerla desaparecer, dejando un rastro en el proceso.

—Exacto, Bajetzky —dijo Meyer, moviéndose a una nueva posición para hacer más fotos.

—¿Como esas? —preguntó Alex, señalando más allá de Meyer hacia la puerta trasera abierta.

Emma siguió su mirada y vio huellas de pies en sangre seca marcadas en el suelo laminado. Se acercó al lugar y se agachó. Allí, se vio alcanzada repetidamente por los haces de las linternas de los colegas que estaban fuera en el jardín. Se movían de forma descoordinada por la habitación y, combinados con los flashes de la cámara, creaban una atmósfera extrañamente cruda.

—Los patrones de la suela son demasiado grandes para pies de niños —le dijo a Alex cuando este se puso a su lado—. Espero que no tuvieran que ver cómo asesinaban a su madre.

—Podría haberlos sacado en brazos y habérselos llevado lejos de aquí —dijo Emma, apartando el horrible pensamiento de tener que considerarlos como posibles testigos del crimen.

—¿Todo ese esfuerzo solo para asegurar que no lo vieran? —señaló Alex.

—Si suponemos que fue el marido y que solo iba a por su mujer, tiene sentido que no quisiera hacer pasar a sus hijos por eso.

—¿Y a dónde se los llevó entonces? ¿Y los dejó solos solo para volver y matar a su madre tranquilamente? Por lo que parece, incluso comió con ella. Es más, ella parece haberse quedado ahí sentada dejando que le degollaran.

—Tal vez los niños fueron usados como moneda de cambio —pensó Emma en voz alta.

—¿Creería ella que el padre de sus hijos les haría daño si no dejaba que la matara?

—Por el momento, solo podemos especular. No sabemos nada de la familia ni del estado mental del hombre. También podría ser que ella quisiera dejarle y llevarse a los niños. Quizá él fuera violento... —Se puso en pie—. O tal vez la drogó antes de matarla. De cualquier modo, necesitamos más información.

—Si realmente fue el padre y se ha llevado a los niños, seguramente se habrá llevado algo de sus habitaciones.

El ambiente estaba cargado en la habitación de los niños porque las ventanas estaban cerradas. El sudor se acumulaba en la parte baja de la espalda de Emma bajo el impermeable traje de protección. Los coloridos dibujos pintados por las propias manos de los niños, cuidadosamente enmarcados y colgados, sugerían un hogar generalmente ordenado. No había garabatos en las paredes. Incluso la alfombra beige no tenía ni una sola mancha. Las camas estaban hechas y había cajas en los estantes donde los juguetes estaban clasificados. Ya abajo, Emma había notado lo ordenada que estaba esta casa. En contraste, las dos cómodas frente a las dos camitas parecían casi un acto de violencia. La ropa sobresalía de los cajones abiertos, y algunas prendas habían acabado en el suelo. El armario del lado del pasillo también había sido abierto y revuelto. La cama junto a la ventana tenía el edredón apartado en la esquina superior, y quedaba un hueco en la fila de peluches en ese lugar. Emma miró la otra cama, que no tenía ninguno. Solo una arruga en el extremo superior de la manta podría haber indicado que allí había habido un peluche.

Emma se volvió hacia Alex, que estaba examinando el armario con una pequeña Maglite, sin tocar nada. —¿Y bien?

—Parece que han cogido algo de cada compartimento —dijo él—. Y —continuó—, cuando llegamos, eché un vistazo rápido al coche

aparcado delante del garaje. Parece un coche nuevo, incluso por dentro. Pero el modelo tiene definitivamente cinco años. Alguien que es así de ordenado es obsesivo con ello y no crearía un desastre como este.

—A menos que esté bajo presión por el tiempo... Creo que podemos asumir que este no es el estado normal de la habitación. Y, por supuesto, bien podría ser que el marido esté desordenando constantemente y su mujer recoja lo que él deja. Y ahora, ella no ha tenido la oportunidad.

—¿No es eso un poco anticuado y un poco sexista?

—En muchos casos, probablemente sea así —aclaró ella—. Pero supongamos que quien fuera responsable del orden en esta casa no fue el que hizo esto. O tenían mucha prisa. Para mí, parece que alguien —presumiblemente el perpetrador— secuestró a los niños y reunió algunas cosas para ellos de antemano —concluyó Emma a regañadientes, pues no le gustaba nada la idea.

—Si fue el padre —continuó Alex—, ¿por qué escribir una tarjeta así? «Estaba destinada a ser salvada». Es demasiado críptico para mí.

—Tal vez su relación había terminado. Él se esforzó mucho por arreglarla, ella no lo apreció —especuló Emma, esperando poder reducir pronto todos estos «tal vez»—, entonces ella amenazó con dejarlo y llevarse a los niños.

—¿Entonces por qué no se limita a matarla? No entiendo la puesta en escena.

Emma se encogió de hombros. Para ella, todo aquello tampoco encajaba del todo. —¿Crees —preguntó ahora— que ella sabía que iba a morir?

—Ni idea. Si fuera así, ¿por qué no se defendió? Una madre lo haría en cualquier caso. Y podría haberlo hecho. No hay señales de que la atara. Aunque hubiera sido solo por un momento, sin duda habría luchado contra ello, y entonces habría marcas correspondientes.

—Y si dejamos al padre fuera de esto por un momento: ¿qué razón podría haber tenido otra persona para matarla?

—¿Yo qué sé? —La frustración de Alex era claramente audible. Toda esta especulación lo estaba volviendo loco; no podían responder a ninguna de las preguntas ni de lejos en este momento —. Perdona —dijo finalmente—. Probablemente le esté dando demasiadas vueltas. Pero han pasado tantas cosas raras en los últimos meses que ya ni siquiera quiero considerar la solución obvia.

—Y esa solución obvia es también la más común según las estadísticas —señaló Emma—. Solo por esa razón, deberíamos perseguirla primero.

—Oíd. —El colega Schwarz, de informática, que llevaba las camisas hawaianas más feas imaginables —tan de colores brillantes que se transparentaban a través del traje de protección—, asomó la cabeza por la puerta y sostuvo un Post-it escrito a mano—. Sabemos dónde trabaja y hemos llamado. No se ha presentado a trabajar esta mañana.

—Es más —intervino Hausmann, el segundo informático, que llevaba una sudadera negra con capucha incluso con este tiempo y no había dejado que la luz del sol tocara su piel en mucho tiempo—, supuestamente se fue de la oficina temprano el viernes por la tarde, con aspecto de estar bastante cabreado.

Capítulo 2

El trayecto hasta la agencia de publicidad *Connected*, donde trabajaba Paul Müller, transcurrió por las congestionadas calles del centro de la ciudad. Los conductores estaban más agresivos y los peatones más molestos y temerarios de lo habitual; para Alex, una señal clara de que el final de las vacaciones de verano y las innumerables obras estaban crispando los nervios de la gente. No era ninguna novedad para él que la mayoría de las personas perdieran la cabeza con las altas temperaturas. Pero nunca lo había vivido de forma tan extrema como en Bielefeld. *Debe de ser la elevada humedad por estar tan cerca del bosque de Teutoburgo,* pensó.

La búsqueda de Paul Müller y sus hijos no solo se retrasaría horas debido al caos circulatorio, sino que probablemente pronto alcanzaría sus límites porque muchos compañeros estaban de vacaciones. Tendrían que recurrir a agentes de los alrededores, a pesar de que otras localidades sufrían los mismos problemas de personal. Pero cuando desaparecen niños y existe la posibilidad de que aún estén vivos, se movilizan todos los recursos posibles y, si es necesario, se retiran de otros casos en curso. Del mismo modo, el análisis de todas las pruebas relevantes para el caso se convierte en la prioridad número uno.

Y había que delegar tareas. Emma y Alex habían enviado un equipo a Verl para ver a la madre de Paul Müller, pero acababan de enterarse de que requería apoyo psicológico antes de poder ser trasladada a la jefatura de Bielefeld.

El atasco que se había formado en el centro de la ciudad convirtió el coche patrulla de Emma en una oficina, algo que a Alex no le habría importado en absoluto si Emma no tuviera siempre el aire acondicionado al máximo. Normalmente, Alex habría ido en bicicleta, pero Emma tenía razón al decir que el coche ahorraba tiempo en este caso. Por otro lado, ahora estaban atrapados en el tráfico, y

Alex se preguntaba si, después de todo, no habría sido más rápido de la otra forma. En cualquier caso, el lento avance le dio tiempo suficiente para revisar el resumen que los compañeros del equipo de guardia de la policía judicial habían enviado a sus teléfonos.

Marie Becker, amiga de Leonie y Paul Müller, vivía a cuatro calles de distancia y había alertado a la policía esa mañana tras no haber tenido noticias de Leonie ni de sus hijos en todo el fin de semana. Había declarado que su amiga solía responder a los mensajes o llamadas, como tarde, al final del día, y que la última vez que había contestado a un mensaje fue hacia el viernes por la noche. Cuando Marie Becker fue a ver cómo estaba esa mañana y vio a Leonie sentada inmóvil a la mesa a través de la ventana de la cocina, llamó a la policía.

Ni Leonie ni Paul Müller tenían antecedentes policiales, así que eso tampoco les ayudaba a avanzar, y Alex sintió que la familiar frustración crecía en su interior. Al fin y al cabo, lo más probable era que los niños llevaran dos días desaparecidos, y cada minuto tenía un valor incalculable.

—Gire a la izquierda en doscientos metros —dijo la voz monótona del navegador.

—Llevo cinco minutos intentando hacerlo —gruñó Emma con fastidio.

—¿Y si seguimos una más y volvemos por detrás? —sugirió Alex.

—Calle cortada por obras.

—¿Es que hay algún sitio por aquí que no esté en obras? —se burló él.

—No lo sé. Por eso uso el navegador.

Emma estaba un poco irritable, algo que Alex comprendía perfectamente. El calor húmedo, la espera constante en el tráfico, la agresividad de los demás conductores... todo ello provocaba una tensión nerviosa que se apoderaba de uno sin piedad.

—¿Crees que en la agencia tengan uno de esos cuencos con fruta? —preguntó Alex, intentando aligerar el ambiente tenso en el coche.

Emma sonrió y lo miró brevemente antes de concentrarse de nuevo en el tráfico; tras el quinto aviso del navegador, por fin pudo girar a la izquierda.

—También podríamos pasar por el próximo autoservicio —dijo Emma.

—Qué va, con este tiempo me apetecen vitaminas.

—¿Qué pasa? ¿Es que no las hay en una hamburguesa? —bromeó ella.

—Te estás convirtiendo poco a poco en una experta en nutrición.

—Hago lo que puedo.

—Ha llegado a su destino en cincuenta metros —oyeron.

Resultaba casi insoportable pensar en lo que les podría haber pasado a los niños. Incluso Alex, que solía tener siempre un comentario ingenioso a punto, tuvo que esforzarse para decir algo que no fueran expresiones de preocupación. Pero tenían que pensar con claridad y objetividad; de lo contrario, no serían de ninguna ayuda para los niños desaparecidos.

—Es justo ahí arriba —dijo Alex.

Emma se detuvo en el segundo carril y encendió los intermitentes de emergencia, lo que provocó pitidos desde atrás y rostros de enfado que la adelantaban tras sus parabrisas.

Alex cogió la sirena azul portátil, la encendió y la colocó en el techo al bajar, lo que al menos puso fin a los bocinazos airados.

La agencia era exactamente como Alex la había imaginado: amueblada de forma minimalista, con un toque de desorden creativo. Sin olvidar el frutero y las botellas pequeñas de agua en la sala de reuniones. La mesa no era especialmente grande, porque el futbolín y las dos viejas máquinas recreativas también reclamaban su derecho a un espacio suficiente, al igual que el sofá rinconera, que

ofrecía una buena vista de los tejados planos que brillaban por el calor.

Alex miró las máquinas. *Mortal Kombat 2* y *Pac-Man.* Clásicos que aún recordaba bien y que hoy valían una fortuna. ¿Sería por eso por lo que ya no podían permitirse el aire acondicionado?

—Siento haberles hecho esperar —dijo el joven jefe con la gorra torcida, vaqueros rotos y una chaqueta de pana con coderas. Se presentaron, y Joachim Yildirim fue directo al grano. —Están aquí por Paul —dijo alicaído—. Un buen hombre, si me preguntan a mí.

—¿Podría darnos más detalles, por favor? —preguntó Emma.

Alex se sentó a la mesa junto a ella y sacó su bloc de notas. El fuerte clic de su bolígrafo desconcertó momentáneamente a Joachim Yildirim. ¿Siempre se distraía tan fácilmente?

—Sí, por supuesto. —El hombre se sentó apresuradamente en el lado corto de la mesa, presumiblemente porque siempre se sentaba allí, y cruzó las piernas.

—Bueno, Paul es siempre muy amable con todos, de fiar, hace un buen trabajo y a menudo te quita tareas de encima, incluso cuando él mismo tiene demasiado que hacer. No es propio de él no ponerse en contacto. Quiero decir, simplemente no venir a trabajar. ¿Espero que no le haya pasado nada? ¿O a su mujer y a sus hijos? —Parecía sobresaltado.

—Paul Müller ha desaparecido —dijo Emma—. Es todo lo que podemos decirle por ahora.

—Oh, maldita sea —susurró Joachim Yildirim casi de forma inaudible.

—¿Cuándo fue la última vez que vio al señor Müller? —preguntó Emma, para desviar la atención del hombre del pensamiento aterrador en el que se había quedado bloqueado. Se le daba bien interrogar a los testigos y orientarlos en la dirección adecuada. Durante los últimos once meses que Alex llevaba trabajando con ella, ese enfoque directo y claro se le había contagiado un poco. A

cambio, ella se había vuelto un poco más relajada y sociable, algo que a Alex le gustaba pensar que era obra suya.

—El viernes —dijo Joachim Yildirim, que se había tomado un momento para responder—. Pero entonces estaba de un humor extraño, la verdad.

—¿En qué sentido? —quiso saber Emma.

—No sabría decir exactamente. Diferente a lo habitual, de alguna manera. Como si hubiera recibido un mensaje que le estuviera dando vueltas en la cabeza. Quiero decir, por la mañana todo estaba bien. Hacia el final del día, se puso raro. Inusualmente irritable, y luego salió de la oficina hecho una furia media hora antes de que acabara su turno.

—¿Había alguien con él cuando ocurrió eso? —preguntó Emma.

—No lo sé. Yo no me siento fuera, en el pasillo.

—¿Le importa si echamos un vistazo a su despacho? —preguntó Emma.

—Se habrá llevado su portátil, seguro —dijo Joachim Yildirim mientras entraban en el despacho, parco y meticulosamente ordenado, que apenas era más grande que un cubículo de una oficina municipal. Emma desde luego no permitiría que la encerraran en un antro así.

—Aquí dejamos que cada uno elija —continuó Joachim Yildirim—. Y como pueden ver, es un tipo bastante ordenado. Incluso limpia él mismo el polvo y esas cosas.

Eso no lo descartaba necesariamente como el causante del caos en el cuarto de los niños de los Müller. Aunque fuera él quien tuviera la obsesión por la limpieza en el hogar, probablemente no habría podido dar rienda suelta a ella bajo la presión del tiempo. Emma aún no estaba dispuesta a considerar a nadie más que al marido como el probable autor, pero se le ocurrió, no obstante, que después de todo puede que las estadísticas no se aplicaran en este caso.

—¿Sabe si usaba una agenda? —preguntó Emma, que no veía nada parecido sobre el escritorio, que estaba tan elevado que se podía trabajar de pie. En esta agencia tan elegante, que por supuesto no imprimía casi nada en papel por el bien del medio ambiente, no esperaba encontrar nada escrito a mano.

—Aquí todo es digital, pero tengo acceso a todos los calendarios. —Joachim Yildirim sacó su smartphone—. Un segundo —dijo, desplazándose y deslizando el dedo frenéticamente—. Aquí está.

Le entregó el teléfono a Emma. Ella lo colocó sobre el escritorio para que Alex y ella pudieran mirarlo juntos. Joachim apoyó un brazo en la mesa, que cedió ligeramente bajo su peso.

—¿Qué es PT? —preguntó Alex.

Emma ya se había dado cuenta de que esa abreviatura aparecía a diario, principalmente después de las citas de negocios a última hora de la tarde.

—Private Time —dijo el jefe—. Si eso está anotado, el resto del personal sabe que no debe contactar con ellos ni hacer preguntas relacionadas con el trabajo.

—¿Después del trabajo? —preguntó Emma—. ¿No es eso lo normal?

—Aquí tenemos una relación laboral estrecha, casi familiar. Y las familias están disponibles las unas para las otras las veinticuatro horas del día.

—Entonces seguro que sabe algunas cosas sobre Paul Müller que puedan ayudarnos —dijo Emma—. Por ejemplo, qué hacía cuando ponía PT en su calendario.

—Sí, tal vez. Aunque no conozco tan bien a mi gente. —Era evidente que se sentía incómodo—. Pero creo que sus compañeros podrán ayudarles mejor con eso.

—¿Tiene en mente a alguien en concreto?

—Alina Schneider —dijo él, como si se le acabara de ocurrir una buena idea.

Poco después, una rubia menuda con el pelo corto, gafas, vaqueros y una sudadera con capucha ajustada con un estampado de *Uriah Heep* entró en el despacho de Paul Müller. Emma hacía mucho que no escuchaba a esa banda, pero le gustaba mucho ese tipo de música. Alina no podía tener mucho más de veinticinco años, así que su gusto, que no era precisamente típico de su grupo de edad, sorprendió bastante a Emma.

—Gracias por dedicarnos su tiempo. —Emma señaló la silla frente al escritorio, ahora bajado. Alina se sentó, mientras Alex cogía un taburete de bar que estaba apoyado contra la pared detrás de ellos.

—¿Sabe por qué queremos hablar con usted? —preguntó Emma.

—Joachim me lo ha dicho. —Parecía inquieta, a pesar de que su jefe ya no estaba en la habitación—. Pero ¿por qué cree que yo puedo ayudarles con eso?

—No estamos dentro de la cabeza de su jefe —respondió Emma.

Alina Schneider puso los ojos en blanco y se relajó. —Mejor así. Él siempre está viendo relaciones o líos donde no los hay.

—¿Entonces no conoce tan bien a Paul Müller?

—Sé que está casado y tiene hijos. A menudo trabajamos juntos en proyectos —él es artista gráfico, yo diseñadora, así que es inevitable— y por eso probablemente hablo con él más a menudo que los demás. La mayor parte del tiempo estamos juntos en su despacho porque a Paul no le gusta estar en la sala de reuniones. Demasiadas interrupciones. Y es verdad. Quizás por eso Joachim piensa que tenemos una relación más cercana. —Alina puso ligeramente los ojos en blanco.

—Describa su colaboración con él.

—Es genial. Se maneja muy bien con los programas habituales, siempre tiene una solución para cada problema y sus gráficos son realmente increíbles. Debería verlos.

—¿Le ha parecido tenso últimamente? —quiso saber Emma.

—¿Paul? Eso es difícil de juzgar. Es amable, no hay duda, y también un compañero de fiar. Pero a veces está muy alterado.

—¿A qué se refiere con eso? —preguntó Emma.

—Bueno. Se toma su trabajo en serio, no grita ni nada de eso. Pero se nota cuando está de mal humor. Se queda muy callado, distante, y solo dice lo mínimo indispensable.

—¿Normalmente es hablador entonces?

—No, en realidad no. Aunque por lo demás es súper amable, pero no de forma falsa, sino que es una persona genuinamente maja.

—¿Se comportó de forma diferente a lo habitual el pasado viernes? —preguntó Emma.

—Un poco, quizá. Estuvo de un humor extraño todo el día. Inquieto y retraído, y cometió errores que no le suelen pasar. Quiero decir, normalmente no comete ninguno, por lo que yo sé. Estábamos sentados aquí, poco antes del final de la jornada, cuando sonó su teléfono... y antes de que lo pregunte: no sé quién era ni de qué se trataba. Me echó de forma bastante brusca justo antes de contestar.

Parecía un poco picada, y algo en su mirada le dijo a Emma que ahí no acababa la historia. —¿Qué oyó cuando lo escuchó a escondidas?

Alina miró a Emma como si la hubieran pillado robando en una tienda. —Nada en absoluto.

Emma la miró con escepticismo.

—De verdad. Paul hablaba demasiado bajo para eso.

—¿Le ha llamado la atención alguna otra cosa que sea inusual en su compañero? —preguntó Emma.

—No, nada más, de verdad. Fue una conversación muy corta también. En cuanto oí que se quedaba en silencio, me escabullí rápidamente de vuelta a mi despacho. Poco después, solo le oí gritar a recepción que ya había terminado por hoy. Sonaba realmente enfadado.

—¿Había ocurrido eso alguna vez antes de esa manera? —insistió Emma.

—No, nunca, que yo sepa.

—De acuerdo. Si recuerda cualquier otra cosa o si él se pone en contacto con usted, por favor, llámenos. —Emma le entregó a Alina su tarjeta de visita.

—¿Por qué cree que se pondría en contacto conmigo?

—¿No se supone que todo es tan familiar aquí? —preguntó Emma.

—Eso es solo un truco para mantener nuestros salarios bajos —dijo Alina con desdén—. Conciliación de la vida laboral y familiar y todo eso. Ya se habrán fijado en la sala de reuniones.

Se despidió y dejó solos a los dos investigadores.

—Está ocultando algo —dijo Emma, sin apartar los ojos de la puerta cerrada de cristal translúcido—. No sabría decir qué es, y quizá solo me lo esté imaginando, pero...

—Debes de tener hambre.

—Tú sí que la tienes, ¿verdad?

—Siempre.

Emma lo miró e intentó forzar una sonrisa, pero simplemente no estaba de humor. —Bueno, pues coge algo del frutero.

—Quizá debería. Seguro que es bueno para mi conciliación laboral. —Alex sonrió.

Capítulo 3

Cuando Emma y Alex entraron en la agradable y fresca sala del departamento de patología en Bielefeld-Altenhagen, Achim Gräfe estaba en mitad de la sutura de la herida del cuello de Leonie Müller. El patólogo forense, un hombre larguirucho de dos metros de altura, tenía que inclinarse mucho hacia delante para realizar su trabajo. Mientras lo hacía, sus gruesas gafas de montura de pasta no dejaban de resbalarle por la nariz. Chris Wolf, que era dos cabezas más bajo, estaba frente a él y le asistía. La fiscal superior Hanna Aufderheide permanecía con los brazos cruzados a los pies de Leonie Müller, para no estorbar en el trabajo de los dos hombres. Emma y Alex ya habían trabajado en dos casos importantes con esta mujer de unos cuarenta y cinco años, que vestía un ligero traje de pantalón. No solo era una experta en crímenes violentos, sino que realmente hacía todo lo que estaba en su mano para facilitar el trabajo de la policía. Cualquier equipo de investigación podía considerarse afortunado si se la asignaban.

Achim Gräfe levantó la vista hacia ellos mientras se acercaban a la fallecida. —Habéis llegado justo a tiempo. Esa era su forma de saludar. Aufderheide los miró por encima del hombro y les dedicó un gesto de asentimiento a modo de «buenos días». Achim Gräfe le tendió los utensilios de costura a su asistente, quien los cogió en silencio y, sin mediar palabra, continuó el trabajo de su jefe. Entonces Achim se incorporó y se colocó las gafas en el puente de la nariz con el dedo meñique.

—Lleva muerta tres días. Es más, ha sido ejecutada. Obviamente. Sí, por supuesto —se respondió Achim a sí mismo, una costumbre que los demás presentes apenas notaban ya. Señaló la herida del cuello—. Esto no ha ocurrido en un arrebato ni nada por el estilo. Ha sido planeado —. Les indicó con un gesto que se acercaran a una mesa que había detrás de él, donde el estómago de la mujer aún yacía abierto y extendido como un libro maltratado. Achim se apoyó

de lado contra el borde y señaló con el dedo meñique el contenido —. Guisantes sin digerir y algo de carne. ¿Podéis verlo? No, no podéis, por supuesto. Solo es visible bajo el microscopio. Hay sangre en la comida. Es decir, no mucha, pero es suficiente para saber que le cortaron la garganta mientras la comida aún estaba de camino al estómago. Así que ha sido un corte bastante profundo.

Se apartó de la mesa y pasó rápidamente junto a Emma y Alex hacia un escritorio en el otro extremo de la sala, donde había tres monitores de ordenador uno al lado del otro en semicírculo. Se apoyó en el borde del escritorio y, tras unos rápidos clics, abrió las fotos que el colega Meyer había tomado en la escena del crimen. En ellas vieron primeros planos de la garganta seccionada, de su torso empapado de sangre y de sus manos, que habían sido colocadas planas sobre la mesa. Achim volvió a subirse las gafas y señaló el tablero de la mesa alrededor de las manos de Leonie.

—El ángulo es diferente. Me refiero al de las salpicaduras. ¿Lo veis? Sí, lo habéis observado correctamente. El perpetrador colocó las manos ahí después—. Achim abrió unas cuantas fotos más en las que habían levantado las manos de Leonie, mostrando la superficie de debajo de la cual, tal como Emma había visto en la escena del crimen, también estaba manchada de sangre—. El mismo ángulo que en el resto de la mesa.

—Así que el asesino se tomó su tiempo para preparar la escena adecuadamente después del crimen —dijo Emma.

—Desde luego, eso parece —confirmó Achim Gräfe—. Al menos en lo que a esto respecta. Quiero decir que la habitación de los niños estaba bastante desordenada en comparación; allí no se preparó nada. Y tampoco encontramos huellas de pisadas ensangrentadas. Si el perpetrador hubiera estado en la habitación después del asesinato, como dijeron los colegas de la científica, debería haber alguna allí. Como las de abajo —. Achim mostró unas cuantas fotos del suelo alrededor de Leonie, muy ampliadas—. Marcas de pisadas. ¿De zapatillas de deporte, presumiblemente? Sí, podría ser. Aún no hemos podido determinar la marca, pero estamos en ello. Así que, o

bien se cambió de calzado después o destrozó la habitación de los niños antes de cometer el acto. Podría haberlo hecho descalzo, por supuesto. Es solo una teoría. No hemos encontrado rastros al respecto.

—Entonces podría haber sido el caso, después de todo —supuso Alex—, de que los niños fueran una moneda de cambio para conseguir que su mujer accediera a sus peticiones.

—¿Hay algún indicio de que los niños pudieran estar sentados a la mesa cuando ocurrió? —preguntó Emma.

—No —dijo Achim Gräfe—. Pudimos identificar finas salpicaduras de sangre en las sillas alrededor de la mesa. Parece que no había nadie sentado allí cuando la mataron. De lo contrario, las salpicaduras no serían visibles en esos puntos.

—¿Hay alguna señal de actividad sexual? —preguntó Hanna Aufderheide.

—Sí, menos mal que lo pregunta —dijo Achim, apartándose de las pantallas hacia los investigadores—. Encontramos semen en su vagina. Aunque todavía no sabemos a quién pertenece.

—¿Sufrió abusos? —preguntó Emma.

—Al menos no físicos —aclaró Gräfe—. No hay señales de ello en absoluto.

***

En la pequeña sala de descanso, donde Emma y Hanna Aufderheide ya ocupaban la mayor parte del espacio, Alex se apoyaba en el marco de la puerta. Había rechazado el café. No hacía tanto calor como la semana pasada, pero Alex parecía tener una sensibilidad al calor distinta a la de Emma y Aufderheide y estaba sufriendo. Sin duda, no habría dicho que no a una cola helada.

—Sigue sin haber ni rastro del marido y de los niños —dijo Aufderheide.

—¿Se ha filtrado ya algo a la prensa? —preguntó Alex.

—Hasta ahora, solo lo hemos distribuido internamente —. Aufderheide consultó su delicado reloj de pulsera—. Sin embargo, va a salir una nota de prensa en diez minutos. También vamos a pedir la colaboración ciudadana. En cuanto sepamos algo, le seguiremos la pista y, por supuesto, os mantendré informados. Y ahora, ponedme al día.

—Dentro de la empresa, Paul Müller es un colega respetado — comenzó Emma su explicación—. Su mujer era ama de casa y no hacía gran cosa aparte de unas cuantas clases de Pilates. Pero antes de preguntar por ella en ese club y hablar de nuevo con su mejor amiga, deberíamos examinar más de cerca el círculo íntimo de su marido. Averiguar qué hacía en su limitado tiempo libre y con quién se reunía regularmente.

—La declaración de su madre sin duda podría ayudarnos más — dijo Aufderheide—. Está en condiciones de ser interrogada y ya viene de camino a la comisaría.

Capítulo 4

En el despacho de Emma y Alex hacía un poco menos de calor que fuera, pero el termómetro seguía marcando veinticinco grados. Alex había traído una pequeña unidad de refrigeración hacía unas semanas, que también equilibraba un poco la humedad. Ya no la necesitaba en casa. En su antiguo ático en Gütersloh, el aparato había estado funcionando casi continuamente durante el verano. En su actual piso, un bajo elevado en Stapenhorststraße, en Bielefeld, ya no le servía para nada. Podía considerarse afortunado si el sol lograba iluminar un lado de su piso durante una hora o dos por encima de los altos tejados. Simplemente no había más que rascar; las casas de esa calle estrecha y concurrida estaban demasiado juntas. Por el lado bueno —o algo así—, no tenía que caminar mucho hasta la estación.

Bärbel Müller, la mujer anciana con el colorido vestido de verano y la piel morena y arrugada, había llegado allí más rápido que los dos investigadores y se aferraba a la idea de que alguien había secuestrado a su hijo y a sus nietos. Estaba en estado de shock, sin duda, y Veronika Fillkorn, la colega de la unidad de apoyo a las víctimas que la había acompañado hasta allí, se sentó con ellos en esa pequeña habitación, que ya resultaba desagradablemente calurosa. Cuatro cuerpos caldeados por el verano transpirando para refrescarse; ni siquiera su pequeño aparato de aire acondicionado sería capaz de lidiar con eso. Tampoco podría disipar la densa atmósfera entre Alex y Veronika. Había trabajado con ella varias veces durante su etapa en Gütersloh y, en realidad, siempre se habían llevado bien. Y luego, poco después de su ruptura con su última novia, para él aquello no había sido más que una aventura de una noche, pero para ella había significado algo más. Al parecer, todavía hoy le guardaba rencor, a juzgar por el saludo con una sonrisa gélida que le había dedicado. Sin duda, era mejor que él se

mantuviera en un segundo plano en su presencia y dejara el interrogatorio en manos de Emma.

—Me niego a creer —dijo Bärbel Müller— que se suponga que mi hijo ha asesinado a mi nuera y ha secuestrado a mis nietos.

—Eso es solo una teoría —intentó aplacarla Emma, aunque el tiempo apremiaba. Normalmente, habrían planteado este interrogatorio de otra manera. No solo con más empatía y consideración; también habrían hecho las preguntas habituales al principio: si había notado algo inusual últimamente, si había problemas en el matrimonio o con las finanzas, etcétera. Pero cuando hay niños desaparecidos, el interrogatorio es más directo. Los colegas de Verl ya habían hecho las preguntas estándar, que no les habían proporcionado información suficiente. Supuestamente, no había problemas en el matrimonio; eran felices, eran pareja desde que eran adolescentes. Una historia de amor de esas que mucha gente desea.

Bärbel Müller la miró casi con desdén, algo que Alex podía entender perfectamente. ¿Quién quiere oír que su propio hijo podría ser sospechoso en un caso de asesinato?

—Es indignante que siquiera consideren esa teoría. Mi hijo es un marido y padre cariñoso. No tiene motivos para un acto tan cruel. Su matrimonio iba bien, eran felices. Estoy segura de que a él también le ha pasado algo. Una madre siente estas cosas.

—¿Cuándo fue la última vez que supo de él? —preguntó Emma.

—No lo sé. No estamos en contacto todos los días, a menudo ni siquiera semanalmente; lo cual no significa que no tengamos una buena relación.

—Por supuesto que no —dijo Emma con una sonrisa compasiva. Alex no pudo evitar pensar en la mala relación de Emma con su madre, de la que ella le había hablado hacía unos meses. Ellas dos hablaban por teléfono con la misma esporadicidad, aunque Emma le había confesado que, la mayoría de las veces, ignoraba los intentos de su madre por localizarla.

Bärbel Müller, por el contrario, pareció calmarse por el momento ante las palabras de Emma. —Debió de ser hace más o menos una semana.

—¿Le pareció que algo fuera extraño durante la conversación? —preguntó Emma.

—No. Nos pusimos al día y luego hablamos de los últimos libros que habíamos leído.

—¿Leen mucho? —quiso saber Emma.

—Sí, mi hijo también.

—En realidad, no encontramos tantos libros en la casa —señaló Alex, ganándose al instante una mirada gélida de Veronika. Alex respondió con una sonrisa y solo después se dio cuenta de que podía percibirse como algo bastante provocador.

—Ahora lo lee todo en el Kindle, a veces incluso en el móvil. Yo no podría hacer eso. Tengo que tener algo en la mano, un libro de verdad.

De repente, pareció triste y preocupada. ¿Estaba cambiando su estado de ánimo otra vez? Las personas que acaban de enterarse de la muerte de un familiar muestran una gran variedad de reacciones y son difíciles de predecir. Con algunos, se podría llegar a pensar que el apoyo psicológico sería superfluo, pero, en realidad, nunca lo era. Especialmente en caso de asesinato.

—Me pregunto si estarán bien —preguntó Bärbel ahora con tristeza —. Oh, por favor, Dios mío. Si a ellos también les ha pasado algo, no sobreviviré. Y mi pobre nuera... —Sollosó y no pudo continuar.

Tales cambios en su estado de ánimo los habían desequilibrado repetidamente durante los últimos minutos, dificultando la obtención de información importante. Veronika le habló con calma y le ofreció una vez más dar por terminada la conversación.

—No, estoy bien —dijo entonces Bärbel—. Quiero ayudar. Quiero que los encuentren.

Alex ya ni siquiera se atrevía a mirar el reloj que colgaba entre las ventanas. Los niños podrían haber recorrido medio mundo a estas alturas... o algo peor. Alex apartó de inmediato este último pensamiento e hizo la siguiente pregunta, aunque estaba seguro de que aquello no le haría ganar puntos con Veronika. Pero no le importaba lo más mínimo. Se trataba de algo más que sentimientos heridos: —¿Sabe usted con quién se relacionaba su hijo fuera de la familia? ¿Amigos, compañeros de trabajo?

—Todavía tiene su antiguo grupo de amigos. Los cuatro han sido amigos durante más de veinte años.

—¿Cómo se llaman? —preguntó Alex.

—Karl Hummels, Theo Ackermann y Lino Petersen.

Alex anotó los nombres. Estaba a punto de pedir también las direcciones cuando Bärbel rompió a llorar una vez más.

Veronika la tomó en sus brazos y miró a Emma con compasión. —Deberíamos dejarlo por ahora.

—Lo siento mucho —sollozó Bärbel y apartó suavemente a Veronika—. Los pobres pequeños. ¡Y mi hijo! ¿Dónde está mi hijo?

—Conseguiré las direcciones y los números de teléfono y comprobaré si están localizables —le susurró Alex a Emma, se levantó y se despidió con un breve asentimiento.

Emma esperó hasta que la mujer se hubo recompuesto un poco. Luego sacó una carpeta de su bolso. —Aunque sé que será duro para usted, me gustaría que mirara algunas fotos que hicimos en la habitación de los niños.

—Está bien —dijo Bärbel.

Abrió la carpeta y extendió seis fotos de la habitación infantil. —¿Le llama la atención algo inusual?

Bärbel estudió las imágenes con atención y no pudo evitar llevarse la mano a la boca. —Los pobres pequeños —dijo de nuevo, esta vez casi inaudible. Cerró los ojos, tomó aire, se secó las lágrimas y siguió

mirando las fotos. Por supuesto, Emma podría haber preguntado directamente si faltaba algún peluche, pero no quería influir en la mujer. En su estado, podría simplemente confirmarlo, aunque no fuera el caso. Así funcionaba la psique humana. Nadie estaba a salvo de la sugestión.

—Faltan las cosas grandes. El dinosaurio y el mono —dijo.

—¿Se refiere a peluches de la cama? —preguntó Emma.

—Oh, sí. Esos también faltan. Ese Batman y un tipo con una S en el pecho.

—¿Batman y Superman? —preguntó Emma.

—Sí, creo que sí.

—¿Y a qué se refería con las cosas grandes? —insistió Emma.

—También son peluches, tan grandes como los propios niños. No los veo en ninguna de las fotos.

Capítulo 5

En el instituto *estatal Johann-Berg*, Emma y Alex entraron en una de las salas de informática del sótano, acompañados por un Karl Hummels que parecía algo más que agitado.

Cerró la puerta tras de sí y les hizo un gesto para que se sentaran en la fila de escritorios que habían sido agrupados, mientras él ocupaba un asiento tras el atril del profesor.

—¿Tienen ya más detalles? —preguntó Karl Hummels, con aspecto de auténtica preocupación y palidez, lo que le confería un aire enfermizo bajo el resplandor de la escasa iluminación amarillenta—. ¿Le ha pasado algo?

—Me temo que aún estamos al principio de nuestra investigación —dijo Emma, sentándose junto a Alex.

—¿Cuándo fue la última vez que supo de él? —Alex sostenía el bolígrafo preparado para escribir. O más bien, para realizar una secuencia críptica de supuestos caracteres. Emma estaba acostumbrada a sus garabatos, pero tenía la sensación de que se volvían más ilegibles por meses y pronto consistirían solo en ondas y guiones.

—El viernes. Acababa de salir de la oficina, creo, cuando me llamó y me dijo que no podría venir esa noche. Habíamos quedado para ir al cine.

—¿Le dio alguna razón? —preguntó Emma.

—No.

—¿Y eso no le ha preocupado en todo el fin de semana? —insistió Emma.

—En realidad no. Estamos acostumbrados a que se comporte así. Se ofende con facilidad y, entonces, es mejor dejarle tranquilo unos días.

Habían oído algo similar de boca del colega de Müller. Emma prosiguió: —¿Es propenso a arrebatos violentos?

—¿Qué? —Karl Hummels soltó una risa breve, pero enseguida pareció recobrar la conciencia de la gravedad de la situación—. No. Solo se hace la diva, eso es todo. Siempre ha sido así, desde que nos conocimos, y de eso hace media eternidad. Solo necesita unos días para digerir lo que sea que le haya molestado. Después de eso, todo vuelve a estar bien. Pero se altera por naderías; por ejemplo, si pierde al póquer o si alguien le ha llevado la contraria en el trabajo. No pierde los estribos ni se vuelve insultante ni nada por el estilo. Simplemente se queda muy callado, se distancia y se pone de mal humor. Siempre decimos que es el artista del grupo. Ellos también sufren cambios de humor cuando algo no sale como imaginaban.

No necesariamente, pensó Emma, pero no dijo nada. De todos modos, no era relevante ahora. —¿No lo ha pagado nunca con su mujer?

—¿Con Leonie? —dijo él, mirándola de repente con enfado—. Por favor. La adoraba. Jamás le haría daño a ella ni a sus hijos. —Entonces pareció percatarse de algo, y su expresión se tornó de asombro—. ¿Están bien ella y los niños?

—Su mujer ha sido asesinada —dijo Alex, momento en el que el semblante de Karl Hummels se desmoronó. Por lo visto, aún no había visto las noticias hoy—. No hay rastro de los niños ni de su amigo desde entonces.

—¿Por qué alguien haría algo así? —Sus ojos brillaron—. Es una persona tan fantástica y los niños... —Se interrumpió y se cubrió la cara con las manos—. Maldita sea.

—Lamentamos que haya tenido que enterarse de esta manera —dijo Alex con empatía—. Lo más importante ahora es que averigüemos dónde están Paul y los niños.

Él le miró como si no hubiera comprendido lo que le acababa de decir Alex. —¿Creen que Paul mató a Leonie y secuestró a los niños?

—Es una posibilidad que tenemos que investigar —dijo Emma en tono tranquilizador—. Es probable que lo oiga pronto en las noticias o en las redes.

—Mierda. No tengo ni idea de dónde podría estar. De verdad. Quizá sea mejor que hablen con Lino o con Theo. Le conocen desde hace más tiempo que yo, y Lino es su mejor amigo.

—Lamentablemente, no hemos podido localizarle —dijo Emma.

—Sí, es cierto. Está en Hong Kong por negocios en este momento. Aun así, estamos en contacto regular, y cuando Lino está aquí, nos da la tabarra constantemente para vernos. Es el único que no tiene mujer ni hijos.

***

En la cantina del *estatal Johann-Berg*, solo Emma y Alex habían pedido comida. Para ser más precisos, Alex había pedido algo. Emma no tenía hambre; había desayunado bien y, con estas temperaturas, prefería tomarse una Coca-Cola Zero.

Con los pedidos, que en el caso de Alex consistían en un panecillo de jamón y un cruasán, caminaron por el patio de la escuela, donde unos pocos alumnos dispersos disfrutaban del sol, hacia el aparcamiento.

—El hecho de que se ofenda fácilmente no habla precisamente a su favor —señaló Emma—. Pero tampoco lo convierte automáticamente en un criminal violento.

—Tampoco hay indicios de que fuera violento con su mujer —dijo Alex, mirando su teléfono de trabajo, donde acababa de recibir el informe preliminar de la autopsia de Leonie Müller—. No tiene hematomas, ni siquiera antiguos. Las radiografías no muestran fracturas que hayan curado de forma extraña. Por lo que parece, nunca tuvo una lesión grave.

Alex tiró la servilleta de su panecillo en una papelera llena del aparcamiento, mientras sostenía el cruasán con la otra mano y le daba un mordisco.

—Por alguna razón, ya no creo que haya sido el marido —dijo Emma.

—¿Por qué no?

—La puesta en escena. Alguien que se ofende de un segundo a otro y se dedica a refunfuñar no actúa de forma tan calculadora. Ni con tanta sangre fría al emplear la violencia.

—¿Quién podría haberla matado entonces? —Al llegar al coche, Alex se metió el último trozo de cruasán en la boca. Sabía que a Emma no le gustaba que la gente comiera en el coche.

Emma se limitó a encogerse de hombros, luego abrió el coche y entró. Mientras ponía el aire acondicionado a plena potencia, Alex recibió un mensaje en su móvil de trabajo nada más tomar asiento.

—¿Alguna noticia de los niños? —preguntó Emma.

—No. Nuestros colegas acaban de confirmar que Lino Petersen tomó un vuelo a Hong Kong el sábado por la mañana.

—Teóricamente, podría haber cometido el crimen antes de eso —dijo Emma, devolviéndole el teléfono—. Karl Hummels dijo que cuando está por aquí, les pone a todos de los nervios porque no sabe qué hacer con su tiempo.

—¿Y por eso matas a alguien por aburrimiento?

—¿Si tiene una buena razón para ello? —rebatió Emma—. Quizá tenía envidia del gran matrimonio que tenían. O estaba enamorado en secreto de Leonie y así quitó de en medio al marido.

—¿Crees que le ha pasado algo al marido?

—Es al menos posible en un escenario así. No es que no haya pasado nunca antes. Alguien desea a la mujer de otro, se deshace del rival, y cuando intenta ganarse a la mujer, ella se niega, así que ella también tiene que morir.

—¿Y tus suposiciones en qué se basan?

—En la esperanza de resolver el caso rápidamente —dijo ella—. Buscamos a un asesino que debió de tener tiempo para una planificación y ejecución cuidadosas. Quizá fue Lino quien llamó a Paul Müller a la oficina. Pudo haberlo atraído a algún lugar.

Capítulo 6

En la consulta de fisioterapia de Theo Ackermann, Emma y Alex se acercaron al mostrador de recepción.

—¿Vienen de la policía judicial? —preguntó la robusta recepcionista con lo que parecía ser una sonrisa sincera y amistosa.

Emma confirmó que así era y se presentó a sí misma y a Alex.

—Estupendo —dijo la mujer—. El señor Ackermann los espera en la sala de tratamiento dos. —Hizo un gesto de invitación señalando más allá del mostrador—. Todo recto, no tiene pérdida.

Los dos investigadores le dieron las gracias y entraron en la sala. La puerta estaba entornada y en el interior, Theo Ackermann caminaba inquieto de un lado a otro. Emma llamó para anunciar su llegada y Theo se detuvo frente a la camilla de tratamiento, fingiendo ajustar su altura. Emma se preguntó por qué estaba tan interesado en ocultarles su agitación.

—Pasen. —Theo pasó también las manos por la superficie de la camilla, como si hubiera una sábana que necesitara estirar.

Después de que Emma se presentara a sí misma y a Alex una vez más, dijo: —Gracias por hacernos un hueco.

—No hay problema. Mi colega se ha hecho cargo de mi siguiente paciente.

—¿Comparten la consulta? —preguntó Alex.

—No, es solo que aquí tenemos una jerarquía muy horizontal... ¿Qué hay de Paul? —preguntó Theo, visiblemente preocupado y cada vez más inquieto.

—Eso es lo que estamos intentando averiguar —dijo Emma.

—Pero ya saben que lleva desaparecido desde el viernes —dijo—. Sus hijos también. Y lo que le pasó a Leonie... —Se dejó caer pesadamente sobre un taburete redondo que había detrás de él.

Esta información ya no era secreta, y Karl Hummels casi con toda seguridad le habría informado de que habían estado haciendo preguntas.

—¿Se ha comportado Paul Müller de forma extraña con usted durante los últimos días? —preguntó Emma, yendo directa al grano.

—Sí, lo ha hecho. Me llamó el viernes después del trabajo. Creía que alguien le había amenazado por teléfono. —Theo Ackermann se interrumpió. No parecía que fuera a perder los estribos ni a echarse a llorar; más bien, parecía alguien que desearía, a toro pasado, haber hecho algo de forma diferente. Como si hubiera podido evitar que ocurriera algo terrible.

—¿Mencionó algún nombre? —preguntó Alex, con el bolígrafo suspendido sobre su libreta.

—No. Él mismo no sabía de quién se trataba. Solo sospechaba que podría ser alguien que le hubiera pillado. —Theo Ackermann hizo otra pausa, y ahora estaba vacilando. Claramente, estaba debatiéndose entre si debía seguir hablando o no. Los miraba como un ciervo asustado, como si quisiera que le dijeran que podía guardarse el secreto de Paul —fuera el que fuese— para sí mismo. Pero, desgraciadamente, así no era como funcionaba.

—Continúe —instó Alex. Pero Theo permaneció en silencio, negando ligeramente con la cabeza, y Alex perdió la paciencia—. ¡Desembuche! Leonie está muerta, los niños y Paul han desaparecido. ¿Cuánto tiempo cree que tenemos para dilemas morales?

Theo cerró los ojos un momento y respiró hondo; finalmente, dijo: —Paul es un tipo de fiar y un amigo de verdad, pero él... —Buscó las palabras adecuadas—. No trataba precisamente a Leonie como debería haberlo hecho.

—¿Quiere decir que le pegaba?

—¿Qué? ¡Dios mío, no! Paul no. Es que le gustaba picotear por ahí.

—¿Tenía una aventura? —intervino Emma.

—No sé si a un poco de sexo esporádico se le podría llamar aventura. Nunca se comprometía realmente con nadie. Excepto con Leonie. Más o menos.

—¿Así que quien llamó podría haber sido perfectamente un marido o un novio celoso? —preguntó Alex.

—Se suponía que esto nunca saldría de nuestro círculo de amigos.

—¿Es por eso que su amigo Karl Hummels no lo mencionó? —insistió Emma.

—Me lo imagino. Si alguien sabe guardar un secreto, ese es Karl.

—¿Conoce a alguna de las mujeres con las que Paul haya tenido intimidad últimamente? —quiso saber Emma.

—No solemos hablar de eso. Él sabe lo que pienso de todo el asunto. Simplemente no puedo comprender por qué alguien haría algo así. Especialmente con una mujer como Leonie. Nos conocemos desde hace una eternidad. Ella es... era realmente una mujer excepcional.

Emma sintió que estaba siendo bastante elogioso con la mujer de su mejor amigo. ¿Era posible que ya no quisiera encubrir más las infidelidades? ¿Creía él que la habría tratado mejor de lo que lo hizo Paul Müller? ¿Que ella habría estado mejor con él? Y cuando ella no le correspondió, ¿la había matado? ¿Porque ella no quería ser «salvada», como decía la tarjeta de la escena del crimen?

—Me gustaría mostrarle una foto —dijo Emma, buscando el perfil de Instagram de Alina Schneider en su teléfono de trabajo y mostrándoselo a Theo Ackermann. Él pasó algunas de las imágenes.

—La conozco. No personalmente, pero es una de las mujeres a las que Paul miraba mucho. ¿Puedo? —Señaló el teléfono. Emma asintió. Él tocó una de las fotos y luego abrió la lista de personas a las que les había gustado. —¿Lo ven? —Señaló el nombre *PowerWolf84.* —Esa es la segunda cuenta de Paul.

Alex tomó nota. —¿Y su mujer no sospechaba nada? —preguntó Alex.

—No creo que nadie más que Karl, Lino y yo sepamos de esa cuenta. Ni siquiera publicaba fotos de sí mismo.

Emma hizo clic en la cuenta de Paul. Una foto de perfil de una playa y, en efecto, ni una sola publicación. Tampoco muchos seguidores.

—¿Sabe dónde conocía a las mujeres?

—Como ya he dicho, no hablamos de ello.

—¿Entonces cómo ha reconocido a Alina Schneider?

—De vez en cuando miro por encima de su hombro cuando se queda mirando el móvil todo el rato. Aparte de eso, realmente no sé nada. Desde luego, ya no voy a encubrirlo más... lo cual tampoco tiene sentido ya, ahora que Leonie...

Un silencio incómodo inundó la sala.

—Gracias, eso ya nos sirve de gran ayuda —dijo Emma con empatía.

—¿De verdad? Pensaba que sospechaban de Paul.

—Esa es una de las posibilidades que estamos investigando actualmente —confirmó Emma—. Pero gracias a su declaración, se han abierto otras nuevas.

Era evidente que no le gustó cómo sonaba aquello. —Me alegro si he podido ser de ayuda. —Se levantó con eficiencia profesional. Apenas quedaba rastro de su inquietud, dolor o nerviosismo—. Si me disculpan, estoy esperando a mi próximo paciente en cualquier momento.

Capítulo 7

Como el espacio de trabajo de Alina Schneider no era más que un escritorio entre dos mamparas en una oficina de planta abierta, frecuentada también por otros cinco colegas, se vieron de nuevo en el minúsculo y asfixiante despacho de Paul Müller.

—Jamás me liaría con un hombre casado —dijo Alina, intentando quitarle importancia con una risa a la acusación de los investigadores. Al menos, así le pareció a Alex. Su tono, sumado a la mueca de su rostro, fue suficiente para confirmar sus sospechas—. Además, no es mi tipo y tiene casi cuarenta años.

—Treinta y dos no es precisamente tener casi cuarenta —apuntó Alex.

—Aun así, es demasiado viejo para mí. —Alina los miró a ambos con aire de disculpa—. Sin ofender. —Su sonrisa vacilante delataba que consideraba que Alex era un anciano, aunque eso a él le importaba bien poco. Lo que no le gustaba era que, una vez más, estaban tratando con alguien que se preocupaba más por su propia reputación que por el bienestar de los demás.

—¿Es consciente de que hay dos niños pequeños desaparecidos? —preguntó Emma, como si le hubiera leído el pensamiento a Alex.

—Soy consciente de ello. —Miró a Emma con una expresión de incomprensión, casi de asombro. Y, de repente, ya no fue capaz de sostenerle la mirada. Se echó hacia atrás; la silla cedió ligeramente y se balanceó con suavidad—. Está bien, teníamos una aventura. —Cruzó los brazos sobre el pecho en actitud desafiante—. ¿Va a ayudarles eso a encontrar a los niños ahora?

—¿Dónde se veía con él para intimar? —preguntó Emma.

—Habla usted como una monja —respondió Alina con brusquedad —. Nos divertimos un poco juntos. Y no solo una vez. Admito que hubo algo más entre nosotros, pero él no estaba dispuesto a dejar a

su mujer por mí. A pesar de que habría estado mucho mejor conmigo que con esa vieja aburrida.

Aquella era una faceta nueva de ella. Estaba claro que Alina lidiaba con un ego herido y, por lo que parecía, lo anteponía a todo lo demás. Un fiel reflejo de la sociedad moderna. Alex deseaba en cada ocasión no pensar de esa manera, pero no podía evitarlo. Tampoco podía evitar que aquello le enfureciera. ¿Cómo podía alguien ser tan egocéntrico? *¡Se trata de niños pequeños, por el amor de Dios! ¿Es que no puede olvidarse de su narcisismo al menos durante unos minutos?*

—No nos interesa lo que piense de su mujer ni de ninguna otra persona —replicó Alex tajante—. Queremos encontrar a los niños, y si sigue obstruyendo nuestra investigación por puro ego, la llevaremos a comisaría.

—Está bien, está bien —dijo ella—. No hace falta que me amenace. Yo no he hecho nada. No fui yo quien engañó a nadie, fue él.

—¿Dónde se veía con él? —preguntó Emma con severidad, lo que intimidó aún más a Alina.

—En su piso, cuando su mujer y los niños no estaban.

Alex miró a Emma, que parecía tan sorprendida como él por esa afirmación. Después de todo, Paul Müller vivía con Leonie y los niños en una casa unifamiliar, no en un piso.

—¿Dónde está ese piso? —preguntó Alex.

—En el centro de la ciudad —dijo ella, como si diera por sentado que deberían haberlo sabido hace tiempo—. ¿No lo saben? —añadió Alina con incertidumbre.

Capítulo 8

La pesada puerta que tengo detrás está cerrada a cal y canto y solo puedo abrirla yo. Las ventanas, todas ocultas tras las cortinas, apenas dejan entrar la luz del día.

Observo a los pequeños mientras juegan. A veces ríen, pero no es algo real, sino solo un eco de alegría. Eso se debe a sus recuerdos, que todavía están demasiado frescos. A veces me encuentro con sus ojos; son interrogantes, inquisitivos, a veces cargados de miedo. ¿Qué piensan en esos momentos? ¿Me ven como a su salvador? Pues no soy otra cosa. Su salvador, que quiere liberarlos de su sufrimiento.

Me pregunto si comprenden por qué están aquí. Si saben que nunca volverán con sus padres ni a su antiguo mundo.

Que ahora yo soy su padre.

Capítulo 9

En el loft de la calle Renteistraße, nadie respondió a los golpes ni a la orden de Alex de que abrieran la puerta, aparte de los vecinos fisgones. Irritado, hizo una señal al miembro del equipo táctico para que usara el ariete. Con un fuerte crujido, la puerta cedió. El equipo de asalto entró con los subfusiles listos, mientras Emma y Alex se quedaban en la retaguardia. Un hedor familiar golpeó las fosas nasales de Alex. Sus temores se confirmaron al pasar por el pequeño recibidor hacia el loft de planta abierta, donde el sol había pegado sin piedad durante los últimos días. A excepción de la puerta del baño, todo el piso quedaba a la vista, lo que permitió al equipo táctico declarar rápidamente que la zona estaba despejada.

Alex se vio incapaz de avanzar más. Se le revolvió el estómago ante la visión sobre la gran cama. Paul Müller yacía allí de espaldas, completamente desnudo, con las muñecas esposadas a la estructura y la garganta seccionada. Su sangre se había extendido por la cama, oscura y pegajosa; el cuerpo estaba hinchado, como si estuviera a punto de reventar. El calor de los últimos tres días, la falta de oxígeno y la luz solar constante habían acelerado la descomposición. La piel estaba distendida y parecía casi transparente, con manchas oscuras y ampollas que indicaban la putrefacción del cadáver.

Alex se sentía realmente mareado, y Emma no tenía mucho mejor aspecto, aunque ella logró recuperar la compostura más rápidamente.

—Los niños no están aquí —dijo uno de los agentes.

—¿Habéis mirado en los armarios? —preguntó Alex—. Y mirad debajo del sofá, en cada maleta... No lo sé, buscad por todas partes donde podrían esconderse dos niños pequeños.

—¿Y qué hay de contaminar la escena del crimen? —preguntó una de las figuras enmascaradas.

—Limítate a hacer lo que te he dicho, maldita sea —dijo Alex tajante.

El equipo puso todo el lugar patas arriba. Solo procedieron con más cautela cerca del fallecido. Pero para todos había estado claro desde el principio que los niños no estaban allí.

—¡Mierda! —gritó Alex, propinando una patada a una de las maletas pequeñas que salió volando por el piso. Nada le habría gustado más que destrozar algunos muebles. Habían tenido tantas esperanzas de encontrar a los niños... En su lugar, ahora tenían otro cadáver y, precisamente, el del hombre que había sido su principal sospechoso. Sin duda llevaba muerto unos días, al menos tanto tiempo como su mujer.

—Llamaré a la científica —dijo Emma, lanzando una mirada al muerto.

Alex miró más allá de ella a Paul Müller, que yacía estirado ante él bajo la resplandeciente luz del sol, con la vista clavada en las ornamentadas molduras de escayola del techo. La sombra que empezaba a su lado daba la impresión de que la naturaleza se burlaba de ellos.

Alex se preguntaba por qué este poder —o cualquier poder superior, cuya existencia Alex cuestionaba cada vez más, hoy más que nunca— no podía garantizar que los niños estuvieran a salvo. Cualquier esperanza de encontrarlos con vida se desvaneció en un instante. Quienquiera que hubiera matado a sus padres, seguramente tampoco habría dejado vivos a los niños. De verdad deseaba no pensar así, pero llevaban desaparecidos demasiado tiempo. En casi ningún caso de niños desaparecidos que no se resolviera en setenta y dos horas se les encontraba con vida, si es que aparecían. Y ese plazo casi había expirado. Con esta constatación, su ira se evaporó, dejando paso a la desesperación y la impotencia, y si no se centraba en lo esencial de inmediato, solo perjudicaría al caso. *Los niños siguen vivos,* se obligó a pensar. Una y otra vez. *Siguen vivos.* Y Alex y Emma los encontrarían. Sin duda alguna.

—La científica está de camino —dijo Emma, acercándose a la cama.

Alex la siguió. —Supongo que tenemos que replanteárnoslo todo. —Resignado, Alex escudriñó al muerto de pies a cabeza. Luego asintió, como aceptando su propia conclusión—. Lo ataron antes de matarlo.

—Y lo desnudaron. —Emma se acercó al montón de ropa que había en el suelo y examinó cada prenda. Se detuvo y levantó la manga de la camisa azul oscuro, que era casi del mismo color que sus guantes. La ropa estaba intacta, no estaba rasgada ni cortada.

—¿Conocía al agresor? —preguntó Alex, pero entonces sonó su móvil. Lo sacó del bolsillo para responder a la llamada—. Kuper —dijo brevemente y escuchó—. Un momento, le pongo en manos libres.

Emma lo miró inquisitivamente.

—Lino Petersen —susurró Alex.

—¿Diga? —preguntó Lino Petersen—. Me ha dejado un mensaje en el buzón de voz. Siento no haberle devuelto la llamada hasta ahora. ¿Paul ha desaparecido?

Alex miró al muerto. —Desde el viernes. ¿Ha tenido algún contacto con él desde entonces?

—El viernes, sí. Quería usar mi piso de nuevo. Se me olvidó decirle que había escondido la llave en el buzón. Por eso me llamó.

—¿Y dónde está su piso exactamente? —preguntó Alex.

—En el centro de la ciudad. Uno de esos lofts. No lo uso tan a menudo, y Paul... bueno, necesita un lugar donde pueda desconectar.

Así que el sexo con otras mujeres era su vía de escape, pensó Alex, y preguntó: —¿Renteistraße? —Hacía tiempo que sospechaba hacia dónde iba aquello.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Lino, sorprendido.

—Estamos aquí ahora mismo —dijo Alex.

—¿Qué? ¿Por qué están en mi piso?

Alex apartó los ojos del muerto, examinó el armazón de la cama y luego explicó: —Hemos encontrado a su amigo aquí.

—Uf, bueno, menos mal entonces.

—Me temo que no.

Silencio al otro lado. Luego: —¿A qué se refiere?

—Ha sido asesinado —dijo Alex, oyendo un fuerte gemido al otro lado. Sonaba dolorido; Alex rectificó—: Lo siento de veras.

Seguía el silencio. Solo el equipo táctico al retirarse hacía algo de ruido. —Volaré de vuelta hoy mismo —dijo Lino Petersen con firmeza —. ¿Lo sabe ya Leonie? Su mujer, quiero decir.

Alex cerró los ojos un momento, luego los volvió a abrir y respiró hondo. —No, nosotros nos encargaremos de eso. Por favor, guarde esto para usted.

—Como diga.

Por supuesto, Lino no entendía por qué no debía ocuparse de la mujer de su amigo asesinado, pero ¿qué otra opción tenía Alex sino mentir? La verdad solo daría lugar a preguntas sobre los niños... No, de todos modos se enteraría de todo bastante pronto, y al menos ahora no se pondría a hacer llamadas y quizás alertaría sin querer al asesino o difundiría la información como la pólvora. Aunque Alex no fuera capaz de pensar con claridad en ese momento, necesitaba esta pequeña pizca de control y la certeza de que la prensa aún no sabía nada de la muerte de Paul Müller. El doble asesino, que seguía prófugo y tenía a los niños de sus víctimas en su poder, debía poder creer durante todo el tiempo posible que seguían considerando a Paul Müller el culpable y que lo andaban buscando.

—¿Voló usted a Hong Kong el sábado por la mañana? —preguntó Alex ahora.

—Sí. ¿Por qué lo pregunta?

Alex podía oír claramente que Lino Petersen estaba a punto de sucumbir al dolor, así que prosiguió rápidamente: —¿Así que todavía

estuvo en su loft el viernes por la noche?

—No, me fui a Fráncfort el miércoles. Trabajo con grandes empresas bursátiles y volé desde allí.

Tendrían que verificarlo, pero Alex estaba seguro de que podían tachar a Lino Petersen de la lista.

Quince minutos después, Emma y Alex estaban apoyados en la puerta principal, mirando más allá de la furgoneta de la científica hacia el *Overview,* un restaurante de moda donde ambos habían ido a comer una o dos veces. Pero en este preciso instante Alex no tenía apetito; no sería capaz de ingerir ni un bocado. Este caso era sencillamente demasiado difícil de digerir.

—O se quitó esa ropa voluntariamente —reflexionó ahora—, o fue obligado a hacerlo.

—¿Por quién? ¿Por Alina Schneider?

—Tal vez —dijo Alex con escepticismo.

—Ella dijo que era Paul Müller quien engañaba —dijo Emma.

—¿Se refería a su relación con su mujer o a su relación con ella? —divagó Alex.

—No lo había pensado así —respondió Emma—. Si se sintió herida, eso podría ser una razón para quitarse de en medio a él y a su rival. Y si tal vez incluso quería tener hijos con él, también tiene un motivo para los secuestros.

—O fue el mejor amigo, el fisioterapeuta —sugirió Alex—. Parecía haber puesto los ojos en la mujer. Y cuando ella no quiso saber nada de él, la mató. Si él no podía tenerla, nadie más lo haría. La tarjeta encajaría bastante bien en esa teoría también.

—Si fue él, ¿mató a Paul Müller antes o después? —reflexionó Emma en voz alta.

—Mejor no pensar en eso hasta que el equipo forense haya llegado a una conclusión.

—Así que ahora tenemos dos nuevos sospechosos. ¿Por qué seguimos aquí parados entonces?

—¿Qué tenemos aparte de conjeturas? —dijo Alex, derrotado—. Nada. Como de costumbre.

Emma guardó silencio.

Él respiró hondo. —Muy bien. ¿A quién abordamos primero? ¿A Alina Schneider o a Theo Ackermann?

—A Ackermann —dijo Emma con decisión, y solo entonces Alex comprendió por qué. A diferencia de Alina, él no les había dicho nada sobre el piso; si ella hubiera sido la asesina, o bien habría mencionado un lugar completamente distinto o habría mantenido su aventura en absoluto secreto. Por otro lado, el hecho de que la ropa de Paul Müller estuviera intacta en el suelo apuntaba claramente hacia una aventura, o al menos a que se había desnudado voluntariamente. Sin duda, preferiría haber hecho eso por Alina que por su amigo, quien, por supuesto, también podría haberlo obligado a punta de pistola. Ackermann podría haber preparado las cosas en el loft para que las sospechas recayeran sobre Alina Schneider.

Basándose en su instinto y en las estadísticas que sugerían que los hombres eran más propensos a tales actos, Alex estaba convencido de que iban por el buen camino con Ackermann.

Capítulo 10

La noticia de la muerte de su amigo había dejado a Thilo Ackermann en estado de shock. En la sala de espera, se quedó mirando el cuadro con el juramento hipocrático. Aunque estaba sentado erguido, su cuerpo se había quedado sin fuerzas. Apoyaba la nuca contra la pared blanca y Emma se preguntaba si sería capaz de reconciliar lo que les había contado hasta el momento con aquel juramento. «Primum non nocere», decía en la parte superior. Uno de los principios más importantes era no hacer daño. El instinto de Emma le decía que, en este caso concreto, él no lo había cumplido a rajatabla.

—Es todo tan irreal —dijo él, inclinándose hacia delante con los antebrazos apoyados en los muslos y bajando la mirada hacia sus zapatillas blancas.

—¿Sabe usted —empezó Emma— que Paul se veía con otras mujeres en el piso de su amigo Lino Petersen siempre que este se ausentaba por negocios?

—No sospechaba que lo hiciera a tal escala. Pensé que solo era algo ocasional. No es que eso lo justifique, por supuesto.

—¿Tiene usted pareja? —preguntó Alex.

—Desde hace unos años, no. Veo a gente de vez en cuando, pero nada serio.

—¿No quiere tenerla? —insistió Emma.

—Bueno, sí, supongo. Pero nunca llega a nada. Trabajo mucho.

Era algo con lo que Emma podía sentirse identificada perfectamente. Esa era también una de las razones por las que llevaba tanto tiempo soltera. Debían de haber pasado casi dos años desde la última vez que había tenido relaciones sexuales. Eso sí, lo de aquel tipo por aquel entonces no había sido más que un error;

desde aquella fiesta de Navidad de la comisaría, no había vuelto a probar ni una gota de alcohol.

—Tenemos motivos para creer —dijo Emma, apartando sus pensamientos— que Leonie Müller también tenía una aventura. —Era mentira. Solo quería ver cómo reaccionaba Thilo Ackermann.

—Ella nunca habría hecho algo así. —La incredulidad en sus ojos era imposible de pasar por alto.

—¿Tan bien la conocía? —Alex no pudo evitar la pulla.

—Lo suficiente —se retractó él—. Lo que quería decir es que no me la imagino haciendo eso.

—¿Por qué no? —insistió Alex.

Para Emma, la verdadera pregunta era por qué sabía tan poco sobre la mujer de su mejor amigo. ¿Quizá no eran tan inseparables como todo el mundo pensaba?

—Porque es demasiado buena persona... lo era —dijo Thilo Ackermann.

—Así que no cree que fuera capaz de engañarlo —dijo Alex, presionando un poco más—. Tampoco parece que apruebe el comportamiento de su amigo, ¿verdad? Cree que Paul debería haberse considerado afortunado por tener a una mujer como Leonie; a mí me suena a que usted, como mínimo, apreciaba mucho a Leonie.

Thilo Ackermann se estremeció de forma casi imperceptible. Algo en las palabras de Alex debió de inquietarlo. —Por supuesto que me caía bien —dijo—. Pero eso es todo, si es a donde quiere ir a parar. Bueno, era bastante guapa y todo eso, y también muy agradable. Leonie era el tipo de mujer que un hombre desea.

Emma arqueó una ceja. —¿Y qué tipo de mujer desea usted?

—Ya sabe. Uno necesita un poco de libertad para sus aficiones, sus amigos y esas cosas.

—¿Y aún no ha conocido a nadie así? —preguntó Emma.

—Si no, no seguiría soltero, ¿verdad?

—¿Ha estado casado alguna vez? —preguntó Alex.

—Nunca surgió.

—¿Por qué no?

—Porque ella... —se interrumpió—. Simplemente no he conocido a la adecuada todavía.

—¿Qué iba a decir? ¿Que estaba ocupada? —preguntó Emma.

—No sea ridícula. ¿De verdad cree que yo iba detrás de Leonie?

—¿Fue ese el caso? —Alex se inclinó ligeramente hacia delante y miró fijamente a los ojos de Thilo Ackermann.

—No, no fue así. Vale, quizá me gustaba un poco. ¿Pero qué importancia tiene eso? —Entonces pareció caer en la cuenta—. ¿Sospechan de mí?

—Seguimos todas las pistas.

El comentario pragmático de Emma no sirvió para calmarlo. Al contrario, hizo que se pusiera furioso. —¿Y eso les lleva hasta mí? Qué absoluta estupidez. ¿Cuándo se supone que lo hice?

—El viernes por la noche. —Emma no le quitaba la vista de encima. Cualquier reacción, por ínfima que fuera, podía ser la que lo delatara.

—Entonces estaba en un congreso en Leipzig. Al menos cincuenta personas pueden dar fe de ello.

—¿Cuándo regresó? —preguntó Emma.

—No volví hasta el día siguiente.

—¿Alguien puede confirmarlo? —quiso saber Alex.

—Bueno, alguien tuvo que verme el sábado en el desayuno del hotel.

—Por favor, anótenos los nombres de sus colegas y el nombre del hotel. —Alex le deslizó un bolígrafo y su bloc de notas.

—¿Quieren también una muestra de ADN ya que estamos? —preguntó Thilo con sarcasmo.

—Gracias por ser tan cooperativo —respondió Alex con sequedad.

En el coche, Alex terminó una llamada y tachó algo en su bloc. —El hotel ha confirmado que Thilo Ackermann dejó la habitación el sábado.

Luego marcó el siguiente número de la lista. Emma se detuvo en un semáforo en rojo, echó un vistazo fugaz a las notas de Alex e inmediatamente se preguntó por qué seguía haciéndolo. Aparte de los números, no entendía nada, y dudaba de que alguien aparte de él pudiera. Era como si tuviera su propio código secreto.

—Stella Obertage —exclamó una voz alegre, con tal fuerza que Emma podía oírla a pesar de que Alex tenía el móvil pegado a la oreja.

—Habla Kuper, de la Policía Judicial de Bielefeld.

—¡Dios mío! ¿He hecho algo malo?

—¿Conoce a un tal Thilo Ackermann? —preguntó Alex, ignorando el comentario que Emma había oído innumerables veces.

—Sí, por supuesto —dijo Stella Obertage—. ¿Qué pasa con él?

—¿Estuvo usted con él en un congreso de fisioterapia en Leipzig el pasado viernes?

—Sí, hasta el sábado. Aunque aquel día solo lo vi un momento. En el desayuno.

—Gracias, eso es todo lo que necesitábamos saber.

—No hay de qué —dijo ella con inseguridad—. ¿Le pasa algo a Thilo? ¿Le ha ocurrido algo?

—Está bien. Muchas gracias y que tenga un buen día.

Alex colgó, miró su papel, tachó otra cosa y luego se quedó mirándolo fijamente. —¿Se lo pasamos a los compañeros? No creo que esto lleve a ninguna parte. Deberíamos centrarnos en otras cosas.

Emma entró en el aparcamiento del laboratorio forense. —¿Y qué cosas son esas? —preguntó.

Alex levantó la bolsa de plástico que contenía el bastoncillo con el ADN de Thilo Ackermann. —Esto, por ejemplo.

—Lo que de verdad me ronda por la cabeza —empezó Emma una vez hubo apagado el motor— es la relación entre esos hombres. Son mejores amigos, ¿no?

Alex sonrió con complicidad. —¿Te preguntas por qué tenían tan poco que decir sobre Leonie?

—Exacto.

—Los hombres no hablamos mucho de nuestras mujeres entre nosotros y, para serte sincero, me doy con un canto en los dientes con saber ahora al menos a qué se dedica la mujer de mi mejor amigo. Pero no me preguntes por sus aficiones.

—Y eso que eres policía —bromeó ella.

—Eso no es relevante para el caso —respondió él, divertido.

Capítulo 11

—No, tampoco encaja —dijo Achim Gräfe, incorporándose del microscopio y recolocándose las gafas sobre el puente de la nariz con el dedo meñique—. Eso significa que pueden descartar al marido y al otro... —Observó el informe que había sobre la mesa a su lado con los ojos entrecerrados—. ...pueden descartar a ese tal Theo Ackermann en lo que respecta al acto sexual. ¿Verdad?

—Ajá —confirmó el colega de Gräfe desde el otro extremo de la sala, con ambas manos hurgando en el interior de la caja torácica de Paul Müller. Alex solo miraría exactamente lo que estaba haciendo si resultaba absolutamente necesario.

—A pesar de todo, sigue pareciendo que mantuvo relaciones consensuadas poco antes de morir. No hemos podido encontrar ningún rastro de penetración violenta.

—¿Hay algo nuevo ya? —preguntó Hanna Aufderheide, entrando en la sala en ese momento.

—Estaba a punto de empezar el recorrido —dijo Achim Gräfe, acercándose apresuradamente a la mesa de disección donde su colega sostenía el corazón entre las manos. Lo examinó como si buscara defectos en un modelo de Lego, luego se dio la vuelta hacia una pequeña mesa lateral que tenía una balanza y continuó su trabajo allí.

Aunque no era la primera vez que Alex veía todo aquello, le seguía afectando. Buscaban a un perpetrador que había asesinado a una mujer y a un hombre de la misma forma y, con toda probabilidad, también tenía a sus hijos bajo su control. Ya no podía reprimir la idea de que podrían encontrar a los pequeños tan brutalmente maltratados como a sus padres.

Achim Gräfe se desplazó hasta la cabeza del difunto y recorrió la herida del cuello con el dedo meñique. —Degollado de izquierda a derecha. Al igual que su esposa, solo que en un ángulo diferente. El

corte de Leonie Müller se hizo desde atrás; en el caso del hombre, desde delante.

Sin previo aviso, pasó rápidamente junto a ellos hacia el escritorio de los monitores, que cedió ligeramente cuando Achim Gräfe se apoyó con fuerza sobre el ratón. Con un movimiento rápido, las pantallas cobraron vida, mostrando fotos tomadas alrededor del muerto. Alex vio inmediatamente lo que Achim quería enseñarles. Ni siquiera se había percatado de ello en la escena del crimen, a pesar de que era evidente.

—Alguien se arrodilló sobre él. Como si estuvieran... bueno, ya saben. —Achim señaló las zonas alrededor de la región genital de Paul Müller—. No hay sangre. —Les mostró marcas de presión tanto a la izquierda como a la derecha, que corrían casi paralelas entre sí —. ¿Ven a qué me refiero? Sí, por supuesto. La vaquera. Una postura popular, sin duda.

—¿Lo mataron durante el acto? —preguntó Hanna Aufderheide.

—¿Cómo en *Instinto básico*? No. No hemos encontrado rastros de semen en el pene, en la uretra ni en los conductos deferentes que sugieran eso.

—Vale, ¿entonces se desvistió él mismo y luego lo mataron? —especuló Alex—. En su caso, podría imaginar un crimen pasional; al parecer tenía varias amantes o algo por el estilo. Pero ¿por qué alguien sentaría a su mujer a una mesa puesta de forma romántica y luego la mataría antes incluso de que terminara la cita?

—¿Tal vez el asesino sabía que a ella le gustaban las cosas más románticas? —sugirió Emma—. Pero entonces tendría que haberle conocido.

—Se podría decir así, ¿verdad? —dijo Achim Gräfe—. Sí, si lo prefieren... Y esto también es interesante. —Cerró las imágenes e inmediatamente abrió unas nuevas que mostraban la cama después de que hubieran retirado el cuerpo de Paul Müller. Habían encontrado una tarjeta debajo de él—. «Él no te hace feliz», leyó Gräfe en voz alta.

—Mierda —dijo Aufderheide, y todos en la sala la miraron con sorpresa. Escuchar algo así de su boca era nuevo, y Alex siempre había creído hasta entonces que tales expresiones ni siquiera figuraban en el vocabulario de la fiscal. Por otro lado, no dejaba de ser humana—. Esto me huele mucho a un asesino en serie.

—Aún no podemos afirmar eso —dijo Emma—. Las víctimas estaban casadas. Realmente podría haber sido alguien cercano a ellos que solo la tuviera tomada con ellos.

—¿Y qué hay de los niños? —preguntó Aufderheide, dirigiéndose a Gräfe—. ¿Han podido encontrar algún rastro de ellos en el piso?

—Nada que sugiera que hayan vivido niños allí alguna vez.

—¿Algo más? —preguntó Aufderheide, y Alex sospechó que el tiempo ya perdido la angustiaba tanto como a él y a Emma, y seguramente a todos los demás colegas implicados en este caso.

—¿Algo más? —repitió Achim Gräfe para sí mismo como si repasara una lista en su cabeza—. No, por el momento no. Todo lo demás figurará en el informe más adelante.

—No puedo quitarme de la cabeza la idea —empezó Aufderheide, mirando a los dos investigadores— de que se supone que Leonie Müller mantuvo relaciones sexuales consensuadas poco antes de morir. Incluso si el perpetrador tuviera algún tipo de ventaja sobre ella, ¿realmente se acostaría con él así como así?

—Estamos barajando eso —dijo Emma.

—¿Qué hay de sus amigos? —preguntó Aufderheide—. ¿Qué dicen? ¿Saben algo de una aventura, tal vez?

—Por ahora solo sabemos de Marie Becker —empezó Emma.

—¿Esa era la que denunció el asesinato? —interrumpió Aufderheide.

—Sí, y también es su mejor amiga —añadió Alex.

—Bien. Vayan a verla y averigüen si Leonie Müller mencionó alguna vez a otro hombre. Yo me pondré en contacto con informática con la esperanza de que hayan revisado los mensajes del

teléfono de la señora Müller y puedan aportar algunos nombres más. Si es así, se lo haré saber. —Con eso, abandonó la sala.

Emma la vio marcharse y le dijo a Alex: —Bien podría ser que Leonie se enterara de lo que tramaba su marido y quisiera vengarse.

—O tenían un acuerdo sobre tener sexo con otros —sugirió Alex—. No sería tan inusual.

—En ese caso, también podría haber sido un extraño quien los asesinó.

—¿Por qué? —preguntó Alex. Se adelantó y dejó que Emma pasara primero por la puerta corredera automática.

—Si fue como sospechas, entonces el perpetrador la prejuzgó basándose en sus observaciones. Si la hubiera conocido bien, habría sabido de tal acuerdo.

—Cierto. Pero eso me hace preguntarme por qué Theo Ackermann no dijo nada al respecto. Paul le habría contado algo así a sus amigos.

—Que no nos lo haya contado no significa que no supiera nada del tema —dijo Emma—. Él quería algo con Leonie, eso está claro. ¿Tal vez incluso se acostó con ella?

—No lo creo.

—¿Por qué no?

—Por el código entre colegas.

—A las mujeres eso les da igual —dijo Emma, pero no pudo seguir. Su teléfono la avisó de un nuevo mensaje. Lo comprobó y dijo mientras leía—: Schwarz, el de informática. —Un momento después, añadió—: Dice que ambos Müller eran bastante activos en plataformas como Tinder y que hay mensajes que concuerdan, incluso en la segunda cuenta de Paul Müller. Probablemente podamos asumir que tenían una relación abierta y quedaban con extraños con regularidad.

—Con la excepción de Alina Schneider, de quien ya sabemos.

Alex se detuvo frente al coche de Emma justo cuando ella iba a subir. —Quizá deberíamos separarnos.

—¿Por qué? —preguntó Emma.

—Quiero ayudar en la búsqueda de los niños.

—Pero tenemos a todos los agentes disponibles en ello.

—No voy a poder estar tranquilo a menos que participe activamente.

—¿Qué quieres hacer, entonces? ¿Unirte al grupo de búsqueda de voluntarios?

—¿No decías tú siempre que a los perpetradores les gusta mezclarse con los voluntarios? Por alguna razón, creo que este es el caso aquí también.

Capítulo 12

El abrasador sol del mediodía me permite moverme con gorra de béisbol y gafas de sol sin llamar la atención. Especialmente la de ella. Aún no quiero que me vea. Por ahora, sigo observándola desde la distancia, oculto a sus ojos desprevenidos. El corazón me late con más fuerza al pensar que, si todo sale según lo previsto, puede que pronto no solo acepte mi presencia, sino que la agradezca. Me la imagino mostrándome gratitud, una gratitud que tal vez se transforme en algo más profundo, algo duradero.

No dejaré nada al azar. Cada detalle de la casa a la que pronto se mudarán ha sido meticulosamente planeado: desde los colores de las paredes, sus favoritos, hasta el mobiliario cuidadosamente seleccionado que crea una sensación de seguridad y confort. Está pensada para ser un hogar que prometa: aquí estás a salvo, aquí se te quiere. Solo tengo que construirlo primero.

En mi cabeza ensayo nuestro primer encuentro, practicando las palabras que diré, los gestos. Quiero establecer confianza, forjar una conexión más fuerte que la mera coincidencia de un encuentro fortuito. Quiero demostrarle que yo soy quien puede llenar el vacío de su vida, el viento en sus velas que la llevará en una dirección nueva... la correcta.

Sin embargo, en las horas silenciosas de la noche, cuando el mundo que me rodea duerme y mis pensamientos son mi única compañía, las dudas se cuelan. ¿Y si no me ve como espero que lo haga? ¿Y si mis actos, mis palabras, no son suficientes para llegar a su corazón? La posibilidad del fracaso es una sombra fría que me persigue, pero aparto el miedo y me concentro en la esperanza que crece en mi interior como un delicado brote mientras la veo saludar a su hijo con los brazos abiertos, tras haberlo recogido en la guardería. Me llena de calidez ver lo felices que son ambos. Hasta que llegan a casa y se enfrentan a su marido. Entonces la alegría se hace añicos.

De mí depende salvarla. Pero no seré simplemente el salvador; seré el compañero que siempre ha deseado. Con cada día que pasa, mi determinación aumenta, y esta noche es, por fin, la noche. Haré lo que sea necesario. La esperanza que me impulsa es poderosa y estoy listo para seguir su llamada, sin importar a dónde nos lleve a mí y a mi familia.

Capítulo 13

—Ninguno de los dos tenía una aventura —dijo Marie Becker, secándose con cuidado los ojos empañados en lágrimas con un pañuelo de papel arrugado para no estropearse el maquillaje—. Practicaban el amor libre. Siempre lo habían hecho, solo que nunca le habían dado mayor importancia.

—¿Sabe si ella invitaba a sus amantes a casa? —preguntó Emma, dando un sorbo al refrescante combinado de frutas que Marie le había ofrecido. La temperatura en el invernadero era agradable, a pesar del sol que castigaba el techo de cristal. Un sistema de aire acondicionado de última generación generaba una brisa fresca que mantenía las numerosas plantas en un movimiento apenas perceptible.

—Desde luego que no, y Paul tampoco. Mantenían la familia y el sexo estrictamente separados. Y antes de que lo pregunte: ellos dos también tenían relaciones sexuales entre sí. Su relación era buena, eran felices; simplemente se permitían algunos extras.

Emma podía imaginar perfectamente que hubiera parejas para las que eso funcionara. Sin embargo, también sabía que había amantes que podían enamorarse a pesar de que los límites estuvieran claramente definidos. —¿Le habló alguna vez Leonie de algún hombre que quisiera algo más que sexo con ella?

Marie reflexionó un momento antes de responder. —Mencionó algo así una vez, sí. Pero fue hace meses. Un tal Mario, creo. ¿O era Manuel? Espere un momento. —Cogió su smartphone de la pequeña mesa redonda de cristal en la que estaban sentadas—. Voy a buscar el mensaje.

Mientras ella se desplazaba por la pantalla, Emma pudo ver lo mucho que esto estaba afectando a Marie. Una lágrima le rodó por la mejilla y se la quitó casi con desgana con una mano sin apartar la vista del teléfono.

—Matthias —dijo finalmente—. Escribió: *«Te hablé de ese Matthias, al que solo vi una vez. No para de enviarme fotos suyas. Desnudo del cuello para abajo».* Por supuesto, bromeando le pregunté por qué no le daba otra oportunidad, pero ella no quiso. Él no estuvo a la altura de sus expectativas en la cama. No es que ella quisiera experimentar nada inusual ni nada parecido. Simplemente no conectaron, y Leonie también escribió que él no la dejaba en paz. Y sé que unas semanas más tarde, él se presentó de repente en su puerta. Lo había olvidado por completo hasta ahora. Lo siento.

—No se preocupe, no pasa nada —dijo Emma.

Marie Becker se sonó la nariz y luego inspiró y espiró profundamente antes de continuar. —Me llamó y me pidió que fuera, y así lo hice. Pero para entonces el tipo ya estaba en su coche y se marchaba.

—¿Le reconoció la cara?

—No, solo lo vi de espaldas. Lo que es seguro es que era calvo.

—¿Y qué hay del coche?

—Desde luego no me fijé en la matrícula, si es a lo que se refiere. Creo que era un BMW negro. ¿O un Mercedes? No se me da muy bien recordar los detalles.

Nada más salir por la puerta principal, Emma llamó a sus colegas Schwarz y Neumann de informática y preguntó si había algún mensaje o llamada de un tal Matthias en el teléfono de Leonie Müller.

—Sí, un montón —dijo Schwarz—. Sin embargo, los mensajes y llamadas más recientes nunca se respondieron. Leonie Müller puso el número en su lista de bloqueados hace siete semanas; por cierto, la lista está llena de números de móvil.

—¿A qué te refieres con «llena»? —Emma tuvo la inquietante sensación de que estaba a punto de presentarse ante ellos toda una serie de sospechosos a los que ahora también habría que investigar e interrogar.

—Hay por lo menos veinte. Ya hemos rastreado la mitad. Todos son números pertenecientes a hombres en un radio de cincuenta kilómetros.

—¿Y el teléfono de Paul Müller, el que encontrasteis en la escena del crimen? —insistió Emma.

—De momento solo le hemos echado un vistazo superficial. Pero las comprobaciones aleatorias muestran algo parecido. Hay dos números de hombres en la lista de bloqueados, por lo demás solo mujeres. Hasta ahora.

Quizá maridos celosos, se preguntó Emma. Podrían haber tenido un buen motivo para vengarse de Paul y Leonie. Tal vez su estilo de vida liberal había destruido una relación que de otro modo habría sido monógama.

Capítulo 14

En una de las salas de reuniones medianas del nuevo ayuntamiento, cerca de Jahnplatz, estaban bien situados cerca del centro de la ciudad. La búsqueda de los niños estaba en pleno apogeo y se habían reunido muchos voluntarios, que recorrían los distritos alrededor de la casa de los Müller con fotos en las manos. Llamaban a todos los timbres, echaban folletos en los buzones si nadie respondía e interrogaban a cada peatón, ciclista e incluso a los niños en los parques infantiles.

Alex saludó a los agentes de la unidad de antidisturbios con un breve asentimiento de cabeza, al que solo uno de ellos correspondió. Los otros cinco estaban al teléfono, tomando notas o tachando cosas que habían anotado anteriormente.

Alex se detuvo frente a un gran mapa de la ciudad al fondo de la sala. Unas cuantas calles alrededor de la casa de los Müller habían sido marcadas en verde. Eran las zonas que habían rastreado hasta ahora. No era mucho.

Por el rabillo del ojo, no dejaba de lanzar miradas furtivas a ambos lados, pero no lograba detectar nada sospechoso en el comportamiento de los voluntarios, que hablaban de dónde quedaban aún parques infantiles, casas en los árboles o senderos boscosos populares donde a los niños les gustaba jugar al escondite.

Se concentró en una conversación entre tres hombres jóvenes, presuntamente estudiantes, que estaban inclinados sobre el teléfono del que estaba en medio y hablaban animadamente.

—Eso no tiene sentido. Ya hemos estado allí.

—Aun así, deberíamos echar otro vistazo antes de pedir un distrito nuevo —dijo el del teléfono.

Alex le miró un momento, luego dirigió su vista a los folletos que había sobre una mesa alta junto al mapa y fingió examinarlos. Cogió

uno, observando de reojo a los tres hombres de vez en cuando.

—A ver —dijo el del teléfono—, he oído eso muchísimas veces antes.

—Déjalo ya, tío —intervino el tercero—. Esos podcasts de crímenes suelen exagerar las cosas. No son más que noticias falsas y engaños.

—Tiene razón —asintió el que estaba frente a él—. No encontraremos nada allí.

—Vale, como queráis —dijo el del teléfono.

—¿Está usted aquí de incógnito? —oyó Alex que alguien preguntaba a su espalda. Volvió a dejar el folleto y se giró hacia la voz. Ante él se encontraba un hombre enjuto, de mediana edad, que debió de ser muy atlético en su día. Toda su postura así lo sugería.

—¿A qué se refiere? —preguntó Alex, que desde que entró no le había dicho a nadie que pertenecía a la policía judicial. Solo había saludado a los compañeros de la unidad de intervención por cortesía. No había visto a ninguno de ellos antes; se habría acordado. El hombre que tenía delante le resultaba igualmente desconocido, pero parecía conocer a Alex.

—Probablemente sea por la barba espesa y las gafas de sol.

Le sonrió a Alex. De algún modo, sin embargo, parecía forzado, y Alex pensó ahora que, después de todo, sí había visto a este hombre antes. Pero no terminaba de ubicarlo. ¿Lo conocía de alguno de los conciertos en los que actuaba habitualmente con su mejor amigo Torben? Ambos habían tocado en todos los antros y pubs en un radio de cien kilómetros. Así que era muy posible que se hubieran cruzado en algún momento y simplemente lo hubiera olvidado porque no había sido un encuentro largo ni significativo.

—Michael Junghans. —Le tendió la mano. Alex se la estrechó. Un apretón firme y seguro, pensó—. Soy oficial de justicia en la fiscalía de Bielefeld. No estuve involucrado en sus juicios, pero conozco sus casos por los expedientes. Especialmente los dos grandes de este año y del anterior.

—¿Y qué le trae por aquí? ¿Está ayudando con la búsqueda?

—Sí, en lo que puedo —dijo Michael Junghans.

—¿Cree que los niños siguen vivos? —preguntó Alex.

—Eso espero. —Por un momento, pareció afligido—. He pedido tiempo libre específicamente para ayudar. ¿Usted también?

—No, esto todavía forma parte de mi turno.

—¿Tiene la esperanza de encontrar al culpable entre los voluntarios? —Michael miró a su alrededor furtivamente, como si quisiera ayudar a Alex a hacerlo—. No sería inusual, ¿verdad?

—Ha ocurrido con bastante frecuencia, en cualquier caso.

Alex vio que el joven del teléfono, del grupo de tres, se les acercaba. Se volvió hacia él; el chico parecía un poco nervioso. —No quiero darle la lata —dijo—, ¿pero le apetecería hablarme un poco sobre Stefan Bauer?

No, desde luego que no.

—Es para mi podcast. Para un especial. Ya hice un episodio sobre ello hace unos meses.

—Krimi-Tobse —recordó Alex—. Me llamaste por ese tema, ¿verdad?

—Sí, exactamente. —Estaba visiblemente encantado de que Alex se acordara—. Me alegra que todavía...

—¿Cuál fue mi respuesta entonces? —le interrumpió Alex.

Krimi-Tobse se puso inquieto. —Que debería buscarme otra afición.

—Parece que no lo hiciste, entonces —replicó Alex.

—Solo quiero dar a mis seguidores una buena historia.

—¿Es por eso por lo que estás aquí? —preguntó Alex—. ¿Por una buena historia?

Krimi-Tobse pareció notar que la conversación iba en la dirección equivocada y no supo qué decir. No pudo más que balbucear un «lo siento» antes de volver con sus dos amigos.

—La gente así es cada vez más ridícula —dijo Michael Junghans con desdén, y Alex apartó la vista del trío—. Creen que tienen derecho a interferir en la vida de extraños solo porque pueden grabar mensajes de voz y vídeos en sus teléfonos.

La molestia de Alex hacia el joven podcaster se desvaneció al reconsiderar las palabras de Michael. Alguien había observado la vida de los Müller solo superficialmente, sin conocer los verdaderos antecedentes y acuerdos en sus relaciones. Eso era lo que Emma sospechaba, y para Alex, ahora también tenía sentido. El culpable se había forjado una imagen, pero solo rascaba la superficie, de forma muy parecida al podcaster de hace un momento. Y, sin embargo, por alguna razón, se sentía con derecho a destruir la vida de los Müller.

¿Buscaba quizás venganza por algo, o se esforzaba por satisfacer a algún tipo de audiencia? No estaba pensando en un influencer, sino que aplicó la idea al secuestro de los niños. Quizá el culpable creía que los niños estaban sufriendo por la relación de sus padres. Quizá quería hacerles algún «bien», ser un «mejor» modelo a seguir para ellos. Un padre mejor. Una lógica retorcida, cierto. Pero desde luego nada atípica en un asesino con trastornos mentales. Aunque esta teoría sonaba muy descabellada, era el único escenario en el que los niños seguían vivos.

Capítulo 15

En la sala de reuniones de la comisaría, el aire estaba viciado y olía mal. Hacia el final de la tarde, a una hora en la que Emma y Alex, así como su jefe, el inspector jefe Krüger, y Hanna Aufderheide normalmente habrían terminado su jornada, ventilaron un poco la estancia y eliminaron el olor de tantas personas transpirando abriendo las ventanas de par en par.

—Los mensajes de Matthias Reuter son numerosos y explícitos —dijo Emma, repartiendo pasajes impresos marcados con un rotulador fluorescente amarillo—. Docenas de fotos de desnudos y declaraciones como «Él no te hace feliz de verdad» o «El hecho de que no seas capaz de ser monógama demuestra que no sois felices juntos» y luego «Has encontrado la felicidad conmigo, solo que aún no lo sabes».

—Parece tener una fijación con la palabra felicidad —dijo Krüger con sequedad.

—Igual que las tarjetas que dejaron en ambas escenas del crimen —añadió Alex.

—¿Le habéis localizado? —Hanna Aufderheide no levantó la vista de los papeles.

—Sí, y ya ha sido citado —dijo Alex—. Debería estar aquí en el próximo cuarto de hora. Los demás también.

—¿Qué otros? —preguntó Aufderheide, mirando a Alex con atención.

—Junto con el equipo de informática, también he revisado el móvil de Paul Müller —intervino Emma—. Se han podido identificar a dos hombres a partir de sus números bloqueados.

—¿Y qué? —dijo Aufderheide—. ¿No habéis considerado que ambos géneros podrían resultarle atractivos?

—Lo hemos hecho —dijo Alex—. Aun así, no hará daño interrogar a estos dos. Especialmente a Sebastian Kramer. Se ha encontrado un mensaje suyo donde escribe: «Te destruiré por esto. Lo he perdido todo por tu culpa». Aún no sabemos exactamente qué se supone que significa eso. Pero estoy seguro de que nos lo contará.

—Bien, estaré presente en el interrogatorio —dijo Aufderheide y volvió a mirar los papeles, dejándoles claro que no discutiría más el asunto.

—Me gustaría volver a consultar con el equipo de búsqueda más tarde —dijo Alex.

—¿Por qué motivo? —preguntó Krüger.

—Por el mismo de antes.

—Es poco probable que el autor haya estado merodeando por allí todo este tiempo —dijo Krüger.

—Pero no es más improbable que lo contrario —señaló Alex.

Aufderheide dejó los papeles a un lado y miró alternativamente a Alex y a Emma. —Asignaremos a otros compañeros para eso. Además, estamos pidiendo a todos los agentes de servicio que mantengan los ojos y los oídos bien abiertos. Vosotros encargaos primero de los tres hombres aquí. Divididlos. Necesitamos resultados, y los necesitamos rápido.

***

—Yo no he sido. —El miedo de Sebastian Kramer era visible, al igual que el odio que sentía simultáneamente al ver las fotos de la escena del crimen de Leonie y Paul Müller.

Alex estaba sentado frente a él y no sabía qué pensar de aquel hombre. Kramer era un antiguo colega de Paul Müller. Alguien que la había fastidiado y de cuyo despido Paul Müller había sido responsable. En consecuencia, tenía un buen motivo para vengarse de él. Lo que no encajaba en el panorama era el asesinato de su

esposa y el secuestro de los niños. Visto con frialdad, simplemente podría haber estado quitando testigos de en medio. Quizá no había tenido valor para hacerlo en la escena del crimen, así que los había secuestrado en su lugar. Pero esa teoría no encajaba con nada de lo que habían establecido hasta el momento. Y las escenas del crimen también contaban una historia completamente distinta. La idea de que el asesino tuviera «buenas intenciones» podía descartarse de inmediato con este tipo. Solo se preocupaba por sí mismo y por su ego. Parecía ser un criterio de contratación en esa empresa.

—Tampoco estuve nunca enfadado con Paul de verdad —protestó ahora con un tono quejumbroso.

—Él arruinó su vida. —Alex le provocó deliberadamente, dejando las fotos delante de él a propósito.

—Eso me lo hice yo mismo —dijo él, derrotado.

—Después de que lo despidieran, su novia lo dejó. Acaba de decir eso.

—Porque metí la pata.

—Dijo que no cumplía los requisitos de la agencia. Seguramente eso es diferente a meter la pata.

—Pero ahora cumplo los requisitos. He aprendido todo por mi cuenta.

—Y aun así no tiene ningún trabajo nuevo a la vista —presionó Alex.

—Los procesos de solicitud aún están en curso —dijo Sebastian Kramer.

—Le escribió a Paul un mensaje en el que claramente le amenaza —continuó Alex—. Cito textualmente: «Te destruiré por esto. He perdido todo por tu culpa».

—Sí, está bien, escribí eso, solo estaba enfadado. Pero también he dicho ya que Paul y yo terminamos en buenos términos. Y solo le llamé porque él mismo me dijo que debíamos seguir en contacto.

Esa última parte era una frase tan hueca como todas esas tonterías sobre el supuesto ambiente familiar de la empresa. Alex tuvo realmente que hacer un esfuerzo para no perder la paciencia. ¿Dónde demonios estaban los niños? Nada más le interesaba.

—Después de las primeras llamadas y mensajes sin respuesta, debería haberse dado cuenta por sí mismo de que Paul Müller no lo decía en serio. —Alex creía que el hombre estaba demasiado desequilibrado y atrapado en su propia ilusión de conseguir una segunda oportunidad. Pero la sociedad actual no funcionaba así. Había demasiada gente nueva en el mercado que encajaba mejor en los perfiles de los solicitantes que Sebastian Kramer.

—Lo sé, soy un idiota. Pero ciertamente no soy un asesino. Y Paul siempre fue amable conmigo. Incluso me dio consejos sobre cómo mejorar mi trabajo. ¿Por qué iba a haberle matado a él y a su mujer?

—Por celos. No podías soportar el hecho de que alguien como Paul Müller tuviera una familia estable.

—Qué tontería.

—Él tiene la esposa perfecta, dos hijos, una casa, un trabajo bien pagado. Tú has perdido todo eso.

—Nosotros no teníamos hijos —dijo él con amargura.

—¿Le habría gustado tener alguno?

—Si respondo que sí a eso, ¿me hace parecer aún más sospechoso?

—Simplemente responda a la pregunta.

—Sí, me habría gustado tener hijos con Adriana. Pero ya puedo olvidarme de eso.

—¿Dónde vive en este momento?

Se mordió el labio inferior y miró más allá de Alex, hacia la pared desnuda. —De nuevo con mis padres. En mi antiguo dormitorio de la infancia.

—¿Le importa si le echamos un vistazo?

—Adelante. No tengo nada que ocultar.

—No me lo trago. —Alex se había informado, por supuesto, sobre Sebastian Kramer llamando al jefe de *Connected* previamente. Ignoró la mirada indignada de su interlocutor y abrió su cuaderno como si tuviera que consultar algo de lo que Sebastian Kramer necesitara que le recordaran una y otra vez.

—Su jefe dijo...

—Oh, venga ya. —Hizo un gesto de desprecio—. No puede creerse ni una palabra de lo que dice.

—...que estaba usted en los despachos de sus compañeras de trabajo más a menudo que en el suyo propio.

—Soy un artista gráfico y las chicas son diseñadoras. Por supuesto que estaba mucho en su despacho.

—También tengo aquí tres quejas que fueron enviadas a su jefe. —Alex sacó tres documentos del expediente, apartó las fotos de la escena del crimen a un lado y los colocó frente a Sebastian. Este apenas los miró y luego volvió a fijar la vista en la pared detrás de Alex. Había mirado las fotos de la escena del crimen mucho más tiempo. Las quejas por acoso sexual en el trabajo probablemente le dolieron más.

—Están exagerando —dijo con humildad.

—Aquí dice que se supone que usted fue más allá del flirteo.

—Es posible que accidentalmente les pusiera la mano en el hombro una o dos veces. Ya no recuerdo cosas así.

—Presumiblemente también tropezó accidentalmente con el cuchillo y rozó las gargantas de Paul y Leonie Müller.

—¡Tío, vale, ya basta! Sé que soy un salido de mierda. ¿Qué se supone que tenía que hacer? Adriana no me dejaba acercarme a ella desde hacía más de un año. Solo soy humano.

Alex estaba furioso, y no podía negar que le habría encantado atizarle por sus estúpidas justificaciones. Menos mal que sabía arremeter de otras maneras. —¿Reconocer la culpa ante uno mismo

no es realmente lo suyo, verdad? Siempre culpa a los demás de su situación, ¿no es así?

—¿Es que no me ha escuchado? He dicho que fue culpa mía.

—Sí, ha dicho eso. Solo que el motivo de su despido fue algo completamente distinto. —Alex señaló las quejas—. Puede tener suerte de que las mujeres no le denunciaran. En lo que a eso respecta, estaremos encantados de ponernos al día.

Alex deslizó las fotos de la escena del crimen sobre los documentos, uno de los cuales voló al suelo. A Alex no le importó. Sus ojos estaban fijos en Sebastian, que de repente tenía lágrimas de rabia en los ojos.

—No soy un asesino —dijo—. Yo no lo hice. Sí, quería demostrarle a Paul que se había metido con la persona equivocada. Incluso fui a ver a su mujer para contarle lo de sus aventuras. Pero ella simplemente se rió de mí. —De repente se puso realmente furioso—. ¿Sabe cómo se siente uno? ¿Cuando una mujer se ríe de ti?

Oh, por el amor de Dios, pensó Alex. *¿Cuántos más de estos idiotas con el ego masculino herido siguen corriendo por ahí fuera?*

—¿Eso le hizo estallar? —le espetó Alex, levantándose y apoyándose en el borde de la mesa con los puños cerrados—. ¿Específicamente el pasado viernes, tal vez?

—No quería que le pasara nada a ella.

—¿Es eso una confesión?

—¿Qué? ¡No! Y yo no estuve en su casa el viernes pasado. Eso fue hace unas semanas.

—¿Y luego cómo pulió su herido ego masculino? —Alex se separó del borde de la mesa, se remangó y caminó alrededor de la mesa hacia él mientras hablaba—. Estuvo al acecho de Paul Müller. En el lugar donde siempre se encontraba con las mujeres, y cuando estuvo seguro de que estaba solo, le mató. Después de eso, fue a por su mujer y la mató a ella también. Eso debió de ser bueno para su ego, ¿verdad? —Alex se detuvo a su lado, y estaba seguro —

incluso contaba con ello— de que resultaba amenazador para aquel patético intento de hombre—. Asesinar a alguien que se rió de usted debió de ser liberador. Y porque los niños vieron cómo sucedía, se los llevó con usted.

—¿Qué? —Miró a Alex con horror—. No les hice nada a los niños.

—¿Pero a los padres sí?

—¡No! Joder, ¿de qué va todo esto? —Estaba positivamente rabioso y saltó de su silla. Él y Alex estaban ahora cara a cara, mirándose fijamente a los ojos—. Solo investigué un poco y les di un chivatazo a unos cuantos hombres —admitió finalmente—. Nada más.

—¿Qué clase de chivatazo? —preguntó Alex.

—Que sus mujeres se estaban tirando a Paul. ¡Pero no le toqué un pelo a él, ni a su mujer ni a sus hijos, maldita sea!

Indirectamente, sí, pensó Alex, dedicándole una mirada larga y penetrante. —Te vas a quedar aquí hasta nuevo aviso.

—¿Qué? ¡Yo no he hecho nada!

—Eso es cuestión de opiniones —dijo Alex.

***

Matthias Reuter, un culturista que claramente consumía algo más que buena comida, entró en la sala de interrogatorios mientras Emma ya estaba sentada a la mesa, haciéndole un gesto para que tomara asiento.

—Me preocupa profundamente que me hayan citado aquí. Especialmente con tanta urgencia —dijo Matthias Reuter con aire inseguro mientras se sentaba frente a Emma. Lanzó una mirada fugaz al espejo que tenía a su lado, tras el cual se encontraba Aufderheide. Emma no sabía si ella saldría después de un rato para seguir el interrogatorio de Alex.

—Solo tenemos unas pocas preguntas sobre su relación con Leonie Müller —dijo Emma.

Al mencionar su nombre, Matthias Reuter se removió inquieto. Sus ojos recorrieron la sala antes de posarse finalmente de nuevo en Emma, y respondió: —¿Qué pasa con ella? —Esbozó una sonrisa incierta—. No ha cometido ningún delito, ¿verdad?

—Se ha cometido uno contra ella. —Emma lo miró fijamente.

—¿Qué le ha pasado? ¿La han violado?

—¿Por qué pregunta precisamente eso?

Él volvió a agitarse, entrelazando las manos en el regazo como si estuviera rezando. Como si quisiera evitar que le temblaran por los nervios. Un intento patético de ocultar su tensión.

—¿Me ha denunciado? —Miró a Emma como si realmente esperara una respuesta a eso.

Pero ella se limitó a mirarlo fijamente. Debía ser él quien revelara por su propia cuenta a qué se refería. El silencio ponía nerviosa a la mayoría de la gente y, en última instancia, la hacía propensa a confesar.

—Admito que fui un poco insistente —dijo finalmente. Se estaba poniendo cada vez más inquieto.

—Un poco no es exactamente la descripción adecuada —dijo Emma—. Hemos descargado los datos del teléfono de Leonie Müller y hemos visto sus innumerables llamadas y mensajes.

Él se levantó brevemente de la silla, luego volvió a sentarse y se movió incómodo.

—Solo quería demostrarle que está mejor conmigo. No es feliz. ¿No puede verlo?

Emma siguió mirándolo en silencio. Matthias Reuter no pudo soportar más su mirada; se inquietó y finalmente dijo: —El poliamor no es más que una moda. No estamos hechos para eso, y una vez que has encontrado a la pareja adecuada, eres feliz con una relación monógama y no andas intercambiando parejas sexuales.

—Si conocía la naturaleza de la relación de Leonie Müller con su marido, entonces debe tener claro que usted no es el único con el que ha tenido sexo.

—No soy tonto —dijo él, cambiando de postura de repente. Ya no parecía tan nervioso. Enderezó el torso. Echó los hombros hacia atrás y sacó pecho, como si estuviera listo para atacar en cualquier momento—. Los demás no eran nada. Yo soy el que ella realmente necesita. Puedo ser un hombre mucho mejor para ella.

—Está obsesionado con ella —dijo Emma—. Es un acosador que incluso intentó entrar en su casa.

—Eso fue algo puntual.

—De esa forma exacta es como lo vio Leonie también. ¿Por qué no puede aceptarlo?

—Eso es distinto. La quiero. Y ella me quiere a mí, no a ese payaso. —Su ira estalló rápidamente.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Emma.

—Simplemente lo sé, ¿vale? ¿Qué entiende usted de esto? He esperado tantos años a la mujer perfecta. Con Leonie, supe incluso antes del sexo que se convertiría en algo más. Que ella es la elegida. Que soy yo quien la hace feliz. Tarde o temprano lo entenderá.

—¿Y si no lo hace?

—Entonces la convenceré.

Emma sacó dos bolsas de plástico y las deslizó hacia Matthias para que pudiera leer las dos tarjetas de las escenas del crimen. Él miró de una a otra y luego miró a Emma con expresión ausente. —¿De dónde ha sacado eso?

—¿Las reconoce?

—Yo las escribí.

El hecho de que fuera tan fácil le pareció extraño a Emma.

—¿Las encontró ella y por eso me ha echado a la policía encima? Admito que no debería haber entrado en su casa. Escondí bien las

tarjetas. En realidad ella no debía encontrarlas.

—¿Por qué las hizo entonces? —quiso saber Emma.

—Tienen un hechizo. Sé que suena raro, y yo mismo no creo mucho en ello. Pero simplemente no quería dejar ningún cabo suelto. Aunque no parece haber funcionado.

—¿Es por eso por lo que mató a su marido?

Matthias se quedó petrificado un momento. —¿Qué? —Miró una vez más la tarjeta encontrada en la escena del crimen de Paul, que estaba empapada en sangre. Entonces pareció comprender finalmente por qué estaba realmente allí.

Emma sacó una foto de la escena del crimen de Paul Müller del archivo y la deslizó hacia Matthias. Sus ojos se abrieron de par en par. Quiso decir algo, pero en su lugar, abrió y cerró la boca como un pez recién sacado del agua.

—Ese no fui yo —susurró, apenas audible.

Emma pudo ver cómo su expresión cambiaba por completo una vez más. La miró preocupado. —¿Cómo se lo está tomando Leonie?

Emma podía imaginarse perfectamente que ella era su única preocupación. Ahora dudaba si presentarle la foto de su cadáver. O si debía siquiera contarle su asesinato. Sus reacciones y declaraciones hasta ahora no probaban automáticamente que fuera culpable. Tenía la percepción alterada. ¿Pero podía eso llegar hasta el punto de no recordar los asesinatos? Era posible. Se oían casos así continuamente.

Decidió colocar la foto de Leonie muerta junto a la de su marido después de todo.

A Matthias le temblaron los labios.

—Ambos fueron asesinados el viernes pasado.

Matthias Reuter respiró hondo un par de veces, luego dio un sacudón hacia un lado y vomitó en el suelo de hormigón gris.

***

Yussuf Cem estaba sentado tranquilamente a la mesa cuando Emma y Alex entraron en la sala. Era un hombre fornido de poco más de treinta años, cuyos pantalones cortos y anchos estaban casi tensos alrededor de sus piernas.

—Siento haberle hecho esperar —dijo Emma.

—¿Por qué estoy aquí? —Tamborileó con los dedos rítmicamente sobre el borde metálico de la mesa, como si practicara una pieza tranquila al piano.

Emma se sentó frente a él; Alex cogió la silla de la esquina junto a la puerta y se sentó a su lado. Emma se sorprendió, ya que él casi nunca se sentaba directamente a su lado, prefiriendo quedarse en una de las esquinas. Sospechaba que lo hacía porque él mismo estaba muy nervioso y sentía la necesidad de ocultarlo. Así que se sentó allí junto a ella, mirando fijamente a Yussuf Cem.

El hombre no parecía ni lo más mínimo impresionado. En su mayor parte, centraba su mirada en Emma, pero algo le obligaba a seguir mirando brevemente a Alex, y cada vez que lo hacía, parecía un poco más a la defensiva que antes. No parecía nervioso. Casi parecía como si estuviera acostumbrado a este entorno, como suele ocurrir con los delincuentes de poca monta reincidentes. Sin embargo, este hombre no tenía antecedentes penales.

Emma apoyó los archivos contra el borde de la mesa y los abrió. Pero ni siquiera eso lo inquietó.

—¿Conoce a Paul Müller? —Emma fue directa al grano. El porqué estaba allí lo descubriría bastante pronto.

Él dejó de tamborilear y miró a los dos investigadores con aire inquisitivo. —¿Qué le hace pensar que lo conozco?

—Porque bloqueó su número de teléfono.

Yussuf Cem frunció los labios. —Al menos ahora sé por qué no puedo volver a hablar con él.

—¿Qué quiere de él que sea tan urgente? —preguntó Emma.

—Quiero que deje en paz a mi mujer —dijo, como si lo hubiera escupido al suelo y lo hubiera aplastado con el zapato.

—¿Sabía que él y su esposa tenían una relación abierta? —preguntó Emma.

—No. No tenía ni idea de que estaba casado.

—¿Es consciente su mujer de que usted conoce su aventura? —quiso saber Emma.

—No.

—¿Cuánto tiempo hace que está al corriente? —añadió ella.

—Dos años. —Se encogió de hombros—. Pensé que lo superaría.

—¿Por qué no lo ha hecho? —preguntó Alex.

—Porque veo al imbécil ese con regularidad —dijo calmadamente —. Cada vez que recojo a mi hijo de la guardería, él también está allí. Aunque cambie de horario, me cruzo con él. No todos los días, pero sí con bastante frecuencia.

—¿Tiene una hija? —preguntó Emma.

—Eso creo. —Miró pensativo las palmas de sus manos vacías en el regazo—. Quiero decir, no tengo ni idea de si es mía. Pensé que no me importaría. Pero de alguna manera, sí importa. Lo odio por destruir nuestra familia.

—Reprimir algo así deja huella —dijo Alex—. No se puede contener una rabia acumulada para siempre.

—¿Es por eso por lo que le hizo esto? —preguntó Emma, presentándole las fotos de la escena del crimen de Paul Müller.

Yussuf Cem se inclinó hacia delante, les lanzó una mirada clínica y luego se hundió de nuevo en su asiento de modo que la silla crujió audiblemente. —Yo no tuve nada que ver con eso.

—Paul Müller fue asesinado el viernes. —Emma colocó las fotos de su difunta esposa al lado—. Al igual que su mujer.

—Ese no fui yo —dijo él, sin siquiera mirar las otras fotos. ¿Era realmente tan insensible que nada de esto le sorprendía ni un poco? ¿O conocía las escenas de las imágenes tan bien que no necesitaba mirarlas propiamente?

—¿Dónde estaba el viernes por la noche? —preguntó Alex.

—Estábamos en la boda de la mejor amiga de Silke. Anette.

—¿Cuántas personas pueden testificar que estuvo allí? —prosiguió Emma.

—¿Unas cien? —dijo él.

—¿Cuánto tiempo estuvo en esa celebración? —preguntó Emma.

—No lo recuerdo.

—¿Estaba borracho? —insistió ella.

—Sí. Bastante.

—¿Dónde estaban sus hijos?

—Con mi madre.

—¿Y dónde están los otros niños?

—¿Qué otros niños? —preguntó él, mirándolos con extrañeza. Al ver que no respondían, repitió—: ¿Qué niños? —Entonces pareció comprender a qué se referían, y fue aparentemente la primera vez en este interrogatorio que algo le había afectado o provocado algo parecido a una emoción de simpatía—. ¿Alguien ha secuestrado a sus hijos?

Emma cerró el archivo y se levantó. —Comprobaremos su coartada.

Capítulo 16

Estoy frente a ella, con la ropa de su marido puesta; una imagen distorsionada de la normalidad que intentaba imponer por la fuerza.

—Todo va a salir bien —dije, con voz firme pero amable, en un intento por aportar una sensación de seguridad a este caos—. Te prometo dejar vivir a tu marido si colaboras. Podemos ser una familia.

Me miró fijamente, con los ojos llenos de sospecha y pavor.

—¿Qué? —respondió, con la voz temblorosa por el miedo y la incredulidad—. ¿Dónde está él?

Le sostuve la mirada, tratando de ocultar la desesperación y el ruego en mis ojos. Entiendo que sea difícil de creer. Pero no quiero hacerte daño. Quiero que tengamos una oportunidad... la oportunidad de ser una familia. Tu marido no es digno de ti. Te mereces algo mejor.

Antes de que pudiera responder, oímos unos pasos suaves. Un niño pequeño, su hijo, bajó las escaleras. Se frotaba los ojos cansados, claramente confundido por el alboroto nocturno. —¿Mamá? ¿Quién es ese? —preguntó con una voz tan delicada e inocente que me atravesó por completo—. ¿Cuándo va a volver papá?

Una sonrisa, más genuina y cálida que cualquiera que hubiera sentido en años, se dibujó en mi rostro. Me agaché, abriendo mis brazos al niño. —Hola, pequeñajo —dije con cariño—. No te preocupes, todo va a ir bien.

El niño miró a su madre, luego volvió a mirarme a mí, con la incertidumbre y la curiosidad grabadas en su rostro. Dio un paso más, todavía vacilante, pero claramente atraído por mi calidez.

Ella observó la escena y su expresión pasó del miedo a la esperanza y a un anhelo indeciblemente profundo. En ese momento,

en el silencio que se instaló a nuestro alrededor, sentí un cambio. El aire parecía cargado con la posibilidad de un nuevo comienzo, por muy frágil e incierto que pudiera ser. Y recibí mi confirmación cuando el niño me rodeó con sus brazos.

Capítulo 17

La guardería de los Müller se llamaba centro infantil Heeper, por la calle del mismo nombre. Algunos colegas ya habían hecho al personal las preguntas habituales: si algo había resultado extraño últimamente, si los padres se habían comportado de forma rara, quizá los niños también, o si alguien había discutido con ellos, etcétera. Sin embargo, ni una sola respuesta había resultado relevante. Emma y Alex querían investigar una vez más, con la esperanza de obtener nuevos datos. De camino a ver a Ricarda Schemhaus, una voluntaria de la guardería, Emma había dejado a su colega frente al discreto edificio que daba a una gran extensión de bosque. Allí era donde se encontraba la guardería. Emma quería ocuparse de la mujer que había llamado la atención de sus compañeros porque no dejaba de hablar al personal de su hija, quien, según los registros, llevaba varios años muerta. No tenía por qué significar nada, pero no faltaban casos de madres que, tras sufrir tales pérdidas, secuestraban a niños ajenos para sobrellevar su dolor.

Alex estaba sentado con Jonas Schiefe, uno de los dos educadores masculinos, en el pequeño despacho de la directora, Cordula Meyer, que apenas tenía espacio para el escritorio y las sillas de delante y de detrás. Había carpetas de anillas y papeles esparcidos por todas partes, incluso apilados en el suelo junto a la mesa. Podía imaginarse perfectamente que, en un entorno tan animado, no quedaba mucho tiempo para el trabajo administrativo. Si él hubiera estado a cargo de semejante manicomio, y si aquella habitación fuera su despacho, probablemente no se podría ni poner un pie en ella.

—Es terrible lo que les ha pasado a los niños —dijo Jonas Schiefe, apoyando los antebrazos carnosos, enfundados en una camiseta ligera, sobre el escritorio—. A los padres también, por supuesto —

añadió rápidamente—. Pero los niños... simplemente no puedo creerlo.

—Sé que mis colegas ya les han hecho muchas preguntas y no quiero entretenerle mucho...

—Oh —dijo él, restándole importancia con un gesto y recostándose en la silla—. Si puedo ayudar a encontrar a los niños, estaré más que encantado de colaborar.

—Gracias —dijo Alex, abriendo su bloc de notas por el lugar donde previamente había guardado el bolígrafo. Las notas hacían referencia a las declaraciones que sus colegas habían recogido durante las entrevistas—. Usted y sus compañeros declararon que los Müller traían a sus hijos cada mañana alrededor de las ocho y los recogían en algún momento de la tarde. Parece que los horarios de recogida eran bastante flexibles.

—Se podría decir que sí. En sí mismo no es una tragedia; al fin y al cabo, tenemos horarios de cierre, y el contrato de guardería de la familia Müller llegaba hasta las cinco de la tarde. Pero el padre aparecía realmente cuando le venía bien. No estamos hablando de un margen de veinte minutos arriba o abajo. Y ese tipo de cosas resultan molestas porque interrumpen al grupo. Siempre crea cierta inquietud, tanto en el niño que recogen como en los demás. Por lo general, preferimos que la gente se ciña a horarios fijos para que los pequeños aprendan regularidad y estructura. Pero el señor Müller nunca parecía interesado en eso, por muchas veces que se lo dijéramos.

No a todo el mundo le gusta encajar en el sistema, pensó Alex. Y las estructuras fijas simplemente no van con todo el mundo, especialmente con los artistas; y por todo lo que habían averiguado sobre Paul Müller, había sido un diseñador gráfico con mucho talento.

—¿Cómo reaccionaba él ante eso? —Alex planteó la siguiente pregunta.

—Hacía el papel de padre despreocupado y joven de espíritu.

—¿Eso no le parece bien?

—No le parece bien a nadie. Ni en otras guarderías, ni en los colegios.

—¿Trabaja usted exclusivamente aquí o también en algún otro sitio?

—En realidad, todo el mundo aquí tiene un contrato fijo.

—¿A qué se refiere con «en realidad»?

—A la mayoría, digámoslo así. Hay un compañero que es algo así como un profesor de apoyo, porque ahora mismo andamos muy escasos de personal con nuestro proveedor. Especialmente en lo que se refiere a hombres. No hay muchos que quieran ser educadores infantiles y, como se puede imaginar, hay muchos padres a los que no les hace mucha gracia tener a hombres en las inmediaciones de sus hijos. Nos topamos con prejuicios contra los hombres que quieren trabajar con niños pequeños todo el tiempo.

Los prejuicios siguen siendo la muerte de una sociedad progresista, pensó Alex. «¿Ha notado alguna vez algo que pudiera ser motivo de preocupación?», Alex interrumpió sus propios pensamientos. «¿Algún otro padre que tuviera un altercado con el señor Müller, o que al menos no se llevara bien con él?»

—Sus colegas ya me preguntaron eso y debo admitir que no estaba muy centrado cuando respondí. Se me acaba de ocurrir una situación de la que me había olvidado por completo.

No te andes con rodeos, pensó Alex. *Suéltalo ya, sea lo que sea que sepas.*

—Erik Steiner, el profesor de apoyo, es en realidad la calma personificada, pero cada vez que se encontraba con el señor Müller, se desahogaba criticándolo. No delante de los niños ni de los padres. Delante de nosotros. Decía que no podía comportarse así aquí, que era un mal ejemplo para sus hijos y demás. Y que le encantaría darle una bofetada por sus aires de grandeza.

—¿Es tan agresivo también con los niños?

—¿Cree que estaría trabajando aquí si lo fuera? No. Erik es estricto, pero sigue siendo muy popular entre los niños.

—¿Dónde puedo encontrar a este compañero? —preguntó Alex.

—Está de suerte. Hoy está aquí.

Erik Steiner entró en el despacho. Era de tipo atlético y poseía un aura tranquila y carismática.

—Gracias por dedicarnos su tiempo. —Alex señaló el asiento detrás del escritorio donde Jonas Schiefe acababa de estar sentado.

Erik asintió y tomó asiento con cuidado. Parecía como si quisiera evitar tocar cualquier otra cosa en la habitación a toda costa. Como si estuviera rodeado de preciosos artefactos arqueológicos.

—¿He oído que no tenía en muy alta estima a Paul Müller? —Alex comenzó el interrogatorio sin preámbulos.

—Nadie lo hacía —dijo, como si no tuviera importancia—. No le gusta seguir las reglas, pero por lo demás creo que está bien.

—Usted le dijo algo distinto a su compañero.

Él puso los ojos en blanco. —Sí, posiblemente. A veces tengo días en los que padres así me molestan más que otros. Pero tengo bastante autocontrol.

—¿Y qué hay de los hijos de los Müller? —insistió Alex.

—Si cree que lo pago con ellos de alguna manera, se equivoca —aclaró Erik—. Al fin y al cabo, los niños no tienen la culpa de quiénes son sus padres. Solo espero que tomen un camino diferente.

—¿Qué es exactamente lo que no le gusta de los Müller? —preguntó Alex.

—No son buenos modelos de conducta. Eso es todo, e intento guiar a los niños hacia una dirección mejor a través de mi trabajo aquí. Y eso no se aplica solo a los Müller. Hay muchos padres cuyo comportamiento nos molesta a mí y a mis compañeros. Son de algún modo diferentes a los de antes. Excesivamente protectores por

un lado, y luego demasiado permisivos por otro. Los niños no llevan eso muy bien. Desgraciadamente, suele ocurrir que apenas podemos formarlos ya, a pesar de que pasamos más tiempo con ellos que sus padres. Y cuanto más crecen, más se les pega ese mal comportamiento.

—¿Y eso se aplicaba a los niños Müller?

—Con el mayor, sí. No sigue ninguna de nuestras reglas.

—Solo tiene tres años —señaló Alex, preguntándose si el hombre tendría hijos propios. Alex no tenía ninguno, pero veía por su hermana que se podía criar a la prole de forma más relajada sin convertirlos en parias sociales, y que no se debía generalizar basándose en la edad. Cada niño se desarrollaba de forma diferente. Theo y Marie, su sobrino y su sobrina, tenían cinco y tres años y eran tan diferentes en su desarrollo que parecería que se llevaban cinco años de diferencia.

—Otros de su edad pueden hacerlo mejor —rebatió Erik, confirmando la sospecha de Alex de que se encontraba ante un teórico sin hijos.

—¿Tiene usted hijos? —preguntó Alex de todos modos, solo para estar seguro.

—No —dijo, intentando sonar natural. Pero de algún modo sonó como si le hubiera gustado responder con un orgulloso sí.

—¿Podría hacerlo mejor que Paul Müller? —preguntó Alex.

—¿Qué quiere decir con eso? —se metió las manos en los bolsillos de sus pantalones cargo y se recostó.

—¿Cree que sería mejor padre que Paul Müller?

—Sí, por supuesto. Al igual que probablemente la mitad de los hombres que he conocido aquí. No todos son así.

—¿Tiene días libres durante la semana?

—No —dijo, como si fuera totalmente absurdo—. No soy uno de los defensores de la semana de cuatro días.

—¿Puedo preguntarle su edad?

—Desde luego. Tengo treinta y siete.

Solo dos años menos que Alex. Le habría echado veintitantos largos como mucho. En general, parecía dar mucho valor a su apariencia. —¿Casado o prometido?

—¿Cómo pueden estas preguntas ayudar a encontrar a los niños?

—¿Le incomoda alguna de ellas?

Erik lo miró un momento con una expresión que Alex no supo identificar del todo. Luego respondió: —No estoy ni casado ni prometido. —Ya no quedaba rastro de su despreocupación inicial—. Tampoco tengo pareja, por si también le interesa eso. ¿Eso me convierte ahora en asesino y secuestrador de niños?

Usted me dirá, A Alex le habría encantado responder. En su lugar, optó por: —En casos como este, investigamos en todas las direcciones.

—Porque no han encontrado nada hasta ahora que les haga avanzar.

—¿Es esto solo un juego para usted? —preguntó Alex.

—Ojalá lo fuera —dijo Erik, sonando genuinamente preocupado por primera vez—. Ojalá los niños salieran de algún escondite riendo. Pero eso no va a pasar.

—¿Qué cree que pasará entonces? —preguntó Alex sin rodeos.

—No lo sé —dijo Erik—. Pero espero que acabe bien para ellos dos.

Alex se levantó de la silla y Erik hizo lo mismo, creyendo obviamente que el interrogatorio había terminado. Al fin y al cabo, lo habitual era levantarse, despedirse e irse. Pero Alex se sentó despreocupadamente en la esquina del escritorio. Al hacerlo, empujó deliberadamente el montón de papeles un poco hacia atrás con el trasero. Y, como esperaba, se desparramaron un poco como resultado. Por el rabillo del ojo, Alex pudo ver cuánto inquietaba aquello a Erik. Este se quedó allí un momento más, mirando fijamente el caos que Alex había creado. Alex se volvió hacia Erik, miró los papeles por encima del hombro y luego volvió a mirarlo a él.

Había logrado vislumbrar rápidamente un formulario y preguntó: —¿Cómo trata usted en realidad a los niños que no juegan según sus reglas?

—¿Qué? —Erik se sacudió brevemente, como para concentrarse—. ¿Se refiere a las reglas que se aplican aquí? Para empezar, no son mías —dijo con inseguridad—. Por otro lado, los niños me adoran, aunque sea estricto y me asegure de que todo el mundo cumple todas las normas. Eso solo demuestra que lo necesitan. —Su mirada volvió a los papeles y, aunque a Alex realmente le disgustaba hacerlo, se deslizó un poco más sobre el escritorio, sabiendo perfectamente que estaba arrugando algunos de ellos.

Erik se sintió tentado de rescatar las cosas de debajo de él; Alex pudo ver claramente el tic de su mano, pero la retiró rápidamente. Como si las cosas estuvieran demasiado calientes para tocarlas.

—¿Podría dejar de hacer eso, por favor? —Sonó más como una exigencia firme que como una pregunta educada.

Alex se movió deliberadamente de un lado a otro otra vez, como si buscara la posición más cómoda. El papel crujió y se arrugó. Erik miró por la ventana un momento, como si la visión fuera insoportable. Solo cuando Alex volvió a quedarse quieto, Erik lo miró. Para entonces, sin embargo, Alex ya había recogido el trozo de papel que le había llamado la atención y que parecía poner a Erik terriblemente nervioso. Y entonces pudo observar prácticamente cómo la expresión de Erik se ensombrecía.

Alex permaneció sentado con naturalidad y se puso aún más cómodo. —¿Por qué recibió usted una amonestación formal? —preguntó con sobriedad.

Erik se cruzó de brazos y volvió a mirar brevemente por la ventana, para luego volverse hacia Alex. —No creo que eso sea importante para su caso.

—Deje que eso sea asunto mío —dijo Alex secamente—. Así que, ¿por qué?

Miró a Alex con aire desafiante y se negó a responder.

—No lo haga más complicado de lo necesario —dijo Alex.

Erik respiró hondo. Parecía resignado. —Fui amonestado porque el sistema ya no funciona. —Luego miró a Alex, y había algo parecido a un profundo pesar en sus ojos—. Todo se está desmoronando, pero los niños necesitan reglas. De lo contrario, el sistema tal como lo conocemos y valoramos no durará mucho más tiempo.

—¿Y cree que usted puede salvar el mundo?

—Ya lo estoy haciendo —dijo, y luego pareció tan sobresaltado como si no pretendiera realmente decir aquello en voz alta.

—¿Dando a los hijos de los Müller una educación mejor?

—Sí, obviamente. —El trasfondo sarcástico era imposible de ignorar—. Me llevé a los niños a mi castillo y viven felices para siempre allí. —Que eso también era algo que no debería haber dicho le quedó claro de inmediato—. No lo decía en serio.

—¿Cómo entonces?

—Solo era una frase hecha. No tengo a los niños y tampoco les he hecho nada a los padres.

—¿Dónde estuvo el fin de semana pasado?

—En casa. Solo.

—Bien —dijo Alex y se levantó—. Me gustaría pedirle que viniera a la comisaría voluntariamente.

—Joder, eso no es necesario de verdad. No hablaba en serio.

—Nosotros juzgaremos eso.

—¿Y si no quiero ir? —preguntó Erik con inseguridad.

—Entonces aplicaré las reglas que el sistema me permite.

Capítulo 18

El piso de Ricarda Schemhaus estaba limpio y ordenado. Sostuvo la puerta abierta para Emma y echó un vistazo a sus zapatos. —Si no le importa... tengo zapatillas para invitados.

—Estaré bien así —dijo Emma con amabilidad, quitándose los zapatos y colocándolos con esmero junto a los que ya estaban alineados allí. Se fijó en que todos eran de una talla que coincidía con la de la ocupante. Pero si realmente estuviera tratando con una mujer que intentaba compensar la muerte de su propio hijo secuestrando a otros, como Alex había sugerido en su teoría, sin duda no sería tan tonta como para dejar las pruebas a la vista en el pasillo.

—Por favor —dijo mientras entraban en el salón, señalando hacia el sofá—. Acabo de preparar té. ¿Le gustaría una taza?

—¿Con este tiempo? —preguntó Emma, sentándose en el lado corto del sofá.

—Los árabes no beben más que té caliente —dijo Ricarda—. Con este calor, suele ser mejor que las bebidas heladas.

Sin que se lo pidieran, llenó dos tazas de cristal que reposaban sobre posavasos en una mesa de madera oscura. *Impoluta,* pensó Emma. Ni un rasguño, ni una mancha. Era imposible que un niño viviera allí. Y, sin embargo, tenía la sensación de que algo no iba bien, y se preguntó si era prudente beber el té; decidió que era mejor no tocarlo. Cada músculo de su cuerpo estaba en alerta máxima, y esperaba que su anfitriona no se hubiera dado cuenta.

—Té de manzana —dijo Ricarda Schemhaus—. De la pequeña tienda de té de Eckendorfer. ¿La conoce?

—Soy más de beber vino —dijo Emma amablemente.

—¿Es un gaje del oficio? —preguntó Ricarda en tono de broma.

—En absoluto —respondió Emma, decidiendo que ya había sido suficiente charla insustancial. Dejó que su mirada vagara por la habitación y tampoco vio nada allí que sugiriera que Ricarda Schemhaus permitía la entrada de niños en su piso. Eso sí, no tenía por qué mantenerlos escondidos allí. Emma no podía quitarse la sensación de que había algo extraño en el comportamiento de Ricarda Schemhaus; parecía muy ensayado. Ya durante el saludo, le había parecido extraño que ni siquiera hubiera preguntado el motivo de la visita de Emma.

—¿Suele hacer trabajos voluntarios en guarderías? —comenzó Emma, repasando sus preguntas preparadas.

Ricarda Schemhaus sonrió. —Sí —dijo con aire soñador—. Sé que es extraño para alguien que no tiene hijos. Pero me gustan mucho los niños. Yo misma no tuve una buena infancia; me crié en un orfanato en Herford. ¿Quizá lo conozca?

—En la guardería de Heeper me dijeron que tenía usted un hijo que ya iba a la escuela.

Su sonrisa flaqueó ligeramente y su mirada se desvió de Emma hacia el té humeante que tenía delante. —Tuve una hija —dijo con tristeza—. Levi. Ahora estaría en segundo curso.

—Lo siento mucho —dijo Emma con empatía—. ¿Qué pasó?

—La encontraron muerta en su cama una mañana. Hace tres años.

—¿Qué edad tenía? —A Emma esta circunstancia le pareció bastante extraña, ya que la muerte súbita suele ocurrir entre los dos y los doce meses de edad.

—Cuatro años —dijo en un susurro casi inaudible—. Los médicos dijeron que tenía un defecto cardíaco de nacimiento que nadie había notado.

Esas cosas pueden pasar a cualquier edad, pensó Emma, sintiendo lástima por la mujer. No obstante, percibía un trasfondo amenazante en el ambiente. Estaba sentada en el piso de una mujer a la que le gustaba rodearse de niños, que había perdido a la suya y que actuaba ante los demás como si todavía estuviera viva. Sin embargo,

no estaba repitiendo esa mentira a Emma. ¿Podría ser que todavía creyera que podía cuidar a los niños mejor que sus padres?

—¿Cómo lo lleva su marido? —preguntó Emma.

—Exmarido —aclaró Ricarda—. Él lo llevó mejor que yo; se ha vuelto a casar y tiene un hijo con ella. Por lo visto, le va bien.

—¿Cuánto tiempo llevan separados?

—Me dejó poco después de la muerte de nuestra hija. Ya no podía mirarme a los ojos porque ella se parecía mucho a mí. ¿Sabe lo difícil que ha sido para mí mirarme al espejo desde entonces?

—Puedo imaginármelo.

—Y siempre será así. Pero los otros niños me hacen olvidar eso durante unas horas.

—Entonces, ¿por qué no trabaja de educadora infantil? —preguntó Emma.

—Estoy contenta con mi trabajo en los Servicios Sociales. Pero cuando hay eventos en la guardería, que suelen ser a última hora de la tarde o los fines de semana, ayudo. Eso me basta.

—¿Y cuál es exactamente su función en los Servicios Sociales?

—Visito a familias que tienen problemas con la crianza. Entonces decido si los niños pueden quedarse con sus padres o si estarían mejor en otra parte. A veces ocurre que los padres se apañan mejor sin los niños que al revés. Triste, ¿verdad?

Aquello se acercaba mucho a la teoría de un perpetrador que quería darles a los niños un hogar mejor, aunque con los Müller no había habido ninguna razón obvia a primera vista. Sin embargo, las alarmas de Emma estaban sonando. Con más fuerza que cuando entró en el piso. Se palpaba en el aire que algo no iba bien; solo que aún no podía verlo.

—¿Ha visitado alguna vez a la familia de Leonie y Paul Müller? En calidad profesional, quiero decir.

—Esos nombres no me suenan de nada.

—Al padre se le describe a menudo como demasiado despreocupado y como alguien a quien le gusta actuar como si fuera más joven de lo que es.

—Eso no aclara mucho las cosas —dijo Ricarda Schemhaus—. ¿Les ha pasado algo?

—Fueron asesinados.

—¿Los niños también? —preguntó ella, como si estuviera pidiendo indicaciones para llegar a un sitio.

—¿Qué le hace pensar que se trata de sus hijos?

—Es solo una deducción. Al fin y al cabo, usted está aquí por mi trabajo en la guardería de Heeper. Así que los hijos de los Müller seguramente tendrán algo que ver.

Emma no quiso entrar en ese tipo de juego y volvió al trabajo de Ricarda Schemhaus.

—¿Decide usted qué pasa con las familias? —preguntó Emma.

—No. Siento si ha sonado así. Yo simplemente hago recomendaciones basadas en mis observaciones e impresiones, así como en las declaraciones del personal de la guardería y de los profesores. Las decisiones sobre lo que ocurre después con las familias las toman otros.

—¿Y los otros siempre toman las decisiones correctas?

—Ojalá fuera así.

—¿Preferiría ser usted una de las personas que deciden? —preguntó Emma.

—No. La responsabilidad sería excesiva.

—¿Dónde estuvo el pasado fin de semana?

La pregunta pareció pillar a Ricarda desprevenida. Tardó un momento en responder: —En casa.

—¿Alguien puede confirmarlo?

—No.

Ricarda tomó un sorbo de té. Mientras miraba la taza que tenía entre las manos, parecía estar reflexionando sobre algo. Resultaba extraño lo calmada que permanecía. Alguien que es inocente suele ponerse nervioso cuando se le hacen tales preguntas, especialmente cuando no se puede verificar una coartada. Pero Ricarda Schemhaus parecía la viva imagen de la serenidad.

—¿Cree que he cometido un delito? —preguntó mientras dejaba la taza. Luego miró a Emma. De forma diferente a antes. Como si intentara mirar a través de sus ojos hacia su cerebro para averiguar qué estaba pensando.

—Estamos investigando todas las posibilidades. No se preocupe.

—¿Tienen tiempo y recursos para eso? ¿Para investigar todas las posibilidades? Cuando intento trabajar con la Policía Criminal, siempre me dicen que no tienen capacidad para esto y para aquello. Así que asumo que está usted aquí basándose en una sospecha razonable.

Antes de que Emma pudiera responder, Ricarda se abalanzó hacia delante y lanzó un puñetazo a la cara de Emma. Instintivamente, esta se agachó, bloqueó el golpe, se echó hacia atrás y le propinó a la mujer una patada en el estómago. Ricarda Schemhaus cayó cuan larga era sobre la mesa, volcando el té y escaldándose. Gritando de dolor, se arrojó al suelo, y Emma pudo oír cristales rompiéndose bajo ella. Ricarda Schemhaus volvió a gritar. Rodó de un lado a otro, incapaz de incorporarse, mientras Emma desenfundaba su arma y le apuntaba. Los gritos de dolor de Ricarda amainaron y, cuando finalmente logró incorporarse a gatas, se encontró mirando el cañón de la pistola de Emma, que la mantenía encañonada a la cabeza desde una distancia prudencial.

Capítulo 19

En realidad, Emma y Alex tenían la intención de interrogar a Erik Steiner juntos. Pero ¿quién hubiera podido predecir que Ricarda Schemhaus resultaría ser tan sospechosa?

Junto con Aufderheide y Krüger, Alex esperaba a Emma en la pequeña sala de observación, observando a través del cristal a Erik Steiner, que caminaba de un lado a otro furiosamente.

Cuando Emma entró en la sala, ni siquiera tuvo oportunidad de saludar, ya que Aufderheide, visiblemente molesta, habló de inmediato: —¿Qué explicación tiene para esto?

—Agresión a un agente de la autoridad —dijo Emma secamente. Acto seguido le entregó a Aufderheide una carpeta, cuyo contenido la fiscal empezó a examinar de inmediato—. De camino aquí, he dado instrucciones a los colegas para que realicen más comprobaciones de antecedentes sobre Ricarda Schemhaus. Nunca estuvo casada y tiene algo más que el único hijo que perdió a los cuatro años.

—Muy bien, sigamos con ello. Interróguela.

Cuando los dos investigadores entraron en la sala, Ricarda Schemhaus señaló sus esposas, que habían sido sujetadas a una argolla en la mesa atornillada al suelo. —¿Es esto realmente necesario?

La pomada transparente para quemaduras que le habían aplicado en el cuello brillaba bajo el foco de la austera sala de interrogatorios. Su antebrazo derecho estaba envuelto en un vendaje nuevo que se extendía por debajo de la camiseta de manga corta que le habían puesto.

—Sí, lo es —afirmó Emma con naturalidad, sentándose frente a ella con el expediente. Según lo acordado, Alex se situó en una esquina a sus espaldas. Aunque ella no podía verlo, podía

imaginárselo allí de pie, con los brazos cruzados, poniendo nerviosa a Ricarda Schemhaus con una mirada que pretendía dejar claro que se había metido con las personas equivocadas.

—Mire, lamento de verdad haberla atacado. —Sonó más bien como una disculpa forzada.

—Es un poco tarde para eso, ¿no cree? —dijo Emma, colocando la carpeta cerrada frente a ella y dándole golpecitos con el índice sin quitarle los ojos de encima a la mujer—. Aún no es muy voluminoso. Pero eso habrá cambiado para cuando llegue la vista judicial, como muy tarde.

—¿De verdad tenemos que dejar que llegue tan lejos? —preguntó Ricarda, intentando una sonrisa que Emma no alcanzó a descifrar.

—Usted es la única culpable de eso. —Emma la clavó con una mirada penetrante, haciendo que se encogiera ligeramente.

—Lo siento —dijo ella ahora, con un hilo de voz.

—¿Por qué me atacó? —Emma fue directa al grano. Cruzó los brazos, se echó hacia atrás y miró a Ricarda Schemhaus. Pero no hubo respuesta. Emma volvió a inclinarse hacia delante, cogió el expediente, lo puso en el borde de la mesa y lo abrió. Fingió leer algo. Dejar que el interrogado piense que ya se ha elaborado un informe y tomado notas en tan poco tiempo solía inquietarles—. Ha cometido los siguientes delitos —comenzó Emma—: atentado contra agente de la autoridad, resistencia a la autoridad y, si sigue siendo tan críptica, podemos añadir obstrucción a una investigación por doble asesinato y secuestro de menores.

—¡Yo no he matado a nadie! —Espantada, los miró a ambos alternativamente, y pareció que hacía un amago de apartarse de Alex, aunque las ataduras lo hacían imposible—. Tienen que creerme.

—¿Entonces por qué intentó matar a mi compañera?

Para el gusto de Emma, Alex estaba exagerando un poco. Pero no quiso contradecirle.

—¡No quería matarla! —protestó Ricarda.

—Entonces seguimos hablando de lesiones graves —dijo Alex con frialdad—. Además de dos asesinatos y el secuestro infantil... la cosa no pinta nada bien para usted.

—Solo tenía miedo —dijo ella, con los ojos llenos de lágrimas—. Pensé que me iba a quitar lo que tanto necesito.

—¿Se refiere a los niños secuestrados? —presionó Emma. Tuvo la tentación de echar un vistazo al espejo unidireccional tras el cual Aufderheide y su jefe, Krüger, estaban observando, pero mantuvo la mirada en Ricarda Schemhaus. Una lágrima resbaló por la mejilla de la mujer. Su brazo dio un tirón: un reflejo para limpiarse la lágrima, hasta que su cuerpo se dio cuenta de que no era capaz de hacerlo en ese momento.

—¿O se refiere a su hijo, el que todavía vive? —preguntó Emma.

—¿Saben lo de él? —dijo ella, apenas audible.

—Vive con su ex. Ya hemos hablado con él. Tanto él como su hijo están bien.

—Lo sé. Los observo a menudo. No les he hecho daño. Ni a ellos ni a nadie más.

—¿Por qué me atacó entonces? —preguntó Emma de nuevo.

Ricarda se echó hacia atrás, silla incluida, con el rostro contorsionado por el dolor al darse cuenta de que las esposas no le permitían tanta libertad de movimiento como su cuerpo deseaba. —Solo tenía pánico de que me enviara de vuelta —gimió.

—¿A dónde? —preguntó Emma.

Ricarda se desplomó, cerró los ojos con fuerza y lloró casi en silencio. —No puedo decírselo. —Miró sus manos con sentimiento de culpa—. Todo lo que quería era pasar tiempo con ellos. Con los niños en la guardería y con mi hijo. ¿Por qué no pueden entenderlo? —Las lágrimas brotaron a raudales.

—¿Qué le impide pasar tiempo con ellos entonces?

Ricarda miró sus manos encadenadas con vergüenza. —Yo lo impido —dijo, apenas en un susurro.

Alex cogió la silla junto a Emma. Su postura era menos amenazante ahora.

—Sufro esquizofrenia desde hace unos años y me ingresé voluntariamente en la clínica LWL hace unas semanas, algo de lo que pronto me arrepentí. Ahora me temo que no saldré de allí tan fácilmente. —Ricarda miró a Emma, esta vez suplicante, como si lamentara algo—. De verdad que no quise herirla. Solo tenía miedo de que me enviara de vuelta allí.

—Me temo que no hay otra opción —dijo Alex, sonando como si realmente lo lamentara.

—Si supiera algo sobre los niños desaparecidos, se lo diría.

—¿Dónde estuvo el fin de semana pasado? —preguntó Emma.

—En la clínica.

—Y en los eventos de las guarderías, ¿le pareció algo extraño?

—Me temo que no.

—¿No había nadie merodeando que no debiera estar allí? ¿Un extraño?

—Hubo alguien una vez. Justo antes de que entrara en la clínica. —Miró a Emma y a Alex. Emma solo conocía esa mirada por personas que no estaban seguras de si lo que habían vivido había ocurrido realmente o si solo lo habían imaginado—. Un hombre demacrado con gafas de sol me preguntó por las horas de recogida. Me sorprendió, porque los padres suelen saberlas. Luego pensé que podría estar en el mismo barco que yo. Yo tampoco sé cuándo termina la jornada escolar de mi hijo. Así que le dije las horas. Nunca volví a verlo después de eso.

—¿Puede describirnos al hombre?

—Puedo intentarlo —dijo ella con una sonrisa cansada.

Capítulo 20

Cuando Emma abrió la puerta de la sala de interrogatorios, Erik Steiner se puso en pie de un salto, furioso. —¿Cuánto tiempo más piensa tenerme aquí esperando?

—Todo el que sea necesario —dijo Emma; aún estaba asimilando la declaración de Ricarda y esperaba que el retratista forense pudiera elaborar un boceto que finalmente hiciera avanzar el caso.

—Esto es ilegal.

Los dos investigadores dejaron el comentario en el aire.

—¿Esperamos a su abogado? —preguntó Emma en su lugar, aunque sabía que él no lo había solicitado.

—Eso solo servirá para alargar esto aún más.

—Por favor, siéntese de nuevo —dijo Emma mientras Erik empezaba a caminar de un lado a otro como un animal enjaulado.

Con un fuerte suspiro, se desplomó en la silla como si hubiera perdido de repente todo el tono muscular. Entonces empezó a mover la pierna derecha con impaciencia, un tic que estaba sacando a Emma de sus casillas.

—Mire, de verdad que no lo decía en serio. Miró de un investigador al otro y se puso cada vez más inquieto al no recibir respuesta.

Alex apoyó el hombro contra el borde del espejo unidireccional.

—¿Qué hizo el pasado fin de semana? —preguntó Emma.

—¿De verdad cree que yo he cometido esos asesinatos y he secuestrado a los niños?

—Límitese a responder a la pregunta —dijo Emma.

—Fui a hacer senderismo. El sábado. Y después a nadar.

—¿Solo? —preguntó Emma.

—Sí, solo.

—¿Seguro? —insistió Alex; era evidente que no le creía. Emma tampoco. Erik vaciló un instante. Ocultaba algo, y Emma sintió como si una maldición se hubiera apoderado de todos los implicados: guardar los secretos, ganar tiempo y, sobre todo, no ayudar a la policía.

—No tengo muchos amigos, ¿sabe? —dijo Erik Steiner—. Paso la mayor parte del tiempo en casa, y solo.

—Entonces, ¿qué hace todo el tiempo solo en casa? —quiso saber Emma.

—¿Cuando no estoy por ahí? Esperar a que vuelva a ser lunes.

—¿Nada más? —preguntó Emma.

—¿Qué quiere oír? ¿Un resumen de la triste vida de un soltero de casi cuarenta años? Me acuesto tarde, me pego atracones de series hasta las tantas y me levanto lo más tarde posible. Luego meto cualquier porquería en el microondas o en el horno, me ducho, salgo a caminar y vuelvo a seguir la misma rutina nocturna. Cuando tengo que trabajar no es muy distinto, salvo que me levanto más temprano y suelo acostarme antes.

—¿Es usted activo en internet? —preguntó Alex.

—¿Se refiere a salas de chat y ese tipo de cosas?

—Redes sociales, sitios de citas... —aclaró Emma.

—Tengo cuentas, sí. Pero poco más. No le veo el atractivo.

—¿Así que prefiere buscar sus intereses románticos en la vida real? —preguntó Alex.

—Por así decirlo.

—¿Y cómo se las apaña si pasa la mayor parte del tiempo solo en casa? —añadió Emma a continuación.

—Ya se lo he dicho, me gusta salir a caminar.

—En su trabajo está en contacto habitual con mujeres de su edad —continuó Alex—. ¿No facilita eso la búsqueda?

—No me lío con compañeras.

—No es de eso de lo que hablamos —rebatió Emma.

—¿Creen que he tenido algo con las madres de los niños?

—Podemos ser más específicos —dijo Alex—. ¿Tuvo una aventura con Leonie Müller?

—¿Qué? Dios, no. ¿Para qué iba a querer nada con ella?

—¿No es su tipo? —preguntó Alex.

—¿Acaso importa? Han decidido cargarme el muerto a mí de todos modos.

—¿Cree que sus hijos están mejor con usted? Dio a entender eso cuando hablamos. Sobre las normas y demás. ¿Se acuerda?

—Si pensara así, tendría que adoptar a la mitad de la guardería.

—¿Así que los niños Müller fueron solo el principio?

—¡Quiere dejar de acusarme de semejantes estupideces! —Golpeó la mesa con las palmas de las manos y se levantó de golpe. Emma y Alex permanecieron sentados.

—Entonces deje de mentirnos —respondió Emma.

Erik Steiner respiró hondo un par de veces y volvió a dejarse caer en la silla. Como un niño malhumorado, se cruzó de brazos sobre el pecho y miró hacia otro lado. —Está bien —dijo por fin, visiblemente incómodo—. El fin de semana estuve fuera con mi jefa. Pero por favor, no se lo digan a nadie.

—¿Con Cordula Meyer? —preguntó Emma.

—Sí.

—¿Solo el sábado? —preguntó ella.

—Fui a su casa el viernes por la noche. Bueno, no a su casa. Ha alquilado un pequeño piso. Para los dos.

—Tendremos que verificarlo —dijo Emma, mientras Alex tomaba notas.

—Por favor, no lo hagan. Su marido no lo sabe.

—¿Desde cuándo dura esto? —quiso saber Emma.

—Tres meses.

—¿Con qué frecuencia? —preguntó Alex.

—Casi todos los fines de semana. Normalmente, debería haberse sentido aliviado al tener una coartada potencial. Sin embargo, parecía ocurrir lo contrario. Se mostraba más nervioso con cada dato que aportaba sobre el tema.

—¿Y su marido no sospecha nada? —Emma apenas podía creerlo. Nadie podía ser tan ciego. ¿O sí?

—No tiene ni idea. Está fuera por negocios muy a menudo, sobre todo los fines de semana. Suele viajar a Asia, y le resulta más fácil volar los viernes o los sábados si tiene que trabajar los lunes. Apostaría a que él también tiene a alguna mujer allí.

—¿Qué le hace sospechar eso? —preguntó Emma.

—Porque me lo dijo Cordula. Por eso no se siente culpable de engañarlo. Si es que se puede llamar así.

—¿Estuvo con Cordula Meyer también el fin de semana anterior? —insistió Emma.

—Hemos pasado juntos los últimos cuatro fines de semana, y también el lunes de hace dos semanas. Los dos pedimos la baja por enfermedad. Pueden comprobarlo.

—Lo haremos —dijo Alex.

Capítulo 21

En la penumbra del cuarto de los niños, Britta se sienta en el borde de la cama de su hija, con un libro de ilustraciones abierto ante ella. Un clásico entre los cuentos para dormir: El flautista de Hamelín*. Mientras lee, su voz ejerce un efecto suave y tranquilizador sobre mí.*

Con una sonrisa de satisfacción, observo a las dos desde el umbral, encantado de ver cómo nuestra hija escucha a su madre. Con los ojos muy abiertos por el suspense de cómo terminará la historia, no deja de mirarme de reojo. Supongo que aún no termina de creerse que por fin tiene un padre cariñoso que se siente inmensamente feliz con su mera presencia. Pero de vez en cuando, y cada vez solo por un fugaz segundo, desvía la mirada más allá de mí, hacia la cómoda; solo cuando sigo su mirada recuerdo lo que hay allí.

El teléfono móvil destrozado y la tableta rota junto a mí son testigos mudos del aislamiento que he creado: un mundo en el que solo existimos nosotros, aislados de cualquiera que pudiera sospechar o intentar separarnos. Al fin y al cabo, solo lo he hecho por nuestra protección. Esta vez, todo será diferente. Todo irá bien y tendremos un futuro feliz juntos.

Cuando Britta pasa la última página y da por terminada la historia, la niña la mira con los ojos grandes y llenos de preocupación por los niños desaparecidos de Hamelín.

—Es una historia muy triste —la oigo decir, y me quedo paralizado. ¿Se han seguido moviendo sus labios después de pronunciar esa frase? ¿Le ha susurrado algo a su madre? ¿Están planeando huir?

Britta deja el libro a un lado y estrecha a su hija en un tierno abrazo, y solo cuando presiona la cabecita de la pequeña contra su pecho cambia la expresión de Britta. Tiene miedo. ¿De qué demonios tiene miedo? ¿De que su marido regrese de repente a

casa? Eso no sucederá. Quizá debería dejárselo claro de nuevo en un momento.

—A veces las historias no tienen un final feliz —susurra—. Pero lo más importante es que estemos juntas y que nos protejamos la una a la otra.

—Vale, mamá —dice la pequeña y empieza a llorar. Pobre criatura. No quiero que llore. ¿Hay algo que pueda hacer? Tengo que esperar. Darle tiempo para que se acostumbre a su nueva familia. Entonces la felicidad vendrá por sí sola.

Britta me mira y, en sus ojos, veo una mezcla de desesperación y rabia. Me imagino que para ella tampoco está siendo fácil y que pasará un tiempo antes de que pueda aceptar su recién estrenada felicidad. Todos esos años de miedo y tormento no pasan por una persona sin dejar huella. Con un gesto suave, le hago una señal para que me siga fuera.

—Buenas noches, cariño —dice Britta.

Le da un beso en la frente y se levanta, y yo le sonrío a la niña, que tiene un aspecto triste y asustado.

—No te preocupes, pequeña —le digo—. Todo volverá a estar bien; mejor y más hermoso de lo que puedas imaginar.

Britta se despide de la pequeña con la mano una vez más, enviándole un beso. Se demora un momento en el umbral. —Te quiero más que a nada —dice con la voz entrecortada por las lágrimas; luego pasa por mi lado hacia el pasillo iluminado.

Una fugaz mirada de asco cruza su rostro, pero rápidamente vuelve a ponerse su máscara y recupera la compostura. Puedo sentir la tensión en su cuerpo, el rechazo silencioso que intenta ocultarme. ¿Acaso me habré equivocado de mujer después de todo?

Cierro la puerta y, por el momento, no pienso más en la aterrorizada niña que se ha tapado hasta las orejas con el edredón mientras le echo una última mirada.

Britta camina delante de mí hacia su dormitorio. Una habitación que ahora se convertirá en testigo de un tipo de historia diferente. Una historia que estamos escribiendo juntos, aunque ahora mismo ya no estoy tan seguro de si terminará bien para ambos. A pesar de que desearía que así fuera. De verdad que sí.

Capítulo 22

Cordula Meyer, la directora de la guardería donde trabajaba Erik Steiner, estaba impartiendo una clase de aeróbic en *Just-Fit.* Emma y Alex acababan de llegar y esperaban a que terminara la sesión. *Tres minutos más*, pensó Alex, con la esperanza de que esta entrevista por fin aportara algo. El retrato robot elaborado a partir de la descripción de Ricarda Schemhaus mostraba a un hombre con barba de varios días, gafas de sol y una gorra de béisbol calada hasta las cejas. No les ayudaba lo más mínimo. Si al menos hubiera tenido una cicatriz distintiva o algún otro rasgo facial. Pero ¿así? Pocas posibilidades.

A través de las puertas de cristal transparentes, Alex vio en la pared de espejos que la clase estaba completa, y observó a Cordula Meyer, que tenía muy buena planta y, lo que era más relevante, una figura todavía mejor.

—¿Quieres unirte? —Emma interrumpió sus pensamientos.

Él la miró y le habría encantado devolverle la sonrisa. Pero no pudo. Los últimos meses no habían sido más que agotadores y, aunque realmente amaba su trabajo, estaba deseando que llegaran sus cuatro semanas de vacaciones en otoño. Que le sirvieran de algo era otra cuestión. Quizá ya debería estar buscando cita con un psicoterapeuta. Emma, al menos, parecía mucho más estable en las últimas semanas. La terapia que se había visto obligada a empezar parecía haberla ayudado, pero claro, ella tenía un trauma mucho peor que procesar.

—No creo que fabriquen esos conjuntos de mi talla —intentó responder en broma, observando de nuevo cómo Cordula Meyer exigía un último esfuerzo a sus alumnos en los últimos segundos de la clase.

—De todos modos, solo serviría para distraer a los demás —replicó Emma.

—Yo también lo creo —dijo él.

—¿Crees que está compinchada con Steiner?

—¿Quieres decir que ella cuida a los niños mientras él les corta el cuello a los padres? —preguntó Alex.

—Algo así. —No sonaba muy convencida de su propia teoría. Y a Alex también le resultaba poco creíble.

Cordula Meyer agradeció a sus sudorosos alumnos con un aplauso y luego miró hacia Alex y Emma. Su sonrisa desapareció por un momento. Sin embargo, era imposible que supiera quiénes eran. ¿O es que simplemente tenían pinta de policías? Alex se fijó un instante en su borroso reflejo en la puerta y esperó que la iluminación fuera la culpable de que pareciera haber envejecido al menos diez años de la noche a la mañana.

Se hicieron a un lado cuando el primer alumno empujó la puerta para salir. La mayor parte del grupo lo siguió poco después. Emma y Alex entraron en el estudio. Las dos alumnas que quedaban estaban a punto de marcharse y no les prestaron atención, tan absortas estaban en su conversación sobre las «tediosas obligaciones» a las que ahora debían regresar... y estaba claro que se referían a sus hijos y maridos.

Cuanto más se acercaban a Cordula Meyer, más incómoda parecía sentirse esta. Estaba agachada de espaldas a ellos frente a su enorme bolsa de deporte, guardando sus cosas: pequeñas pesas de goma rígida, una esterilla de yoga y bandas de resistencia. Los vigiló a través del espejo mientras Alex hablaba: — ¿Cordula Meyer?

—¿Sí? —dijo ella, girándose hacia ellos con una banda de resistencia en las manos.

—Kuper, de la brigada de investigación criminal de Bielefeld; esta es mi compañera, la agente Bajetzky.

Cordula Meyer al menos saludó a Emma con un asentimiento y siguió enrollando la banda de resistencia. —¿Tiene algo que ver con mi marido?

—No —dijo Alex amablemente—. Estamos aquí para hacerle unas preguntas sobre uno de sus empleados.

Cordula miró más allá de Alex a las dos últimas alumnas que salían de la sala. Una vez que la puerta se cerró con un clic, respondió: —¿Se trata de Erik? —Pero antes de que ninguno de los dos pudiera decir nada, continuó—: Sea lo que sea lo que les haya dicho, miente.

—¿Qué cree que nos ha dicho? —preguntó Emma.

Cordula Meyer apretó la banda de resistencia en sus manos hasta que se dio cuenta del gesto nervioso y la hizo desaparecer apresuradamente en su bolsa. Mientras fingía ordenar un poco más el interior, dijo: —Seguro que les ha dicho que le he estado haciendo proposiciones en el trabajo.

—¿Quiere decir que lo ha estado acosando? —dijo Alex.

—Podría decirse así —dijo ella, con aspecto de haberse cansado del tema. Cerró la cremallera de su bolsa, se puso en pie y se volvió de nuevo hacia ellos—. ¿Ha presentado una denuncia contra mí?

—No —dijo Alex, sorprendido de que Cordula Meyer siquiera lo considerara. Había esperado que negara tener nada que ver con su colega por miedo a que su marido se enterara. Pero no esto—. Erik Steiner nos ha dicho que tiene una aventura con usted.

Cordula Meyer miró de uno a otro y soltó una carcajada breve, pero los dos agentes no la secundaron. Inmediatamente volvió a ponerse seria. —¡Espero que sea una broma!

—No —dijo Emma—. Nos ha dicho que tiene un romance con usted desde hace tres meses y que ambos se han mudado a un piso que usted paga.

—No me lo puedo creer —dijo ella, atónita—. Solo hace eso por el apercibimiento formal.

—¿Y recibió esa amonestación porque se volvió grosero con los padres? —preguntó Alex.

—Sí, exactamente.

—¿Llegó a ponerse agresivo en ese contexto? —quiso saber Alex.

—Verbalmente, sí. Por lo demás, no.

—¿Y en otras situaciones?

—No.

—¿Cómo reaccionó cuando usted lo confrontó por ello? —preguntó Emma.

—Lo negó todo. A pesar de que los padres me informaron de ello de forma independiente unos de otros.

—¿Por qué cree que nos contaría una historia así? —insistió Alex, no del todo convencido por lo que Cordula Meyer les estaba diciendo —. ¿Solo para vengarse de usted por la amonestación? Parece un poco descabellado.

—¿Quizá porque le gusto? Quiero decir, no represento para nada que esté cerca de los cincuenta.

—Desde luego que no —dijo Alex.

—Oh, gracias. —Cordula le dedicó una sonrisa cálida, aunque breve, que no había sido su intención provocar. Simplemente lo había dicho porque era verdad, y no había pensado nada más al respecto.

—¿Sabe mi marido algo de todo esto? —preguntó Cordula ahora.

—No, y mientras no sea relevante para la investigación, no necesita saberlo —le aseguró Emma—. ¿Podría decirnos si Erik Steiner queda con algún colega de forma privada?

—Me temo que no lo sé.

—Aparte de lo que Erik dijo sobre usted, ¿ha habido algún otro comportamiento inusual? —preguntó Emma.

—No.

—¿Cómo van las cosas en su matrimonio? —preguntó Alex.

—No me creen, ¿verdad?

—Son preguntas puramente de rutina —dijo Emma.

—Va bien. Llevamos mucho tiempo juntos y mi marido suele estar fuera por viajes de negocios. Por eso tengo aficiones como esta, pero no tengo una aventura, si es eso lo que insinúan. Quiero a mi marido.

—Una cosa no descarta necesariamente la otra —dijo Alex, pensando en su ex, que se había presentado inesperadamente en uno de sus conciertos hacía unas semanas para intentar recuperarlo. Desde entonces, no la había llamado ni le había enviado ningún mensaje. Había habido momentos en que casi lo había hecho. Pero luego recordaba lo que ella le había hecho. Era como si su mente le gritara, diciéndole qué idiota era por pensar siquiera en contactar con ella, dado que lo había engañado con otro hombre durante un año y medio. Cómo él, siendo detective de la brigada criminal, había pasado por alto las señales evidentes seguía siendo un misterio para él. Pero esa era probablemente la pregunta que hacía que le resultara tan difícil olvidarla.

—De acuerdo —admitió Cordula ahora—. Estoy segura de que a menudo ocurre que la gente busca a alguien fuera del matrimonio cuando las cosas ya no son tan emocionantes. Pero eso no se aplica a mí.

—¿Qué hace los fines de semana cuando su marido no está? —preguntó Emma.

—No me gustan las preguntas que me están haciendo. ¿He pasado de repente al círculo de sospechosos?

—Como he dicho —enfatizó Emma amablemente—, solo estamos repasando nuestras preguntas habituales.

—¿Debería llamar tal vez a mi abogado?

—Intente ver nuestras preguntas bajo otra luz —dijo Emma—. Si no tiene nada que ocultar, no la molestaremos más tiempo del necesario.

—No me gusta, pero supongo que no tengo otra opción. —Los miró como esperando una confirmación, pero los agentes permanecieron en silencio. Cordula se encogió de hombros—. Muy

bien. También doy clases los fines de semana. Pueden comprobarlo. Clases particulares y algunas en otros dos gimnasios.

—¿Cuáles?

—*Lady Like* en el casco antiguo y *Be Yourself* en Altenhagen.

Alex anotó los nombres.

—¿Principalmente los fines de semana? —preguntó Emma.

—Sí. Estoy ocupada en la guardería desde la mañana hasta última hora de la tarde.

—Una lista de sus clientes particulares nos sería de ayuda —añadió Emma.

En lugar de confirmar esto, Cordula Meyer enarcó una ceja y luego miró a Alex. —¿Algo más? ¿Le gustaría que le detallara toda mi rutina diaria, tal vez? —Sonaba cada vez más irritable—. También podría enviarle una lista de mi ropa interior, si eso le ayudara a avanzar.

—Eso no será necesario —dijo Alex secamente—. Pero sin duda sería de ayuda que se tomara nuestra presencia más en serio. Todavía no hay rastro de los hijos de la pareja asesinada, los Müller.

La declaración formal de Alex dejó a Cordula Meyer con expresión de incertidumbre y, finalmente, de vergüenza. Su postura defensiva se relajó y, por un momento, fue incapaz de mantener el contacto visual.

—Lo siento. Sé que el asunto es grave. Pero realmente no puedo ayudarles más. Todo lo que tengo que decir sobre el tema ya se lo he dicho a sus colegas.

Lo cual era tan esclarecedor como el hecho de que los caramelos contienen azúcar.

—De acuerdo, pues por favor, póngase en contacto con nosotros si se le ocurre algo más —dijo Emma, entregándole a Cordula su tarjeta de visita.

Ella la tomó con vacilación y habló mientras su mirada permanecía fija en la tarjeta: —¿Hay algo más que deba saber sobre Erik? Al fin

y al cabo, no están aquí simplemente porque supuestamente tengo una aventura con él.

—Se trata de los niños desaparecidos —repitió Emma lo obvio.

—¿Se supone que él tiene algo que ver con eso? —preguntó ella, conmocionada—. Entonces tendría que haber asesinado a los padres y... Eso es simplemente terrible.

—Si no se confirman sus coartadas, tenemos que considerarlo —sugirió Alex, esperando que Cordula Meyer reconsiderara su declaración. Porque seguía sin creerla del todo. Todo su lenguaje corporal estaba simplemente demasiado tenso.

—Oh —dijo ella simplemente, y Alex tuvo la sensación de que se lo pensó un momento de más. Miró de nuevo la tarjeta de visita de Emma y luego la guardó—. Siento no poder ser de más ayuda.

***

—¿La crees? —preguntó Emma de camino al coche patrulla.

—No —dijo Alex tajante.

—Deberíamos volver a tratar el tema con Steiner y también entrevistar a alguna de las compañeras de trabajo. Quizá alguien notó algo después de todo.

Entonces sintió una punzada en el estómago, y solo entonces se dio cuenta de que no había comido nada en todo el día. Y Alex, que solía engullir algo cada dos horas, no había dicho ni una palabra al respecto hasta ahora.

—¿Tienes hambre? —preguntó ella.

—No mucho —respondió él, subiendo al asiento del copiloto.

Una vez dentro del coche, ella lo miró. Parecía abatido, frustrado, y no lo reconocía en absoluto. —Oye, sé que el caso te está afectando. Yo me siento igual.

—Solo que tú pareces tenerte bajo mejor control.

—Solo lo parece —dijo Emma.

—Bueno, aun así —dijo él.

—Venga, necesito comer algo, y tú también. Hay un autoservicio justo a la vuelta de la esquina. Invito yo.

Capítulo 23

Emma y Alex estaban sentados en el coche, en el aparcamiento del McDonald's, comiendo mientras la lluvia, cada vez más intensa, azotaba las ventanillas y los relámpagos centelleaban entre las nubes sobre los arcos dorados.

Las patatas fritas que compartían estaban sobre la consola central. Emma había terminado su hamburguesa hacía rato y picoteaba una patata de vez en cuando, sin querer comerse demasiado de la comida de Alex. Para una persona normal, seis hamburguesas habrían bastado para al menos dos comidas. Para Alex, que iba al gimnasio casi todas las mañanas y también practicaba artes marciales mixtas siempre que su horario se lo permitía, aquello apenas cubría sus necesidades para unas pocas horas. Sin embargo, hoy no estaba comiendo tan rápido como de costumbre. Parecía un poco distante, aunque ya no tanto como antes ahora que tenía el estómago lleno.

—A ver —comenzó Emma, satisfecha al ver que Alex la miró de inmediato y parecía dispuesto a escuchar—, no creo que Cordula Meyer nos estuviera diciendo la verdad. Pero me parece poco probable que esté compinchada con Erik Steiner.

—¿Sigues sospechando de él?

—Si me baso puramente en mi instinto y en la impresión que me da, no. Pero si me baso solo en los hechos —reconozco que escasos —, no tengo mucha opción.

—Él no tiene nada que ver con esto —dijo Alex, siguiendo con la comida. Probablemente más por una cuestión de deber que porque realmente tuviera hambre—. Ese retrato robot es demasiado vago, demasiado arbitrario. No creo que alguien como Erik Steiner sea capaz de secuestrar a unos niños, borrar todos sus rastros y mantener en secreto su paradero. Violencia bruta en un momento

de arrebato, eso sí me lo esperaría de él, ¿pero un secuestro y luego estos asesinatos tan escenificados y bien planificados? No.

—¿Tienes alguna otra teoría?

—Mmm —reflexionó Alex—. ¿Qué tal esto? El autor atrapó a Paul Müller, lo interrogó, por así decirlo, luego lo mató porque lo consideró culpable de algo, le quitó las llaves y se coló en su casa. Tal vez incluso condujo el coche de Müller. Necesitaba algún tipo de vehículo para llevarse a los niños. Si hubiera habido un coche desconocido aparcado allí, los vecinos se habrían dado cuenta, ¿no? —Hizo una pausa—. Por cierto, ¿por qué nadie notó nada? ¿Es que a la gente ya no le importa nadie más que ellos mismos?

Emma se quedó allí sentada, limitándose a escucharlo. No había hablado tanto en total durante los últimos días, y casi se sentía mal al pensar que no había intentado simplemente charlar con él antes. En un entorno distinto al de la comisaría, ante una hamburguesa... Sabía que él era mucho más capaz de sacar conclusiones cuando repasaban todo de nuevo en equipo.

—Y ese asunto de ahí —continuó Alex—. Te han atacado. Y ojalá hubiera estado contigo... —Dio un bocado extra grande, claramente para evitar tener que decir nada más.

Emma sabía demasiado bien que los viejos traumas seguían muy vivos. Sus dos últimos casos les habían exigido todo, habían llegado a ser peligrosos para ella, e incluso se sentía ligeramente halagada de que él quisiera salvarla. No es que él fuera el tipo de hombre que pensara que una mujer no podía defenderse sola. Simplemente era alguien que quería proteger a la gente que formaba parte de su vida y que no soportaba que alguien sufriera; prefería cargar él con el dolor. En su primer caso juntos hace un año, casi llegó demasiado tarde. Eso todavía parecía corroerlo, o al menos eso suponía Emma. Pero nunca habían hablado de ello. Sin embargo, el terapeuta de Emma le había comentado una vez que aquel suceso bien podría haber despertado un instinto de protección mayor en Alex.

—Oh, Alex, no me ha pasado nada. No me ha hecho daño —dijo ella con suavidad.

—No es eso... bueno, no es lo único.

—¿Qué más, entonces?

—Todo. No me entra en la cabeza la idea de que podamos no encontrar a los niños vivos. Y esos pensamientos me rondan constantemente, junto con las caras de mi sobrino y mi sobrina.

Emma sabía que Alex tenía una hermana pequeña, pero nunca había sido realmente un tema de conversación hasta entonces.

—Tienen la misma edad que los hijos de los Müller. Solo de pensar que algo así podría haberles pasado a ellos, me pongo malo —explicó Alex.

—Seguro que están perfectamente.

—En realidad sé que lo están. Mi hermana siempre me manda fotos de los dos. Me gustaría tener más tiempo para cuidarlos.

—¿Tu hermana es madre soltera?

—Lo fue durante un tiempo. Se separó de su marido hace dos años. La ayudé con la mudanza. Por el momento, parece que pronto habrá otra mudanza.

—¿Ha conocido a alguien nuevo?

—No. Va a volver con su ex.

—¿Y eso te parece bien?

—Es asunto suyo. El tipo no me gusta. Siempre se hace el simpático, pero bueno... No me fío de la gente que sonríe todo el rato.

—No me explico por qué —dijo Emma, y vio por la ligera mueca de Alex que había captado el sarcasmo—. Y no entiendo por qué no la he conocido todavía. ¿Nunca ha ido a uno de tus conciertos?

—Antes sí. Antes de tener a los niños.

—No será una de esas madres helicóptero, ¿verdad?

—Ojalá fuera eso. Es peor. Pero yo no me meto. —Luego se quedó pensativo un momento antes de continuar—: Cuando este caso se

acabe y esté resuelto, voy a pasar más tiempo con los pequeños. Ejercer un poco de influencia positiva en ellos.

Volvió a sonreír ligeramente y parecía que ya lo estaba deseando.

—¿Cuándo es tu próximo concierto?

—El viernes que viene —dijo él, y ella se sintió un poco decepcionada. Normalmente, a eso le seguiría una invitación y la petición de que trajera a sus dos mejores amigas, Nina y Lisa; ellas siempre garantizaban un buen ambiente, sobre todo cuando alcanzaban cierto nivel de embriaguez, lo cual a Emma le resultaba bastante vergonzoso.

—Para ser sincero, no sé si debería cancelar el concierto —dijo él.

—Pero seguro que para entonces ya habremos encontrado a los niños —dijo Emma con seguridad. O al menos intentó sonar segura. No pareció haberlo conseguido del todo.

—Ni tú misma te lo crees.

—No —admitió ella—. Pero si no mantenemos al menos viva la esperanza, no nos va a bastar con las vacaciones anuales para recuperarnos de esto.

Alex apretó los labios y luego asintió de forma casi imperceptible.

—Si no encontramos nada que nos haga avanzar en los próximos días, sin duda necesitaremos algo de música y un descanso para despejar la cabeza. El equipo de la judicial de guardia puede cubrirnos una noche, y nos avisarán de inmediato si ocurre algo.

—No dudo de su competencia en absoluto.

—Pero dudas de la tuya, ¿verdad?

—Supongo que sí —dijo él, mirando pensativo por la ventana mientras el teléfono de Emma empezaba a sonar.

Capítulo 24

Cuando llegaron a la jefatura a toda prisa tras la llamada, la tormenta estaba justo encima y parecía haberse extendido hasta la boca del estómago de Emma. Los relámpagos en el cielo parecían querer competir con las luces azules que parpadeaban frente a la entrada. Emma y Alex vieron de inmediato al médico de urgencias y la ambulancia. Mientras bajaban juntos del coche de Emma, vieron cómo los paramédicos sacaban en camilla a alguien metido en una bolsa de cadáveres negra.

Alex corrió hacia ellos.

—Un momento —dijo, pues con la llamada ya sabían quién estaba en la bolsa. Abrió la cremallera por el extremo de la cabeza y vaciló —. —Mierda —dijo, y cuando Emma se puso a su lado, contempló el rostro pálido de Erik Steiner.

Emma no vio marcas que indicaran estrangulamiento ni nada parecido. No fue hasta que Alex bajó más la cremallera cuando vieron sus antebrazos, que presentaban cortes longitudinales y estaban embadurnados de sangre. A primera vista, las heridas no parecían haber sido causadas por un cuchillo o una cuchilla de afeitar.*Probablemente un objeto improvisado,* pensó Emma. Si alguien estaba verdaderamente decidido a autolesionarse, un trozo de plástico afilado serviría.

Alex asintió a los paramédicos para indicarles que podían llevárselo. Uno de ellos volvió a cerrar la cremallera de la bolsa y luego lo empujaron por las puertas abiertas hacia el interior de la ambulancia.

Ninguno de los dos se había esperado esto. Emma se preguntó si era una confesión de culpabilidad. Pero si ese fuera el caso, ¿dónde estaban los niños? ¿Por qué se habría llevado ese conocimiento a la tumba?

De repente, surgieron tantas preguntas nuevas que Emma tuvo dificultades para organizarlas de camino a la celda de detención.

El equipo de forenses ya estaba trabajando en la celda con sus monos blancos. Emma y Alex se quedaron empapados en el pasillo, mirando a través del marco de la pesada puerta abierta lo que Erik Steiner había dejado atrás. Esta vez no se trataba de Meyer y su compañero Wulle, sino de Avci, que de todos modos casi siempre estaba en el turno de noche con el equipo de guardia de la policía judicial, y Reker, un joven y prometedor agente de la judicial y técnico forense que seguramente estaría entre los mejores en unos años.

—Vosotros sí que atraéis esta mierda —dijo Avci, que estaba dictando la recopilación de pruebas en su móvil de trabajo.

En la celda, que no contenía más que un colchón, un lavabo y un inodoro, había sangre por todas partes. Según los rastros, se había sentado bajo la estrecha ventana con barrotes, se había cortado los brazos y se había quedado allí hasta desangrarse.

—¿Cuánto hace de esto? —preguntó Alex.

—Media hora larga —dijo Avci—. Qué desastre.

Reker estaba tomando fotos, enviando destellos intermitentes a través de la penumbra de la celda con cada disparo. Cada vez, la sangre adquiría un brillo particular. Aún estaba fresca; el olor familiar solo empezaría a notarse más tarde.

—¿Cómo lo ha conseguido? —preguntó Emma.

—En la mesa que tienen detrás —dijo Avci.

Los dos se dieron la vuelta y vieron una pequeña cuchara de plástico, rota por el mango, empaquetada en una bolsa de pruebas transparente que estaba manchada de sangre por dentro.

Alex la cogió como para examinarla más de cerca, aunque fuera obvio lo que era. A veces solo se necesitaba tener la prueba en las manos para aceptar la verdad. Y la verdad era más que amarga. Alex volvió a tirar la bolsa sobre la mesa. —Maldita sea —masculló,

mirando al vacío un instante antes de volverse hacia Emma—. ¿Vamos a centrar nuestra atención en Ricarda Schemhaus otra vez?

—Me gustaría someter a su supuesta amante a otro interrogatorio primero.

—¿Pero nos llevará eso hasta los niños desaparecidos?

Emma pudo ver que se sentía tentado de barrer la bolsa de plástico de la mesa. No lo hizo, sin embargo, sino que se dio la vuelta bruscamente. Los flashes de la cámara le revelaron a Emma lo destrozado que parecía Alex. Su barba de varios días, normalmente bien cuidada, no se había recortado en al menos una semana. Estaba realmente preocupada por él y, aunque a ella misma le habría venido bien dormir bien, ya se estaba preparando mentalmente para trabajar toda la noche con él, buscando pruebas y pistas que los acercaran a los niños secuestrados.

—Tenemos que averiguar si ella tiene algo que ver.

—Visto así, cualquiera que trabaje con niños y tenga contacto diario con los padres podría tener algo que ver.

—Esto podría interesarles —interrumpió Avci, sosteniendo un móvil plegable manchado de sangre.

—¿De dónde ha salido eso? —preguntó Alex con irritación.

—Estaba en el inodoro —respondió.

Alex se puso los guantes y se lo quitó de las manos.

Lo abrió... y de hecho seguía encendido.

—¿Todavía funciona? —preguntó Emma con incredulidad.

—A veces hasta nosotros nos merecemos un poco de suerte —dijo, mientras le echaba un vistazo a los contactos—. ¿Solo un número?

Se lo enseñó a Emma, luego navegó hasta el registro de llamadas, que contenía el mismo número, tanto en las entrantes como en las salientes. Alex marcó el número. Lo cogieron después de solo dos tonos.

—¿Qué más quieres de mí? —oyeron decir a una voz a través del altavoz, una voz que les resultaba demasiado familiar.

***

Para cuando entraron en su despacho, la tormenta se había alejado un poco, pero aún podía verse a lo lejos, y todavía se oía un tenue estruendo. La fiscal Aufderheide entró en la sala solo unos instantes después de ellos, vestida con vaqueros y una camisa informal, como si hubiera estado en un cumpleaños. Finas gotas de lluvia brillaban en su cabello rubio, que llevaba recogido en una coleta. Krüger, que la había acompañado, tenía el mismo aspecto de siempre. Nada delataba cómo había pasado las últimas horas de su tarde. De hecho, no se sabía absolutamente nada sobre él. No había ni una sola foto ni ninguna otra cosa en su despacho que pudiera dar una pista de una vida privada. Emma podía entender perfectamente por qué lo mantenía todo tan reservado. No obstante, a veces deseaba conocerlo mejor, para ser capaz de leerlo con más eficacia.

—Este caso debería estar cerrando investigaciones, no abriendo otras nuevas. —Insatisfecha, la fiscal Aufderheide miró a los dos investigadores, que se habían sentado uno al lado del otro en el lado del escritorio de Emma.

Krüger estaba apoyado con la espalda contra la pared junto a la puerta; Aufderheide se sentó en el borde del escritorio de Alex y tenía que seguir girándose atrás y adelante para mirarlos a los dos y a Krüger por turnos. —El hecho de que un culpable potencial se suicide en una celda de detención no es nada nuevo. ¿Pero solo unas horas después de su detención? ¿Y cómo demonios ha conseguido pasar un móvil a su celda sin que nadie se diera cuenta?

Aparte del incómodo silencio, solo el calor húmedo llenaba la estancia.

—Díganme que al menos hemos podido averiguar algo sobre los niños —continuó Aufderheide.

—Lamentablemente, no hay nada nuevo en ese frente —dijo Emma.

—¿Qué hacen siquiera aquí tan tarde? —preguntó Krüger con su habitual voz profunda, que nunca presagiaba nada bueno.

—Queríamos interrogar a Erik Steiner de nuevo —dijo Emma, sin mencionar que Avci la había llamado. De lo contrario, este no haría más que recibir otra reprimenda de Krüger, y ellos tendrían que escuchar un sermón sobre las leyes de Seguridad y Salud en el Trabajo, que también se aplicaban a los agentes de policía, y el hecho de que deberían haber terminado de trabajar hace siglos.

—¿Bajo qué argumentos? —insistió Krüger.

—Su coartada probablemente no se sostiene —añadió Alex.

—¿Probablemente? —dijo Krüger, empezando a agitarse—. ¿No tienen nada más que ofrecer en este caso aparte de «probablemente», «tal vez» y «posiblemente»?

Aufderheide le hizo una sutil señal con la mano para que mantuviera la calma. Miró de Emma a Alex y de nuevo a Emma, y esta pudo percibir que la fiscal estaba tan indignada como Krüger, pero tenía un mejor control sobre sí misma. —Al menos hemos progresado en el caso de Ricarda Schemhaus —dijo ella—. Aunque ella misma no ha podido proporcionar una coartada, lamentablemente nosotros hemos encontrado una. El hecho de que la encontrara en su casa, Bajetzky, fue pura coincidencia. En realidad, como ella misma dijo, ha estado bajo tratamiento psiquiátrico en la clínica LWL durante varias semanas. Pero se escapó y ya la estaban buscando en el recinto en ese momento. El informe de desaparición solo llegó más tarde. Sin embargo, en el momento del crimen, estaba demostrablemente en la clínica. Eso es todo por ahora. ¿Cómo procedemos ahora?

—Estamos haciendo traer a Cordula Meyer ahora mismo. Ella era la supuesta coartada de Erik Steiner y habló con él por teléfono poco

antes de que muriera. Eso es suficiente para un segundo interrogatorio.

—¿Sabe ella ya que él ha muerto? —preguntó Aufderheide.

—No —dijo Alex—. Queríamos decírselo en persona para observar su reacción. Quizás cambie su declaración dadas las circunstancias.

—Entonces esperemos que pueda librarnos de algunos «quizás» —dijo Krüger.

Capítulo 25

Cordula Meyer acababa de sentarse en la sala de interrogatorios cuando Emma y Alex cruzaron la puerta. Su abogado, un hombre joven con una chaqueta de tweed a quien Emma no había visto nunca, ya estaba sentado junto a ella y levantó la mano a modo de saludo. —Kwiatkowski —se presentó. Emma hizo una ligera mueca. Todos en la comisaría conocían a su padre, uno de los abogados penalistas más astutos de la ciudad. Si el hijo estaba hecho de la misma pasta, lo iban a tener difícil con Cordula Meyer.

Tras los saludos de rigor, Emma y Alex se sentaron frente a la pareja.

—Lo siento, pero no entiendo muy bien por qué estoy aquí —balbuceó Cordula Meyer.

—Deje que hable yo —dijo Kwiatkowski con tono plano.

—¿Perdone? —dijo Cordula Meyer, con tono indignado—. Ni siquiera sé por qué mi marido ha insistido en contratar un abogado.

—No nos ha contado toda la verdad —intervino Emma—. Ahora lo sabemos. Un teléfono móvil que encontramos a Erik Steiner, y que hemos usado para llamarla antes, solo tenía su número guardado. Ni un solo contacto más. Y, como bien sabe, ha hablado con él por teléfono hace muy poco. Apenas unos minutos después de nuestra entrevista en *Just-Fit.* Y puesto que no fue del todo sincera con nosotros entonces, me gustaría que ahora me dijera la verdad.

—Que ese tal Erik Steiner tenga un teléfono con el número de mi clienta no significa que les haya mentido.

—Erik Steiner ya no tiene su número —dijo Alex—. Lo tenía, y tenga por seguro que no volverá a llamar.

—¿Qué se supone que significa eso? —preguntó Cordula Meyer.

Alex descruzó los brazos, los apoyó sobre la mesa, se inclinó hacia delante y dijo: —Ha muerto. Hace poco más de una hora y media se

ha cortado las venas en la celda de detención.

—¿Qué? —Parecía genuinamente conmocionada; un brillo húmedo asomó a sus ojos.

Kwiatkowski le hizo un gesto para que guardara silencio. —Deberían habernos informado de eso antes.

—El tiempo apremia un poco —dijo Alex—. Estoy seguro de que puede entenderlo.

—Y entiende la situación legal, ¿verdad?

—Seguro que usted podría darme un par de lecciones sobre lagunas legales y tecnicismos.

—¿Por qué lo llamó poco antes de su muerte? —preguntó Emma.

—No sabía que estaba bajo custodia —dijo ella, y Emma pudo notar que luchaba por no llorar.

—Deberíamos dar por terminado este interrogatorio —interrumpió Kwiatkowski—. Tengo que discutir estas nuevas circunstancias con mi clienta. A solas.

—No —dijo Cordula Meyer con firmeza—. No le dé tanta importancia. Además, no necesito que esté usted aquí.

El hecho de que tuviera tantas ganas de deshacerse de él hizo que Emma se preguntara si, efectivamente, había mantenido una aventura con Erik Steiner y temía que Kwiatkowski, contratado por su marido, pudiera no tomarse muy en serio su deber de confidencialidad con respecto a este.

—Su marido ha...

—Mi marido no está aquí —dijo Cordula Meyer tajante—. No quiero que esto lleve más tiempo del necesario, así que, por favor, váyase. No le necesito. Lo digo en pleno uso de mis facultades mentales y de forma oficial en este entorno. No quiero y no necesito un abogado. Ahora, lárguese.

Kwiatkowski la miró un momento más, luego se levantó con un aire de importancia arrogante que también le hacía parecer un niño petulante. —Como desee —dijo simplemente, y salió apresurado.

En cuanto la puerta se cerró con un clic, Cordula Meyer desvió la mirada de la puerta hacia Emma. —Lo siento. Mi marido siempre se pasa de la raya.

—Ya. Imagino que tiene algo que contarnos.

Cordula asintió. —Tenían razón con sus sospechas. —Una lágrima recorrió su mejilla, pero se la secó al instante con el dorso de la mano—. Simplemente no quería que saliera de esta habitación. Erik y yo nos veíamos con regularidad, en efecto.

—¿Está admitiendo la aventura? —quiso confirmar Emma para que constara en el acta.

—Sí. Y también puedo confirmar su coartada para el fin de semana pasado. Aunque ya no le sirva de nada ahora. —Sollozó—. Después de que vinieran a verme, lo llamé. —Tomó aire con dificultad—. Me siento fatal. Le grité, le pregunté cómo se atrevía a hablarle a nadie de nosotros y le dije que se había acabado definitivamente y que no quería volver a verle nunca más. Incluso le amenacé con el despido inmediato. —De nuevo, inspiró y expiró temblorosamente—. Solo pensaba en mí misma. No podía saber que iría y se mataría.

Entonces se abrieron las compuertas y Emma miró a Alex, que sabía tan bien como ella que volvían a estar en el punto de partida, y que lo que tenían ya no llegaba ni siquiera a un «tal vez» o a un «posiblemente».

Capítulo 26

Estoy de pie en el dormitorio, mirando el cuerpo de Britta. Parece tan tranquila, tumbada ante mí, desnuda y cubierta de sudor. Al principio, había creído que ella era la elegida, casi hasta el momento en que nos acostamos. Pero algo no cuadraba. No se entregó a mí por completo. Algo en su interior la frenaba.

Hace tiempo que me he dado cuenta de la verdad y, en este momento, puedo aceptarla. Su marido ya estaba muerto para entonces; ella no lo sabía, pero por lo que parece, simplemente estaba apegada a ese perdedor. Espero que esta vez no lo encuentren tan rápido como al otro.

La idea de degollar a Britta ahora mismo no me llena de lástima ni de remordimiento. Pero tampoco me produce placer ni alegría; es simplemente necesario. Sus hijos nunca serán libres mientras ella viva y se interponga en el camino de su propia felicidad. Yo podría haberle ofrecido eso, tanta felicidad, pero ella no quiso aceptarla.

Coloco el cuchillo en posición a unos pocos centímetros de su cuello. Su arteria carótida late; puedo verla a la luz de la luna, hasta que la sombra de mi hoja cae sobre ella.

A lo lejos, oigo la tormenta y miro por encima del hombro hacia la noche. Una pesada carga oprime mi corazón. Pero si quiero salvar a los niños, debo liberarlos de su madre. Aprieto el mango del cuchillo con más fuerza y vuelvo a mirarla para cumplir con mi deber. Pero en lugar de su rostro dormido, me encuentro con sus ojos de par en par, mirándome fijamente con pura agresividad.

Capítulo 27

El experto forense Meyer y su colega Wulle habían llegado poco antes que Emma y Alex, y apenas habían empezado a procesar la escena hacía unos minutos. Aparte del hecho de que Britta Sievert había sido asesinada por un degollamiento, aún no habían podido averiguar mucho más. La niñera, que trabajaba para la familia, se había puesto en contacto con la policía hacía media hora tras encontrar el cadáver. Desde la llegada de los agentes, la mujer estaba histérica y en ese momento recibía apoyo psicológico. Emma podía oír sus sollozos desde el salón y, de vez en cuando, le llegaban fragmentos de sus palabras, referidas sobre todo a los niños, de los que no había ni rastro. Lo mismo ocurría con el padre.

Dadas las circunstancias, tenían que asumir que los sospechosos anteriores ya no encajaban y que se enfrentaban a un asesino en serie.

—También la ha colocado en una pose —dijo Alex, observando a la difunta en la cama. Britta Sievert yacía de cara al lado vacío del colchón, donde se suponía que se había tumbado el autor del crimen. Parecía como si estuviera acurrucándose con alguien. Sus ojos pálidos y entreabiertos miraban a través de Alex, que estaba arrodillado frente a ella a la altura de la vista.

—A mí me parece otra puesta en escena con motivaciones románticas —añadió Emma con un escalofrío. El aire se había refrescado considerablemente tras la tormenta nocturna, pero volvería a caldearse en las próximas horas.

Alex rodeó la cama lentamente, mientras Emma permanecía inmóvil para asimilar los detalles.

Britta Sievert yacía con el lado izquierdo del rostro sobre un charco seco de su propia sangre. Tenía el brazo izquierdo doblado y extendido sobre el colchón, y la mano derecha apoyada bajo la cara. Le habían cortado la garganta, pero no en esa posición. Las

salpicaduras de sangre en la pared, detrás de ella, daban una nota amarga a las fotos familiares de las vacaciones enmarcadas. Las risas de los niños apenas eran reconocibles en ellas.

Alex levantó el dobladillo del pijama, revelando un hematoma del tamaño de un puño en la parte baja de la espalda. —¿Meyer? —dijo Alex.

El forense se adelantó y tomó algunas fotos antes de decir tras un momento: —Ante mortem. —Meyer hizo un par de fotos más y pidió a Alex que subiera más la prenda superior. El investigador contuvo el aliento al ver los innumerables hematomas, que eran obviamente muy recientes.

—La maltrató antes de matarla —dijo Alex.

—Estoy de acuerdo —dijo Meyer, tomando algunas fotos más y asintiendo a Alex, que entonces soltó el dobladillo.

—Me pregunto si la violó.

Emma señaló una mancha de sangre en la sábana al lado de la cadera de Britta, que parecía haber sido dejada por un dedo o un pulgar. —¿Quizá perdió el equilibrio por un momento? —reflexionó Emma—. ¿Podría haberse apoyado para luego degollarla?

—No —dijo Meyer con firmeza—. La vida no es una película de terror. En esas, la sangre siempre sale disparada hacia todas partes en cualquier situación. Pero para que la sangre salpique desde aquí —señaló el lado de Britta en la cama— hasta allí —indicó la pared manchada—, tendría que haberle echado la cabeza hacia atrás con fuerza. Es la única forma de que la herida se abra lo suficiente para que la pérdida repentina de presión arterial haga que la sangre salga disparada. De lo contrario, se habría filtrado y habría resbalado por el cuerpo.

Alex rodeó la cama y se colocó junto a Emma. Extendió la mano izquierda y cerró el puño. —La agarra por el pelo —empezó, mientras su mano derecha golpeaba el aire a la altura del estómago —, le propina puñetazos en los riñones. Ella se dobla, cae sobre la cama. Él no la suelta y ella lo arrastra consigo. Él rueda sobre ella

hacia el otro lado. Al apoyarse de nuevo, deja la huella, probablemente del pulgar, ya que todavía sostiene el cuchillo. Se incorpora, la golpea unas cuantas veces más hasta que ella se queda sin fuerzas. Entonces se arrastra detrás de ella, le echa la cabeza atrás de un tirón...

Alex no dio más detalles, ni hacía falta.

—Eso parece bastante lógico para empezar —dijo Meyer—. Los hematomas también pueden extenderse tras la muerte. Los de medicina legal podrán deciros más al respecto.

—¿Pero no tendría entonces cortes defensivos? En su hipótesis, él ha tenido el cuchillo en la mano todo el tiempo —preguntó Emma.

—No necesariamente —dijo Alex—. Depende de cómo lo sujetara. Quizá también lo dejó un momento sobre el colchón, a su lado.

—Lo que está claro, en cualquier caso, es que no hay cortes en el cuerpo —dijo Meyer—. Tampoco hay ninguna tarjeta, por cierto. Al menos hasta ahora. Todavía no hemos mirado debajo de ella.

Fuera, ante la puerta principal, Emma y Alex bebieron algo de agua, apoyados en la furgoneta de la científica con sus monos de trabajo enrollados hasta la cintura. Emma examinaba los alrededores mientras Alex hablaba por teléfono con un colega de la comisaría para obtener información inicial sobre la familia.

Las ventanas de la planta baja estaban todas un poco entornadas, de modo que Emma podía oír claramente los gritos de lamento de la niñera. No le importaba que estuvieran siendo fotografiados o grabados por vecinos curiosos con sus teléfonos móviles, por la prensa local o por los transeúntes. A estas alturas, ya se habían acostumbrado a tales situaciones, a diferencia de los colegas uniformados más jóvenes, que eran propensos a confiscar algún que otro móvil. A Emma le sorprendía más que los grandes medios de comunicación no hubieran plantado ya sus tiendas allí.

Alex colgó y se guardó el teléfono en el bolsillo del pantalón. —El padre es conocido por la policía.

—¿Por qué? —preguntó Emma.

—Violencia doméstica —dijo Alex—. Su mujer lo denunció dos veces. Pero retiró la segunda denuncia; por la primera, de hecho, se llegó a juicio. Sin embargo, fue absuelto. Por falta de pruebas. Además, el tribunal opinó que la mujer no controlaba del todo sus emociones. Durante el juicio, le lanzó el bolso al abogado de su marido.

—Eso podría haber tenido un trasfondo completamente distinto. Un acto de desesperación porque no la creían, o porque le pareció que el veredicto era demasiado indulgente. Quizá su marido le hizo a ella y a los niños mucho más de lo que figura en los archivos.

—Entonces puede que los hematomas no sean obra del asesino en absoluto —dijo Alex.

Capítulo 28

—Es más que probable que los hematomas sean del autor —dijo Achim Gräfe—, o del marido. ¿Podrían ser de ambos? Sí, porque desconocemos el tamaño de las manos de Adam Sievert, su esposo. Entonces, ¿no tenemos nada con qué compararlos? Exacto. Pero sí sabemos que los hematomas tienen más o menos un día de antigüedad, quizá sean un poco más recientes.

—¿Qué hay de la huella dactilar de la sábana? —preguntó Emma.

—Nada de nada. Ni siquiera era una huella, solo un borrón. En superficies tan blandas... no hay nada que hacer.

—Desde luego que no —dijo Alex.

—Si fuera tan fácil, cualquiera podría hacerlo, ¿verdad? —preguntó Achim en tono de broma—. Pues sí, así es. —Señaló la mano derecha de la fallecida y las uñas pintadas de rosa—. Sin embargo, esta vez hemos encontrado restos de piel debajo. Supuestamente, ella intentó alcanzarlo por detrás cuando él la agarró del pelo.

—¿Es seguro que el autor actuó de esa manera? —preguntó Aufderheide.

—Sí, es casi seguro. Hemos encontrado algunos cabellos de ella que fueron arrancados, y el cuero cabelludo presenta el enrojecimiento correspondiente. —Achim se tomó un momento para volver a sus hallazgos propiamente dichos—. De todos modos —continuó—, tampoco hemos podido cotejar las partículas bajo las uñas, pero asumimos que pertenecen al autor.

—¿No podrían ser de los niños? —sugirió Emma, atrayendo la mirada de Achim por un breve instante—. Al fin y al cabo, las autoridades conocían a la familia. Y, al parecer, nuestra víctima era propensa a perder los estribos, igual que en el tribunal. Eso no tiene por qué haberse limitado a su marido.

—Sí —dijo Achim—. Ese tipo de cosas pasan, por desgracia. Pero no en este caso, o al menos las pruebas no apuntan a ello. Las partículas no pertenecen a ningún pariente de la madre. Eso es lo único que podemos decir. Pero, efectivamente, hemos encontrado bajo el cadáver la tarjeta por la que me preguntaron.

Achim se dirigió rápidamente a la mesa que tenía las tres pantallas. Naturalmente, ya había preparado las fotos y solo tuvo que despertar los monitores con el ratón. Ambas tarjetas se mostraban una al lado de la otra; resultaba evidente de inmediato que la nueva tarjeta se había escrito con una letra distinta.

—¿Es esa la letra del autor? —pensó Emma en voz alta.

—A menos que otro necio enamorado haya intentado algún hechizo vudú aquí también —dijo Aufderheide.

Emma leyó la nueva tarjeta, manchada de sangre y arrugada: —Ven conmigo a donde nada adulto volverá a atormentarte jamás.

—Eso es de Peter Pan —dijo Achim Gräfe.

—La caligrafía es cuidada, incluso un poco florida —dijo Emma.

—En ese caso, no puede ser mía ni de un médico —dijo Alex con ligereza, pero solo el colega de Gräfe soltó una breve carcajada.

—¿Algo más? —preguntó Aufderheide, que, como todos ellos, tenía bastante prisa—. ¿Quizá signos de violación o de relaciones sexuales consentidas?

—Relaciones sexuales, sí. Violación, no. Eso es todo lo que tengo por ahora —dijo Achim, dando por terminada la breve reunión.

***

El perfilador Pilgrim y el inspector jefe Krüger habían sido puestos al día sobre los últimos resultados de la investigación en la pequeña sala de reuniones de Emma y Alex. Pilgrim levantó la vista de las fotos que Emma le había enviado desde medicina forense.

—El autor no muestra cambios en su *modus operandi*.

Krüger estaba impaciente. —¿Y? —preguntó, lo que solo provocó que Pilgrim diera una respuesta bastante obvia—. Pasó tiempo con ambas mujeres. Una vez en una cena romántica, la otra vez en la cama. El primer marido fue asesinado, mientras que del segundo aún no hay rastro. No creo que lo encontremos vivo.

—Estupendo —dijo Krüger.

—¿Está buscando una familia nueva? —terció Emma con una idea que se le acababa de ocurrir. Todos la miraron, así que se explicó—: Se deshace de los maridos. En el caso de Paul Müller, incluso asumimos que condujo hasta su casa en el coche del hombre. No hay señales de allanamiento, así que lo más probable es que entrara usando las llaves de los maridos.

—Para ocupar su lugar —continuó Pilgrim, asintiendo con aprobación.

—Si busca una familia nueva, puede que los niños sigan vivos —dijo Alex.

—Tal vez —dijo Pilgrim con vacilación.

—¿Qué quiere decir con «tal vez»? —preguntó Krüger con brusquedad.

—Está intentando ocupar el lugar del marido cariñoso y del padre afectuoso. Con ambas mujeres, se dio cuenta relativamente pronto de que lo primero no funcionaría, y entonces las asesinó. Si siente lo mismo respecto a los niños...

No terminó el pensamiento, y no hizo falta. Todos sabían a qué se refería.

—No tenemos ningún indicio de que los niños hayan sido asesinados —dijo Emma, decidida a no perder la última chispa de esperanza.

—Pero tampoco tenemos indicios de lo contrario —dijo Alex.

—Pero —comenzó de nuevo Pilgrim—, teniendo en cuenta las tarjetas dejadas junto a las muertas, parece como si se viera a sí mismo como un salvador.

—¿Eso significa —dijo Aufderheide— que buscamos a un altruista?

—En principio, la mayoría de los asesinos en serie se ven a sí mismos como tales. Están limpiando el mundo de todo lo dañino de alguna forma, o sienten que han sido comisionados por Dios, y así sucesivamente. Eso empezó ya con Jack el Destripador, aunque ahí nadie está realmente seguro, pero la teoría de la limpieza o la salvación no es tan descabellada.

—Ni se le ocurra decir eso en voz alta —le advirtió Aufderheide—. No estoy para titulares sobre el Destripador. —Pero, en última instancia, esta teoría da motivos para esperar que los niños sigan vivos. Podría ser más paciente con ellos y creer que aún puede moldearlos. Podría habérselos llevado a alguna parte, a un lugar donde pueda tomarse su tiempo con ellos.

—¿Cómo puede vivir en otro sitio durante horas, o quizá incluso varios días? —preguntó Alex—. Ninguno de los niños tiene más de cinco años. No pueden cuidarse solos de ninguna manera.

Esto le dio a Emma otra idea, una que no le gustaba nada. —Porque alguien está cuidando a los niños por él.

—¿Quiere decir que hay un segundo autor? —preguntó Krüger—. Esto se pone cada vez mejor.

—No creo que se refiera a eso —dijo Pilgrim—. Podría ser que alguien más se esté haciendo cargo de los niños mientras él comete los crímenes. Alguien que hace exactamente lo que él quiere, incondicionalmente.

—¿Su mujer o una amante, tal vez? —especuló Alex.

—No lo creo. Porque por lo que parece, está intentando encontrar a una mujer. Podría ser una hermana, una hija o alguien cercano a él.

—¿Por qué piensa que esa persona tiene que ser mujer? —preguntó Aufderheide.

—Porque reemplaza a los maridos. Se considera mejor que ellos. Presumiblemente, tuvo un padre que abusó de él. Quizá también

una madre o hermanos. Por tanto, no se aliaría con otro hombre, a quien podría percibir entonces como competencia.

—¿Podría estar ayudándole su madre? —preguntó Emma.

—Tal vez. La edad encaja. Dado que el autor se dirige a familias jóvenes, probablemente tenga más o menos la misma edad que sus víctimas, diez años más a lo sumo. Pero todavía es lo bastante joven como para tener posiblemente una madre —dijo Pilgrim.

—De acuerdo. ¿Algo más? —preguntó Krüger.

—Eso es todo por mi parte por ahora —respondió Pilgrim.

—Gracias —dijo Aufderheide—. Bajetzky, ocúpese de la guardería de la familia Sievert; Kuper, averigüe dónde trabajaba Adam Sievert y si alguien lo vio.

Capítulo 29

ADAM Sievert estaba en una obra, una casa antigua y sencilla sometida a una reforma integral, donde un electricista trabajaba a destajo. Al ser la única persona en el lugar, solo podía tratarse del socio, George Miller. Miller & Sievert era una empresa de dos hombres; eso ya lo habían averiguado.

Aunque las ventanas nuevas de la casa, cubiertas con plástico protector, estaban abiertas de par en par, el calor iba en aumento, y Alex esperaba que el interrogatorio no se alargara demasiado.

—Perdone, por favor —dijo Alex al entrar en una habitación pequeña donde George, de espaldas a él, pasaba unos cables por unos conductos previamente preparados.

El hombre se dio la vuelta para mirarlo sin interrumpir su tarea. —¿Y usted quién se supone que es? —le preguntó con desdén.

—Kuper, de la PJ de Bielefeld. Su secretaria me ha indicado dónde encontrarlo. He intentado llamarle, pero... —Alex se interrumpió y le mostró su placa al hombre, que no pareció mostrar ningún interés por ella. Frunció el ceño, recorrió a Alex con la mirada una vez más y después volvió a centrarse por completo en su trabajo.

—¿Qué quiere? —preguntó.

—Hacerle unas preguntas sobre su socio.

—¿Le ha dado una paliza a alguien tan fuerte que ha acabado de nuevo en el hospital? —preguntó sin levantar la vista—. No sé dónde estuvo ayer ni en qué andaba metido.

—Nosotros tampoco lo sabemos. Ha desaparecido.

Miller se quedó paralizado un instante en mitad de un movimiento, pero luego continuó trabajando. —¿Está seguro de que no está durmiendo la mona en el patio trasero de algún bar?

—¿Eso sucede a menudo?

—Digámoslo así: si no aparece por el trabajo, ya ni me molesto en llamarlo para preguntarle dónde está.

—No parece un socio especialmente fiable.

—No es ninguna broma —dijo, cortando con un clic los extremos largos de los cables que asomaban de la toma sobre el rodapié y dejando que cayeran en su mano abierta. Luego se levantó de un salto. —Ese idiota va a hundir nuestro negocio. —Se guardó los alicates pequeños en los pantalones de trabajo y los restos de cable en el bolsillo lateral inferior.

—No creemos que esté durmiendo la mona en ningún patio trasero —dijo Alex con firmeza.

—Entonces es que no lo conoce muy bien. Con gusto le daré las direcciones de sus antros habituales.

Se arrodilló ante su caja de herramientas, sacó unos terminales y volvió a prestar atención a los cables recién cortados.

—Su mujer ha sido asesinada —dijo Alex sin pensarlo mucho. Necesitaban pistas rápido. Al fin y al cabo, había niños de por medio. —Por eso lo buscamos.

George volvió a quedarse paralizado a medio movimiento y miró a Alex por encima del hombro. —¿Qué?

—¿Conocía usted a su mujer? —insistió Alex.

—¿A Britta? —soltó todo lo que tenía en la mano y se puso en pie pesadamente, como si la enorme carga de la noticia lo empujara contra el suelo. Su enfado se había esfumado de golpe. Aunque no parecía necesariamente triste, desde luego estaba conmocionado—. ¿Ha sido él quien lo ha hecho? —preguntó ahora.

—¿Sabe dónde podría estar quedándose? —replicó Alex con otra pregunta.

Pero el hombre no dijo nada, limitándose a mirar al vacío con la vista perdida.

—¿De verdad no sabe dónde estuvo anoche? —le presionó Alex una vez más.

—No sé nada de él desde el jueves.

¿Habla en serio?, pensó Alex. —¿O sea, que cree que se ha ido de juerga y que simplemente no se ha reportado desde entonces?

—No sería la primera vez —trató de explicar George Miller—. Como él es el dueño de la empresa, cree que no tiene que rendir cuentas a nadie. Siempre está haciendo cosas así.

—¿No son socios a partes iguales?

—No. Yo solo entré con el treinta por ciento y con mi nombre. Él tiene bastante ahorrado y compra todos los materiales y demás, gestiona las finanzas, consigue los contratos... y yo pongo la experiencia y la mano de obra. Pero me aseguró que se arremangaría en las obras, y por eso estoy tan cabreado con él. Yo solo tardo mucho más. Si realmente hiciera algo de vez en cuando, podríamos aceptar más trabajo y ganar más. Y la secretaria es mi prima, que trabaja para nosotros unas horas desde casa. Nuestro negocio no es más grande que eso.

—¿Ha tenido algún contacto con Britta Sievert?

—¿Por qué iba a tenerlo? Es una auténtica sargenta. —Y entonces pareció percatarse de nuevo de que estaba muerta. —¿Y ahora ha sido asesinada?

Miró pensativo el suelo frente a él, como si estuviera absorto en sus pensamientos.

—¿De verdad no se le ocurre ningún sitio donde pueda estar? ¿Tiene alguna afición? Si le gustaba retirarse a algún lugar, ¿iba quizás a pescar de vez en cuando, o algo por el estilo?

—No —dijo con firmeza, y luego pareció ocurrírsele algo. —Le gusta el windsurf y el kitesurf.

—¿Dónde? —preguntó Alex.

—En el Obersee. Hace unos años, un tipo con dinero compró todo un terreno, construyó unas cabañas y puso una valla alrededor. Karl alquiló una de las más pequeñas, donde él y sus colegas van de vez en cuando a beber.

Capítulo 30

Alex no tenía llave para la verja del Obersee, pero como la valla no terminaba en alambre de espino ni nada parecido, simplemente saltó al otro lado. Siempre le había parecido irritante que hubiera gente que reclamara para sí misma un lago hermoso y ostensiblemente público, y que solo se permitiera nadar allí o permanecer en el recinto si se pagaba por el privilegio. La naturaleza debería ser accesible para todos.

Una vez alcanzado el otro lado, divisó a un tipo, probablemente de unos treinta años, que vestía un traje de neopreno frente a una de las cabañas de madera que se disputaban el mejor sitio junto al lago. A primera vista, pudo distinguir una buena docena de ellas. Y parecía que cuanto más atrás estaban, más espacio tenían desde la terraza hasta la orilla.

Aunque el tipo lo miraba con extrañeza mientras Alex seguía avanzando hacia él, dejando claro de forma inequívoca con su mirada desde la distancia que Alex no pintaba nada allí, este se negó a dejarse disuadir. Quizá pudiera decirle cuál de las cabañas había alquilado Adam Sievert. Una de las más pequeñas, había dicho su colega. Pero ¿cuál?

El tono de notificación de su móvil personal rompió el idilio natural. Un vistazo al aparato le mostró que su hermana le había enviado unas cuantas fotos. Normalmente, agradecía que le suministrara con regularidad nuevas imágenes de su sobrino y su sobrina, pero en aquel momento no estaba de humor para mirarlas. Silenció el teléfono, deslizó el banner del mensaje fuera de la pantalla de bloqueo y se lo volvió a meter en el bolsillo del pantalón.

A pesar de que Alex todavía estaba demasiado lejos para un volumen de voz normal, el joven ya le estaba gritando: —¡Esto es propiedad privada!

Alex caminó con determinación hacia él, lo que hizo que el hombre se girara para encarar a Alex con su tabla bajo el brazo y se irguiera de forma amenazadora. —Llamaré a la policía si no se larga de aquí.

—Pues dé recuerdos de mi parte a sus colegas. —Alex sacó su placa del bolsillo y se la puso al hombre bajo la nariz. El hombre la tomó con escepticismo y leyó cada palabra y cada dígito con sumo cuidado. Alex extendió la mano y exigió que se la devolviera, a lo que el tipo respondió primero comparando la foto con el rostro de Alex. Como si quisiera demostrarle que tenía derecho a insistir en sus prerrogativas incluso frente a los agentes de la ley. El tipo probablemente no era más que un nuevo rico que se creía que todo el mundo debía bailar al son de su música.

—Le haré una copia con mucho gusto —dijo Alex con impaciencia, reclamando su placa con aún más vehemencia. Esta vez la recibió y se la guardó. —Y, ¿usted quién es?

—Daniel —dijo él, casi con esnobismo—. Daniel Schröder. —El nombre le resultaba familiar a Alex. Daniel Schröder aparecía actualmente en todos los canales de noticias, ya que había ganado millones en apenas unos meses con su innovadora empresa de aplicaciones. No obstante, Alex no le dio la satisfacción que claramente buscaba.

—¿Debería sonarme de algo? —preguntó Alex, lo que hizo que Daniel Schröder lo mirara como si lo hubiera insultado personalmente.

—No está muy al día, ¿verdad? —Su arrogancia era difícil de digerir.

—No creo que le deba ninguna explicación. ¿Y qué hace usted aquí un lunes? ¿Es que no tiene trabajo?

Daniel Schröder lo miró con desdén. —Yo no me dejo esclavizar como otros; vivo la semana de cuatro días. Y eso es de martes a viernes, por si le interesa saberlo.

—Solo necesito información más precisa sobre Adam Sievert —dijo Alex, yendo al grano—. ¿Lo conoce?

—Sí —dijo con una risa burlona—. La cabaña de allá abajo, al final, es la que tiene alquilada con unos amigos. No parece que le vayan muy bien las cosas.

—Puede que tenga razón en eso. Gracias por su tiempo —dijo Alex, que no quería pasar ni un segundo más con este idiota engreído. Ciertamente no tenía sentido interrogarlo más. Gente así solo se veía a sí misma y nada más. Seguramente consideraría a cualquier extraño que merodeara por la cabaña de Sievert simplemente como otro esclavo de la sociedad a quien las cosas no le iban especialmente bien.

Alex caminó por las hileras de cabañas. Todas estaban cerradas, las sillas de las terrazas inclinadas contra las mesas para que no se acumulara el agua de lluvia. Los rastros de la tormenta de ayer todavía se encontraban por todas partes.

Miró el suelo frente a él, donde eran visibles innumerables huellas, algunas de las cuales habían sido parcialmente borradas por la lluvia. De adultos y también de niños. Principalmente descalzos, o el dibujo de las chanclas, lo que no significaba necesariamente que Sievert hubiera estado aquí con sus hijos. Seguramente otras familias también habían alquilado o comprado una casa aquí. Eso lo estaban comprobando sus colegas en aquel momento. Aunque Alex no creía que fueran a enterarse de nada que les ayudara a avanzar, no quería arriesgarse a que algo se les escapara de las manos. Simplemente tenían que seguir cada pista, y Alex ya se temía que, después de todo, no iba a poder evitar hacerle unas cuantas preguntas más a Daniel Schröder.

Se trataba, efectivamente, de la última casa, pero antes de que Alex se acercara, miró a su alrededor y vio que *Daniel el Currinche*, como lo llamó mentalmente, ya se había alejado remando hacia el centro del lago. Entonces se dirigió a la entrada. La terraza se parecía a las demás, solo que un poco más sucia. Al parecer, no entraba ni salía de allí nadie que limpiara con regularidad.

Alex encontró una botella de cerveza vacía frente a la entrada. La marca no le decía nada. Probablemente artesanal. La puerta estaba

cubierta desde el interior con una cortina opaca. Incluso a través de las pequeñas rendijas, no se veía nada; simplemente estaba demasiado oscuro allí dentro. Aguzó el oído, pero no pudo oír nada más que el canto de los pájaros.

Alex empujó el picaporte hacia abajo. Cerrado, por supuesto. Se bajó de la esterilla de la entrada y echó un vistazo debajo. Para su sorpresa, allí había realmente una llave, bajo unas hojas viejas y secas. Alex la cogió y, al volver a colocar la esterilla, se detuvo. Bajo la luz del sol, había divisado algo en el felpudo. Miró más de cerca y reconoció unas huellas finas de color rojo oscuro seco de la suela de un zapato. Soltó la esterilla, desenfundó su arma y se incorporó con cautela. Abrió la cerradura y la puerta.

Sujetó el arma frente a él con la mano derecha y agarró la cortina con la izquierda. —Policía. Si hay alguien aquí, identifíquese.

A lo lejos, ladró un perro. Por lo demás, no se oía nada. Alex tensó todos los músculos, pues el hedor acre que le resultaba tan familiar le daba una idea de lo que le esperaba. Se estremeció, sacó la pequeña linterna Maglite del cinturón y la sujetó bajo el arma. Luego entró en el interior de la oscura cabaña.

En el sofá a su izquierda, que estaba de espaldas a la terraza, alguien estaba sentado con la cabeza echada hacia atrás. Alex dio otro paso y reconoció a Adam Sievert con la garganta cortada; era evidente que llevaba muerto varios días. Aunque era poco probable que el perpetrador todavía estuviera allí, primero tenía que encargarse de asegurar la cabaña. Siguió hasta la cocina americana, junto a la cual una escalera de caracol subía a la planta superior. Detrás había una puerta pequeña y estrecha, probablemente el baño. Alex abrió la puerta de una patada. Una ducha, un inodoro y un lavabo en el que alguien se había lavado la sangre de las manos. No habían encontrado tales rastros en las otras escenas del crimen. Aquí, el equipo de forenses tendría sin duda mucho trabajo.

Subió con cuidado por la escalera de caracol. Arriba, había dos sacos de dormir extendidos en el suelo y, junto a ellos, una cama pequeña, a cuyo cabecero había tres botellas de cerveza marrones

vacías. Eran las mismas que había encontrado frente a la cabaña, con etiquetas que no pudo identificar. En ellas se veía la Sparrenburg, probablemente el monumento más famoso de Bielefeld.

Todo en esta habitación parecía haber sido usado. Pero nada indicaba la presencia de los niños desaparecidos. Ni peluches, ni juguetes, ni ropa ni nada parecido. Tampoco había altillo, ni armario empotrado, ni forma de esconder a niños pequeños o sus cuerpos sin vida. Este último pensamiento se le había colado en el cerebro sin querer. Alex ni siquiera intentó suprimirlo, porque cada vez era más probable que los niños estuvieran muertos. *Cuatro niños muertos,* pensó, y sintió náuseas ante la idea que se extendía por su interior en el calor asfixiante bajo el tejado y el hedor que prácticamente se acumulaba allí arriba. No debía vomitar en la escena del crimen bajo ninguna circunstancia, pero estaba a punto de hacerlo.

Bajó apresuradamente las escaleras y pasó junto al muerto para salir al aire libre. Inmediatamente se apoyó contra la pared de la casa sobre el pantalán, inclinándose hacia adelante y sujetándose con la mano para no perder el equilibrio. Pero no salió nada. Y entonces se dio cuenta de que estaba sufriendo un pequeño ataque de pánico. Jadeaba sin control buscando aire. Nunca había experimentado algo así y se sintió completamente abrumado hasta que recordó lo que había aprendido en las artes marciales. Algo que en realidad se había convertido en su segunda naturaleza... *Sangre y vísceras,* repitió el pensamiento, e inmediatamente las imágenes de las parejas asesinadas aparecieron de nuevo ante el ojo de su mente. Tragó saliva con dificultad, luego se incorporó y se obligó a respirar profundamente por la nariz hasta el estómago, a retener el aire allí un momento y a soltarlo de nuevo por la boca. Esta técnica, que te mantiene en pie durante un gran agotamiento o un inminente desmayo, sirvió en realidad para mitigar el ataque de pánico.

Sus pensamientos iban a mil por hora. Aunque habían encontrado al marido mucho antes que al primero, todavía no podía sacar ninguna conclusión de ello. Poco a poco fue recuperando la

compostura, aunque la sensación de inquietud en la boca del estómago persistía. No obstante, era suficiente para volver a ser consciente del protocolo. Llamó a la comisaría, informó del hallazgo del cadáver y luego informó a Emma. Solo podía esperar que para cuando todos llegaran allí, hubiera recuperado el dominio de sí mismo.

El hecho de que tuviera que mirar más de cerca al fallecido para entonces para ganar tiempo no era precisamente algo que fuera a ayudarlo en ese sentido. No obstante, había que hacerlo.

Inspiró y expiró profundamente una vez más, luego sacó un par de guantes azules y cubrezapatos de una pequeña bolsa de su cinturón.

En las cortinas detrás y junto al sofá, había descubierto finas salpicaduras de sangre. El equipo de forenses se ocuparía de ellas. Primero pasó su linterna sobre el muerto. Los ojos lechosos, la piel hinchada y las livideces cadavéricas no ayudaron precisamente a que su estado mejorara. Pero se obligó a continuar. El hombre llevaba una camiseta interior y calzoncillos tipo bóxer. En el cuello, justo debajo del corte de la garganta, eran visibles marcas de estrangulamiento. Como si alguien lo hubiera atacado por detrás con un cable o algo similar. Pero Alex no creía que esa fuera la causa de la muerte. La sangre había salido proyectada demasiado lejos para eso: se habían encontrado rastros en el sofá, la mesa, hasta llegar a las cortinas. Un indicio de que el perpetrador debió de situarse detrás de él y tirarle de la cabeza hacia atrás, igual que con su mujer.

Alex enfocó su linterna por encima de la cabeza de Adam Sievert hacia el suelo. No había demasiado espacio entre la ventana y el sofá. El perpetrador debía de tener las piernas muy finas. Un vistazo fue suficiente para ver que Alex, con sus piernas entrenadas, nunca habría cabido en el hueco. Se puso en cuclillas y enfocó el suelo alrededor de las patas del sofá. No había arañazos que indicaran que el sofá hubiera sido empujado recientemente por el suelo de laminado barato. La capa de polvo estaba intacta. ¿Podría un

oponente tan menudo haber abrumado y asesinado simplemente a alguien como Adam Sievert, que ciertamente no era un peso ligero, desde atrás?

—No exagerabas —dijo Emma mientras entraba en la escena del crimen con el equipo de protección completo.

—Ojalá lo hubiera hecho —dijo Alex, después de haberse recuperado del ligero sobresalto que le había causado su repentina aparición. Se dirigió hacia ella, pues de todos modos no sabía dónde más buscar pistas. El cuerpo no debía moverse todavía y, mientras le contaba a Emma sus pensamientos y observaciones, los colegas de la policía científica entraron en la casa. Un buen momento para volver por fin al aire fresco y dejarles la escena del crimen a ellos.

Capítulo 31

EMMA y Alex se quedaron sentados un momento más en el aparcamiento junto al lago, donde el furgón de la científica ya estaba estacionado mientras una unidad de patrulla acordonaba la zona circundante.

—¿Has podido averiguar algo que nos sirva para avanzar? —preguntó Alex.

—Los Sievert no eran conocidos por las autoridades, al menos no en el ámbito público. Una familia perfectamente normal que incluso asistía a las reuniones de padres y a los eventos de la guardería. En resumen: no tengo absolutamente nada —continuó Emma—. He hablado con Hanna Aufderheide por teléfono de camino aquí. Hemos quedado en el laboratorio forense.

—Donde solo descubriremos lo que ya sabemos.

Emma pudo notar la frustración en su voz y, en el reflejo de la ventanilla lateral, vio la expresión a juego en su rostro.

—Quizá la científica encuentre algo.

—¿De verdad lo crees?

—Para ser sincera, no.

No obstante, sintió la necesidad de transmitir algo de confianza, por él y por ella misma, para no rendirse del todo ante el hecho de que no encontrarían a los niños con vida. Simplemente no podía permitirse pensar así.

—Si es un asesino en serie —dijo ella—, entonces creo de verdad que no les hará daño a los niños.

—¿Cómo puedes estar tan segura? —preguntó Alex.

—Se lleva sus peluches y su ropa. Y hasta ahora, solo hemos encontrado sangre de los fallecidos en las escenas del crimen. Ninguna que no haya podido ser identificada. Estoy segura de que

aquí ocurrirá lo mismo —dijo Emma, tratando de ofrecer un atisbo de esperanza.

—Ojalá estuviera tan convencido como tú —afirmó él.

—¿Qué tiene de malo la teoría de que es alguien que quiere ofrecerles a los niños una vida mejor? —preguntó Emma—. Las relaciones de ambas parejas no eran precisamente estables ni convencionales. Los primeros tenían una relación abierta, y los Sievert estaban siempre a la greña. —Cuanto más lo pensaba, más plausible le resultaba su teoría—. Por lo visto, Paul Müller no tenía ni un ápice de violencia en su cuerpo —señaló Emma—. Lo único que lo hacía diferente era la relación abierta que él y su mujer mantenían de mutuo acuerdo.

—Lo sé —dijo Alex—. ¿Pero y si simplemente nunca se denunció nada? Quizá Paul se hartó de tanto poliamor y le pegó durante una bronca, sin que ella fuera corriendo directamente a la policía.

—Entonces el autor tendría que haberse enterado de ello de casualidad. Me parece poco probable.

—Todo es posible. Pero entonces el asesino también tendría que haberse fijado en las familias de alguna manera. Especialmente en los Müller. No tienen antecedentes policiales.

—Pero ambos tenían hijos que iban a la guardería —dijo Emma.

—Pero no a la misma. Viven demasiado lejos para eso.

—¿Y si el responsable tiene algo que ver con los niños en otro ámbito?

—Eso podría ser cualquier cosa; desde gimnasia para niños pequeños hasta los servicios sociales. Todavía no sabemos si buscaron ayuda de forma privada.

—Entonces la cuestión ahora es dónde debemos mirar primero.

Capítulo 32

Dos celadores pasaron con el cadáver reciente de Adam Sievert por delante de Emma Bajetzky y Alex Kuper, que acababan de llegar a medicina forense para reunirse con Aufderheide. Las puertas automáticas se abrieron y los dos investigadores vieron a Aufderheide de pie junto a Achim Gräfe.

—Ah, excelente. —Achim señaló el espacio vacío junto a Britta Sievert y recibió una carpeta con pinza en la que firmó inmediatamente un formulario antes de devolverla.

Los celadores apenas acababan de colocarlo cuando Achim abrió la cremallera de la bolsa de cadáveres y se inclinó sobre ella. Su colega se situó frente a él e hizo lo mismo. Ninguno de los dos se inmutó siquiera, mientras que a las demás personas presentes el olor les golpeó de forma desagradable. Tras un breve instante, Achim y su colega dejaron al descubierto por completo al hombre muerto. Con unas tijeras para vendajes, cortaron su ropa y examinaron el cuerpo hinchado de pies a cabeza.

—Parece —dijo Achim— como si hubiera sido estrangulado por detrás, pero no hasta la muerte. ¿Estaba inconsciente? Casi con toda seguridad. Además... —Palpó los grandes hematomas en el abdomen. Emma pudo ver que no era lividez cadavérica. Eran demasiado oscuros para eso, y con una coloración demasiado variada e irregular en sí misma. La piel hinchada cedía como una esponja. —Tiene rotas algunas de las costillas inferiores.

—¿Fue torturado? —preguntó Aufderheide.

—En lo que respecta a los hematomas, sin duda. Aún no estoy seguro de lo de las costillas. Es posible que perdiera el conocimiento y tal vez cayera contra el borde de una mesa.

—¿Así que el perpetrador no pudo sostenerlo? —preguntó Emma.

—O eso, o lo dejó caer a propósito —dijo Achim.

—Creo —intervino Alex— que no pudo sostenerlo. No es lo bastante fuerte para eso.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —preguntó Emma.

—Por el espacio entre el sofá y la pared de la cabaña —dijo Alex—. No vi marcas de arrastre en el sofá; incluso la capa de polvo estaba intacta. Yo no habría cabido en ese hueco.

—¿Así que buscamos a un perpetrador desgarbado? —preguntó Aufderheide, con la esperanza de que pudieran acotar un poco la búsqueda.

—Poco probable —dijo Achim—. En el caso de Britta Sievert, basándonos en las fotos que tenemos... —Se dirigió rápidamente a las pantallas y las activó. Como siempre, hacía tiempo que había preparado lo que quería enseñarles. En cuanto movió el ratón, aparecieron primeros planos del escenario del crimen. Eran claramente visibles unas hendiduras en el colchón que solo se habían hecho evidentes después de retirar a la fallecida de la cama. Las salpicaduras de sangre no eran totales allí. Había pasado algo parecido con Paul Müller. —...huellas claras de relaciones sexuales. Ahí es donde estaban las rodillas del perpetrador, y un poco más arriba, aproximadamente a la altura de la cadera, encontramos restos de semen.

—¿No podría haber sido otra persona? —preguntó Aufderheide—. ¿El marido, por ejemplo? —Señaló el cadáver recién llegado que tenía detrás.

—No —dijo Achim con firmeza, subiéndose las gafas, volviéndose hacia los tres y señalando a Alex—. Si me permite un momento.

Alex se encogió de hombros con el izquierdo y se acercó a él. Achim puso sus manos en los brazos de Alex y puso al investigador de perfil. Con una mano, Achim tiró de la camisa. —¿Lo veis? El sudor hace que la camisa se pegue ligeramente a la espalda. —Achim la acercó más hacia sí, luego volvió a presionarla contra la espalda de Alex y tiró de ella otra vez. —En ambos puntos,

encontraríamos ahora partículas de sudor y escamas cutáneas. No muchas, pero sí suficientes. —Achim soltó a Alex—. Gracias.

—No hay de qué —dijo él.

—Bien —continuó Gräfe—. Con Britta Sievert, o más bien debajo de ella en la sábana, encontramos escamas que llegaron allí por abrasión, es decir, por el empuje durante el sexo, y por el sudor, que ablanda la piel y desprende las partículas cutáneas. Además, solo encontramos rastros de este tipo bajo ella. Eso significa que no se movió mucho.

—Excepto cuando fue asesinada —dijo Emma.

—Sí, exacto. No obstante, quienquiera que tuviera sexo con ella la mató inmediatamente después. Por eso asumimos que su última pareja sexual es también el perpetrador. Y ese de ahí... —Señaló casualmente al hombre muerto—. ...ciertamente no fue él. Se ve a simple vista que lleva muerto más tiempo que su esposa.

—Bueno, no hay signos de violación, pero no me suena a sexo consentido —señaló Emma—. ¿Qué hay de las drogas de sumisión química?

—Nada —dijo Achim.

—Tal vez —consideró Alex—, simplemente no fuera lo bastante fuerte para defenderse. Al menos no contra su marido. ¿Y si sabía que este extraño había matado a su torturador? Que es alguien más fuerte y más peligroso que el hombre al que ha temido durante tantos años.

—¿Eso podría haber hecho que se acostara con él? ¿Es eso lo que quieres decir? —dijo Emma.

Alex se encogió de hombros.

—Muy bien —dijo Aufderheide pensativa—. Esperemos entonces que descubráis quien ha sido.

—Sí, y probablemente no pase de ser una esperanza —dijo Achim Gräfe—. El semen que encontramos en Leonie Müller y en la cama

aún no ha sido cotejado con nadie. Pero proviene de una sola y misma persona.

Los tres dieron las gracias a Achim Gräfe y a su colega y dejaron que continuaran con su trabajo.

—¡Informad luego como siempre! —les gritó mientras salían por la puerta corredera automática.

En el pasillo entre la sala de personal y la salida, Aufderheide se detuvo. Aquí todavía se estaba agradablemente fresco, y lo que tenía que discutir con ellos no podía esperar. Todo tenía que ir muy rápido. Cada minuto contaba. Emma pasaría sin dormir, comer ni darse una ducha refrescante el tiempo que hiciera falta hasta encontrar a los niños.

—¿Qué decís a eso? —se dirigió Aufderheide ahora a los dos.

—Deberíamos centrarnos en el entorno de los niños, no en el de los padres —dijo Emma.

—¿Cómo quieres decir? —quiso saber Aufderheide.

—Creemos —añadió Alex— que podría ser alguien que trabaje con niños.

—¿Qué os hace pensar eso? No hemos podido identificar ninguna conexión. Ni entre los padres, ni entre los niños. Paul Müller tiene un historial limpio, mientras que Adam Sievert es conocido por la policía. Uno es diseñador gráfico, el otro un comerciante. Tampoco hay nada que conecte a las mujeres. ¿Por qué creéis que podría ser diferente con los niños? No van a la misma guardería y viven a más de diez kilómetros de distancia. Podrían haberse cruzado una vez por casualidad, pero eso no es ni mucho menos suficiente. El perpetrador parece, como dijisteis vosotros mismos, haber observado a las familias durante un largo periodo. No las habrá elegido al azar.

—¿Y si lo hizo? —señaló Emma—. Podría perfectamente haberlos observado en un parque infantil o en un jardín público y haberlos escogido allí.

—¿No creéis que los padres se habrían dado cuenta? Son excesivamente precavidos hoy en día, y las denuncias de posibles secuestradores de niños o supuestos pederastas rondando por los parques infantiles van en aumento.

—¿Y si llevaba a un niño con él para no llamar la atención? —preguntó Emma.

Aufderheide pareció reflexionar sobre ello un momento. —Ni siquiera quiero imaginar eso. No obstante, tengo que admitir que es perfectamente posible. —Exhaló, resignada. Emma podía imaginarse perfectamente lo que se le pasaba por la cabeza. Si esta teoría realmente se sostenía, entonces Aufderheide tendría que autorizar el posicionamiento de patrullas en parques infantiles y otros lugares frecuentados por niños. Y eso con una falta crónica de personal.

—Enviadme una lista de los parques infantiles más visitados. Veré con Krüger cómo vamos a ponerlos bajo vigilancia.

Capítulo 33

El frío de la noche se posa como un velo sobre el paisaje desierto mientras detengo el coche en un pequeño y remoto aparcamiento. El silencio aquí es casi palpable, roto únicamente por el zumbido ocasional de algún coche lejano. A mi lado, en el asiento del pasajero, yace el hombre, todavía sumido en la inconsciencia, ajeno al destino que he planeado para él.

Con calma, abro la puerta —pues nada tengo que temer aquí— y voy por él. Su cuerpo pesa, es un lastre muerto que arrastro sobre los sucios adoquines.

Mientras lo llevo hacia las vías del tren cercanas, que brillan con destellos plateados bajo la tenue luz de la luna creciente, mis pensamientos empiezan a girar. Este hombre no merecía lo que la vida le había concedido. Una esposa, un hijo... vínculos que no supo apreciar, oportunidades que no fue capaz de aprovechar. He observado cómo lleva su vida, desapegado de los valores verdaderos, de lo único que importa: la familia y el amor.

Lo dejo caer sobre las vías. Su cuerpo forma un contraste oscuro contra los fríos raíles de acero. Una sensación de determinación me recorre y una extraña forma de justicia se propaga en mi interior. Pienso en su esposa, en el niño pequeño que deja atrás; un niño que debería crecer en un mundo definido por el amor, el cuidado y la presencia. No atormentado por la ausencia y la violencia de un padre que nunca comprendió el significado de esas palabras, y que nunca lo hará.

Solo yo puedo darles lo que necesitan. Lo que se merecen. Soy un hombre mejor, un padre mejor; alguien que está presente, que enseña y guía. Mis acciones de esta noche, por muy drásticas que puedan parecer a ojos ajenos, están impulsadas por la convicción de que puedo mejorar la vida de esta familia, de que puedo ofrecerles

un futuro más rico y pleno que cualquier cosa que este hombre hubiera podido darles.

Allí de pie, rodeado por el silencio de la noche y el aliento fresco del viento, no siento ni remordimiento ni duda. Mi decisión está tomada, nacida de la profunda creencia de que mis actos contribuirán, en última instancia, al bienestar de esta familia.

Capítulo 34

Al caer la tarde, Emma y Alex estaban sentados en el piso de ella. Ella descansaba con las piernas cruzadas en el espacioso sofá, mientras que Alex ocupaba una silla en la mesa del comedor, que se había reconvertido en escritorio, y no solo por esa noche. En el extremo de la mesa que daba al salón desde la cocina, siempre se amontonaban carpetas y otros útiles de trabajo. Ella utilizaba principalmente el pequeño escritorio frente a la ventana para dejar el portátil, el material de papelería y la voluminosa impresora láser, que se había ganado con creces su breve descanso.

Mientras Alex terminaba de revisar los informes recopilados sobre las declaraciones de los vecinos, las guarderías y todo lo demás que ella y sus colegas habían reunido a lo largo del día, Emma hacía tiempo que había empezado a repasar las denuncias presentadas contra Adam Sievert.

La lista que Emma había elaborado hasta el momento se limitaba inicialmente a los agentes encargados de la investigación, empezando por los que habían tomado la denuncia inicial y pasando por los compañeros investigadores, incluidos los abogados implicados, la fiscalía y el juez. También tenía una lista de los responsables de las evaluaciones médicas que se habían llevado a cabo. No había nada sospechoso en ellas. Se indicaba que los hijos de los Sievert podrían haberse hecho los moratones jugando o peleándose entre ellos. La esposa, además, no presentaba lesiones físicas que sugirieran maltrato. Las declaraciones de los niños tampoco aportaron pruebas concluyentes.

Levantó la vista de sus papeles hacia Alex, que seguía absorto en las copias recién impresas. Sus anteriores parejas nunca se habrían sentado allí con ella, buscando la verdad con tanta obstinación. Pero para Emma y Alex era algo más que un trabajo. Al igual que su relación. Ya sentía que había encontrado en él algo parecido a un

mejor amigo, y no pudo evitar sentir un cálido cosquilleo en el estómago ante la idea.

En ese momento, ambos recibieron un mensaje en sus teléfonos del trabajo. Emma alargó la mano a su lado, pero Alex fue más rápido. —Es el informe del interrogatorio a la niñera de los Sievert —dijo él, y Emma se alegró de que la mujer hubiera podido prestar declaración hoy mismo. Emma también había abierto el mensaje y empezó a leer.

—¿Podrías resumirlo, por favor? —pidió Alex, mirándola con cansancio.

Emma encogió más las piernas y comenzó: —Cuando entró en la casa esta mañana, todo estaba tan ordenado como la noche anterior, lo que le resultó inusual. Normalmente, a esa hora la pareja ya se habría ido a trabajar y los niños a la guardería, y habría cierto desorden. La niñera tiene llave de la casa y sus tareas principales son recoger, preparar la comida y llevar el hogar, además de cuidar de los niños, por supuesto. Cuando fue a hacer la cama, encontró a la fallecida en el dormitorio. Corrió de inmediato a la habitación de los niños, pero ninguno de los dos estaba allí. Primero registró toda la casa antes de avisar a la policía. Además, informó de que faltaban varios objetos, incluidos unos peluches y un libro de Peter Pan, a pesar de que los había visto justo la noche anterior.

—Eso plantea la duda de si el autor tenía la intención de dejar citas de Peter Pan en la escena del crimen, o si vio el libro por casualidad y entonces pensó que era una idea apropiada —dijo Alex.

—Podrían ser ambas cosas —dijo Emma y continuó con su resumen—. Esto también es interesante: al principio pensó que el marido había matado a su mujer, ya que él era propenso a arrebatos violentos y, al mismo tiempo, se avergonzaba de ellos.

—Ya veo —dijo Alex, levantándose y apoyándose en la mesa—. Son buenos datos sobre la dinámica familiar. ¿Dijo algo más sobre sus arrebatos violentos?

—Sí, espera, había algo por aquí. —Emma leyó de arriba abajo un momento hasta que encontró el pasaje—. Al parecer, asistía a algún tipo de grupo de apoyo, aunque él lo llamaba de otra forma. La esposa, según la niñera, era muy reservada y parecía aguantar mucho. Hace unos años, al parecer su madre la presionó para que presentara una denuncia, pero antes de que preguntes: la madre falleció hace dos años.

—¿Y los niños? —preguntó Alex, incorporándose. Los músculos de su mandíbula se tensaron, y Emma supo a qué se refería. Por ello, dijo: —Aquí no hay nada sobre eso. Según la niñera, solo llegaba a las manos con su mujer. Sí dijo que los niños tenían moratones de vez en cuando, pero ninguno que le hiciera pensar que pudieran haber sido causados por golpes o algo similar. Son cosas de niños, dijo ella, que pasan.

Alex respiró hondo. —¿Hay alguna prueba de que falten libros en casa de los Müller?

—Que yo sepa, no —respondió ella—. Pero podemos volver a revisar las listas si quieres, aunque la primera cita no la escribió el autor. ¿De qué nos serviría entonces?

—Aun así, me sigue pareciendo extraño. No cogió Peter Pan de la estantería con calma, lo hojeó un poco y eligió las citas por casualidad. Además, la madre de Paul Müller declaró que su hijo leía mucho. ¿Quizás eso también se aplicaba a los Sievert, y eso creó algún tipo de conexión?

—Podría haber buscado las citas rápidamente en Google. —Su objeción no era precisamente lo que él quería oír—. Además, no creo que un librero o algún miembro de un club de lectura sea el vínculo entre las familias.

—Buen punto —dijo él, derrotado—. Tenía la esperanza, de alguna manera, de encontrar una o más notas en los otros libros. Quizá eso nos hubiera ayudado a avanzar.

—Ni siquiera las que tenemos nos llevan a ninguna parte —sentenció Emma.

—¿Quizás solo porque no las tenemos todas? —señaló Alex, y no era una idea tan descabellada. El culpable dejaba tarjetas con citas, y estaba claro que eso significaba algo. Quizá solo cobrarían sentido si encontraban varias. Sin embargo, para eso tendrían que esperar al siguiente cadáver. Y ninguno de los dos estaba dispuesto a desear tal cosa.

—¿No deberíamos en cambio trabajar en la lista de personas que tuvieron algo que ver con los hijos de las familias, en lugar de volver a las escenas del crimen y rastrear libros de nuevo? —preguntó Emma.

—De acuerdo. —Alex se puso a su lado y miró el papel que tenía delante—. Michael Junghans —dijo pensativo.

—¿El administrativo de la fiscalía? ¿Cómo le conoces? —preguntó Emma sorprendida, ya que no sabía nada de él aparte de su nombre y su implicación en el caso de los Sievert.

—Me crucé con él en el ayuntamiento. Uno de los voluntarios.

—¿Crees que es sospechoso? —preguntó Emma.

—En realidad, no. ¿Y tú?

—Al menos sería alguien que podría haber estado descontento con el resultado de aquel caso.

—Cualquiera de ellos podría estarlo. Incluso los dos médicos que realizaron las evaluaciones. Debe de ser increíblemente frustrante sospechar una amenaza para el bienestar de un niño y no poder hacer nada. Creo que es más probable que un médico se tome la justicia por su mano que un chupatintas de la fiscalía.

—Hay algo de razón en eso. Sin embargo, yo empezaría por los colegas que investigaron el caso Sievert en su momento.

—Tú los conoces mejor que yo. ¿Cómo reaccionarían a un interrogatorio?

—No sabría decirte. Ni siquiera sé qué ocurre en la vida privada de ninguno de ellos. —Por alguna razón, eso hizo que Emma se sintiera

triste. Nunca había entablado contacto con nadie en el trabajo, aparte de con Alex.

—Y yo soy el nuevo; nadie me cuenta nada. —Él se dejó caer en la silla y se frotó los ojos; sus bíceps se tensaban bajo la camiseta. Antes de que él notara que lo estaba mirando, ella prefirió centrarse de nuevo en las listas.

—Bueno, qué más da —dijo él—. ¿Quiénes son los colegas?

—Strauß y Hermanns. Por aquel entonces, Hermanns estaba empezando su carrera y solo tomó la denuncia de la familia Sievert. Leo Strauß fue quien investigó.

—¿Y cómo es Strauß?

—Difícil de decir. Se parece un poco a Krüger. Apenas revela nada sobre sí mismo y suele evitar las salas de descanso y las fiestas de Navidad.

Emma consultó algo en su teléfono. —Según el cuadrante de servicios, Hermanns está en el turno de noche, y Strauß está de vacaciones.

—¿Por cuánto tiempo?

—Dos semanas —dijo Emma.

—Seguro que entonces agradecerá algo de compañía.

Emma miró su reloj de pulsera. Eran poco más de las nueve; estaba a punto de señalárselo a su compañero cuando él dijo: —No seas aguafiestas. Seguro que aún no se ha ido a la cama.

—No soy una aguafiestas —dijo ella, divertida—. Solo quería saber si tenía que grabar mi serie favorita o si podría estar de vuelta a tiempo.

—¿No has oído hablar de la televisión a la carta? —preguntó él.

Capítulo 35

—Es amable por vuestra parte pasaros por aquí —dijo Leo Strauß, abriendo camino hacia su pequeño y desordenado salón. Se dejó caer en el sofá y dio un trago de cerveza. Era una botella marrón con etiqueta, no de una marca conocida, que mostraba el Sparrenburg. Alex frunció el ceño. Había encontrado una botella así en la cabaña de Adam Sievert, pero de momento no dijo nada.

Leo se había percatado de su mirada. —¿Quieres una cerveza tú también?

—No, gracias —dijo Alex, fingiendo estar impresionado por la estantería de pared llena de viejos discos de vinilo. Debía de haber unos cuantos cientos allí, ninguno de gran valor para un coleccionista. La mayoría de las portadas estaban tan desgastadas que apenas se distinguía la impresión. —¿Puedo? —Alex señaló un disco que tenía delante.

—Adelante, pon algo. —Leo Strauß le tendió una cerveza a Emma con mirada inquisitiva.

—¿Conduces tú de vuelta? —preguntó Emma, volviéndose hacia su compañero.

—Claro, adelante —respondió Alex mientras sacaba un disco al azar, sorprendido al descubrir que era un álbum de blues de los años cincuenta. Al parecer una edición original, a juzgar por el copyright de la contraportada.

Leo Strauß abrió con presteza la botella para Emma y luego otra para él. —¿No es lo tuyo? —preguntó Leo Strauß cuando Alex volvió a guardar el disco.

—¿No tendrás por casualidad algo de los Pistols? —preguntó Alex.

—Sí, claro. —Se acercó a él, estiró el brazo por encima de su cabeza y sacó un disco—. Toma.

Alex quedó impresionado; no había sido capaz de discernir ningún tipo de sistema en la colección. —El clásico —dijo Alex, mirando el álbum *Never Mind the Bollocks*, y luego miró de reojo la botella de cerveza en la mano de Leo—: ¿Es artesana?

—Sí —dijo con orgullo, caminando de vuelta hacia Emma y tendiéndole su botella para brindar con ella.

—¿Tienes licencia para vender esto? —preguntó Alex en broma, colocando el disco en el viejo tocadiscos que estaba junto a la estantería sobre una mesa de madera aparentemente construida para tal fin.

—No la vendo —dijo Leo Strauß con una sonrisa—. Es solo para consumo privado.

Tras el primer sorbo, Emma hizo una mueca. —Está bastante fuerte —dijo.

—Bueno, es una ale fuerte —dijo él, vaciando media botella casi de un trago.

En cuanto la aguja bajó sobre el disco, la primera canción sonó con una claridad impresionante tras el leve crepitar inicial. El equipo de sonido no estaba nada mal. Un pasatiempo caro para un colega. Y luego estaba la cerveza... —¿Dónde la elaboras? —preguntó Alex, señalando la botella—. ¿En el sótano?

—No exactamente —dijo Leo Strauß, sentándose en el brazo del sofá frente a Emma—. ¿Conoces el nuevo complejo de garajes de Brackwede?

—Claro —dijo Alex. Sabía que había rumores de que el lugar pertenecía a la mafia rusa. Eran poderosos en el negocio inmobiliario en Bielefeld, y estaban metidos en otras cuantas cosas más, aunque nunca se había podido demostrar nada.

—Compré uno allí, lo reformé un poco y fabrico cerveza con mi mejor colega, Lothar. Tenéis mucha suerte de que me quede algo de género aquí. Tengo que pasarme por allí mañana para reponer existencias.

Alex se sentó en el sofá donde Leo Strauß estaba sentado en el brazo, obligando a Leo a girarse activamente hacia él si quería mirarle a los ojos. —Seguro que te has enterado de en qué caso estamos trabajando ahora mismo —dijo Alex.

—Sí —respondió Leo, y su sonrisa se desvaneció—. Probablemente suena fatal, pero en realidad me alegro de estar de vacaciones ahora mismo y de tener las manos llenas de nuevo después.

—No pasa nada —dijo Emma, dando otro sorbo a la cerveza. Alex se dio cuenta por su expresión de que solo estaba bebiendo por cortesía—. Si no te importa —continuó Emma—, nos gustaría contar contigo de todas formas.

Mierda, pensó Alex. Emma no sabía lo de la botella de cerveza en la cabaña. No podían contarle demasiado, por si acaso él realmente tenía algo que ver con los asesinatos. Se maldijo por no haber dicho nada, pero por otro lado, no podía haber sabido que aquello importaría justo ahora.

—Aún estoy de permiso esta semana —dijo Leo Strauß—. Pero sé que el tiempo es esencial —añadió, dándose cuenta de que su comentario era inapropiado—. Bien, ¿de qué se trata?

Emma lo puso al corriente de los últimos hallazgos y sospechas, con algunos ajustes. Explicó de forma convincente que tenía que haber una conexión entre las víctimas que aún no habían detectado, y que él podría ayudarles porque al menos había investigado las denuncias de los Sievert.

El ánimo de Leo Strauß no estaba precisamente por los suelos al considerar esto, pero distaba mucho de ser bueno.

—Me acuerdo —dijo, mirando su botella de cerveza ahora vacía—. Y de muchos otros que acabaron igual. Pero ya no puedo recordar los detalles. Tendría que estudiar los expedientes de nuevo para eso, pero no creo que hubiera una conexión entre vuestras víctimas si los Müller no tienen antecedentes.

—¿Y aun así recuerdas las denuncias de los Sievert? —preguntó Emma.

—Son los casos sin resolver, o los que se cierran así, los que nunca te dejan del todo, especialmente cuando sientes que una situación sigue irresuelta... y cuando hay niños de por medio.

Emma dejó la botella de cerveza sobre un posavasos de cartón en la gran mesa de cristal, que mostraba un anuncio antiguo de Pepsi de los ochenta. *Una réplica, sin duda no es un original,* pensó Alex. Miró a Emma y vio que su expresión había cambiado. Solo ligeramente; cualquier otro probablemente lo habría pasado por alto.

—¿Comprobasteis a todos los parientes por aquel entonces? —preguntó Alex—. ¿Amigos, colegas?

—Más o menos —dijo Leo Strauß—. Para nosotros es distinto de como es para vosotros. Casos así entran casi todos los días. Ojalá pudiera decir que me encargué de cada caso como era debido. Ya sabéis cómo funciona. Los casos graves siempre tienen prioridad, e incluso esos se están acumulando.

—No pasa nada —dijo Alex, y lo decía en serio—. ¿Te importa si echamos un vistazo más de cerca a su círculo?

—Estoy de vacaciones. Haced lo que queráis. Por lo que a mí respecta, nunca habéis estado aquí.

—¿Ni siquiera recuerdas alguna sospecha? —preguntó Emma—. ¿Algo que te pareciera extraño, aunque solo fuera un sentimiento pasajero o un pensamiento que descartaras rápidamente?

—Caramba... —Leo Strauß lo pensó por un momento. Luego dijo —: ¿Alguien quiere otra cerveza?

Ambos rehusaron y le dieron el tiempo que necesitaba para pensar. Al parecer, él mismo necesitaba otra cerveza para eso. Fue a la cocina y oyeron cómo sacaba una botella nueva de la nevera. A Alex no le pareció que fuera a necesitar provisiones pronto, pero por otro lado, no sabía si Leo Strauß se emborrachaba todas las noches, sobre todo cuando estaba de permiso.

—La cerveza —susurró Alex a Emma.

Emma lo miró con curiosidad. Él se inclinó hacia ella y susurró: —He encontrado botellas vacías de esa marca en la cabaña del Obersee.

Emma lo miró, y entonces Alex supo que ella estaba pensando lo mismo que él.

Alex estaba a punto de volver a sentarse cuando notó un libro en la estantería detrás de Emma. Era una edición especial con letras doradas en el lomo. Alex lo señaló, Emma se dio la vuelta y vio, a solo unos centímetros de distancia, el libro de Peter Pan que, a diferencia de los otros libros e innumerables revistas que había junto a él, no parecía desgastado en absoluto. Emma sacó su teléfono del bolsillo con la intención de hacerle una foto, cuando oyeron que Leo volvía. Alex se levantó, corrió hacia la puerta y se apoyó contra el marco, donde Leo lo miró con sorpresa. —A Emma le gustaría otra cerveza después de todo.

—Claro, traigo una rápido —dijo Leo Strauß, pareciendo confundido por un momento, luego se dio la vuelta y volvió a la cocina. Desde aquí, Alex tenía una buena vista de la nevera, y cuando se abrió de nuevo, vio que estaba llena casi por completo de cerveza, al menos una caja y media.

Alex volvió al sofá y vio a Emma deslizando el libro de nuevo a su lugar antes de volverse hacia la mesa y coger su cerveza a medio terminar. Respiró hondo y se la bebió de un trago. Su mueca al dejar la botella vacía lo decía todo, y Alex sintió un poco de lástima por ella. Se sentó en el sofá justo cuando Leo Strauß regresaba con dos botellas de cerveza abiertas.

Emma aceptó la suya con gratitud, y Leo se acomodó de nuevo en el brazo del sofá. Pero su postura relajada de antes había desaparecido. No parecía tenso ni nervioso, sino abatido. Agotado, de alguna manera. Alex estaba seguro de que había recordado algo, y de que lo había hecho incluso antes de irse a por más cerveza.

—Lo siento —dijo entonces Leo Strauß—. Pero es que no se me ocurre nada que pueda ayudaros. Mandadme los archivos cuando

queráis; los revisaré de nuevo y me pondré en contacto con vosotros si se me ocurre algo al fin y al cabo.

El hecho de que dijera eso no sorprendió realmente a Alex, sobre todo después de ver el libro. Por supuesto, podía ser un recuerdo de la infancia, pero el hecho de que fuera el único objeto físico en todo el salón que parecía nuevo era sospechoso. Quizás la niñera de los Sievert reconocería el libro. Y cuando consideró que la cerveza artesana estaba vinculada al asesinado Adam Sievert, su visita a Leo Strauß cobró un cariz completamente distinto.

No fue hasta que estuvieron en el coche cuando volvieron a hablarse.

—Voy a llamar a la niñera —dijo Emma.

Alex se inclinó hacia delante y miró hacia la luz del piso de la tercera planta. No creía que la silueta de Leo fuera a aparecer de repente tras las cortinas para vigilarlos, pero nunca se sabía.

La niñera respondió al segundo tono, pero sonaba muy aturdida. Dados los sedantes que le habían recetado debido a las extremas circunstancias, Emma podría haber imaginado que ya se habría ido a la cama.

—Siento molestarla tan tarde —dijo Emma antes de presentarse—. Estamos investigando el caso de la familia Sievert, y me gustaría que echara un vistazo a unas fotos que voy a enviarle ahora mismo. Tienen que ver con uno de los libros que faltan del cuarto de los niños. ¿Le parecería bien?

—Por supuesto —sorbió ella por la nariz.

—Gracias. Un momento, por favor. —Emma se apartó el teléfono de la oreja y envió el mensaje que ya tenía preparado—. ¿Le ha llegado?

—Sí —dijo la niñera con tristeza, y poco después soltó un jadeo—. Es el libro.

—¿Está segura? —insistió Emma.

—Totalmente. Lo compré yo misma para ellos y taché el precio bajo el código de barras con un rotulador dorado. Pensé que pegaba más con las letras doradas del título. —Empezó a llorar de nuevo—. ¿De dónde lo han sacado? ¿Lo han encontrado con los niños?

—No —dijo Emma—. Ha llegado a nuestras manos por una filtración. —Le dio las gracias a la mujer y colgó. Luego volvió a mirar hacia el piso de Leo Strauß—. Menudo lío.

Alex echó un vistazo rápido al teléfono de Emma. Estaba marcando el número de Krüger, y mientras esperaban a que contestara, Alex ya sabía cómo procedería todo. Leo Strauß sería arrestado, y no pasaría mucho tiempo antes de que tuvieran una orden de registro para su pequeña cervecería privada.

Capítulo 36

En el nuevo parque de garajes de Eisenbahnstraße, en la esquina con Gütersloher Straße, en Bielefeld-Brackwede, cuarenta y seis garajes de distintos tamaños se alzaban sobre una franja de hormigón entre las viejas vías del tren y una gran fábrica de repuestos de automóviles. El recinto, que lindaba con el pequeño aparcamiento del antiguo edificio de la estación, estaba vigilado por cámaras de seguridad y bien iluminado.

Emma y Alex aparcaron a poca distancia, a la sombra de los coches que flanqueaban el bordillo, con una vista despejada de la zona de aparcamiento junto al complejo de garajes. Allí había estacionado un vehículo táctico negro. Unas figuras oscuras, casi engullidas por la noche, se preparaban para la operación.

—¿Podría ser ese amigo que mencionó Leo también su cómplice? ¿El que cuida de los niños? —preguntó Alex.

—En principio habíamos descartado que fuera un hombre. Pero ¿quién sabe? Al menos deberíamos contar con que esté aquí. O cualquier otra persona, ya puestos. Posiblemente con los niños. Aquí pasa algo, lo sé.

La radio de Emma emitió un chasquido. —Estamos listos —oyó decir al comandante del operativo.

Salieron del coche y cerraron las puertas con cuidado y sin hacer ruido. Los sonidos tenues del turno de noche llegaban desde las naves de la fábrica a su izquierda; era evidente que el edificio estaba bien aislado.

En silencio, Emma y Alex cruzaron la calle para unirse a las unidades tácticas y avanzaron con ellas entre los coches aparcados hacia los garajes.

Alex se infiltró en el recinto cerca de las vías, mientras Emma cubría el lado más cercano a la carretera. Al aproximarse de esa

forma reducían su perfil como blancos. Además, les permitía mantener a cualquier sospechoso acorralado desde dos flancos.

Los garajes, inspirados en contenedores de transporte, variaban en longitud y anchura, aunque la altura era uniforme. Los huecos entre ellos se estrechaban progresivamente debido a la forma ahusada de la parcela.

Un contenedor en la fila central, junto a las vías, destacaba sobre los demás. Se había montado un tubo de aluminio en el lado largo a modo de chimenea improvisada. No estaba en uso, pero Emma sabía que una cervecera privada requeriría un sistema de extracción y una chimenea para ventilar los vapores. El olor a malta y lúpulo se hacía cada vez más intenso. Cuando Alex apareció por detrás del contenedor de enfrente, ella le hizo una señal para que la siguiera.

Al llegar a él, Emma tomó el lado izquierdo y Alex el derecho. Con cuidado, con la espalda pegada al garaje, avanzó hacia el otro extremo, donde debía de estar la puerta. No se oía ningún sonido desde el interior. Ni siquiera el de la caldera, aunque eso no significaba necesariamente que tuviera que estar en funcionamiento. No obstante, pensó que el garaje debía de estar muy bien insonorizado, lo cual no era en absoluto una prueba de delito. Leo Strauß y su amigo podrían estar actuando de forma considerada, para no molestar a nadie con el ruido.

Se detuvo al final de la pared y escuchó un momento antes de arriesgarse a mirar a la vuelta de la esquina. Más allá de la luz amarillenta de la lámpara con pantalla sobre la entrada, Emma pudo distinguir la silueta de una cámara, que presumiblemente apuntaba hacia ella. Miró hacia arriba y vio otra orientada hacia las vías, que captaría a Alex en cuanto asomara por la esquina.

Emma miró el garaje que tenía al lado y luego los de enfrente. Ninguno de ellos contaba con tales medidas de seguridad. Los propietarios del recinto solo habían instalado cámaras en los límites de la propiedad.

La cabeza de Alex asomó con cautela por la esquina, y Emma señaló la cámara que tenía encima. Alex asintió y dio un paso

adelante.

Emma esperó un momento más, salió de su escondite, se giró hacia las vías y dio un respingo cuando Alex apareció de repente frente a ella.

—Perdona —susurró él.

—¿Vamos? —preguntó Emma.

—Desde luego.

Emma asintió al comandante, quien hizo un gesto silencioso a uno de sus hombres con un ariete para que abriera la puerta.

El interior era exactamente como lo habían imaginado por las descripciones de Leo Strauß. Era una pequeña cervecera privada, un hobby caro. Ni más ni menos. Ni rastro de niños ni de cadáveres. Nada que lo vinculara con el caso.

—Despejado —dijeron dos miembros del equipo táctico al mismo tiempo, dejando el garaje a Emma y Alex.

Una gran caldera de ebullición ocupaba el centro de la sala, flanqueada por varios tanques de fermentación y barriles de almacenamiento. Este equipo era esencial para el proceso de elaboración, y todo parecía robusto y bien mantenido. Diversos utensilios e ingredientes para la elaboración estaban perfectamente organizados en las paredes y estantes. Botellas de varios tamaños y formas estaban listas para el llenado. Emma también vio sacos de malta y varias variedades de lúpulo. Al parecer, los amigos incluso experimentaban con diferentes estilos de cerveza y sabores.

El ambiente era acogedor a pesar de toda la maquinaria; la pasión por la elaboración de cerveza era casi palpable. También estaba ordenado y bien organizado. Unos cuantos carteles y adornos relacionados con la cerveza colgaban de las paredes, y junto a la entrada habían colocado unos sillones viejos con un grueso acolchado. Los amigos se lo habían montado muy bien allí.

Alex guardó su arma en la funda y se puso guantes y calzas para los zapatos. Emma hizo lo mismo.

Vio que la mirada de él estaba fija en el barril que había debajo de uno de los estantes a su izquierda. Alex se acercó y le dio un toque con el pie. Luego se apoyó en él, y apenas se movió. El líquido se agitaba en su interior. Tenía que estar lleno hasta los topes.

—Me gustaría ver qué hay dentro —dijo, buscando con la mirada algo que pudiera usar para abrir el recipiente sellado. Emma miró hacia la caja de herramientas metálica, la abrió y encontró una pequeña palanca entre varios destornilladores y martillos. —Toma — dijo Emma, pasándosela a Alex, que se puso manos a la obra de inmediato. La tapa saltó al primer intento de hacer palanca.

Alex dejó el hierro a un lado y levantó la tapa con cuidado. Emma se puso a su lado, y solo cuando alumbró el interior con su linterna vieron al hombre muerto que había dentro. La primera capa de su piel ya se había desprendido debido a la lejía cáustica y flotaba en el líquido como comida para peces fresca en un acuario. A juzgar por la primera impresión, el hombre había sido metido en el barril hacía poco, después de que alguien le hubiera cortado el cuello.

Capítulo 37

Los neumáticos de mi coche ruedan silenciosos sobre el asfalto mientras entro en la zona de aparcamiento cubierta. Una sensación de expectación me recorre, la promesa palpitante de una nueva vida que me aguarda en la casita. Desde que lo asesiné, he ensayado este momento en mi mente en innumerables ocasiones. Cada movimiento, cada palabra.

Apago el motor y dejo que el silencio se asiente durante un instante, interrumpido únicamente por el suave chasquido del motor al enfriarse. Después salgo y camino con paso firme hacia la casa por la entrada lateral. Porque así es como lo hacía siempre su marido.

Ella me recibe al principio con una sonrisa, que rápidamente se transforma en desconcierto y luego en pavor cuando salgo a la luz de la cocina desde el estrecho pasillo donde la lavadora y la secadora funcionan a pleno rendimiento. Su hija, una figura pequeña, aparece en algún lugar detrás de mí. Me giro siguiendo la mirada de la madre.

—Vete a tu habitación —dice ella con brusquedad, ante lo cual la pobre criaturita se sobresalta y hunde la boca en el conejo de trapo que agarra con fuerza con ambos brazos. Pero no se mueve. —Haz lo que te digo —le espeta la madre, y la pequeña sale corriendo. Sus pies descalzos golpean el suelo laminado mientras se aleja apresuradamente. Los sonidos cesan cuando el clic de una puerta indica que se ha cerrado en algún lugar de la casa.

Su madre me clava la mirada. Sus ojos brillan con determinación y miedo. —¿Qué quieres? —pregunta, con la voz temblando por el terror y la rabia contenidos.

—He venido para ayudarte —respondo con calma y firmeza—. Tu marido no va a volver por el momento. Así que no tienes por qué

temer. Solo tienes que darte cuenta de que estarás mucho mejor conmigo.

Camino hacia ella, con la navaja automática manchada de sangre en la mano derecha. Sus ojos se abren de par en par y, aunque no desvío la vista de su rostro bonito y delicado, veo que busca por detrás el bloque de cuchillos sobre la encimera.

—Yo no haría eso —digo con delicadeza, deteniéndome a escasos centímetros de ella—. De lo contrario, tendré que abrirte en canal a ti y a tu hija igual que hice con tu inútil marido.

Capítulo 38

ALEX y Emma inspeccionaron las vías con sus pequeñas linternas Maglite.

—¿Has encontrado algo ya? —preguntó Emma.

—Ni una sola gota —dijo Alex.

—Tiene que haber algo aquí —dijo ella, iluminando más allá de las vías, hacia los matorrales que crecían paralelos a ellas—. Algo. —Caminó hacia los arbustos del borde y examinó la zona. Durante una fracción de segundo, algo reflejó el haz de su linterna. Se agachó y Alex se puso a su lado. Emma apartó las finas ramas para revelar una pieza de aluminio que recordaba a un tosco cuchillo de cocina. Encontrar ese tipo de basura junto a las vías del tren no era nada inusual. Pero el hecho de que tuviera sangre sí que lo era.

—Aquí debe de ser donde lo mató —concluyó Alex.

Emma sacó una bolsa de plástico de tamaño mediano de la pequeña funda de su cinturón y depositó la pieza de metal en su interior. Luego levantó la vista hacia el poste de luz que tenía la cámara de vigilancia—. Me gustaría echarle un vistazo a esas grabaciones.

—De acuerdo. Esperaré junto al garaje a los de la científica.

El jefe de turno, Peitz, se mostró cooperativo de inmediato y llevó a Emma a la sala de ordenadores donde se almacenaban las imágenes de las cámaras.

—Siempre pensé que allí pasaba algo raro —dijo. Su bigote, cuidadosamente recortado, se crispó antes de continuar—. Sospecho que el recinto pertenece a la mafia rusa. —Se ajustó el chaleco negro sobre la camisa.

Emma no quería verse arrastrada a ese tipo de especulaciones—. Necesito las grabaciones de los últimos cinco días.

—Por supuesto —dijo él, sentándose en la hundida silla de escritorio, cuyo respaldo había adquirido una ligera inclinación. Abrió unas cuantas carpetas y organizó las ventanas en la pantalla—. Aquí están los archivos. Espero que encuentre algo.

—Gracias —dijo Emma, ocupando el lugar de Peitz después de que este se levantara. Al observar las marcas de tiempo de los archivos, reparó en que se realizaba un guardado automático cada quince minutos. De la primera carpeta, seleccionó un archivo que se había grabado a las ocho y media de la tarde. Al anochecer.

El ángulo de la cámara mostraba más de la calle y del resto del recinto de lo que ella esperaba.

—Hice que la instalaran así —explicó Peitz—. Estaba seguro de que la policía acabaría apareciendo por aquí tarde o temprano para pedir las imágenes.

—Sus sospechas podrían resultarnos de gran ayuda —dijo Emma, arrastrando el cursor del vídeo hacia la derecha a una velocidad moderada para crear una especie de cámara rápida. Cuando al terminar vio que no aparecía nada sospechoso, cerró el vídeo y abrió el siguiente—. ¿Ha visto usted alguna de estas grabaciones? —preguntó Emma, con la esperanza de ahorrar tiempo.

—No —dijo él con una breve risotada—. No tengo tiempo para esas cosas. Echo un vistazo esporádicamente. Pero si hubiera notado algo, les habría llamado hace mucho.

Seguro que lo habría hecho, pensó Emma, y preguntó: —¿Ha notado algo en el pasado que le hiciera creer que ocurre algo delictivo en el recinto?

—El hecho de que sea propiedad de los rusos ya me parece motivo suficiente.

Si Alex hubiera estado allí, ella habría tenido que hacerle una señal sutil para que se contuviera. De lo contrario, su rebelde interior se habría impuesto de nuevo. En general, Emma no lo consideraba un mal rasgo. Al contrario. Pero a veces, por el bien de la investigación, era necesario saber ignorar los propios principios. En este caso, tenía

que hacerlo para no enemistarse con el jefe de turno. Al fin y al cabo, no tenían una orden de registro.

Diez minutos después, Peitz ya se había disculpado para volver a su trabajo. Eso había sido hace quince minutos, y Emma empezaba a impacientarse. No había encontrado nada y casi había terminado de ver todas las grabaciones. Pronto se vería a sí misma y a Alex en las imágenes, y entonces volverían al punto de partida.

Estaba a punto de cerrar el vídeo cuando notó algo en las sombras junto a las vías. Arrastró el cursor hacia atrás, se acercó a la vieja pantalla y reprodujo el vídeo a velocidad normal. Algo, o más bien alguien, se movía por las vías. Emma no alcanzaba a ver qué estaba ocurriendo. Eran movimientos rápidos y bruscos. ¿Una pelea, tal vez?

Emma minimizó la ventana de la grabación y abrió el siguiente archivo. Aquí también vio dos figuras. La de la izquierda se movió hacia el poste de la luz. Poco después, las luces de todo el recinto se apagaron.

Emma anotó la hora y dejó que el vídeo continuara. Una de las figuras oscuras parecía arrastrar algo grande por el suelo y depositarlo frente al garaje de Leo Strauß. La figura se quedó inmóvil un momento frente a la puerta. Seguramente la estaba abriendo; luego entró en el interior junto con la carga. Justo antes de que la figura desapareciera en el garaje, Emma creyó distinguir a otra persona siendo arrastrada por los brazos o las piernas hacia la supuesta fábrica de cerveza. ¿El cuerpo del barril?

Capítulo 39

—Las huellas dactilares del cadáver que nos habéis enviado —dijo Poll, un colega de la científica, a través del manos libres del coche de Emma— han sido más que suficientes. No ha sido fácil porque falta la capa superior de la piel, pero hemos podido cotejarlas con las de un tal Ole Wissmann. —Poco después, Emma y Alex recibieron una notificación en sus teléfonos del trabajo—. El archivo debería haberos llegado ahora mismo. Antecedentes penales por lesiones graves y violencia doméstica.

—Gracias —dijo Emma y colgó.

Alex abrió el informe y lo ojeó, mientras Emma esperaba impaciente más información.

—Está casado, tiene una hija —dijo Alex—. Joder, vive al otro lado de la ciudad.

—¿Dónde?

—En el número 12 de Am alten Dreisch.

Emma hizo un cambio de sentido en mitad de la calle y condujo en dirección opuesta. El interrogatorio de Leo Strauß tendría que esperar.

Alex activó la luz azul del salpicadero y luego introdujo la dirección en el GPS de Emma.

—Nunca ha cumplido condena. Penas en suspenso en todos los casos —dijo Alex mientras seguía desplazándose por el archivo.

—Al menos hubo condena —dijo Emma.

—Pero difícilmente satisfactoria.

—¿Quién llevó el caso? —preguntó Emma.

—¿Tú qué crees?

—Leo Strauß —dijo ella.

—Pleno.

—Estuvo implicado en los casos de los Sievert y los Wissmann, tiene un libro en su estantería que podemos vincular con la última escena del crimen, había botellas de su cerveza donde se encontró el cuerpo de Adam Sievert, y luego encontramos otra en un barril de su pequeña cervecería —resumió Emma rápidamente.

—Esperemos no encontrar otro cadáver femenino en casa de Ole Wissmann —dijo Alex.

Emma esperaba lo mismo.

***

Había luces encendidas en la casa cuando se detuvieron junto al bordillo. Apenas unas casas más allá, un callejón sin salida marcaba el final de la calle de sentido único.

Alex había apagado la sirena en cuanto la casa apareció a la vista. Si el perpetrador seguía dentro, no querían arriesgarse a que entrara en pánico y matara también al niño antes de escapar. No se tardaba mucho en degollar a dos personas. Especialmente cuando eran más débiles o incapaces de defenderse.

Ojalá no hubieran llegado demasiado tarde; fue el último pensamiento de Alex antes de saltar del coche y correr hacia la casa unifamiliar.

En la puerta principal, bajo el pequeño porche, el sensor de movimiento se activó con un sutil chasquido. De repente todo se iluminó. Alex se cubrió inmediatamente contra la pared, escuchando, pero no oyó nada excepto los pasos de Emma aproximándose.

Las persianas estaban bajadas en las dos ventanas a izquierda y derecha de la puerta. Emma miró a Alex con tono inquisitivo mientras se colocaba a su lado. —¿Y ahora qué? —susurró.

—Tú ve por la derecha, yo iré por la izquierda.

—¿No deberíamos esperar a los refuerzos?

—Llegarán en cinco minutos como pronto. Si sigue dentro, no tenemos tanto tiempo.

—Está bien. —Ella sacó su arma y se puso en marcha.

Alex pasó entre los arbustos bajos, a lo largo de un camino de grava que rodeaba la casa, atravesó un arco de rosas y vio que las persianas de este lado de la vivienda también estaban bajadas. Aquí también había una terraza con baldosas marrones parcialmente agrietadas. La estrecha puerta junto al ventanal estaba abierta. Se sobresaltó brevemente al oír un ruido en el lado opuesto, y solo se relajó un poco cuando vio que era Emma. Si alguien hubiera salido corriendo por allí, al menos no habría huido hacia la calle.

Alex intentó divisar algo en el suelo, manchas de sangre o cualquier otro rastro indicativo de un crimen, pero no encontró nada. La luz del interior no era suficiente para eso, y no quería encender su linterna Maglite.

Hizo una señal a Emma para que le siguiera y le diera cobertura. Ella asintió y se pegó a él mientras Alex se acercaba a la puerta abierta y al salón. Una cortina amarillenta y brillante ondeaba hacia fuera con la ligera corriente de aire, y solo cuando estuvo justo delante pudo ver las manchas de sangre en ella. Su pulso se aceleró. El corazón le latía con fuerza. Extendió la mano izquierda para apartar la cortina.

Entonces oyó un débil gorgoteo; estaba a punto de entrar en la casa cuando algo le agarró por el tobillo. Sobresaltado, apartó la cortina de un tirón y bajó la vista hacia el rostro pálido y manchado de sangre de una mujer, que intentaba desesperadamente taparse la herida del cuello con la mano libre. El rojo se filtraba entre sus dedos, y el rastro de sangre tras ella mostraba que debía de haber gateado unos buenos tres metros desde la mesa de la cocina.

Alex cayó de rodillas y presionó sus manos sobre la herida para detener el sangrado. Pero sirvió de poco. Ella le miró desesperada y luego señaló con debilidad hacia el pasillo. Alex comprendió de inmediato que le estaba indicando por dónde se había ido el agresor. ¿Por la puerta principal? Imposible. Lo habrían oído. En cualquier

dirección que hubiera huido, no podía estar lejos todavía. Debía de haberle cortado el cuello en el momento en que él y Emma llegaban, y luego se dio a la fuga. Pero Alex no podía levantarse y quitar las manos del cuello de Lena Wissmann ahora mismo.

Emma solicitó una ambulancia por radio, luego arrancó la cortina del riel de un tirón, se arrodilló junto a Alex y vendó el cuello de la mujer con la fina tela.

—Ya me encargo yo —dijo apresuradamente.

Alex retiró sus manos manchadas de sangre de debajo de la tela, agarró el arma que había dejado a su lado, saltó y estaba a punto de salir corriendo cuando oyó un golpe sordo y un estruendo en la planta de arriba.

Pasó junto a Lena, con el arma lista, hacia el pasillo, con cuidado de no pisar las manchas de sangre que Lena había dejado atrás. Un tramo de escaleras cerca de la puerta principal, que estaba cerrada, según notó Alex, conducía al primer piso. Si el agresor hubiera huido por ella, habría tenido que cerrarla tras de sí. ¿Podrían haber pasado por alto el sonido?

Alex pasó ante fotos de una familia supuestamente feliz que adornaban las paredes frente a la puerta de un sótano. Probó el picaporte; estaba cerrada.

Al pie de las escaleras, apuntó su arma hacia arriba y avanzó tanteando lentamente. Hubo otro golpe sordo, pero mucho más suave esta vez. Subió rápidamente los peldaños y vio que había un pequeño rellano junto a las escaleras. Varias puertas salían de allí. Una estaba abierta. Alex se dirigió hacia ella. A su derecha, apareció un armario empotrado. Escuchó con atención, pero el leve pitido en sus oídos, herencia de su pasado en una banda de punk, se lo ponía difícil. Aun así, creyó oír algo en el armario de nuevo. Un ligero crujido.

Sin hacer ruido, colocó la mano izquierda en el pomo de la puerta doble. Cada músculo de su cuerpo estaba tenso, luego abrió la puerta de par en par. Un grito de terror hizo que Alex se

estremeciera e inmediatamente bajara su arma al darse cuenta de que estaba apuntando a un niño pequeño. Así que eso era lo que la mujer había estado intentando decirle. Que un niño se escondía aquí. ¿Cuántos años tendría? ¿Cinco o seis, quizá?

—No pasa nada, pequeño —dijo Alex con suavidad, ofreciéndole la mano libre. A lo lejos, oyó las sirenas del coche de patrulla y de la ambulancia acercándose rápidamente—. Soy policía. Estoy aquí para ayudarte a ti y a tu mamá.

El niño no se movió y permaneció en silencio. Solo miró a Alex con los ojos rojos e hinchados de llorar. Una sensación de inquietud invadió a Alex. ¿Se negaba a salir del armario porque sabía que el agresor seguía por aquí en alguna parte? Inmediatamente, Alex se dio la vuelta, inspeccionando las otras habitaciones una a una. —Tú espera aquí y no hagas ruido. ¿De acuerdo, peque?

El niño asintió apresuradamente, luego Alex cerró la puerta y fue hacia la puerta entreabierta que tenía delante. Tomó posición, luego la abrió de una patada y apuntó con su arma al interior de la habitación, que aparentemente servía de dormitorio infantil. Los colores brillantes, la pequeña cuna, el cambiador... todo indicaba que esa habitación estaba habitada por un niño de no más de tres años. Evidentemente, alguien había sacado ropa de la cómoda sin cuidado; los compartimentos bajo el cambiador habían sido vaciados. Uno claramente se había caído y lo habían dejado allí tirado.

De vuelta en el pasillo, revisó el resto de las habitaciones. Estas incluían un baño, el dormitorio principal, una sala multiusos con equipo de gimnasia y un despacho o habitación de invitados llena de cajas de mudanza y una cama estrecha. Pero ningún segundo dormitorio infantil. Abajo solo estaban la cocina, un baño frente al sótano, y eso era todo. Alex sabía que la familia solo tenía una hija, pero entonces, ¿quién era este niño del armario?

Alex enfundó su arma y oyó a los colegas llegar abajo. Se asomó por la barandilla y les gritó: —Aquí Kuper, ni rastro del sospechoso.

Pero he encontrado a un niño aquí arriba. Contactad con los servicios psicológicos, por favor.

—Entendido —respondió una voz femenina joven desde abajo. Alex oyó ruidos que le indicaron que los servicios de emergencia estaban atendiendo a la mujer. Uno de los paramédicos ladraba órdenes cortas con urgencia.

El niño seguía sentado en el armario exactamente como Alex lo había dejado. Guardó de nuevo el arma en su funda y se puso de cuclillas. —Puedes salir. Hay más colegas míos abajo que quieren ayudarte.

El niño no se movió. A Alex le resultó difícil mirarle a los ojos. El rostro de aquella pequeña e inocente criatura irradiaba puro terror mortal. Alex le tendió la mano para ayudarle a levantarse. En silencio y con la mirada fija, el niño la tomó con vacilación tras unos instantes.

Capítulo 40

En el hospital municipal, Emma y Alex habían recibido la noticia de que los médicos no habían podido salvar a Lena Wissmann. El niño aún estaba siendo examinado mientras ellos se dirigían a la comisaría. Hasta ese momento, no había pronunciado ni una sola palabra. Por lo tanto, había sido imposible obtener una posible descripción del autor, y Emma no creía que un niño tan profundamente traumatizado fuera a ser capaz de ayudarlos pronto si ni siquiera podía decirles su propio nombre. Además, no había garantías de que el niño lo hubiera visto. Era muy poco probable, porque si el culpable hubiera sabido de la existencia del niño, seguramente se lo habría llevado también. Al igual que a la pequeña Annabelle Wissmann, de la que no había ni rastro.

Alex se apoyó exhausto contra la estrecha taquilla metálica de la sala de observación y miró pensativo a través del espejo unidireccional a Leo Strauß, que estaba sentado a la mesa intentando mostrar el menor nerviosismo posible.

La sangre de Lena aún manchaba las mangas de Alex; entretanto, solo había conseguido limpiársela de las manos. Emma le miró y luego a Aufderheide, que acababa de entrar en la sala y fue directa al grano sin formalidades: —¿Ha dicho algo ya? —señaló a Leo Strauß.

—No. Estábamos a punto de entrar —dijo Emma escuetamente y le pasó la carpeta que había sobre la mesita delante del ordenador. Aufderheide la abrió y le echó un vistazo rápido. —Bien —dijo tras volver a cerrar la carpeta—. Apretadle.

Le habían informado sobre el cadáver en su garaje, y Emma no sabía si estaba genuinamente sorprendido y conmocionado o si no era más que una actuación para ellos. Solo podía adivinar lo que Alex pensaba al respecto. Este se encontraba apartado de nuevo. Y

aunque Leo Strauß conocía esos juegos psicológicos, sus ojos no dejaban de desviarse hacia Alex, como un tic nervioso.

—No tengo ni idea de cómo ha llegado eso ahí —dijo implorante.

—¿Y qué me dice de su colega? —preguntó Alex.

—No —dijo mirándolo alarmado—, él no haría algo así.

—Entonces solo queda usted —aclaró Emma, girando su portátil para que él pudiera ver la pantalla e iniciando el vídeo de vigilancia.

—Ese podría ser cualquiera —dijo Leo Strauß cuando terminó la grabación.

Emma sacó varias impresiones en color de la carpeta, fotos de la edición de Peter Pan del piso de Leo, y las puso ante él. Señaló la ampliación del precio que había sido pintado encima con un rotulador dorado. —¿Hizo usted esto?

Leo Strauß se inclinó hacia delante para ver mejor. —¿Por qué han hecho fotos de eso?

—¿De dónde ha sacado el libro? —preguntó Alex con dureza.

—De Lothar. Mi mejor amigo, el socio con el que llevo la fábrica de cerveza.

—¿Él le dio este libro? —preguntó Emma.

—No exactamente. Estaba en el buzón, envuelto en papel de periódico.

—¿Y por qué asume que es de su amigo? ¿Había alguna tarjeta con él, tal vez?

Leo Strauß volvió a recostarse y miró alternativamente las fotos y el fotograma del vídeo de vigilancia. —Tenemos una especie de "amigo invisible" durante todo el año; nos regalamos cosas que no nos sirven. Ya ha visto lo que hay en mis estanterías. Yo nunca leería un libro así.

—¿Cuándo exactamente estaba en su buzón? —preguntó Emma.

—Ayer por la tarde. Estaba allí cuando volví de entrenar. ¿Qué tiene de especial el libro, de todos modos?

—Fue robado de la habitación de uno de los niños secuestrados —dijo Emma—. De la casa de la familia Sievert, para ser exactos. Una familia con cuyo caso está usted familiarizado.

—Ese trasto está en casi todos los dormitorios infantiles, ¿no? —intentó desviar Leo Strauß.

—Puede ser —dijo Alex—. Salvo que la niñera de la familia Sievert identificó sin ninguna duda este libro como el de los niños. Ella misma lo compró y pintó encima del precio con un rotulador dorado porque pensó que combinaba mejor con el título dorado.

El semblante de Leo Strauß decayó. Seguramente sabía demasiado bien que las pruebas se acumulaban en su contra. —Miren, no tengo nada que ver con los asesinatos y los secuestros. El asesino tiene que haberme estado espiando para colocar las pruebas.

Alex se separó de la pared y caminó hacia Leo Strauß. —¿Y qué hay de la cerveza? —preguntó Alex.

Emma sacó otra foto de la carpeta, que mostraba las tres botellas de cerveza junto al colchón en la casa del lago de Adam Sievert. —Estas se encontraron donde se descubrió el cadáver de Adam Sievert —explicó Emma.

—No tengo ni idea de cómo han llegado allí.

—¿De verdad? —Alex apoyó las palmas contra el extremo corto de la mesa, entre Emma y Leo Strauß.

—¡No, por supuesto que no!

—¿Sabe cómo nos parece a nosotros? —insistió Alex, poniéndose erguido y cruzándose de brazos sobre el pecho.

—Me lo imagino —dijo Leo casi inaudiblemente, sacudiendo la cabeza y apartando la vista de ambos—. Cuando les hablé del número, ya sospechaba que no habían venido solo a charlar. Han sospechado de mí desde el principio.

—No, bueno, no realmente —aclaró Alex—. No hasta que nos ofreció su cerveza.

—Genial.

—¿Qué se van a encontrar los agentes cuando hayan terminado de poner su garaje patas arriba? —preguntó Alex.

—¡Probablemente incluso más cosas incriminatorias de las que no sé nada!

—¿Qué más? —presionó Alex.

—¡No lo sé!

—¿Pruebas que podrían llevarnos hasta los niños?

—¿Qué? ¡Dios, no! Maldita sea…

—Lo sospechamos de séxtuple asesinato, secuestro de niños y poner en peligro el bienestar de un menor. Además…

—¡Basta ya! ¡Yo no he matado a nadie! Lothar me envió el libro, ¿y se les ha ocurrido que las botellas de cerveza podrían ser suyas?

—Se nos ha ocurrido —dijo Alex—. Dígame, ¿qué hizo realmente en sus vacaciones? ¿Se marchó fuera? ¿O estuvo en casa solo la mayor parte del tiempo?

Leo Strauß lo miró, y su expresión fue respuesta suficiente. Pero sabía que tenía que decir algo para que constara en acta. —Sí, estuve solo la mayor parte del tiempo, aparte de entrenar en el gimnasio. Pero estoy seguro de que eso no será suficiente para exculparme.

—Ya veremos —dijo Emma.

Capítulo 41

LOTHAR Boll, el amigo de Leo Strauß, tenía una coartada sólida. Había estado fuera por negocios las últimas dos semanas.

Emma se sentía como si estuviera en una habitación vacía, a pesar de estar tumbada en el sofá de su acogedor piso. El estado entre la vigilia y el sueño le parecía un avance monótono en medio de un atasco de autopista. Sus pensamientos también estaban estancados y, cada vez que espabilaba, recordaba el hecho de que seguían sin haber avanzado nada. Y cada vez se sentía aún más cansada y destrozada.

Con los párpados pesados, miró la vela aromática que había sobre la mesa de centro frente a ella, consumida a medias. El aroma a miel llenaba el aire cálido; normalmente la habría calmado, pero hoy no. Su cuerpo ansiaba dormir, pero su mente se negaba a descansar. No dejaba de preguntarse qué les habría pasado a los niños, y veía a Lena Wissmann ante ella, sangrando en sus brazos. Emma nunca olvidaría aquella mirada, la forma en que había intentado atraer la atención de Emma y Alex hacia su hija y el niño pequeño; la forma en que les había suplicado que los salvaran a los dos. ¿Sabía Lena Wissmann que su hija ya no estaba allí? Probablemente sí. Emma creyó haberlo visto en sus ojos, junto con el terror mortal que la mujer debió de sufrir.

¿Podrían haber salvado a la mujer? La pregunta la atormentaba. Ni siquiera intentó combatirla. ¿Se sentía Alex de la misma manera? ¿Se estaba culpando? ¿Sería capaz de hablar de ello? Entonces recordó que, tras el interrogatorio de Lothar Boll, él le había preguntado si quería ir a comer algo. ¿Había sido aquello una petición indirecta para hablar de las cosas?

Echó la fina manta sobre el respaldo del sofá y se incorporó. Le escocían los ojos de cansancio. Cogió el móvil, abrió WhatsApp y el

perfil de Alex, y vio que había estado en línea hacía solo unos pocos minutos.

***

Alex en realidad recordaba la segunda parte de *Desaparecido en combate* como algo mejor, aunque no hubiera podido seguir realmente la trama. Era la segunda película que se ponía esa noche en un intento miserable de desconectar y quedarse dormido. De momento, no había logrado ninguna de las dos cosas.

Su teléfono, que estaba junto a él en el brazo del sillón, vibró. Se sintió aliviado al ver que era Emma quien le había escrito. Leyó el mensaje y, aunque no decía más que «¿Tampoco puedes dormir?», supo que había algo más. Tras teclear las primeras letras de una respuesta, decidió llamarla en su lugar.

Ella cogió la llamada al primer tono. —Hola —fue todo lo que dijo, y Alex notó de inmediato que no estaba solo cansada. Sonaba conmocionada y como si sus pensamientos, al igual que los de él, estuvieran en otro lugar completamente distinto.

—Tengo los ojos demasiado cansados para seguir tecleando —dijo Alex.

—Yo también lo prefiero así —dijo ella.

—¿Te estás culpando? —preguntó Alex con cautela.

—Más de lo que puedo soportar.

—No podríamos haberla salvado. Incluso en el hospital nos dijeron que ya era demasiado tarde. La herida era demasiado profunda; ya había perdido demasiada sangre para cuando llegamos.

—Me pregunto si es culpa nuestra.

—¿Porque tal vez nos vio?

—Estoy casi segura de que sí. ¿Tú lo dudas?

—No —dijo él con melancolía.

La conversación con Emma, incluso después de estas pocas palabras, hizo que el nudo en el estómago de Alex se aflojara un poco. Entonces se dio cuenta —y el resto de su cuerpo lo confirmó— de que no había comido nada desde el mediodía. —¿Te importa si como algo mientras hablamos? Probablemente tenga algo de sobras.

—No si me traes algo a mí también —dijo ella.

Alex casi pudo oír la sonrisa que había esbozado. —Normalmente como por dos —dijo—, pero hoy me encantará compartir.

—Qué generoso por tu parte —dijo ella bromeando.

***

Cuando Alex se presentó en la puerta de Emma con una bolsa grande del McDonald's, ella no pudo evitar divertirse y, al mismo tiempo, sentirse bien porque él se hubiera molestado en ir a buscar comida para ella. —¿A eso lo llamas sobras?

—Si les preguntas a un nutricionista, seguro que también lo llamarían así.

—Menos mal que no eres uno de ellos, entonces —dijo ella, abriendo la puerta de par en par y guiándolo hacia la cocina—. ¿Quieres beber algo?

—Ya las traigo —dijo él, dejando la bolsa sobre la mesa de la cocina y empezando a desempaquetarla. Emma se sentó frente a él y miró con cansancio la gran selección de hamburguesas que estaba extendiendo ante ella.

Empezaron a comer; ambos como si estuvieran al borde de la inanición. Después de que ella se hubiera terminado su segunda hamburguesa, preguntó: —¿Has trabajado alguna vez en un caso como este?

—No —dijo él, tragando un bocado grande—. Espero no tener que hacerlo nunca más. ¿Y tú?

—Hubo una historia hace unos años. Nos llamaron como refuerzos a Paderborn. Desapareció una niña pequeña en aquel entonces. Se llamaba Anna. La encontramos tres semanas después en una cuneta junto a la B64.

—Me acuerdo de eso —dijo él pensativo—. Fue el vecino, ¿no?

—Sí —dijo ella, y se quedó en silencio un momento—. Espero de verdad que encontremos a los niños vivos.

—Si tan solo Strauß no mantuviera la boca cerrada... Me encantaría sacarle la verdad a golpes.

—Yo hasta te dejaría. Pero sospecho que seríamos los únicos.

—Y no hay nadie en su círculo que encaje como cómplice. Es hijo único, sus padres llevan ya años muertos y el resto de su familia está repartida por algún lugar del sur de Alemania. Ninguno ha estado por aquí este año.

—Si es que sus declaraciones son creíbles.

—No he hablado con ellos personalmente, pero los compañeros dijeron que no había nada sospechoso.

—No es que estuvieran precisamente encantados de que les encasquetáramos esto. Al fin y al cabo, estamos denunciando a un compañero.

—Con sospechas fundadas —añadió Alex.

—Eso mismo me pasó con tu predecesor.

—Lo sé —dijo Alex sin hacer más comentarios. Su reputación entre sus compañeros se había visto muy afectada después de haber denunciado a su antiguo compañero ante su jefe. Había resultado ser un nazi y, como Emma no había descartado sus comentarios racistas latentes como simples bromas estúpidas, lo había vigilado y seguido hasta una reunión no oficial de Reichsbürger. La mayoría de sus compañeros consideraban que echar a alguien así del cuerpo era lo correcto. Pero el hecho de que hubiera traicionado a su propio compañero no se veía nada bien.

—No hiciste nada malo —dijo Alex—. Ni con ese imbécil fascista, ni con Anna, ni esta noche.

Se sintió bien al oírle decir aquello. —Gracias —dijo ella, sonriéndole.

—No hay de qué —dijo él, y le dio un mordisco a la siguiente hamburguesa.

Después de comer, se pasaron al sofá, hablaron de todo tipo de cosas, principalmente de música y de lo estrepitosamente que Emma había fracasado de niña cuando se suponía que debía aprender a tocar la flauta dulce. No se podía sacar ni una nota limpia de aquel chisme. Y luego le contó que no había visto ni una sola película de Chuck Norris.

Era la primera vez que hablaban de asuntos privados durante tanto tiempo. A Emma le pareció que ya hacía mucho que aquello era necesario. Y no veían el momento de terminar. Ninguno de los dos pegó ojo en toda la noche y, sin embargo, Emma se sentía más descansada de lo que se había sentido en días cuando partieron juntos hacia la comisaría.

Capítulo 42

A LA mañana siguiente, mientras los primeros rayos de sol bañaban el hospital con un suave resplandor, Alex y Emma llegaron a la planta de pediatría. Jan Reiling, el retratista de la comisaría, se había reunido con ellos a las puertas del hospital. Caminaron juntos por el pasillo, donde Kira Neuhaus, una de las psicólogas del centro, se acercó a recibirlos. La esbelta pelirroja, con personajes de Disney tatuados en los antebrazos, se detuvo ante la puerta de una habitación con expresión preocupada. —Ha empezado a hablar, pero todavía está muy frágil y solo quiere hablar con Alex —explicó en voz baja.

—Ese soy yo —dijo él, al darse cuenta de que ella no sabía cuál de los dos hombres era Alex, ya que solo se habían presentado por sus apellidos.

—Estaré presente durante la conversación —dijo Kira Neuhaus—. Soy consciente de la importancia de la información, pero su estabilidad psicológica es la prioridad.

—Me parece bien —dijo Alex de forma cortante, pero amable.

—¿Ha dicho algo ya sobre el crimen? ¿O ha revelado quién es? —preguntó Emma.

—No. Solo que quiere hablar con Alex. Supongo que fue usted quien lo encontró.

—Correcto —dijo Alex, haciendo un gesto a Kira Neuhaus para que pasara primero, pero ella no se movió.

—Creo que es mejor que su cara sea la primera que vea cuando entremos en la habitación. Y usted... —miró hacia Emma— ...puede entrar también. Pero no hablará con usted, así que, por favor, manténgase en un segundo plano.

Emma asintió y Alex dijo: —De acuerdo. —Luego respiró hondo y agarró el pomo de la puerta.

—Llámenme si me necesitan —dijo Jan Reiling.

Emma le dedicó un asentimiento de agradecimiento y entró en la habitación con Alex y Kira Neuhaus, donde la luz tenue y el zumbido bajo de los tubos fluorescentes sobre el cabecero de la cama creaban un silencio casi fantasmal. El niño yacía pálido y pequeño en la gran cama de hospital, con los ojos muy abiertos y atentos mientras estudiaba a los dos investigadores.

Alex se acercó con suavidad, se sentó al lado de la cama y relajó su postura para parecer menos intimidante. —¿Querías hablar conmigo?

El niño asintió brevemente, desviando la mirada repetidamente hacia Emma, que se había sentado en una silla a los pies de la cama.

—Esta es Emma —explicó Alex—. Estamos aquí para ayudarte, ¿vale?

Su voz era suave, casi un susurro, y su sonrisa cálida pero reservada.

Alex observó cómo el niño asentía despacio, con las manos jugueteando nerviosamente con el edredón.

—¿Quieres empezar diciéndome cómo te llamas? Tú ya sabes los nuestros. —Alex se esmeró en elegir palabras que fueran especialmente delicadas y apropiadas para un niño.

—Mika.

—¿Eres el hermano de Annabelle?

Sacudió la cabeza. —Es mi prima.

—¿Así que Lena y Ole son tus tíos?

Asintió imperceptiblemente, mirando con tristeza el grueso edredón a la altura de sus pies.

—¿Por qué estabas en su casa tan tarde a mitad de semana? ¿No deberías estar en la guardería?

—Ya estoy en primero —corrigió a Alex.

Alex sonrió. —Vaya. ¿Ya eres así de mayor?

—Sí.

—Muy bien —comenzó Alex de nuevo—. ¿Por qué seguías allí tan tarde?

—Mi mamá tenía que trabajar. Un compañero está enfermo.

—¿En qué trabaja tu mamá?

—Lava a viejitos y cosas así —dijo él.

—¿Es cuidadora?

—¿Se llama así? Entonces sí.

—¿Y cómo se llama tu madre?

—Mamá. —Miró a Alex, desconcertado.

—Me refería a su nombre de verdad.

—Linda —dijo Mika—. Linda Röher.

—¿Y tú eres Mika Röher?

—Sí —dijo, con tono de orgullo.

Emma se levantó discretamente de su silla. Alex vio que ya tenía el móvil en la mano. No hacía falta que le dijera que iba a intentar localizar a su madre. Una vez que cerró la puerta tras de sí, Alex volvió a centrar su atención en el niño.

—Sé que esto es difícil para ti. Pero es realmente muy importante que nos cuentes lo que viste u oíste ayer por la tarde. Cada pista podría ayudarnos a encontrar a tu prima.

—Vale —dijo él, encogiendo las rodillas contra el pecho y rodeándolas con sus delgados brazos. Alex apenas podía soportar la visión, pero no podía apartar la mirada. Tenía que mantenerse fuerte, por el bien del niño.

—Ya no tienes que tener miedo. El hombre que le hizo eso a tu tía no podrá volver a hacerte daño.

—¿De verdad?

—Te lo prometo. Estás a salvo.

—¿Me protegerás?

—Yo y mis amigos. Y tengo un montón. El hombre que viste ayer, el malo, no pasará por encima de nosotros.

—¿Porque vais armados?

—Seguro que eso ayuda. —Alex sonrió—. Pero sobre todo porque nos mantenemos unidos. Igual que tú y yo. Si me cuentas todo lo que sabes, encontraremos a tu prima juntos.

El niño vaciló, mirando a la psicóloga, que le dedicó una sonrisa de aliento. —Yo también formo parte del equipo —dijo ella con dulzura —. Cuéntale lo que sepas.

—Entró en la casa —empezó en voz baja, con la voz temblorosa—. Estaba jugando al escondite con la tía Lena. Annabelle ya estaba en la cama. Ella es pequeña, y yo soy mayor. Tengo permiso para quedarme levantado hasta más tarde que ella.

—¿Estuviste en el armario todo el rato?

—Sí. Oí a la tía Lena gritándole a Annabelle. Normalmente nunca lo hace. Luego oí al hombre, y cuando quise mirar, Annabelle pasó por delante del armario. No sé cómo sabía ella que yo estaba allí escondido. Me susurró que me quedara dentro, que había un hombre malo en casa.

Una lágrima corrió por la mejilla de Mika, que él ignoró o ni siquiera notó. Miraba incesantemente el edredón, intentando poner en palabras lo que había sucedido.

—¿Qué pasó entonces?

—No oí nada durante un rato. Luego la tía Lena gritó, pero no muy fuerte. Como si estuviera gritando contra una almohada.

Puede que el agresor le hubiera tapado la boca o hubiera presionado de verdad una almohada contra su cara. Fuera lo que fuese, Alex no quería imaginar nada más.

—Luego sonó como si cayeran palillos al suelo. Como en ese juego donde sostienes los palillos y luego los sueltas.

—¿El mikado?

—Creo que sí.

La descripción bastó para evocar una imagen en la mente de Alex: un bloque de cuchillos volcado sobre la encimera, con el contenido esparcido por el suelo. Habían encontrado uno de los cuchillos un poco más lejos, hacia el salón. Presuntamente, Lena había intentado defenderse con él pero no lo había logrado. En cualquier caso, los forenses no habían podido encontrar sangre en él. Otra historia eran las huellas de calzado ensangrentadas que salían hacia la puerta principal. El mismo dibujo que en casa de los Müller. Zapatillas Nike, tal como Gräfe había sospechado.

—Y luego no oí nada durante mucho tiempo. Hasta que los pasos se acercaron. —Mika se encogió todavía más contra sí mismo.

—Está bien —dijo Alex, poniendo una mano amable sobre su hombro. Podía sentir el temblor del niño y casi juraría que sentía los latidos de su corazón.

—¿Pasaron los pasos por tu lado? —preguntó Alex, lo que solo provocó que Mika temblara con más violencia. Entonces el niño asintió.

—¿Pero no pudiste verlo? —preguntó Alex.

—Lo vi.

Alex dio un respingo de sorpresa. —¿Cómo?

—Tenía mucho miedo. Y Annabelle estaba llorando. Solo quería mirar... y abrí la puerta del armario una rendijita. Allí estaba el hombre. Estaba buscando algo en el cuarto de Annabelle y se dio la vuelta. Y entonces vi su cara por un momento y me asusté todavía más.

—Uno de mis amigos está esperando fuera, se le da muy bien dibujar. ¿Te gustaría decirle cómo era el hombre? El dibujo nos ayudará a encontrar a Annabelle.

—Vale —dijo el niño, con la voz ahogada por las lágrimas.

Alex fue a la puerta e hizo pasar al retratista que esperaba fuera.

Jan Reiling trabajó con rapidez y con un detalle impresionante. Y con cada descripción que el niño daba del hombre (el pelo ralo, las facciones demacradas, la barba de pocos días), los ojos del niño se llenaban de lágrimas, y en Alex se agitaba la sensación de que ya había visto a ese tipo antes. Jan Reiling estaba dibujando la zona de los ojos cuando Alex lo recordó. Lo había encontrado en el ayuntamiento; se había unido al grupo de búsqueda en el caso de la desaparición de los niños Müller. Y también había estado involucrado en los problemas de los Sievert.

—¿Es este el hombre que viste en casa de tu tía ayer por la tarde? —comprobó Alex, deseando en secreto que no fuera cierto. No solo se lo había encontrado; había hablado con él.

Con un leve asentimiento, el niño confirmó la pregunta de Alex, y en ese momento la habitación pareció quedarse aún más quieta, el aire vibrando con la rabia y la desesperación que se habían apoderado de Alex sin piedad.

—Eres muy valiente —dijo—. Realmente nos has ayudado con esto.

Alex salió a toda prisa de la habitación y divisó a Emma a unos metros, de pie en el pasillo hablando por teléfono. Se precipitó hacia ella y ella bajó el móvil. —¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Conozco al hombre —dijo atropelladamente—. Es Michael Junghans.

—¿El tipo del juzgado?

—¡Maldita sea, sí! —soltó Alex.

—No podías haberlo sabido —dijo Emma, como si le hubiera leído el pensamiento.

—Eso no me sirve de nada ahora —dijo él, saliendo del hospital furioso. No solo necesitaba aire fresco; necesitaba un momento a solas para maldecir su propia ceguera.

Capítulo 43

El equipo táctico ya debería estar allí. «Maldita sea», pensó Alex. Había tenido razón al sospechar que el culpable se había mezclado con los voluntarios. Pero el hecho de que resultara ser el mismo hombre con el que había hablado lo hacía aún peor. ¿Había señales, viéndolo ahora con perspectiva, que hubiera pasado por alto? Desde que salieron a toda prisa del hospital con las sirenas azules encendidas hace siete minutos, se había estado repitiendo la breve conversación una y otra vez, y cuanto más lo hacía, más seguro estaba de que se le había escapado algo. Era ilógico, por supuesto, y no ayudaba a nadie pensar de esa manera, pero no podía evitarlo en ese momento. Deseaba fervientemente que los niños siguieran vivos y estuvieran con él. Necesitaban dos minutos más antes de detenerse frente a su piso. El equipo táctico ya estaba allí y derribaría la puerta para asaltar el piso en los próximos segundos.

Cuando llegaron, dos coches patrulla ya habían acordonado la zona y mantenían a raya a los vecinos curiosos con sus teléfonos inteligentes. En el trayecto, Alex le había contado a Emma lo de su encuentro. Habían pasado los dos últimos minutos del viaje en silencio. Alex saltó del coche casi antes de que Emma hubiera frenado y corrió hacia la entrada, donde algunos miembros del equipo táctico ya se dirigían hacia él.

—¿Y? —preguntó.

—Vacío —dijo el oficial al mando, apartándose con Alex para dejar que los demás salieran en fila—. No ha habido nadie allí en semanas. Los muebles siguen ahí, pero no hay rastro que sugiera que alguien entre y salga a diario.

—¿Ningún rastro en absoluto? —insistió Alex.

—Bueno, la nevera está vacía, no hay vajilla usada, los cubos de basura están vacíos. Polvo por todas partes. Lo siento, amigo. —Le dio una palmadita a Alex en el hombro y se unió a su equipo.

Alex respiró hondo mientras Emma subía las escaleras para reunirse con él. —Mierda —le dijo—. No está aquí.

—¿Entramos de todos modos? —preguntó ella.

—No es que tengamos otros planes —dijo él, siguiéndola a través de la puerta reventada hacia el interior del piso después de haberse puesto los calzos y los guantes.

Era exactamente como había dicho el compañero. No había estado nadie allí en mucho tiempo. Incluso en el baño, no había señales de que nadie se hubiera duchado o siquiera lavado las manos brevemente hace poco.

La cama del dormitorio estaba hecha. En el armario encontraron unos cuantos trajes, y Alex recordó que Michael llevaba uno de esos trajes en el ayuntamiento. Así que debía de venir aquí de vez en cuando, al menos para recoger algo de ropa.

Alex pulsó el interruptor de la luz del armario, lo que encendió unos focos en la parte superior —uno de los cuales parecía ligeramente rayado— y una retroiluminación tras los estantes. Empujó las prendas de la barra hacia la izquierda, luego hacia la derecha. No había ningún compartimento secreto ni nada parecido detrás o debajo de ellas. Revisó los bolsillos de los pantalones, chalecos y chaquetas, pasando también la mano por el dobladillo inferior. Pues, aunque no solía llevar trajes así, sabía lo rápido que podían desgastarse los bolsillos. Solo hacía falta guardar una llave una vez para que se hiciera un agujero. Y, en efecto: algo crujió en el dobladillo de una chaqueta. Pasó el dedo índice por el bolsillo y notó un pequeño agujero. Sacó la chaqueta de la percha, le dio la vuelta y rasgó el forro. Cayó un trozo de papel arrugado. Lo desdobló.

—Un resguardo de recogida —dijo en voz alta.

—¿De qué? —preguntó Emma, situándose a su lado.

—De la tintorería Wong's, en Schildescher Straße. Alex tomó una foto con su teléfono del trabajo y se la envió al equipo de la judicial de guardia, pidiéndoles que averiguaran si iba allí con regularidad.

Con suerte, quizás iba una vez a la semana el mismo día para dejar la colada y recoger las prendas limpias. Apenas acababa de enviar el mensaje cuando sonó el teléfono de Emma. Respondió y le hizo una señal a Alex para que se acercara.

—Le pongo en altavoz —dijo ella.

—Muy bien —dijo Aufderheide—. No lograba ubicar al sospechoso, para ser sincera, a pesar de que ha trabajado en varios de mis casos. Sobre todo en segundo plano y más por correo electrónico que mediante presencia física real. Dimitió hace cinco semanas; no sabemos qué está haciendo ahora. Sin embargo, tiene una hermana. Les envío la dirección; un coche patrulla ya está en camino. ¿Han encontrado algo en el piso?

—Un recibo de una tintorería. Nada más.

—Dejen eso para la científica. Bajetzky, por favor, vaya a casa de la hermana; y Kuper, si no le importa, me gustaría pedirle que se reúna conmigo en el Tribunal de Distrito. Ya he convocado a los compañeros que trabajaron con Junghans. Sospecho que sus casos anteriores podrían revelar algo sobre sus posibles próximas víctimas.

Capítulo 44

Observo desde una distancia prudencial cómo los agentes de policía entran en el edificio y, después, sin duda, en mi piso. Oculto tras los cristales tintados de mi coche, siento que el pulso se me acelera con cada segundo que pasa. Ha faltado poco, maldita sea. Si hubieran venido solo una hora más tarde, me habrían atrapado.

Mi respiración se acelera de nuevo al imaginar cómo se mueven metódicamente de habitación en habitación. Buscan algo, pero no encontrarán nada. Y, sin embargo, ¿cómo se han dado cuenta de que era yo tan rápido?

Se suponía que debían sospechar de Leo Strauß y arrestarlo; ese era el plan. Un movimiento táctico perfecto. Hace siglos que no tengo nada que ver con él, pero por aquel entonces... sí, por aquel entonces estábamos juntos a menudo. Las botellas de su cerveza que todavía tenía por casa servían para cimentar las sospechas contra él en la casa del lago. Una distracción perfecta. Además, estaba el libro que le había echado por el buzón; pensé que eso bastaría.

Pienso en los agentes que están en mi piso, en cómo lo están revolviendo todo, tomando muestras, fotografiando cosas. Esperan encontrar algo, pero sé que no tendrán éxito. No descubrirán ni una sola cosa que los lleve directamente hasta mí o hasta mi nueva familia. Ni una sola cosa.

Al arrancar el coche, respiro hondo y me alejo. Soy plenamente consciente de que no me queda mucho tiempo. La próxima mujer debe ser la mujer perfecta. Y ya sé quién va a ser.

Capítulo 45

FALTABA poco para las once de la mañana cuando Sarah Junghans, la hermana de Michael, dejó entrar a Emma en su piso.

—Siento molestarla tan temprano —dijo Emma al pisar las baldosas de alto brillo del recibidor, mientras sus compañeros del coche patrulla la esperaban abajo.

—No se preocupe. Trabajo desde casa —dijo Sarah, cerrando la puerta tras Emma. Pasó por su lado y señaló de frente a través de la puerta abierta hacia un salón que, incluso desde allí, parecía más grande que todo el piso de Emma—. Tiene una casa preciosa —dijo Emma, y lo decía en serio. Cada mueble parecía haber costado el sueldo mensual íntegro de Emma.

—Gracias —dijo Sarah, sentándose en el lado largo de un sofá modular con capacidad para al menos diez personas. Emma se sentó en el extremo corto, que aun así era lo bastante grande como para estirarse por completo. El cuero blanco se sentía de maravilla. Emma no recordaba haberse sentado nunca en nada tan cómodo.

—No ha sido precisamente comunicativa por teléfono, ni me ha dado una razón por la que sus compañeros uniformados lleven varios minutos en doble fila ahí fuera —dijo Sarah finalmente, y de repente se puso en pie de un salto—. Perdone. ¿Le apetece beber algo?

—No, gracias —dijo Emma con educación, ante lo cual Sarah se sentó de nuevo. A través de la gran mesa de centro ovalada, miró a Emma por encima de sus documentos de trabajo y entrecerró ligeramente los ojos. El sol acababa de salir sobre los tejados y, en este día por ahora despejado, volvería a calentar la ciudad sin piedad.

Mientras tanto, Emma miró a su alrededor. Por todas partes, incluso sobre el sofá rodeando a Sarah, había documentos y papeles. Un ordenador portátil cerrado descansaba sobre una pila de

expedientes en la mesa de centro, con unas gafas de lectura encima. Emma volvió a mirar a Sarah. Su cabello castaño oscuro estaba veteado de blanco y gris. Su aspecto esbelto no parecía frágil; más bien se antojaba dura y de algún modo fría. Distante.

—Se trata de su hermano —dijo entonces Emma.

—¿Le ha pasado algo? —preguntó Sarah, totalmente carente de emoción, lo que desconcertó a Emma. Recuperó rápidamente la compostura y explicó: —Nada de eso, pero su nombre ha surgido en un caso en el que estamos trabajando actualmente.

—¿Y no puede darme más detalles?

—Se trata de un séxtuple asesinato y un secuestro de menores.

Normalmente, a Emma no se le habría permitido revelar tal información, pero como sospechaban que su autor tenía un cómplice, necesitaba ver la reacción. Pero Sarah no dijo nada. En cambio, tras unos momentos, se levantó bruscamente, lo que hizo que Emma se preparara para un ataque. Pero no hubo tal. Con aspecto algo apático, Sarah caminó hacia una mesa auxiliar cerca de la chimenea. Allí había varios tipos de whisky. Sarah cogió una de las botellas y vertió un poco del líquido ambarino en un vaso ancho, se lo bebió de un trago, lo rellenó y se sentó de nuevo. Emma se preguntó si la mujer tenía un problema con el alcohol. Era raro beber licores tan fuertes tan temprano, y además con tanta naturalidad. Parecía un signo de algún problema grave.

—¿Tienen pruebas o meras sospechas? —preguntó entonces.

—Tenemos un testigo que vio a su hermano en una de las escenas del crimen —dijo Emma.

—¿Cómo saben que era mi hermano? ¿Ese testigo tomó fotografías?

—Nos dio una descripción. —Emma sacó el móvil del trabajo y le mostró la foto a Sarah.

Ella la miró, pero siguió pareciendo completamente impasible—. Hay que reconocer que existe un cierto parecido. No obstante,

podría ser con la misma facilidad cualquier otra persona que casualmente se le parezca un poco.

—Mi compañero también se ha cruzado con él una vez y está seguro de que es su hermano. —Emma volvió a guardar el teléfono.

Sarah inspiró y espiró profundamente. Se quedó mirando más allá de su sofá por la ventana, hacia el panorama de la ciudad. Luego dio otro trago de su vaso.

—¿Mantiene contacto habitual con su hermano? —preguntó finalmente Emma.

—Nos escribimos esporádicamente por WhatsApp. No se puede decir que sea algo habitual. A veces no sabemos nada el uno del otro durante semanas, y la última vez que hablamos por teléfono fue seguramente hace varios meses.

—¿Le llamó algo la atención? ¿Se ha comportado de manera diferente a la habitual en las últimas semanas o meses? ¿Quizá ha estado más retraído o incluso agresivo?

En la mirada de Sarah, o eso creyó Emma, se produjo después de todo un ligero cambio. Al parecer, su pregunta había desencadenado algo en ella. Emma dudaba de que esta mujer, que se mostraba tan desapegada, fuera a contarle algo sobre los asesinatos incluso si sabía algo, pero quizá pudiera aprender algo sobre Michael Junghans que les ayudara a comprenderle mejor.

—Probablemente no sepa lo de Yvonne —dijo Sarah tras un periodo de silencio—. Era la novia de mi hermano.

—¿Le dejó hace poco? —preguntó Emma. Quizá también podría interrogar a esta Yvonne. Necesitaban urgentemente pistas cruciales sobre dónde tenían retenidos a los niños.

—Sí —dijo Sarah, agitando ligeramente el whisky en su mano antes de darle un sorbo. Apretó los labios brevemente y luego continuó hablando—. Pero no de la forma que usted cree. Falleció.

Con eso, cualquier esperanza de obtener información más profunda se esfumó por el momento.

—Tenía cáncer; luchó contra él durante casi dos años, pero al final, perdió. —Sarah sonrió, como si recordara algo hermoso a pesar de esta terrible historia—. Era muy fuerte y no dejó que nadie le quitara su cálida sonrisa, ni siquiera en sus últimos días. Lo que lo hizo aún más difícil para mi hermano. Fueron pareja durante más de veinte años.

—¿Y no estaban casados? —preguntó Emma, aunque tenía claro que hoy en día eso se consideraba casi anticuado.

—Michael y yo aprendimos valores distintos con respecto al matrimonio que la mayoría de la gente.

—¿Tiene usted pareja? —preguntó Emma.

—No. Tengo cosillas de vez en cuando, pero nada permanente. Y así es como me gusta.

—Si no le importa, me gustaría saber más sobre esos valores respecto al matrimonio —dijo Emma.

—¿Para que pueda elaborar un perfil de mi hermano?

—Usted cree que sospechamos del hombre equivocado.

—Lo creo, en realidad. Pero también creo que se aclarará rápidamente.

—Ayudaría que nadie intentara ponernos trabas.

—¿Arrojaría usted a su hermano a los lobos?

—¿Ha sido intencionada la metáfora?

—Oh —dijo Sarah—. Ha sido solo una frase hecha, pero aun así un poco inapropiada. Veo las noticias.

—¿Se debe eso a la acusación contra su hermano, o a que está sopesando qué contarnos y qué no?

—Se está arriesgando mucho, y en mi propia casa. Podría simplemente echarla y demandarla por calumnias.

—Es libre de hacerlo. Al igual que yo soy libre de llevarla a comisaría por obstrucción de una investigación en curso.

Sarah inspiró y espiró pesadamente, sin decir nada durante un buen rato.

—¿Está unida a su hermano? —preguntó Emma.

Sarah la miró. Su mirada hablaba por sí sola. Le habría encantado echar a Emma, pero algo en su interior se lo impedía. Emma podía verlo. Pero ya no tenía más paciencia para tales juegos.

—Hay vidas en juego. Las vidas de niños pequeños que ni siquiera han empezado el colegio —dijo Emma con dureza.

—Soy consciente de ello —respondió, como si fuera una nota a pie de página sin importancia, y apartó su atención de Emma para volver al panorama de la ventana.

—¿De verdad quiere ser corresponsable de la muerte de más personas inocentes?

—¿Inocentes? —dijo casi de forma inaudible, apretando los labios hasta formar una fina línea blanca.

—Su hermano obviamente no está bien. Haga lo correcto, hable conmigo.

—¿Va a decirme ahora que también quiere ayudarle a él?

—De verdad que sí —dijo Emma—. Pero sobre todo, quiero ayudar a los niños.

—A nosotros nadie nos ayudó entonces tampoco —reflexionó ella —. Solíamos ser inseparables —dijo entonces, sonando de pronto agotada—. Y teníamos que serlo.

—¿Qué quiere decir con eso? —quiso saber Emma, sentándose de nuevo.

—Nuestro padre no era precisamente lo que se dice un buen padre o marido. —Vació el vaso de un trago y lo miró pensativa—. Nos pegaba, obligaba a mi madre a hacer cosas que ella no quería. Me asusta pensar en lo alegre que estoy de que muriera cuando yo solo tenía diez años.

—¿Cómo murió?

—Se cayó por las escaleras estando borracho. —Colocó el vaso sobre la mesa y lo alejó de sí. Luego volvió a reclinarse en el asiento y continuó—. Yo no lo vi, solo lo oí. Era plena noche. Todos nos despertamos por ello y, cuando fuimos a mirar, estaba tirado al pie de la escalera en nuestra antigua casa con el cuello roto. —Se quedó mirando el vaso un momento más y luego miró a Emma por encima de él—. Fue un alivio para todos. Nuestra madre debería haberle dejado mucho antes, pero no podía. Ni siquiera se atrevía a denunciarle.

Emma conocía de sobra esa triste realidad. Los centros de acogida de la zona estaban siempre desbordados y, aun así, nadie hablaba de ello. Cuántas veces habían tenido que acudir sus compañeros a esos lugares porque otro marido violento había localizado a su mujer. Incluso había foros en internet donde se solicitaba y compartía tal información. Pero prohibirlos y cerrarlos solo llevaba a que se creara uno nuevo de inmediato.

—La muerte de Yvonne acabó por romper a mi hermano.

—¿Cuándo falleció ella?

—Hace seis meses.

—¿Estaba al corriente de que su hermano hace cinco semanas que no aparece por el trabajo?

—No —dijo ella.

Sus ojos, tristes y fríos de un modo extraño, no dejaban escapar a Emma.

—¿Tiene más preguntas, o puedo volver a mi trabajo?

—¿No está preocupada por su hermano? —intentó Emma, jugando la baza emocional.

—Claro que estoy preocupada. Lo estoy desde que éramos niños. Casi se pensaría que yo soy la hermana mayor y que tenía que cuidar de él.

—¿Tiene hijos?

—No —dijo ella, casi con timidez, pero enseguida recuperó la compostura—. Si los tuviera, no viviría en este piso tan bonito ni tendría ni remotamente el éxito que tengo ahora.

—¿Tiene hijos su hermano?

—No —dijo—. ¿Por qué es eso tan importante?

—Usted sigue las noticias, ¿verdad? —dijo Emma.

La mirada de Sarah se volvió asertiva y fría de nuevo—. Incluso si mi hermano hubiera asesinado a esas personas, algo que sigo sin creer, estoy segura de que no le ha tocado ni un pelo a esos niños.

—Díganos dónde está.

—No lo sé —dijo tajante.

Emma sostuvo su mirada, y la exigencia tácita de que abandonara el piso fue inconfundible. Emma se levantó sin apartar los ojos de ella—. Seguro que volveremos a verla.

—Hágalo. Y cuente con el hecho de que no diré ni una palabra más sin mi abogado. Y si encuentran a mi hermano, lo mismo se aplica a él.

Capítulo 46

PARA Alex, el Juzgado de Primera Instancia a la hora del almuerzo, bañado por la amarillenta luz del techo, difícilmente habría podido parecer más desolador o inhóspito. En el control de seguridad, el aspecto amable de los guardias había resultado casi grotesco en comparación con el resto del entorno. Como un chiste en un funeral.

Alex avanzó a grandes zancadas por el pasillo aparentemente interminable flanqueado por salas de vistas, frente a cuyas puertas se encontraban las dos o tres sillas vacías en las que se había sentado tantas veces anteriormente. El pasillo giraba a la derecha, y entonces vio a dos personas esperándole fuera de una pequeña sala de reuniones. Sin duda eran los compañeros de Junghans. Aufderheide estaba presumiblemente todavía en su despacho. Saludó a ambos con la debida formalidad e inmediatamente llevó al primer colega a la sala de personal que le habían facilitado para las entrevistas.

Alex tenía hambre, estaba incluso famélico, y tontamente había confiado en que encontraría algo parecido a una máquina de aperitivos allí. Pero teniendo en cuenta lo anticuado que parecía todo, realmente no debería haberle sorprendido que tal comodidad moderna no se encontrara por ninguna parte.

Alex se sentó a una de las mesas cerca de una ventana, a través de la cual podía ver el lúgubre patio del viejo edificio. ¡Menuda vista magnífica! No era de extrañar que los funcionarios de este edificio no fueran precisamente conocidos por su amabilidad y buen humor.

Frente a él se sentaba Thomas Petermeier, a quien Alex calculó unos años más que él mismo, aunque tuvo en cuenta que las personas que trabajaban allí no veían mucho la luz del día y, por tanto, podían parecer mayores de lo que eran. El espeso cabello pelirrojo de Petermeier se erizaba en mechones. *Look de recién levantado,* pensó Alex.

—¿Sabe de qué trata esto? —dijo Alex, yendo directo al grano.

—La fiscal jefe Aufderheide nos ha puesto al corriente.

Esa era presumiblemente la versión oficial y prolija; cualquier otra persona se habría limitado a un simple sí.

—¿Cómo le ha resultado trabajar con Michael Junghans? —comenzó Alex su lista de preguntas preparada.

—Para ser sincero, me resultaba muy agradable. Una sonrisa incierta se extendió por su rostro. Como si algo en ello le hiciera sentirse incómodo—. Probablemente debería confesar que no soy exactamente un trabajador nato.

Thomas Petermeier estaba haciendo honor a su profesión, le habría gustado decir a Alex, pero debido a su falta de sueño y al correspondiente estado de ánimo, solo logró una ligera mueca. —¿Le endosaba usted tareas a él? —preguntó en su lugar.

—Dicho así suena más negativo de lo que era. Prácticamente las pedía a gritos. Lo que más le gustaba era estar en los archivos; desaparecía por allí con regularidad. Ni siquiera lo he visto nunca aquí en la sala de personal. Fichaba puntualmente y no acumulaba horas extras, y prefería trabajar solo y era absolutamente fiable. No sé cómo se las apañaba con todo el trabajo sin hacer horas extras, pero lo hacía. No importaba cuánto se apilara en su escritorio.

Si no desperdiciaras medio día bebiendo café, harías más cosas, pensó Alex. —Por la forma en que lo cuenta, parece como si no hacer horas extras fuera algo inusual —dijo en voz alta.

—Lo es. Todo el mundo las hace aquí. Lo bueno es que nos las pagan. Por cierto, puedo declarar nuestra conversación aquí como un gasto extra. —Sonrió como si acabara de compartir un consejo sobre «Cómo hacerse rico rápidamente».

—¿Llegó a quedar con él alguna vez fuera del trabajo? —Alex ignoró el comentario.

—Lo intenté al principio, pero pronto me di cuenta de que buscaba una excusa cada vez y, en realidad, simplemente no estaba

interesado.

—¿A qué cree que se debía? ¿No buscaba contacto social?

—No en el trabajo, en cualquier caso. Lo que hiciera en su vida privada, no lo sé. Intenté sacarle algo de vez en cuando. Pero nunca entraba al trapo.

—¿Por qué era eso tan importante para usted?

—No lo era, realmente —dijo evasivo—. Oh, en cierto modo sí. Simplemente me siento más cómodo cuando sé con quién trabajo todos los días.

—Ya veo —dijo Alex—. ¿Ni siquiera venía a las fiestas del personal o cosas así?

—Sí, venía. Pero nunca duraba más de una hora de cortesía. Y tampoco bebía nada. De alguna manera, ahora que lo digo todo en voz alta así, era un poco bicho raro, ¿verdad?

—¿Hay algo más que le lleve a esa conclusión?

Thomas Petermeier frunció los labios y miró al techo. Una pose de pensamiento exagerada, casi ensayada. Luego dijo: —¿No es suficiente con eso?

No, pensó Alex. A ojos de Alex, aquello casi hacía que el sospechoso de asesinato y secuestro de menores pareciera más normal que muchas otras personas.

Marieke Spengler era una presencia inquieta. Con cada paso que daba hacia Alex, parecía sentirse cada vez más incómoda. Quizá fuera solo porque tenía que hablar con un inspector, o quizá sabía algo que preferiría haberse callado.

La mujer robusta de unos cuarenta y tantos años con el pelo corto estilo «mullet» se sentó frente a él casi con vacilación. —¿Está bien entonces? —preguntó, pillando a Alex desprevenido por un momento.

—¿Se refiere a Michael Junghans?

—Sí, de él se trata esto, ¿no?

—Su compañero me dijo que Aufderheide les había informado de todo.

—Dijo que llevaba desaparecido unas semanas y que ustedes intentaban encontrarlo.

Claro, pensó Alex. ¿Por qué iba Aufderheide a decirle a todo el mundo que se le buscaba por un séxtuple asesinato y secuestro de menores? Sin embargo, a buen seguro no pasaría mucho tiempo antes de que sus compañeros de trabajo vieran el retrato robot en las redes sociales o en las noticias. Alex decidió ceñirse a la información que Aufderheide había compartido. Menos mal que no se le había escapado nada en esa dirección con Thomas Petermeier.

—Sí, en efecto estamos intentando encontrarlo. Y por eso estamos entrevistando a sus colegas ahora. ¿Lo conocía usted personalmente? —preguntó Alex.

—Él me consiguió el trabajo aquí. Más concretamente, fue su novia quien se lo pidió. Yvonne. —Una sonrisa triste apareció en su rostro al mencionar su nombre. Luego procedió a explicar que la novia de toda la vida de Michael había desarrollado un cáncer y había muerto. Durante su breve relato, su inquietud había dejado paso a un dolor profundo. Solo había logrado pronunciar las últimas palabras con la voz entrecortada. Se secó el ojo derecho con la palma de la mano—. No diré que fuera mi mejor amiga, pero era una buena amiga, y lo era desde el colegio. Era una persona de gran corazón. Lo que le pasó no es justo.

—Siento mucho su pérdida —dijo Alex con sinceridad, pensando que podría haber encontrado aquí un desencadenante que podría haber llevado a Michael Junghans a cometer sus actos—. ¿Cree que podría tener algo que ver con su desaparición?

—No lo sé. Después de su muerte —bueno, desde que quedó claro que no iba a sobrevivir a la enfermedad—, su estado de ánimo fue empeorando cada vez más.

—¿Cómo se manifestaba eso?

—No creo que los demás lo notaran. Seguía siendo muy reservado, se limitaba a hacer sus cosas como de costumbre. Era solo la expresión de su cara. Totalmente inexpresivo. Frío. Misterioso, de alguna manera.

—¿Volvió a verle fuera de la oficina después de que su amiga falleciera?

—No, solo nos veíamos socialmente si yo tenía planes con Yvonne. Puede que intercambiáramos algunas palabras entonces, pero realmente no lo suficiente como para decir que lo conocía.

—¿Nunca hablaba con su amiga sobre su novio?

—Con Yvonne, siempre era como si todavía estuviéramos en el colegio. Por la sensación de ello. Como si no existiera nada más que nuestra amistad. ¿Sabe a qué me refiero? Por lo que respecta a los chicos, o más tarde a los hombres, siempre era muy reservada, casi mojigata si me pregunta a mí.

Alex sabía exactamente a qué se refería, y la historia de Yvonne, su enfermedad y la profunda amistad que Marieke compartía con ella le recordaron a Alex a su propio antiguo mejor amigo, que había desarrollado leucemia y muerto a los catorce años. La culpa de no haberle visitado en el hospital ni una sola vez volvía a brotar en su interior. Pero no pudo hacerlo entonces y, si era sincero consigo mismo, no podía decir con certeza si habría sido capaz de hacerlo hoy.

—La vi por última vez dos días antes de que muriera. Michael no se había apartado de su lado ni un segundo, pero me dejó a solas con ella sin que tuviéramos que pedírselo. Debe de haber sido un compañero realmente maravilloso. Eso era lo único que ella decía sobre su relación: cuánto lo amaba, qué grandioso y generoso era. Especialmente considerando el tipo de padre que había tenido.

Alex se espabiló. —¿A qué se refiere con eso?

Ella le contó sobre la muerte de su padre, y que Michael siempre había dicho que se lo merecía. Marieke creía que Yvonne había maldecido en secreto al padre de Michael por no querer que se

casara. —Ella lo seguía queriendo más que a nada en el mundo. O a todos los demás antes que a él, aunque en realidad no hubo muchos de esos.

—¿Llegó Yvonne a mencionarle eso a Michael, o incluso a insinuarlo?

—No lo creo. Solo me dijo una vez que pensaba que era una lástima que él no le hubiera propuesto matrimonio todavía. Pero de eso hace una eternidad.

—¿Sabe algo más sobre él? —preguntó Alex.

—Sigue amando a Yvonne, y creo que siempre lo hará y que esta herida nunca sanará.

Alex sentía algo muy parecido, solo que a un nivel diferente. Trató de dejar a un lado el sentimiento y concentrarse de nuevo en lo que era importante en ese momento: encontrar a los niños que aún tenían sus vidas por delante. Podría preocuparse por su pasado una vez que él y Emma hubieran cerrado finalmente el caso.

—Todo lo que querían era envejecer juntos. Con sus hijos.

Alex se puso alerta al instante. El corazón roto, el deseo de tener hijos que se le había negado a él y a su novia... ¿podría ser eso motivo suficiente para que apartara a niños de padres que, en su opinión, no los cuidaban lo suficientemente bien? Luego estaba su propia infancia difícil con el padre violento que se había caído por las escaleras estando borracho... ¿Podría ser que el padre fuera en realidad su primera víctima? El hecho de haber perdido su ancla y todo lo que apreciaba en Yvonne podría haberle llevado a creer que ahora podía simplemente tomar lo que quisiera porque tenía derecho a ello, porque había pasado por tanto y ahora merecía la felicidad. A los ojos de Michael, los asesinatos de los padres podrían haber sido justos, exactamente como el de su propio progenitor. Con su muerte, la familia podría vivir en paz. ¿O era su madre también una de esas mujeres que siempre tenían la mala suerte de enamorarse de capullos? ¿Acaso había habido padrastros en su vida que también fueran violentos? Todo esto podría haberle impulsado a liberar su

rabia contenida, especialmente porque no tenía nada más que perder tras la pérdida de la única persona en su vida a la que había amado.

Capítulo 47

Fuera seguía haciendo calor, y Alex esperaba sentado en uno de los bancos de metal desconchados, junto a la entrada principal del Juzgado de Primera Instancia, a que Emma apareciera por fin en Niederwall para ir juntos a ver a la madre de Michael Junghans.

Mientras ella iba de camino a su encuentro, Alex y Emma se pusieron al día.

—Espero —dijo Emma— que su madre pueda contarnos algo más.

—Siempre que esté en condiciones de hacerlo —señaló Alex.

—Que esté en una vivienda tutelada no significa que tenga demencia.

—Es verdad. Es solo que *C'est la vie* se especializa en pacientes con demencia.

—No lo sabía.

—Como músico, acabas conociendo muchos sitios —dijo Alex.

—¿Tocaste allí alguna vez?

—Sí, como parte de una pequeña gira benéfica. —Un pitido sonó en la línea. Alex miró su móvil—. Es Aufderheide.

—Vale, cógelo, total, ya casi he llegado —dijo ella, y entonces Alex la vio girar en Niederwall y conducir hacia él.

Aceptó la llamada mientras se levantaba y caminaba hacia la calzada.

—¿Está Bajetzky con usted? —le llegó la voz de Aufderheide al oído.

—En cinco segundos —dijo él, abriendo la puerta del pasajero del coche de Emma justo cuando ella se detuvo junto al bordillo. Se montó de un salto y puso el altavoz—. Ya —dijo, sosteniendo el teléfono entre él y Emma.

—Creo que vamos por el buen camino —dijo Aufderheide.

—Nosotros también lo sospechamos. Pero aún no estamos del todo seguros —dijo Emma.

—Bueno, ¿qué han averiguado?

Emma y Alex la pusieron al corriente de los resultados de sus interrogatorios. Alex subrayó, no obstante, que los colegas de Michael Junghans no habían tenido mucho que contar sobre él y que, por el momento, todo se basaba en pruebas circunstanciales.

Cuando informaron a Aufderheide sobre su siguiente paso, ella dijo: —Hagan eso; tal vez su madre pueda darnos una pista crucial si la hermana se muestra tan hermética. Si la madre no les ayuda a avanzar, tienen mi permiso para citar a la hermana en comisaría.

—Entendido —dijo Emma.

—He hecho una búsqueda rápida en todos los archivos de los últimos dos años usando palabras clave de todo tipo —continuó Aufderheide—, y he encontrado bastante. Demasiado para que podamos procesarlo todo. Junghans trabajó en muchísimos casos y, según nuestros registros de archivo, pasó allí más tiempo de lo habitual en las últimas semanas antes de su dimisión.

—Estaba obteniendo información sobre sus víctimas —dijo Alex—. Ya sospeché algo así cuando uno de sus colegas mencionó que prefería trabajar en los archivos.

—¿En cuántos casos trabajó exactamente? —preguntó Emma.

Aufderheide soltó un suspiro de derrota. —He dejado de contar cuando iba por cien.

Capítulo 48

LLEVABAN cinco minutos sentados en la pequeña habitación de Anette Junghans en el *C'est la vie;* a sus sesenta y ocho años, aparentaba bastante más edad. Según la enfermera, Gitte Göries, que estaba apoyada contra la puerta con los brazos cruzados vigilándolo todo de cerca, Anette Junghans llevaba ya seis años allí. Había desarrollado demencia a una edad inusualmente temprana, había comentado la enfermera antes de explicar: —A Anette Junghans le faltan los últimos treinta años y su memoria a corto plazo tampoco es de las mejores. Sin embargo, tiene frecuentes momentos de lucidez en los que vuelve al presente—. Fuera de la habitación de la paciente, había añadido: —Y a menudo confunde las caras. Así que no se sorprendan si los toma por otras personas. Amigos o familiares. Lo mejor es que simplemente le sigan la corriente—.

Los sillones alrededor de la mesita junto a la ventana en la habitación de Anette Junghans eran cómodos. Alex y Emma se habían sentado en ellos, mientras la propia paciente permanecía al pie de su cama hecha, balanceando las piernas. Llevaba el pelo recogido en un moño y vestía un camisón blanco y zapatillas de felpa.

—¿Qué era lo que querían saber? —preguntó, no por primera vez —. Lo siento. A veces se me olvidan las cosas.

—No se preocupe, no pasa nada —dijo Emma con paciencia. Sentía lástima por la mujer. Ya le costaba recordar las cosas más sencillas, y de repente aparecían dos extraños y empezaban a interrogarla sobre su hijo.

—Su hijo ha desaparecido y estamos intentando encontrarlo. Nosotros...

—¿Ha desaparecido? No le habrá pasado nada, ¿verdad? —preguntó. Sus ojos grises miraron a Emma, llenos de pesar. Entonces

Emma tuvo de pronto la impresión de que la mujer miraba a través de ella, o que veía a alguien totalmente distinto.

—Eso no lo sabemos —dijo Emma.

—Oh, Dios mío. ¿Cómo puedo ayudarles entonces?

—¿Hay algún lugar al que su hijo pudiera haber ido para estar solo? Podría ser algún sitio de su infancia.

—¿A qué se refiere? —preguntó ella.

—¿Un parque, quizá? ¿Una vieja casa en un árbol en el bosque?

—Me refiero a qué quiere decir con infancia. Solo tiene diez años. Uno no es un adulto a esa edad.

Emma miró a Alex, suplicando ayuda en silencio. Él le asintió amablemente y tomó el relevo del interrogatorio.

—Tiene toda la razón. Y usted misma es demasiado joven para tener un hijo adulto —Alex sonrió con encanto.

Anette pareció halagada, pero también un poco cohibida. —Bueno, hago ejercicio con regularidad y bebo mucha agua.

—Desde luego, se nota —dijo Alex—. Yo hago lo mismo.

—Sí, ya lo veo —dijo ella, devolviéndole la sonrisa.

—Gracias —dijo Alex, aunque le estaba costando mucho ocultar su creciente impaciencia. Debido a los conciertos que había dado en lugares así con su mejor amigo Torben, se había encontrado con señoras y caballeros mayores en más de una ocasión. Las conversaciones con pacientes con demencia siempre requerían un tipo especial de paciencia. No podías simplemente despacharlos tan rápido como a los fans en un pub irlandés o en cualquier otro bar. Había que escuchar con atención para encontrar una vía de entrada. Normalmente, él lo conseguía a través de las canciones, y ahora recurrió a esos momentos, intentando actuar como si acabara de bajar del escenario.

—Su hijo es realmente un chico guapo —dijo Alex, señalando una de las fotos sobre la cómoda frente a la cama, que también sostenía un viejo modelo de televisor de pantalla plana pequeño. Aunque ni

Michael ni su hermana parecían especialmente felices, Anette radiaba de alegría al mirar las fotos. Su marido también aparecía en dos de ellas; era el único que reía. Llevaba pantalones de traje, una camisa holgada y tirantes. Estaba demacrado, muy parecido a Michael Junghans, y al compararlo con el retrato robot, el hijo era la viva imagen de su padre.

—Sí, realmente lo es —dijo ella—. Se parece mucho a su padre. ¿Viene mi marido a visitarme otra vez mañana? —le preguntó a la enfermera.

—Por supuesto —dijo la enfermera con una sonrisa forzada.

Esto iba a ser más difícil de lo esperado. Anette Junghans no solo asumía que su hijo aún era un niño, sino también que su marido seguía vivo.

—¿Podría decirle entonces que no me encuentro bien? —le pidió a la enfermera.

—Lo haré —respondió ella. En estos centros, siempre les daban la razón a los pacientes, recordó Alex. Si los pacientes notaban por sí mismos todo lo que habían olvidado, a menudo sufrían ataques o colapsos. Eso era algo que Emma y Alex no podían arriesgar ahora mismo. El tiempo se agotaba. Tenían prisa, pero en este caso, no podían permitirse precipitarse.

—¿Ha tenido alguna bronca con su marido? —preguntó Alex.

—Perdone, pero eso no es asunto suyo —dijo la anciana con firmeza.

—Somos de la policía y solo queremos ayudarla a usted y a sus hijos —dijo Alex con tono tranquilizador.

Anette lo miró, intimidada, casi temerosa. —¿De la policía? Yo no les he llamado.

—Simplemente estamos preocupados por usted y por sus hijos. Puede que su hijo haya desaparecido porque se está escondiendo de su padre. Si puede decirnos dónde podría haber buscado refugio,

entonces podremos cuidar de él y de su hermana. Su marido ya no les hará más daño.

—De todas formas no podrá hacerlo —dijo ella distraída—. Está muerto.

—Lamento oír eso —dijo Alex.

—No tiene por qué. Es lo mejor. Le rezaba a Dios todos los días, y al final me escuchó. Siempre le decía que el alcohol sería su muerte, y eso fue exactamente lo que pasó.

—Nos hemos enterado de eso —dijo Alex, siguiéndole la corriente.

Si Anette Junghans se encontraba en el presente o en la época poco después de la muerte de su marido se aclararía con la siguiente pregunta. —¿Cuánto tiempo hace de eso?

—Ya hace una buena temporada. Unos treinta años. No hemos vivido allí durante tanto tiempo. Michael tenía catorce años cuando ocurrió el accidente.

—¿Fue testigo de ello? —preguntó Alex.

—¿Del accidente? No lo sé —miró con nerviosismo alrededor de la habitación—. Oímos un estruendo y, cuando fui a mirar, él estaba tendido al pie de la escalera. Y Michael estaba arriba.

—¿Cree que había tenido alguna bronca con su padre? —preguntó Alex.

—Siempre estaban discutiendo, y nunca terminaba bien para Michael.

—¿Y usted? ¿También discutía con su marido?

—Yo no me atrevía a replicarle... Lo intenté una vez, hace mucho tiempo... Michael no tiene la culpa de la muerte de su padre. Él mismo fue el responsable. Dios le castigó porque nadie más lo hacía.

—Pero si su hijo estaba arriba de la escalera, ¿seguramente es posible que viera caer a su marido? —preguntó Alex con cautela.

—Es posible, sí, ya estaba allí cuando yo llegué... —dijo ella, y luego miró de pronto a Alex con tristeza—. ¿Ha dicho que ha

desaparecido?

—Sí —dijo Alex—. ¿Hizo eso después del accidente también? ¿Simplemente desaparecer durante unos días?

—¿Después de qué accidente? —preguntó ella, pareciendo genuinamente sobresaltada. Había vuelto de nuevo al pasado.

Pero Alex sabía cómo manejarlo. —Nos han hablado de sus moratones en el colegio de Michael; los profesores están preocupados por él porque lleva unos días faltando—. Si tal incidente había ocurrido realmente, Alex no lo sabía. Simplemente esperaba averiguar algo sobre un posible escondite.

—Pobre chico. Ojalá pudiera ayudarle. Pero estoy demasiado débil.

—Por eso estamos aquí. Para ayudarla. Y a sus hijos.

—¿Está bien Sarah?

—Ya estamos cuidando de ella. Está a salvo.

—Gracias.

—¿A dónde va Michael siempre que quiere quitarse de en medio de su padre?

—Le gusta ir al parque. Hay una pendiente con muchos árboles. Pueden ir en trineo allí en invierno. Y en verano, a menudo están en la casa del árbol. Cuando Michael quiere algo de paz, siempre está allí —ya no parecía preocupada en absoluto—. Por eso no siempre lo busco de inmediato. Al igual que después de que muriera su padre. No lo vi en días después de aquello, pero sabía dónde estaba y no me preocupé por él. Podía ver el parque desde la ventana de la cocina, ¿sabe?

Capítulo 49

Mientras me acerco al bloque de seis pisos en el crepúsculo, en una calle donde una casa es idéntica a la siguiente, me detengo un momento y escucho. Me aproximo con cautela a la puerta principal. Esta vez no tengo llave, pero me haré pasar por un repartidor; seguro que entonces alguien abre la puerta.

Se enciende la luz del portal. Bien, pienso, podré entrar discretamente cuando se abra la puerta. Me hago a un lado y espero. Pero al ver quién abre la puerta, me doy cuenta de que mi plan no va a funcionar. Es ella, la mujer que elegí. Debía ser la Elegida.

—Venga, vamos —dice ella—, llegamos tarde.

—Mami, no quiero. Estoy cansada —oigo decir a la niña.

—¿Papá ha pedido pizza seguro? —pregunta su hermano.

—Sí, y si no nos damos prisa, se enfriará.

¿Van a casa de su padre? Esto no es bueno. No entiendo por qué ha vuelto con él. Ya había roto la relación. Pero precisamente para eso la seleccioné yo. Para salvarla de cometer otro error terrible y para proteger a sus hijos de su padre violento.

Miro por encima del hombro. Agarrando a ambos niños de la mano, cruza la calle a toda prisa hacia su coche. No se ha fijado en mí en absoluto. Bien. Entonces no comprobará si alguien la sigue. Mi coche está aparcado cerca; no le quito la vista de encima mientras ayuda a los niños a entrar y sube ella misma. Para cuando arranca el motor, ya he llegado a mi propio vehículo. El corazón me late con un ritmo salvaje mientras la veo alejarse.

Impulsado por una ardiente sensación de necesidad, la sigo. Tiene que ser esta noche. La ciudad pasa veloz ante nosotros, un fugaz mosaico de luces y sombras.

La idea de volver a fracasar, de perderla antes de tener siquiera la oportunidad de mostrarle mi mundo, es insoportable. Por eso la sigo a través de la noche que cae, cada uno de nosotros atrapado en sus propios pensamientos y temores, ella ajena a que nuestros destinos están ahora indisolublemente entrelazados.

Entonces pienso en los niños. Si llegan allí antes que yo, seguro que se aterrorizarán al ver toda esa sangre en el salón.

Capítulo 50

Era muy común que los perpetradores regresaran a los lugares de su infancia. Por ello, Emma y Alex esperaban encontrar alguna pista en su antigua casa familiar que pudiera ayudarlos. En el reflejo de la oscura puerta principal, Emma vio que Alex vigilaba por encima del hombro el parque infantil de enfrente mientras el sol poniente se despedía del día tras los árboles. Cuando unos pasos se acercaron a la puerta, él se volvió de nuevo.

La puerta se abrió y una mujer joven con aspecto somnoliento, ataviada con un albornoz que lucía el emblema de Gryffindor de Harry Potter, los miró a ambos con los ojos entrecerrados por el cansancio. — ¿Quiénes son ustedes?

Los dos se presentaron, lo cual no motivó a Christine Habermann a dejarlos entrar. — ¿Va en serio? —preguntó indignada—. Llamamos hace más de una semana.

—¿Con respecto a qué? —preguntó Emma.

—¿Es broma? ¿No están aquí por el mirón?

—Tal vez sí —dijo Alex, mostrándole una foto reciente de Michael Junghans.

—Sí, exacto, es ese.

—¿Podemos pasar? —preguntó Emma.

—Claro —dijo ella con irritación, echándose a un lado.

Los investigadores siguieron a la mujer hasta un pequeño salón lleno del desorden típico de una familia con un niño.

—¿Cariño? —llamó ella desde el salón hacia las escaleras. No muy fuerte, presuntamente para no despertar al niño.

Un cansado «¿Sí?» les llegó de vuelta desde arriba.

—¿Quieres bajar, por favor? Por fin está aquí la policía.

—Vale.

Se dirigió a los dos investigadores, que seguían de pie en medio de la habitación. —No hace falta que se queden ahí plantados —dijo, sentándose en el sofá y encogiendo las piernas lo suficiente para cubrirlas con su albornoz.

Emma se sentó. Alex permaneció de pie y echó una mirada furtiva alrededor. Momentos después, entró un hombre que también vestía un albornoz de Harry Potter, aunque con el emblema de Slytherin. Parecía que eran fans acérrimos.

—Ya era hora —dijo él, sentándose junto a Christine.

—¿Están casados? —preguntó Alex.

—No. Gero Mertens. Soy su pareja —se presentó.

—¿Y el padre biológico de la niña? —preguntó Alex, echando un vistazo a unas cuantas fotos de vacaciones enmarcadas.

—No. No es que importe. ¿Qué van a hacer con el tipo que merodea por aquí? Es ese tipo, ¿verdad? —preguntó, volviéndose hacia su pareja. Ella asintió lentamente—. Bien. ¿Lo han encontrado y detenido?

—Lo estamos buscando y estamos aquí para hacerles unas preguntas —dijo Emma.

—¿Eso es todo lo que hacen? Ya hemos respondido a todas esas preguntas.

—No a nosotros —dijo Emma.

—Lo de siempre. De verdad —dijo Gero Mertens—. ¿Para qué pago impuestos?

—¿Cuándo fue la última vez que vio al hombre? —Para asegurarse, Emma le mostró la foto que Alex acababa de enseñarle a su pareja.

—Hace una semana. Estaba en el parque infantil. Mi hija... es decir, Lara, vino corriendo hacia nosotros toda emocionada y preguntó si podía jugar con el "señor tan simpático". Salí de inmediato, y entonces lo vi desaparecer entre los árboles. Fui tras él, por supuesto, pero no pude encontrarlo.

—¿Y después de eso han informado a la policía? —preguntó Emma.

—Sí, obviamente —dijo él con petulancia.

—¿Pero ya estaba bastante lejos cuando lo vio?

—Aun así lo reconocí —interrumpió el hombre a Alex.

—¿Porque lo habían visto cerca antes? —preguntó Emma.

Gero miró a Christine y le indicó que hablara ella. —La primera vez incluso llamó a nuestro timbre —explicó ella—. De eso hace unas cinco semanas, creo. Tal vez seis. Definitivamente hacía un calor de muerte aquel día. Dijo que se le había averiado el coche y preguntó si podía usar el teléfono. No lo dejé entrar.

—¿Le pareció extraño? —preguntó Emma.

—¿Usted qué cree? ¿Quién no lleva hoy en día un móvil encima para llamar a la asistencia en carretera?

—¿Qué pasó entonces?

—Le dije que no podía ayudarle. Dijo que lo entendía. Que él, de ser mujer, tampoco abriría la puerta a nadie si el marido no estaba en casa. Fue amable, y solo después de cerrar la puerta me pregunté cómo sabía que Gero no estaba. Él sale de casa a las seis de la mañana, nunca conduce hasta el trabajo, siempre viene a buscarlo Pascal. Solo tenemos un coche, y si pasa algo con la pequeña, tengo que tener movilidad.

—Ya veo —dijo Emma, preguntándose si esta familia podría estar también en la lista de Michael Junghans. El hecho de que vivieran precisamente en su antigua casa familiar podría aumentar aún más su motivación.

—La otra vez estaba en el parque infantil —continuó la mujer—. Pude verlo desde la ventana de la cocina. Estaba allí sentado, mirándome fijamente. Me aparté, pero una hora después seguía sentado allí, embobado mirando la casa. Todo el tiempo sonreía; me asustó. Y cuando se acercó a nuestra niña la semana pasada, esa fue la gota que colmó el vaso.

Alex se sentó junto a Emma. — ¿No lo han vuelto a ver desde entonces?

—No —respondió Gero—. Y si vuelve a aparecer por aquí, le reviento la cara.

—Hasta ahora, no ha hecho nada que justifique un delito penal —señaló Alex—. La próxima vez, será mejor que nos llamen.

—Ya. ¿Y vendrán de verdad, verdad? Con ustedes tiene que ocurrir un crimen antes de que reaccionen.

Alex no dijo nada más al respecto. No se podía discutir con gente que tenía esas opiniones preconcebidas. Aunque lo que decía el tipo no fuera del todo falso. A menudo, la policía tenía las manos atadas si alguien se comportaba de manera vagamente amenazadora pero no cometía ningún acto ilegal. Sea como fuere, aquí actuarían. Estos dos no sabían nada de su acosador, y mucho menos que era sospechoso en varios casos de asesinato; y aunque a Emma no le pareciera que encajaran en su perfil de víctimas, organizaría que la casa estuviera vigilada las veinticuatro horas del día. Alex seguramente lo vería de la misma manera. —Les proporcionaremos protección policial —dijo Emma mirando a Alex, quien asintió brevemente.

—¿Y cómo será eso? —preguntó Gero con irritación—. ¿Un coche de patrulla haciendo sus rondas dos veces al día?

—No —dijo Emma con firmeza—, varios agentes estarán en las inmediaciones de su casa las 24 horas del día, manteniéndola bajo vigilancia.

El hombre se quedó sin palabras. Aunque solo fuera un momento. —Ya veo. Pero no me digan que lo están haciendo solo por nosotros. Es obvio que lo han estado buscando durante un tiempo. — Probablemente aún no había visto las noticias recientes, ya que los carteles de búsqueda llevaban circulando unas pocas horas.

—¿A quién le compraron esta casa? —preguntó entonces Emma.

—Pertenece a mis padres —dijo Christine sorprendida—. La compraron hace más de treinta años y luego nos la dejaron a

nosotros. Hace cinco años, ellos se mudaron a un piso en la ciudad.

—¿Por qué es importante eso? —intervino Gero.

—El hombre al que buscamos vivió aquí hace más de treinta años —dijo Emma.

—Maldita sea —dijo Gero—. ¿Qué pasa, descuartizó a toda su familia aquí o algo así?

—No —dijo Emma—. Pero es posible que aquí encontremos pistas que nos ayuden a encontrarlo.

En lugar de dirigirse al coche como hizo Emma, Alex cruzó la calle de vuelta al parque infantil. ¿Pensaba que Michael Junghans estaba allí? ¿Que los estaba observando? Emma no podía quitarse de encima la sensación de que unos ojos invisibles los miraban fijamente, pero no creía que pudiera ser Michael Junghans. Se les había escapado por poco cuando intentaron salvar a su última víctima. Ciertamente no estaría al acecho por aquí en algún lugar, pensando que podría abatirlos con un cuchillo.

No obstante, Emma soltó el cierre de su funda mientras seguía a Alex hacia el parque infantil.

—Espera —dijo dándole alcance—. ¿De verdad crees que está aquí?

—No —dijo Alex—, pero si tiene un refugio por aquí cerca, espero encontrar en él algo que nos permita avanzar.

—No creo que haya dejado pistas o pruebas que lo condenen.

—Tal vez. Pero de algún modo me parece extraño. El libro de Peter Pan, la conexión con los parques infantiles y la teoría de que quiere darles a los niños una infancia más feliz, una más feliz de la que él tuvo, y luego el hecho de que viene aquí regularmente. Debemos encontrar algo.

Alex subió por una ladera cubierta de maleza, registrando la zona con su linterna Maglite. Emma lo seguía, mirando por encima del

hombro repetidamente para asegurarse de que no los seguían ni los pillaban por sorpresa. — ¿Pero por qué específicamente aquí?

—Los Niños Perdidos vivían en casas en los árboles.

—Quizás —dijo Emma.

—Nunca lo has leído, ¿verdad? —preguntó Alex.

—No.

—¿Conoces las películas?

—No —dijo ella con inseguridad.

Alex sacudió la cabeza. —Cuando esto acabe, vamos a organizar noches de cine con regularidad. —Alex pasó por encima de una raíz gruesa e iluminó con su linterna un árbol grande—. Ahí —dijo entonces.

Emma vio que había restos de algo que, con mucha imaginación, podría haber sido una casa en un árbol.

Alex se detuvo frente al árbol. Iluminó de arriba abajo el tronco y luego caminó lentamente a su alrededor.

—¿Me vas a decir qué es lo que buscas? —preguntó ella, escudriñando también el árbol con la esperanza de encontrar algo. Pero no había nada que ver aparte de palabras obscenas talladas de forma tosca en la corteza; solo unos pocos peldaños rotos más arriba, por los que habría sido imposible trepar.

—Aquí —dijo Alex, y Emma rodeó el árbol para mirar el punto de luz de la linterna. Unas cuantas tallas más nuevas cubrían una significativamente más antigua que apenas era visible. Solo la reconoció a segunda vista. Era un círculo con otro pequeño en el centro. Tallados a lo largo de los bordes interiores estaban los nombres de Michael y Sarah. ¿Podría haber sido este el escondite común de los hermanos Junghans? Si era así, ¿por qué su madre solo había hablado de Michael?

—En la historia, es ahí donde están escritos los nombres de Peter, Wendy y sus hermanos.

—Has leído ese libro muy a fondo —dijo Emma, impresionada.

—Ayer le eché un vistazo rápido otra vez —admitió él—. Ese símbolo es algo así como una llave allí dentro. Tienes que girarlo, y entonces se abre un pasadizo secreto a un escondite para protegerse de los malvados adultos.

—Entonces deberíamos volver a su piso —dijo Emma—. Tal vez el símbolo esté oculto en algún lugar de allí también. El equipo de forenses no le habrá prestado atención a algo así.

—Especialmente porque algo así no se habría colocado donde fuera fácilmente visible para todos —apuntó Alex.

Capítulo 51

El piso de Michael Junghans era un testimonio de su amor por su difunta compañera. Emma ni siquiera se había dado cuenta la primera vez. Los colores estaban todos armoniosamente coordinados; los muebles, la decoración, todo tenía un toque femenino, y Michael no parecía haber cambiado nada desde la muerte de ella. Resultaba asombroso cómo podía cambiar un entorno una vez que se conocían más detalles sobre el trasfondo de las personas que vivían allí. Por el contrario, no había absolutamente nada que dijera nada sobre Michael. No había señales de aficiones u otros intereses. Quizá se había despojado de todo lo suyo para sentir mejor la presencia de su mujer, para convencerse de que ella seguía a su lado.

Emma registró primero el armario del trastero; no solo miró en cada caja, sino que lo apartó todo para revisar los estantes y las paredes, cualquier lugar donde pudiera haber dibujado un símbolo. Pero no encontró nada, así que volvió a ponerlo todo en su sitio, cerró la puerta y miró por el pasillo hacia Alex, que estaba iluminando cada rincón del salón.

Llevaban allí dos horas y seguían sin encontrar nada. Alex incluso había levantado las alfombras, pero el suelo de laminado marrón oscuro que había debajo era solo ligeramente más claro que el resto; por lo demás, no había nada inusual. Preguntarle si ya había encontrado algo era redundante, así que Emma se dirigió al dormitorio.

La cama de matrimonio estaba hecha. Decorada con esmero, con una buena docena de cojines y una colcha. La iluminación allí era más bien escasa. Emma vio que había una hilera de focos sobre el armario, que ocupaba casi toda la pared tanto de ancho como de alto. Allí fue donde Alex había encontrado el recibo, aunque no los hubiera llevado a ninguna parte.

Deslizó la puerta derecha del armario hacia el centro y vio el pequeño interruptor en el marco. Lo accionó. Se encendieron las luces de arriba y también varias del interior del armario. Tenía un aspecto elegante, con cada estante iluminado desde atrás y las barras de colgar desde arriba. La ropa estaba cuidadosamente doblada. A primera vista, estaba claro que aquel era el lado del armario de la mujer.

Emma abrió la puerta del centro. No le sorprendió en absoluto que la mujer también hubiera ocupado gran parte del espacio de allí. El lado izquierdo, sin embargo, estaba claramente reservado solo para Michael.

Alex parecía estar moviendo muebles en la habitación de al lado. ¿Tendrían que hacer lo mismo con aquel enorme armario? Estaba a punto de volver a cerrarlo cuando notó algo en uno de los focos superiores. Era uno de los tres de la hilera, pero era distinto. Emma entrecerró los ojos, pero no lograba distinguir qué era. El cristal sobre la bombilla parecía estar rayado. Miró a la izquierda, a la parte exterior del armario, y apagó el interruptor. Sus ojos tardaron un momento en adaptarse hasta que las imágenes residuales de las luces se desvanecieron. Encendió su Maglite y apuntó al foco de la derecha. Ahora veía que no eran simples arañazos. Había algo grabado en el cristal. Emma no alcanzaba a ver exactamente qué era y tampoco llegaba al foco.

—¿Podrías venir un momento, por favor? —llamó hacia la puerta abierta. El movimiento de muebles en la habitación de al lado cesó de golpe y oyó los pasos de Alex acercándose al dormitorio.

—¿Has encontrado algo? —preguntó mientras se ponía a su lado e inspeccionaba el armario abierto.

Ella iluminó el foco. —Dime, ¿puedes quitar eso con cuidado, por favor?

Para Alex no fue un problema llegar al foco. Ni siquiera tuvo que ponerse de puntillas. Con un suave clic, soltó el cristal y se lo entregó a Emma. Ella lo sostuvo como un sacerdote sostiene una

hostia y lo iluminó con la Maglite. Alex miró por encima de su hombro.

—Como en la corteza —dijo Alex.

—Parece que hemos encontrado el interruptor del escondite secreto —dijo Emma, mirando más de cerca.

Dos círculos y los nombres de Michael, una Yvonne tachada, encima ponía Sarah y... había otro nombre. Emma no terminaba de distinguirlo; se acercó el cristal a los ojos. —¿Isabelle? —dijo entonces.

Le pasó la pieza a Alex. —Yo también diría eso.

—Quizá es como querían llamar a su hija —dijo Emma.

Alex guardó la prueba en una bolsa de plástico.

Emma escaneó entonces la mitad superior del armario con la Maglite. —Espera un momento —dijo Alex de repente. Salió a toda prisa y regresó con una silla de la cocina. Emma se hizo a un lado y de pronto se encontró de espaldas a la ventana, lo que le produjo una sensación de inquietud. ¿Estaría él ahí fuera, mirándolos? ¿En este preciso momento? Se arriesgó a echar un vistazo por encima del hombro mientras Alex tanteaba la parte superior del armario. —Tiene que haber algo aquí.

Emma se volvió hacia Alex, que seguía tanteando sobre el armario. Pasó la mano por el lugar donde estaba la luz y se detuvo. —He encontrado algo —dijo entonces—. Algo así como un pequeño tirador. Se apoyó contra el borde superior con la otra mano y finalmente levantó una tabla que pudo dejar a un lado fácilmente. Un compartimento secreto en el que encontró papeles. Le tendió un fajo a Emma. —Creo que hay más. Sacó unas cuantas hojas más y luego se bajó de la silla.

Emma empezó a extender los papeles sobre la cama de matrimonio que tenían delante. Eran copias de expedientes judiciales en los que se habían tachado las sentencias, allí donde las había. Bajo nombres desconocidos, también encontraron los de las víctimas, junto con fotos pequeñas que habían sido pegadas. Emma

aún estaba a mitad de clasificarlo todo cuando Alex cogió una hoja y la miró con incredulidad.

—¿La conoces? —preguntó Emma, mirando el nombre. Silke Stresemann.

—Es mi hermana —dijo Alex, apenas en un susurro.

Emma salió corriendo de la casa tras Alex con los documentos apresuradamente recogidos hacia su coche aparcado junto al bordillo. Lo abrió con el mando y se sorprendió cuando Alex se precipitó al lado del conductor y se sentó al volante sin mediar palabra, con el teléfono en la oreja. Naturalmente, estaba intentando localizar a su hermana por teléfono, pero hasta ahora solo había saltado el contestador.

Alex cogió las llaves y arrancó el coche; salieron disparados, Emma encendió la sirena azul y ya estaban recorriendo la ciudad a toda velocidad de nuevo. Del piso de Junghans al de Silke Stresemann había unos buenos diez minutos; diez minutos en los que podía pasar de todo. Emma aprovechó el tiempo para hacer fotos a las copias con su teléfono de empresa y enviárselas a la comisaría. Mientras tanto, Alex intentaba localizar a su jefe. La señal de llamada por el manos libres ponía a Emma cada vez más nerviosa. Krüger simplemente no respondía; Alex volvió a intentar llamar a su hermana, pero tampoco lograba contactar con ella. A Emma no le gustaba el estado en el que se encontraba Alex a esas alturas, aunque seguramente ella se habría sentido exactamente igual.

—Maldita sea, tiene que despertar —dijo Alex tras otro intento de llamar a Krüger, saltándose un semáforo en rojo sin prestar atención al tráfico.

Como si su jefe lo hubiera presentido, respondió a la llamada con voz cansada. —¿Lo habéis encontrado? —preguntó.

—Va tras mi hermana —soltó Alex de golpe. Emma habría elegido otra forma de empezar.

—¿Qué? —preguntó Krüger, que de repente parecía estar bien despierto.

—Hemos encontrado copias de expedientes en su piso —dijo Emma, mientras seguía haciendo fotos frenéticamente, lo cual no resultaba fácil dado el estilo de conducción de Alex y la obligaba a repetir alguna que otra—. Incluidos los de nuestras víctimas conocidas anteriormente —continuó— y algunos que no teníamos controlados en absoluto. Entre ellos, parece ser, la hermana de mi compañero.

Emma miró brevemente a Alex, pero él no dijo nada. El tic de su músculo mandibular se lo decía todo. Al mismo tiempo, intentaba llamar de nuevo a su hermana con su teléfono privado. Pero era la misma historia de antes; sonaba tres veces y luego saltaba el buzón de voz. Inmediatamente inició otro intento.

—¿Cuántos? —preguntó Krüger.

—No los hemos contado —dijo Emma—. Unas cuantas docenas.

Krüger inspiró y espiró con fuerza. —Hacedme llegar esas copias lo antes posible; yo se las distribuiré a los demás entonces.

—Ya estoy en ello —dijo Emma—. Además, sería bueno que una patrulla fuera al piso de la hermana de Michael Junghans.

—Entendido —dijo él, sin preguntar por qué—. Supongo que estás de camino a casa de tu hermana, ¿Kuper? —añadió Krüger.

—¿Qué haría usted? —replicó Alex con brusquedad.

—Lo mismo —dijo Krüger con comprensión, pero con seriedad—. Envíame la dirección, pediré refuerzos para vosotros.

—Llegaremos antes —dijo Alex.

—Precisamente por eso —cortó Krüger con firmeza y colgó.

Emma interrumpió su sesión de fotos para enviar a Krüger la dirección por WhatsApp, y luego continuó de inmediato. Solo quedaban cinco minutos y aún no había terminado de revisar ni la mitad de la pila.

Por la noche en Bielefeld, los momentos de tranquilidad para la policía eran casi inexistentes; encontrar una patrulla libre que además estuviera cerca sería difícil. Por ello, Emma contaba totalmente con que ella y Alex serían los primeros en llegar. Pero esperaba de todo corazón que no fuera así.

Capítulo 52

—¿No deberíamos parar unas casas antes? —sugirió Emma, apagando las luces azules—. Si nos oye o nos ve venir como la última vez… —No le hizo falta terminar el pensamiento. Alex sabía a qué se refería.

En silencio, se detuvo en el cruce de la Heinrichstraße con la Walther-Rathenau-Straße y apagó el motor. Señaló la calle a su derecha. —La quinta casa a la izquierda. —Se subió la capucha de la sudadera—. Después de todo, él ya me conoce —dijo.

Siguiendo su dedo índice, Emma miró hacia uno de los bloques de apartamentos que flanqueaban toda la urbanización y salió del coche. Alex tomó la delantera. Intentaron pasar desapercibidos, actuando como si solo estuvieran paseando por la calle. Toda la zona parecía más funcional que acogedora, a pesar del parque infantil situado entre las hileras de casas en diagonal a ellos. La hermana de Alex, explicó él, solo vivía allí temporalmente. Se había separado de su marido hacía un año.

—Me sentí aliviado por aquel entonces —añadió a su explicación—. El tipo era horrible, igual que todos los anteriores. —A día de hoy, Alex no podía entender por qué su hermana siempre acababa con esos gilipollas, y encima tenía que casarse con uno de ellos. Maik Stresemann era un ególatra engreído. Y si Alex hubiera sabido lo de la denuncia que ella había puesto contra él hacía tres años, se habría encargado de ello como un asunto familiar. Pero todavía estaba trabajando en Gütersloh en aquella época, y el contacto con su hermana solo había pasado a ser algo más que esporádico desde su separación. —Parece que ha vuelto a empezar algo con él…

Desde la acera, echaron un vistazo a las ventanas del segundo piso. Allí era donde vivía su hermana. Las luces estaban apagadas y las persianas no se habían bajado. Eso era inusual. Ella no podía

dormir si entraba luz por la ventana, y puesto que él sabía que su dormitorio daba a la calle, el detalle lo inquietó todavía más.

—¿Esperamos refuerzos? —susurró Emma.

—No —dijo Alex, abriendo la puerta principal.

Entraron en el oscuro portal. La luz no se encendía automáticamente, Alex lo sabía. Pero el hecho de que permaneciera apagada cuando pulsó el interruptor junto a la escalera no era, desde luego, una coincidencia. La preocupación y el miedo crecieron en su interior, impulsándolo escaleras arriba. Tuvo que resistir el impulso de echar a correr. Michael no debía tener la más mínima sospecha, ¿y qué sería más sospechoso que dos personas corriendo por un hueco de escalera a oscuras?

Alex estaba seguro de que el autor del crimen había inutilizado la luz de alguna manera, tal como en el vídeo de vigilancia del aparcamiento. Así que él y Emma subieron los peldaños en la oscuridad.

En el segundo piso, frente al piso de su hermana, se quedó paralizado un momento. ¿Y si estaba a punto de encontrarla en algún sitio? ¿Muerta? ¿Quizá violada? ¿Los niños secuestrados? El corazón le latía a mil, y rompió a sudar frío.

Emma le agarró brevemente el brazo. Él se recompuso y abrió la puerta. Maniobraron para pasar el perchero rebosante en el pasillo y pasaron por encima de un montón de zapatos.

Entonces se dividieron. Alex se encargó de la cocina, Emma del dormitorio de enfrente. La cocina tenía el mismo aspecto de siempre. El fregadero lleno, platos limpios en el lavavajillas abierto y apenas espacio suficiente en la encimera para preparar unos sándwiches.

Alex miró por encima del hombro cuando Emma salió del dormitorio, negó con la cabeza y entró en el cuarto de baño adyacente.

En la habitación de los niños, había ropa esparcida por el suelo, pero Alex sabía que eso era perfectamente normal. Su hermana no

le daba mucha importancia al orden.

Juntos entraron en el salón, al fondo del pasillo. El hecho de que no hubiera nada inusual a primera vista lo preocupaba. Parecía justo como solía estar. Mantas arrugadas en el sofá, calcetines de niño en el suelo. Su sobrino tenía el hábito de quitarse los calcetines en cuanto se tapaba con una manta. Luego, aparecían en los lugares más insospechados.

—No hay nadie aquí —dijo Emma.

Alex se lanzó hacia la ventana del salón, a través de la cual se filtraba un poco de luz de las farolas. Usó una mano para apartar la pesada cortina oscura y miró hacia fuera. Observó la calle y el parque infantil, que quedaba a la izquierda del campo de visión de Alex.

—¿Crees que el parque infantil significa algo? —preguntó Emma.

—No lo sé. Hay otra cosa que me preocupa. —Miró a lo largo de la calle en ambas direcciones—. No veo su coche por ninguna parte. —Se apartó de la ventana, pensando frenéticamente en dónde podría estar. ¿Se habría marchado en el coche? ¿Con los niños? ¿O estaban con su padre? ¿O se los había llevado el asesino a los tres y se había ido en el coche de ella?

—Hasta ahora, siempre hemos asumido que el culpable usaba su propio coche.

—No hay ningún coche registrado a nombre de Michael Junghans.

—¿Quizá a nombre de su hermana? —preguntó Emma.

Capítulo 53

Había un montón de sitios donde esconder algo en el piso de Sarah Junghans, pensó Alex, a quien le costaba concentrarse. Sarah Junghans no estaba allí y no se la podía localizar por el móvil. Ni siquiera los compañeros de la comisaría habían logrado ubicarlo, ni habían encontrado rastro alguno de la hermana de Alex. Era difícil saber si alguno de los coches de la calle pertenecía a Sarah Junghans; según la comisaría, ninguno estaba a su nombre. No obstante, esperaban encontrar más pistas en la vivienda.

Los dos investigadores y los cuatro agentes que les ayudaban ruidosamente a agilizar el registro aún no habían dado con un símbolo como el del piso de su hermano, y Alex dudaba que Sarah estuviera hecha de la misma pasta que Michael. De lo que no dudaba era de que ella sabía algo de los crímenes. Incluso creía que lo estaba ayudando. Pero si fuera su cómplice, la hermana de Alex podría convertirse en una rival y correr peligro también por ese lado. Sin embargo, tenía que apartar por completo la idea de no encontrar a su hermana viva y centrarse en lo que tenía ante sí en aquel opulento despacho con su cómoda de la altura de un hombre. Casi parecía como si estuviera buscando un viejo recorte de periódico en un archivo municipal. Basándose en lo que habían encontrado, solo podían hacer conjeturas sobre el trabajo de Sarah. En cualquier caso, tenía algo que ver con inversiones, acciones y cosas por el estilo. Sin duda tenía el respaldo financiero necesario para sufragar los crímenes de Michael Junghans.

—Mira esto —dijo Emma, sosteniendo un folleto en la mano. Alex cerró el cajón de un golpe, aunque aún no había terminado con él. No creía que fuera a encontrar ninguna pista allí y se acercó a Emma, que estaba junto al escritorio de madera, grande pero estrecho y de superficie blanca, para mirar el folleto con ella.

—¿Qué es eso? —preguntó Alex. No lograba entender qué pintaban aquellas fotos promocionales de madres jóvenes y felices

con bebés en brazos ante diversos paisajes naturales.

—Un folleto informativo sobre fecundación in vitro —dijo Emma—. Estaba debajo de la pila de cartas abiertas en esta bandeja.

Alex le echó un vistazo. —¿Nada más de interés?

—No, solo facturas y el correo basura habitual.

—¿Extractos bancarios? —preguntó él.

—Ninguno por ahora.

—Un folleto así no es exactamente «correo basura habitual», ¿verdad?

—A mí nunca me han enviado nada parecido por correo —dijo Emma—. ¿Podría ser ella la cómplice? ¿La que cuida de los niños?

—Yo también lo he estado pensando. Quizá por eso el nombre en aquel vaso del Spotlight estaba tachado —concluyó Alex—. Está asumiendo el papel que se suponía que debía desempeñar la mujer de él. Ahora estoy convencido de que el otro nombre era el que querían para su hijo.

—Si ella cuida de los niños y aun así puede seguir con su trabajo aquí, entonces deben de estar cerca.

—Siempre que sigan vivos —dijo Alex.

—No creo que una mujer que pide que le envíen información como esta a casa... —Emma levantó el folleto— ...y que, por lo tanto, lo más probable es que tenga un fuerte deseo de ser madre, les hiciera ningún daño a los pequeños. Los secuestraron para protegerlos, para cuidarlos y para ser una familia.

—Entonces debe de haber alquilado o comprado un piso o una casa en algún sitio donde tenga a los niños cautivos.

—Los compañeros ya comprobaron eso hace tiempo —señaló Alex.

—Sí, pero solo con los nombres reales de la pareja.

—¿De verdad crees que alquilaron pisos o compraron casas con nombres falsos? —Alex lo dudaba seriamente.

—¿Y qué hay del nombre de la novia de Michael? —preguntó Emma.

—Buen punto. Pero ¿por qué íbamos a encontrar papeles así aquí y no en una caja de seguridad?

—Porque no se fía de nadie —afirmó Emma—. Alguien que lo archiva todo con tanto orden tendrá una escritura de propiedad o un contrato de alquiler guardado en alguna parte de aquí. —Dejó el folleto sobre la pila de correo y miró a su alrededor con aire inquisitivo.

—Vale —dijo Alex, aferrándose con cansancio a esta última esperanza—. ¿Y dónde podría estar una casa así?

—Debe de estar en algún lugar remoto, lejos de la ciudad. Un sitio del que los niños no se escaparan por su cuenta porque tendrían miedo. ¿Y dónde es donde los niños tienen más miedo? —preguntó Emma.

—En el bosque —respondió Alex—. Así que estamos buscando una casa en el dichoso bosque de Teutoburgo. Eso sí que es buscar una aguja en un pajar.

Alex se dio la vuelta y volvió a los documentos. No tenía ni idea de por dónde empezar. Ella no tenía una estructura de carpetas como la gente normal. Todo estaba clasificado en aquellos malditos cajones.

—Este está cerrado con llave —dijo Emma, señalando un cajón del escritorio y haciendo algo que Alex normalmente habría hecho él. Dio un paso atrás y le propinó una patada tan fuerte al cajón que este se estrelló contra el suelo. Una edición especial de Peter Pan quedó tirada ante ellos. Cuando Emma fue a recogerla, cayó un sobre sellado. Emma lo abrió y sacó una hoja A4 doblada.

Era la prueba que habían estado buscando. La escritura de propiedad de una casa en la calle Oerlinghauser, que estaba en el límite entre Oerlinghausen y Bielefeld, donde se erigían algunas viejas granjas aquí y allá. La escritura estaba a nombre de Yvonne Knoche, la difunta novia de Michael Junghans.

Capítulo 54

MIENTRAS la sigo por las calles nocturnas, no puedo evitar sentirme resentido por el lugar al que se dirige. Durante más de un mes, han vuelto a verse con regularidad, un vínculo que nunca llegó a romperse del todo a pesar de su separación. La idea de que ella todavía pueda amarlo me hiela por dentro. No solo por los enredos emocionales que tal visita conlleva, sino principalmente por las consecuencias que sobrevendrían si descubriera su cadáver en la casa.

No he tenido la oportunidad de proceder con tanta meticulosidad esta vez. La urgencia de encontrar un nuevo alojamiento, sumada al miedo constante a ser descubierto por la policía, no me ha dejado tiempo para esconder su cuerpo. Es una empresa arriesgada que suelo tratar de evitar, pero las circunstancias no me han dejado otra opción. Habría sido mucho mejor que su cadáver no se hubiera descubierto hasta pasados unos días. Para entonces, ya estaríamos muy lejos.

El mero pensamiento de que ella halle los restos de su exmarido me recorre la espalda con un escalofrío. Perdería la cabeza por el pánico y todo se hundiría en el caos. La esperanza, ya de por sí frágil, de que pudiera ser la elegida para empezar un nuevo capítulo conmigo, para construir una nueva vida, se haría añicos bajo el peso de tan espantoso descubrimiento.

Así que conduzco tras ella, atrapado entre la esperanza de un futuro y el pavor a las sombras del pasado que parecen perseguirnos a cada paso. Cada giro, cada decisión que toma mientras navega por la noche, cargan con el peso de una revelación potencial que podría destruir todo lo que intento preservar.

Mientras se dirige hacia la casa, que no revela el más mínimo indicio de nada siniestro bajo el pálido resplandor de las farolas, me detengo a un lado y me limito a esperar que la suerte juegue a mi

favor una última vez, dándome la oportunidad de ocultar el cuerpo, al menos de los ojos de los niños.

Capítulo 55

HABÍAN alertado a su comisaría mientras iban de camino. El equipo táctico había estado listo y esperando el aviso. Entonces se habían puesto en marcha hacia la dirección indicada, aparcando su furgoneta junto a la casa vecina, que estaba a al menos cien metros en línea recta de la propiedad rodeada de árboles donde sospechaban que se encontraban los niños, Michael y Sarah Junghans y, con suerte, la hermana de Alex y sus hijos.

Con las pistolas desenfundadas, Emma y Alex, acompañados por su séquito, se apresuraron hacia la casa, que estaba iluminada por completo. El equipo táctico había recibido instrucciones de intervenir solo si era necesario. Por ahora, Emma y Alex querían entrar solos.

La verja que bordeaba el extenso terreno no ofrecía la mejor cobertura. La oscuridad que los rodeaba era lo único que los mantenía ocultos. La puerta de hierro forjado estaba asegurada con un candado que el equipo táctico cortó en segundos con unos cortapernos.

Agachados, Emma y Alex corrieron hacia la casa, flanqueados por sus colegas vestidos de negro. Con la espalda pegada a la pared, intentaron echar un vistazo a través de las ventanas con cortinas. No se veía ninguna actividad sospechosa por los estrechos huecos. Sin embargo, Alex pudo oír el llanto de un niño. No era fuerte. Parecía más bien como si intentaran llorar lo más silenciosamente posible. Miró a Emma, que estaba apoyada al otro lado de la ventana, junto a él. Ella simplemente asintió; también lo había oído.

Con un gesto, el jefe del equipo indicó a Emma que se dirigiera a la parte trasera, mientras el resto del equipo se posicionaba en la puerta principal. Ella asintió y lo siguió al doblar la esquina con Alex.

Detrás de la casa, pasaron por un jardín bastante descuidado donde alguien acababa de empezar a frenar la peor parte de la maleza. Parecía como si se hubieran rendido a mitad de camino.

Alex se preguntó si la novia de Michael Junghans lo habría hecho y luego no hubiera podido continuar debido a su enfermedad.

La puerta trasera tenía una pequeña ventana a la altura de la cabeza que estaba tapada por una cortina desde el interior. El gemido del niño era aún más fuerte aquí, y sonaba como si viniera de varios de ellos. Alex ya no tenía ninguna duda de que estaban en el lugar correcto. A juzgar por la mirada que le lanzó Emma, ella sentía lo mismo.

El responsable táctico agarró con cuidado el pomo para abrir la puerta a los dos investigadores y darles cobertura al entrar.

Alex tensó cada músculo de su cuerpo.

—Compañeros entrando por la parte trasera en tres... —uno de los agentes contaba en voz baja por la radio—, dos... —Apenas unos centímetros separaban la mano enguantada de negro del viejo hierro cuando la puerta se abrió de repente hacia fuera. Sarah Junghans estaba a punto de tirar dos bolsas de basura llenas y aparentemente pesadas a los contenedores junto a la puerta cuando se encontró frente a las bocas de sus armas y se quedó petrificada.

—Es ella —dijo Emma.

—Suelte las bolsas —ordenó el jefe táctico.

Pero Sarah Junghans no se movió.

A Alex le asaltó la idea de que ella podría dar la voz de alarma. Sin pensarlo dos veces, pasó por su lado hacia el interior de la casa y cerró la puerta tras de sí.

Por un momento, Alex no oyó nada del exterior. Cuando escuchó el tintineo de las esposas de Emma, que debía de acabar de desenganchar de su cinturón, pudo estar seguro de que ella, al menos, no corría peligro.

—¿Qué estás haciendo? —susurró Emma por la radio, pero Alex no quería perder más tiempo. Si Michael Junghans estaba en la casa, probablemente ya se habría dado cuenta de la redada, y los niños y

su hermana estarían en un peligro aún mayor. Tenía que ser rápido y silencioso.

Con el arma empuñada frente a él, se arrastró lentamente hacia el llanto, que parecía venir de la habitación tras la puerta roja de madera que separaba el lavadero donde se encontraba Alex —donde apenas podía ver nada— de la vivienda principal.

Abrió la puerta despacio. Rechinó y chilló; difícilmente habría podido anunciar su presencia de forma más clara. Pero ya era tarde. Abrió la puerta de par en par y se preparó para cualquier cosa. Sin embargo, nunca podría haberse preparado para lo que presenció entonces. En lugar del perpetrador, varios pares de ojos llenos de lágrimas alzaron la vista hacia él. Los niños estaban allí sentados inmóviles, mirándolo fijamente. Alex reconoció a todos y cada uno de ellos. Solo su sobrino y su sobrina no aparecían entre aquellos rostros. Tampoco había rastro de su hermana.

—¿Estáis bien? ¿Estáis heridos? —les preguntó al grupo. Los niños no dijeron nada. —Soy de la policía. El hombre y la mujer ya no os harán más daño. Os vamos a sacar de aquí.

A Alex no le sorprendió que los niños siguieran en estado de shock, y comprendió que no servía de nada preguntarles nada, así que se limitó a decir: —¿Hay alguien más en la casa?

Alex recorrió al grupo con la mirada y reconoció a la hija mayor de los Sievert, que negó con la cabeza de forma apenas perceptible y triste.

A pesar del alivio que Alex sintió por haber encontrado por fin a los pequeños, su corazón estaba helado de miedo. ¿Dónde estaba su hermana? ¿Dónde estaban sus sobrinos? Y si Junghans no estaba aquí... *Oh, Dios mío, los tiene él,* pensó Alex desesperado.

Capítulo 56

Arriesgaré un último intento. Realmente no tengo nada con lo que presionarla, pero tal vez sea suficiente si le dejo claro que puede ser feliz conmigo y con sus hijos, si tan solo dejara de ser tan difícil de una vez. Por supuesto, puedo entender que la visión de su exmarido muerto, que se ha desangrado en el suelo junto a mí, no haya sido precisamente agradable.

En cualquier otra circunstancia, la habría matado hace mucho tiempo. Pero no puedo hacerlo, y no quiero. Ella es la última que me queda. Al menos en este país. En cualquier otro lugar, podría empezar de nuevo. Ya me preocuparé de eso más tarde.

—¿Por qué no puedes ver que solo quiero ayudaros a ti y a tus hijos?

—Puedo verlo —dice ella con voz firme—. Y te estoy agradecida por ello. Pero ¿de verdad crees que puedes enseñarles esto a los niños? —señala el cadáver.

—No quiero mataros a vosotros —le digo.

Veo gratitud en sus ojos. Y miedo. Por supuesto que tiene miedo. Romper con la vida que ha llevado durante tanto tiempo no le resulta fácil. Y, aun así, fue y le dio una segunda oportunidad a ese marido que la pegaba...

—¿No preferirías estar a solas conmigo?

El hecho de que me pregunte esto me sorprende y me deleita a partes iguales. ¿Se ha dado cuenta de que yo soy su nueva felicidad? ¿Me amará por ello algún día, por darles a todos una vida nueva y sin preocupaciones?

Cuchillo en mano, me pongo en pie, deslizo la silla hacia la mesa y camino hacia Silke y los niños.

—Subid arriba —les dice cariñosamente—. Subiré ahora mismo. Solo tengo que hablar de unas cuantas cosas con vuestro nuevo

padre. ¿De acuerdo?

¿De verdad me acaba de llamar su nuevo padre?

—¿Lo prometes? —pregunta el niño.

—Lo prometo.

Los niños le dan a su madre un último y fuerte abrazo, y luego se dirigen al piso de arriba. Me llena de felicidad verlos marcharse; mis hijos. Y entonces algo me golpea en el cuello, algo que debería haber visto venir, si mi corazón no se hubiera llenado de repente de tanta calidez.

Capítulo 57

EMMA había esposado a una sorprendida Sarah Junghans a la parte inferior de uno de los barrotes de hierro de la valla.

—¿No se da cuenta de lo que está haciendo? —preguntó Sarah con una arrogancia silenciosa que pilló a Emma desprevenida—. Está asustando a los niños. Sobre todo al irrumpir en la casa con armas.

Emma la miró fijamente, desconcertada. Aquella mujer había perdido por completo el contacto con la realidad. Sin embargo, no respondió y observó cómo un miembro de la unidad táctica liberaba a Sarah Junghans, volvía a inmovilizarla y procedía al registro. Entonces la mujer miró a Emma. Y sonrió. Era una sonrisa de superioridad. Una sonrisa perversa.

—¿Dónde está su hermano? —preguntó Emma.

Alex había informado por radio de que Michael Junghans no estaba allí, pero los niños sí. Varios agentes registraban la casa en ese momento; mientras tanto, Alex debía quedarse en la habitación con los pequeños.

—No lo encontraréis.

—Lo haremos.

Emma no dijo nada más y se dirigió al interior de la casa. El mando operativo, a quien encontró en la puerta, estaba despejando la escena, así que pudo ir a ver a Alex.

Estaba sentado en el suelo con los niños, y todos parecían conmocionados y angustiados.

—¿Está todo bien? —preguntó Emma.

—¿Dónde está él? —preguntó Alex. Sonaba tan desesperado que Emma no pudo darle una respuesta en ese momento.

—Lo encontraremos —dijo ella.

Alex respiró hondo. —Los niños están bien, en su mayoría.

Emma se sintió aliviada y se le quitó un enorme peso de encima. Si no hubiera sido algo metafórico, a buen seguro le habría aplastado los pies al caer. Luego se dirigió a la primera habitación a la izquierda. En un escritorio había maletas, peluches y carnés de identidad falsificados, todos con el apellido Junghans escrito en ellos. ¿Habían estado planeando darse a la fuga con los niños?

Alex se reunió con ella después de que unos compañeros uniformados se hicieran cargo de los niños y los sacaran de la casa.

En la habitación contigua, varias cunas pequeñas estaban alineadas en fila, con un peluche en cada una. Superman y Batman le llamaron la atención de inmediato. En el rincón del fondo estaban los dos dinosaurios de tamaño infantil que faltaban, pertenecientes a la familia Müller. En conjunto, aquello parecía una unidad de neonatología. Emma se dio la vuelta y miró hacia arriba. La casa había sido reformada de modo que ya no había planta superior. Clavó la vista en el techo inclinado, que contaba con grandes ventanales luminosos que presumiblemente debían de accionarse mediante un interruptor. No había nada más que pudieran hacer allí, y después de que Emma recibiera el aviso de que el equipo de forenses había llegado, salió de la casa con Alex.

Los investigadores caminaron hacia Sarah Junghans, a quien se llevaban en ese momento dos agentes.

—Esperad un momento —dijo Alex, acercándose de forma amenazadora a la mujer—. ¿Dónde está su hermano?

—¿Acaso no le ha dicho su colega que no voy a decir ni una palabra más sin mi abogado?

Alex la miró un momento más y, al igual que Emma, pareció incapaz de soportar su sonrisa de suficiencia por más tiempo. Cualquier pregunta que pudieran hacerle sería una pérdida de tiempo. No les iba a decir absolutamente nada.

—Lleváosla —dijo él, y Emma pudo ver cómo la sonrisa de Sarah se ensanchaba aún más.

—Buena suerte —dijo la mujer mientras la escoltaban hacia la calle.

De repente, un minibús se dirigió hacia el edificio y se detuvo justo enfrente. Un agente habló con el conductor, quien informó de que lo habían contratado para recoger a una familia numerosa. Así que ese había sido el plan. Si hubieran llegado tan solo una hora más tarde, los niños y Sarah habrían desaparecido.

Alex vio cómo se alejaba el furgón que transportaba a Sarah Junghans, con el rostro lleno de rabia.—¿Cómo demonios vamos a encontrar ahora a mi hermana y a los niños?

—¿Y si ella no es su próxima víctima? —sugirió Emma.

—¡Ah, ¿claro?! —espetó Alex, perdiendo los estribos—. ¿Entonces dónde está? ¿Y por qué no puedo contactar con ella por el móvil? Siempre responde. Ni siquiera va de una habitación a otra sin el dichoso aparatito.

—¿Crees que ha cambiado su modo de operar? —planteó Emma—. ¿Que se los ha llevado a los tres porque puede que viera que estuvimos en su piso y encontráramos su escondite?

—Podría haberse llevado a cualquier otro —dijo Alex, como si no hubiera oído las palabras de Emma—. Mi hermana y yo no nos hemos visto en los últimos días; ni siquiera tenemos el mismo apellido. ¿Cómo podía saber que es mi hermana?

—A lo mejor no tiene nada que ver contigo. Puede que Junghans la tuviera en su radar por otro motivo. Por lo que figuraba en el expediente sobre ella y su exmarido. —Emma no quería ser explícita por miedo a enfurecer aún más a Alex. Pero se dio cuenta de que no importaba cómo lo expresara. Le ponía furioso de todos modos.

Una idea pareció formarse en la mente de Alex. Buscó apresuradamente su teléfono y mostró un mensaje de su hermana. Se lo enseñó a Emma. —Por favor, no te cabrees —había escrito, añadiendo un emoji de un guiño. Adjunto había una foto en la que su hermana aparecía sentada en un banco del zoo, sonriendo feliz.

Detrás de ella, dos niños pequeños daban de comer a una cabra preñada junto a un hombre.

—Esos dos del fondo son mis sobrinos. Y ese tipo de ahí —señaló al hombre— es su padre.

Alex guardó el teléfono y caminó a toda prisa hacia su coche en la calle. —Ha vuelto con ese tipo. Junghans debe de conocer el caso y se ha debido de dar cuenta de que los dos han vuelto juntos. Tienes razón, no se trata de mí. Conoce el caso. ¡Y no la ha secuestrado! —gritó—. ¡La ha seguido!

—¿Seguido? —preguntó Emma, abriendo el coche—. ¿A dónde?

—¡A casa de su ex!

Capítulo 58

El tenedor no está clavado muy hondo. Es solo una herida superficial. Aun así, Silke me ha pillado totalmente por sorpresa y, antes de que pueda darme cuenta, ha desaparecido. Desvío la mirada del tenedor ensangrentado que tengo en la mano hacia el pasillo. Oigo, amortiguado como entre algodones, que se refugian en el piso de arriba. Esto es lo último que necesito ahora mismo, aunque me concede un momento para curarme la herida.

Cojo un paño de cocina de tela y dejo el cuchillo en el aparador. Doblo el paño varias veces y lo presiono contra la herida. Un solo descuido, un solo momento en el que mis emociones me han dominado, ha bastado para causar este caos. Pero puedo controlarme; no me enfadaré, solo tengo el tiempo pisándome los talones. Miro el reloj. En veinticuatro minutos, mi hermana se marchará sin mí. Tardo once minutos en llegar a casa de Yvonne. La empresa de autocares será puntual. Les he pagado por adelantado. Les he pagado bien por el largo viaje. Sin paradas hacia una nueva vida, y si no hay más remedio, partirán sin mí… y sin Silke y sus hijos. Pero todavía me queda algo de tiempo. Dejo caer el paño; está empapado en sangre. Aun así, esto no me matará.

Recojo el cuchillo y subo las escaleras. Cinco puertas cerradas ante mí. Dos a mi izquierda, dos a mi derecha y una de frente. Silke podría estar acechando detrás de cualquiera de ellas, esperando el momento de reducirme.

Tengo que pensar. Si Silke supone que abriré las puertas una por una, entonces estará esperando detrás de una de ellas y manteniendo a los niños lo más lejos posible de mí… Fijo la vista en la puerta del fondo del pasillo.

Aferro el cuchillo con más fuerza, avanzo casi en silencio hasta la puerta y me detengo ante ella. Entonces percibo que algo se me acerca de forma amenazadora.

***

La puerta principal estaba cerrada con llave, así que Alex rodeó la casa mientras Emma esperaba en la entrada con dos miembros del equipo táctico hasta que él estuviera en posición. Alex se asomó por la ventana del salón y vio al hombre sangrando tirado en el suelo. Maldijo entre dientes e intentó distinguir algo más, pero no vio nada.

Flanqueado por dos figuras encapuchadas y vestidas de negro, se apresuró a ir a la entrada trasera, que también estaba cerrada. «Mierda», susurró. El equipo táctico se colocó en posición e informó de la situación por radio. Entonces estuvieron listos para asaltar la casa.

¡Entrad! ¡Entrad! ¡Entrad!, gritó el oficial al mando, y la puerta principal y la trasera reventaron a la vez. Alex oyó el estruendo e irrumpió en el salón con dos miembros del equipo táctico. Sudaba bajo el chaleco antibalas. Tenía la camiseta prácticamente pegada al cuerpo. Se dirigió a la mesa mientras los otros dos se desplegaban para inspeccionar las habitaciones de la planta baja en el vestíbulo junto con los que habían entrado por delante. Uno de los miembros del equipo táctico subió las escaleras, con Emma siguiéndolo.

Se veían algunas salpicaduras de sangre sobre la mesa, frente al cadáver, y allí también había un tenedor ensangrentado. En el suelo, delante de él, un fino rastro de sangre conducía a la cocina y se detenía allí. Había huellas de manos ensangrentadas en el aparador, delante del cual yacía un paño de cocina empapado en sangre. Entonces dio un respingo al oír un golpe sordo y el grito de un hombre. A continuación, pareció que alguien caía por las escaleras.

Corrió hacia la entrada y encontró allí a Emma, tendida bajo un miembro del equipo táctico que se apretaba una herida sangrante en el cuello. No tenía buena pinta. Alex corrió hacia Emma. Dos de sus compañeros arrastraron inmediatamente al hombre herido fuera. Alex le tendió una mano a Emma. —¿Se encuentra bien?

—Creo que sí —dijo ella, dejándose ayudar a levantarse. Al parecer, Emma había amortiguado la caída del compañero, y tenía la

mitad de la cara manchada con su sangre. Debía de estar justo detrás de él cuando lo atacaron y lo hirieron en el cuello.

Alex pasó como una exhalación junto a Emma y subió las escaleras. Vio la barandilla ensangrentada, los peldaños manchados de rojo ante él y, de repente, se fue la luz en toda la casa. De inmediato, Alex sacó la Maglite de la funda del cinturón y la sostuvo bajo su arma. Avanzó con cautela. Un escalón tras otro. Pegó la espalda a la pared. Al llegar arriba, vio que todas las puertas estaban ligeramente entornadas. Michael Junghans podía estar acechando en cualquier parte. *¡Ese grandísimo cabrón!* Esperaba que le diera una razón para acabar con él. Quería reprimir la imagen de él habiendo matado a su hermana y, posiblemente, también a sus sobrinos porque ellos habían irrumpido allí, pero no podía. No dejaba de verlos ante él. Sus cuerpos inertes, muertos. Podían estar tirados en cualquiera de esas habitaciones, detrás de cualquiera de esas puertas, desangrándose y con la mirada sin vida.

Entró en la primera habitación a su izquierda mientras Emma y el resto del equipo táctico subían las escaleras y empezaban a entrar con cautela en otras dos habitaciones casi al mismo tiempo. La oscuridad de la estancia era asfixiante, y la Maglite de Alex reveló un gimnasio abandonado.

Alex revisó la siguiente habitación. El haz de su linterna iluminó una cama deshecha. La habitación estaba desierta, pero Alex no pudo evitar imaginar a su hermana acurrucada aquí con sus hijos antes de que la oscuridad y el horror se apoderaran de ellos.

El pasillo parecía interminable, y cada puerta encerraba la posibilidad de otro horrible descubrimiento. Alex se obligó a seguir adelante, con el pulso martilleándole con fuerza en los oídos.

Finalmente, se acercaron todos juntos a la puerta del fondo del pasillo. Le llegó el sordo estruendo de una tormenta que se aproximaba.

Alex sintió la tensión en el aire. Hizo una señal al miembro del equipo táctico que estaba junto al pomo para que abriera la puerta.

El pomo giró lentamente y la puerta se abrió de par en par, revelando lo que había detrás.

La habitación estaba sumida en una oscuridad total, y la luz de sus linternas reveló la espantosa escena que tenían ante ellos. Michael Junghans estaba en medio de la habitación. Llevaba la ropa manchada de sangre y sus manos aferraban un cuchillo que brillaba a la luz de las linternas. Estaba de pie detrás de una silla en la que se sentaba Silke. La sujetaba por el pelo con la cabeza echada hacia atrás, con la hoja apoyada en su garganta. El rostro de ella mostraba rastros de lágrimas. La sangre brillaba en su sien derecha bajo el resplandor de la luz.

La habitación estaba sumida en un silencio inquietante, roto solo por los sonidos de su hermana. Parecía un poco aturdida. ¿Quizá había estado inconsciente un breve instante? Tal vez por un golpe, lo que explicaría la herida en la cabeza. Los ojos de Michael Junghans brillaban con locura y su rostro estaba desfigurado por la rabia.

El corazón de Alex se aceleró. No podía dispararle al hombre. Le cortaría el cuello a Silke mientras caía. Detrás de Junghans, Alex oía a sus sobrinos llorar en voz baja. Apuntó su Maglite al escritorio con el monitor ancho y curvo y los distinguió debajo, delante de la inmensa maraña de cables que se extendía tras ellos en la pared como las raíces de un árbol. Sus ojos, llenos de lágrimas, estaban muy abiertos por el miedo.

—Michael, baja el cuchillo —dijo Alex. Mantuvo su arma apuntando al agresor e intentó conservar la calma.

El hombre no reaccionó.

—¿Alex? —susurró su hermana. Verla así le rompió el corazón, y sintió una oleada de impotencia que lo enfureció. Dos miembros del equipo táctico se colocaron junto a Alex, listos para avanzar con sus subfusiles en alto. Como respuesta, Michael Junghans echó la cabeza de Silke aún más hacia atrás.

Todos los que aún se movían se detuvieron de inmediato. Fue como si todo el mundo se hubiera quedado paralizado por la

conmoción. Solo Silke no había perdido la voz. —Te dije que vendría —soltó con esfuerzo.

Alex estaba un poco orgulloso de que su hermana no hubiera perdido su espíritu de lucha a pesar de las circunstancias. Sin embargo, no podía dejar que fuera más allá. Quién sabe qué haría Michael Junghans si se sentía demasiado acorralado. En ese momento, Alex ni siquiera estaba seguro de que realmente no fuera a hacer daño a los niños.

—¿Qué quieres? —preguntó Alex, aunque tenía claro lo que era.

—Quiero que te quedes aquí y hables conmigo. A solas.

—De acuerdo.

—Alex —dijo Emma, de pie detrás de él—. No es buena idea.

—Lo sé.

Por un momento los dos se miraron, y Emma sintió que no había nada que pudiera hacer. —De acuerdo, nos retiramos —dijo en voz alta. Lo más importante en una situación de rehenes y la negociación correspondiente era que el agresor entendiera claramente lo que estaba sucediendo. Y, en rigor, ahora necesitarían un negociador de rehenes debidamente formado. Pero no podían esperar a eso, y Alex tampoco quería. Solo quería que esto terminara.

Sus compañeros salieron de la habitación; Alex sabía que Emma estaba justo al otro lado de la puerta con al menos dos agentes, lista para intervenir en caso de peligro.

—Quiero que salgan de la casa —dijo Michael Junghans con firmeza—. ¡Ahora!

Alex gritó a través de la puerta cerrada: —¡Salid de la casa! ¡Todos! —Pero no hubo movimiento fuera—. Lo digo en serio —gritó —. ¡Todo el mundo fuera!

Seguramente Emma lo hizo a regañadientes, pero finalmente oyó el pesado ruido de pasos en las escaleras y, al cabo de un rato, el portazo de la puerta principal.

—Y bien, ¿qué pasa ahora? —preguntó Alex. Debería tener claro que no saldría de toda esta situación sin esposas. Incluso si lograba salir de la casa y escapar en un coche, lo perseguirían y finalmente lo atraparían.

—Antes que nada, baja el arma.

Alex lo hizo.

—Bien —dijo Michael Junghans—. Creo que ahora tenemos una buena base para charlar un poco.

Alex permaneció en silencio y esperó a que Junghans comenzara. No estaba en una buena posición en ese momento. Hacer que el agresor se sintiera inseguro y forzarlo a actuar era su mejor oportunidad. Pero él tampoco decía nada.

Alex perdió la paciencia. —Dime de una vez lo que quieres. O mejor aún: déjalos ir y cógeme a mí en su lugar.

—¿Y qué haría entonces contigo?

—Lo que quieras.

—No. Eso no me sirve de nada. ¿Un policía como rehén? No estoy loco.

—¿Crees que estás en posición de negociar?

—Desde luego —dijo—. No tienes ni idea de dónde tengo a los otros niños, y pronto habré desaparecido con ellos y no podrás hacer nada para evitarlo.

Aún no sabía lo que había ocurrido mientras tanto. Pero Alex solo jugaría ese as en el momento oportuno.

—Me los llevo —repitió—, y no tendrán que volver a preocuparse ni a tener miedo nunca más. Pero si me detienes, no tendré nada que perder.

Alex miró a los niños, que se habían apretado contra la pared del fondo como si allí estuvieran a salvo.

—¿Sin miedo ni preocupaciones? —preguntó Alex, sin poder creérselo—. ¡Míralos! *Maldita sea,* solo tenía que dar un salto hacia

delante. Sus puños no fallarían el objetivo.

—Los niños aún son pequeños. Dentro de unos años no recordarán nada de esto. Serán felices. —Estaba describiendo exactamente la situación de los Niños Perdidos en Peter Pan, que, si estaban en el País de Nunca Jamás el tiempo suficiente, olvidaban su pasado. Nunca se le había ocurrido qué ególatra era Peter Pan, creyendo que podía tomar esas decisiones por los demás.

—Son felices con mi hermana —masculló Alex, mirando a Silke mientras hablaba. Algo en su mirada había cambiado. Conocía esa mirada de años atrás, cuando ella era atleta de competición. Siempre había sido una luchadora, nunca dispuesta a rendirse. E incluso ahora, no quería estar simplemente a merced de este hombre. Pero contra el cuchillo en su garganta, hasta ella estaría indefensa. Por primera vez, Alex se arrepintió de haberle enseñado a su hermana defensa personal. Temía que, debido a su limitado entrenamiento, ahora tuviera una falsa sensación de seguridad. Pero darle alguna señal para que se contuviera era demasiado peligroso. No tenía más remedio que llamar la atención sobre sí mismo y, de alguna manera, conseguir que Junghans soltara a su hermana para luego reducirlo.

—Tu hermana se casó con un hombre que la golpeó varias veces. —Michael Junghans sonaba enfadado y presionó la hoja con más fuerza contra el cuello de Silke. Pero ella no se inmutó. Iba a hacer algo; Alex no podía detenerla. Parecía estar esperando una señal de su hermano. Y él tenía que dársela si no quería que actuara antes de que él estuviera listo.

—Y lo volvería a hacer —continuó Junghans su diatriba—. ¿Esa es tu idea de que los niños estén bien con ella?

—No sabía nada. —Alex miró a su hermana en tono de disculpa. Entonces se dio cuenta de que ella intentaba cada vez más controlar su respiración. Estaba reuniendo fuerzas—. *Mierda,* tenía que poner nervioso a Michael Junghans, enfadarlo, hacer que quisiera atacarlo. Aunque no soltara el pelo de Silke, Alex esperaba que, por reflejo, al menos apuntara el cuchillo hacia él.

—Por supuesto que no sabías nada —dijo Michael Junghans—. Ninguna de las madres fue capaz de hablar de ello. Hay que reconocer que tu hermana al menos presentó una denuncia y lo dejó. Solo que nunca pude hacerle rendir cuentas. Y entonces volvió con él… —Michael Junghans negó con la cabeza—. Basta de hablar. Acabemos con esto. —Tiró a Silke del pelo para que se pusiera de pie. Apartó la silla de una patada. Esta golpeó la estantería con un ruido sordo, haciéndola tambalearse. Algunas cosas cayeron al suelo.

Junghans acercó mucho la cabeza de Silke a su cara y le apretó la hoja con tanta fuerza en el cuello que la sangre le corrió por él.

—No vas a conseguir nada —dijo Alex.

Michael Junghans enarcó una ceja inquisitivamente. Naturalmente, no sabía a qué se refería Alex. Y ese era exactamente el impacto que quería causar. —Tu plan ha fracasado. No vas a ir a ninguna parte, tu viajecito no se va a producir.

—Buen intento. —Se podía percibir una ligera incertidumbre.

—Los niños están a salvo —dijo Alex—. Y tu hermana está disfrutando de la vista de unas paredes de hormigón.

Los ojos de Michael Junghans se abrieron de par en par. Su voz temblaba. —¿Qué has hecho?

—La encontramos. En la casa que pertenecía a tu amiga Yvonne.

Al mencionar su nombre, se abalanzó por reflejo con el cuchillo hacia Alex. Y entonces vio la mirada decidida en los ojos de su hermana. Alex supo exactamente que esa era la señal de salida que ella había estado esperando.

—Maldito… —Michael Junghans no pudo seguir. El codo derecho de Silke lo alcanzó en el estómago, dejándolo sin aliento por un momento y haciendo que la soltara.

Ese fue tiempo suficiente para que Alex se abalanzara sobre Junghans, mientras que su hermana se arrodillaba para despejarle el camino. Alex lo embistió en el hombro, de modo que se golpeó

contra la estantería. Lo único es que no había soltado el cuchillo como Alex esperaba. Y tampoco parecía especialmente impresionado por el ataque. Se impulsó desde la estantería y se abalanzó sobre Alex, cuchillo en ristre.

Por el rabillo del ojo, vio a su hermana coger su pistola, que seguía en el suelo.

—¡No! —gritó Alex, pero ella no le hizo caso, apuntó y disparó.

La bala alcanzó a Michael Junghans en el hombro y lo derribó. En el proceso, el cuchillo finalmente se le cayó de la mano.

—Rápido, venid aquí —dijo Alex a sus sobrinos. Pasaron corriendo junto a su torturador y se refugiaron detrás de Silke, que seguía apuntando con la pistola al asesino.

—¡No! —gritó Junghans e intentó agarrar a los dos, pero no lo consiguió.

Alarmada por el disparo, Emma irrumpió por la puerta, acompañada por dos miembros del equipo táctico. Alex les hizo una señal para que se detuvieran y miró a su hermana. —Por favor, dame la pistola —dijo con calma, pero su corazón latía salvajemente. No sabía lo que Michael Junghans les había hecho a su hermana y a los pequeños, y temía que volviera a apretar el gatillo.

—Se llevó su merecido —escupió ella con los dientes apretados.

—Eso sería un asesinato —le advirtió Alex—. Piensa en tus hijos.

Se acercó a ella, la miró, agarró el cañón de la pistola. Al principio sintió resistencia, pero luego el agarre de ella se aflojó y pudo quitarle el arma. Silke se derrumbó y rompió a llorar. Alex se arrodilló y la tomó en sus brazos mientras el equipo táctico pasaba corriendo junto a él y arrestaba a Michael Junghans.

Capítulo 59

Dos semanas después.

EMMA estaba sentada junto a Alex en el espacioso sofá, observando con diversión cómo las verduras gigantes de *El ataque de los tomates asesinos* arremetían contra la humanidad. En un principio, él había querido llenar las lagunas en los conocimientos de Emma sobre las películas de Chuck Norris, pero tras las últimas semanas, ninguno de los dos estaba de humor para la acción.

Cuando reunieron las últimas pruebas anteayer y se las entregaron al fiscal Aufderheide para que presentara una acusación ante el juez de guardia, su jefe les había dado el resto de la semana libre. Ayer, Alex había pasado la mayor parte del día en la cama y, por lo que decía Emma, ella había hecho exactamente lo mismo.

Desde su rescate, él había visitado a su hermana todos los días, excepto ayer. Se habían propuesto pasar más tiempo juntos en el futuro. Alex esperaba que Silke empezara a confiar más en él de nuevo. El hecho de no haber sabido nada sobre su marido maltratador le pesaba enormemente. Sus sobrinos parecían estar llevándolo mejor que Silke y él mismo, gracias al apoyo psicológico regular. Alex estaba considerando seriamente buscarse un psicoterapeuta, ya que no era solo el caso lo que le agobiaba, sino también los pensamientos sobre los niños que ahora se habían quedado huérfanos.

Además, Aufderheide había insinuado que una larga condena de prisión para Sarah Junghans no era necesariamente una certeza. Eso también le carcomía. Demostrar su complicidad sería probablemente difícil. Solo podía demostrarse que era culpable del secuestro de los niños. Al parecer, también se estaba considerando una eximente de responsabilidad por facultades disminuidas. El caso de su hermano

era muy distinto; ahí, Alex no tenía duda de que recibiría su merecido y pasaría el resto de su vida entre rejas.

Así pues, él y Emma habían logrado asegurar que se hiciera al menos un poco de justicia, y eso le devolvía parte de la buena sensación que le había faltado en su trabajo durante las últimas semanas.

Emma volvió a reírse ante una escena disparatada de aquel clásico de culto de serie B. Eso también ayudó a disipar un poco su inquietud. Y la risa de Emma era contagiosa.

FIN

¿Te apetece seguir leyendo?

Descubre los últimos libros de **Gunnar Schwarz** aquí**:**

https://www.amazon.es/stores/Gunnar-Schwarz/author/B08ZYXVTW1

Una pequeña petición para terminar…

¡Gracias por leer!

Este libro fue traducido del alemán. Si durante la lectura notas algo que podría mejorar, no dudes en escribirme a feedback@gunnarschwarz.de.

Si te gustó el libro, me encantaría que dejaras una reseña positiva – eso me ayuda a llegar a nuevos lectores y a seguir publicando historias que emocionan.

Tus comentarios también me ayudan a ver mis historias a través de los ojos de los lectores – a entender qué los conmueve, los toca o los sorprende. Es una forma maravillosa de apoyar mi trabajo y de mostrar aprecio por las muchas horas dedicadas a la creación de este libro.

Muchas gracias por tomarte el tiempo de compartir tus impresiones – por ejemplo dejando una breve reseña en Amazon.